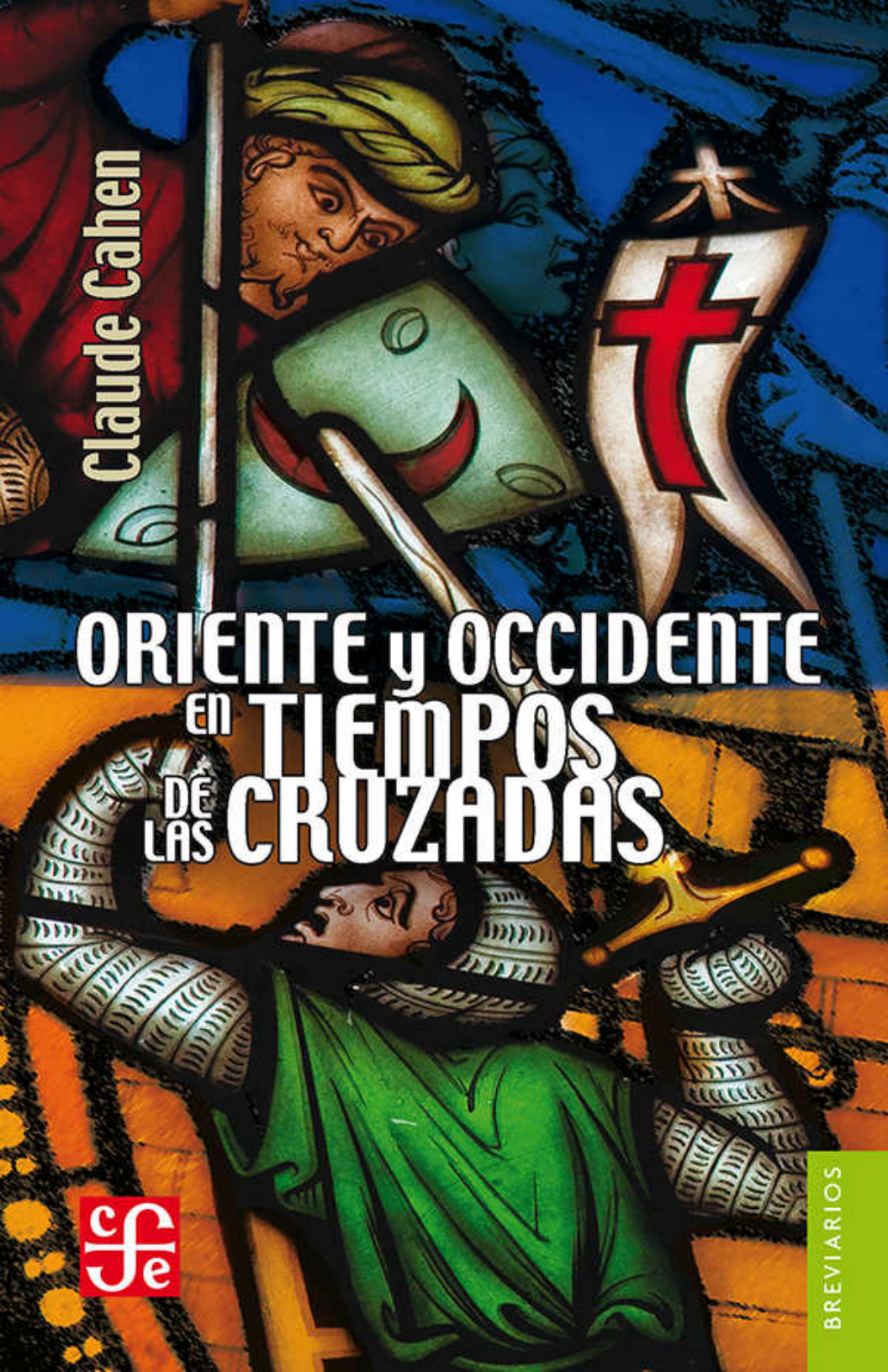

Claude Cahen
ORIENTE y OCCIDENTE
EN TIEMPOS
DE LAS CRUZADAS
BREVIARIOS

BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

505

ORIENTE Y OCCIDENTE EN TIEMPOS DE LAS CRUZADAS

Traducción de
AGUSTÍN EZCURDIA HÍJAR

ORIENTE Y OCCIDENTE
EN TIEMPOS DE LAS CRUZADAS

por CLAUDE CAHEN

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 1983
Primera edición en español, 1989
Primera reimpresión, 2014
Primera edición electrónica, 2016
© 1983, Éditions Aubier, París

Título original: *Orient et Occident au temps des Croisades*

D. R. © 1989, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-4431-2 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

INTRODUCCIÓN

¡Otro libro sobre las cruzadas! ¡Como si no existieran ya muchas docenas, sin hablar de los miles de artículos![1] Con riesgo de parecer presuntuoso, diré que la calidad de estas publicaciones es, con mucha frecuencia, inversa a su cantidad, y que las mismas causas de su proliferación, el peso que han hecho gravitar sobre la investigación científica, con o sin el conocimiento de los mismos especialistas, han inclinado y hasta falseado el espíritu y el método. Es que las cruzadas, con sus prolongaciones en el Oriente llamado latino, no son solamente un objeto de estudio para el historiador; forman parte de la imaginería mental de lo occidental poco cultivado, sobre todo, pero no exclusivamente, en Francia. Desde los tiempos de las cruzadas mismas se las ha presentado en un clima de pasión evidentemente mal avenido con la pura investigación objetiva; se tiñen, tanto en la Edad Media como en nuestros días, de ideas y sentimientos que son los de los autores y lectores, no los de los actores. El historiador profesional, *volens nolens*, es también un hombre que sufre alguna influencia de las ideas que lo rodean. Por paradójica que esta afirmación pueda parecer, las cruzadas han sido largo tiempo uno de los fenómenos históricos menos conocidos, y a pesar de importantes progresos recientes, parecen exigir todavía muchas más investigaciones nuevas.

No sería inútil, a este respecto, considerar la historia de las cruzadas.[2] Desde el origen, han sido desde luego el monopolio de los medios feudales y clericales y durante siglos han servido principalmente *ad majorem gloriam* de la Iglesia y de la fe. Por reacción, en el tiempo moderno, en ciertos medios laicos o protestantes no franceses, se denuncia en las cruzadas una empresa de intolerancia y oscurantismo o una política ambiciosa del papado. Desde que la historia imbuida por la democracia se interesa por los pueblos, al mismo tiempo que por sus jefes de guerra y de creencia, se ha podido, románticamente, celebrar la grandeza

de un movimiento de entusiasmo popular emancipador o, al contrario, incriminar la codicia de los señores feudales, el espíritu de lucro de los mercaderes, la avidez sanguinaria de las masas. Más recientemente las cruzadas pueden ser la ocasión para glorificar las formas sociales antiguas, la superioridad de la autoridad monárquica sobre toda forma de anarquía; han podido ser interpretadas como una primera manifestación de una misión colonizadora o más modestamente como el alba de esa influencia cultural ejercida por Francia en Oriente desde hace unos dos siglos. No hay que sonreír: no hace mucho tiempo que una "buena" cruzada ha hecho que a su autor se le acoja en la Académie Française.[3] En el extranjero se vio en ocasiones, en las cruzadas, según el país o la confesión religiosa, la grandeza de un espíritu misionero, el despertar de una comunión europea, el arranque, gracias a los italianos, de las primeras formas de capitalismo, etc. En el tiempo contemporáneo los israelíes buscan en las cruzadas a los precursores de su empresa nacional, y los árabes, en las luchas de sus antepasados para recuperar el país, un envalentonamiento de su voluntad antisionista.

Todo esto, desde luego, es en un sentido exterior a la ciencia, aunque se hayan podido hacer estudios perfectamente válidos en el marco de obras nacidas de tales ambientes, y quizá gracias a ello. Aun en los trabajos fundamentalmente científicos ha tenido lugar una evolución considerable entre el siglo XIX y el principio del XX, y los de la última media centuria. Largo tiempo concebidos como una especie de extrapolación del Occidente, las cruzadas y el Oriente latino han sido considerados de tres maneras aparentemente contradictorias y, de hecho, convergentes: o bien aisladamente, como una realización *sui generis*, comparable con ninguna otra, casi sin relación con los otros aspectos de la historia; o como un acontecimiento tan capital que todo lo sucedido en su tiempo se orquestaba en derredor de él; o, en fin, como una manifestación de una civilización occidental global en el seno de la cual no se introducía ninguna diferenciación. Sobre

este último punto de vista los juristas del siglo XIX sobresalieron al componer una imagen de instituciones feudales sintéticas, de las cuales las Audiencias de Jerusalén les parecían una de las más perfectas expresiones; en la medida en que, sin embargo, se encontraban en ellas lagunas u oscuridades, se las podía completar o explicar por cualquier tradición occidental. Que las cruzadas fuesen consideradas así o como algo en sí mismo, el resultado fue igual: ha sido necesario esperar casi hasta la presente generación para que se emprendiera el estudio comparativo del Oriente latino y del Occidente y, en el seno del primero, el estudio comparativo de los diversos principados.[4]

Las cruzadas interfieren con muchas otras cosas que no son las cruzadas; particularmente con la historia de las relaciones económicas entre el Oriente y el Occidente, pero también con cuestiones políticas, culturales, etc. Sin duda, en las líneas de demarcación interviene una cuestión de definición, y se puede comprender que se haya calificado de "cruzadas" a ciertas instituciones porque aparecen o se desarrollan bajo los auspicios de las cruzadas o con ellas. Pero no da igual llamar a un fenómeno con un nombre o con otro cuando esto orienta la reflexión en una dirección arbitraria o aureola este fenómeno de un prestigio sin relación con la realidad. Ciertamente se ha estudiado el "comercio de Levante", y sería injusto decir que quienes lo han hecho ignoran el Oriente latino, o que los historiadores del Oriente latino no se han preocupado nunca del comercio. En el segundo caso, sin embargo, se trata muy a menudo de apéndices o de capítulos separados. No se puede decir que se haya tratado de conectar de manera profunda los diferentes problemas, de lo que resulta, sobre todo, una indiferencia por la cronología para todo lo que no es propiamente el orden de los eventos. Sé bien que ésta es la moda, pero el autor se condena así a renunciar a una comprensión real del problema.

Además, casi todo lo que se ha escrito ha sido desde un punto de vista occidental. Si bien la cruzada es un fenómeno occiden-

tal, del cual no hay que dar cuenta desde un punto de vista oriental, no se inserta menos en una coyuntura oriental y puede resultar de interés para confrontar las dos sociedades que pone frente a frente. Alguna vez —muy superficialmente, además— se ha hablado de las influencias de Oriente sobre Occidente por la intermediación de las cruzadas, como si hubieran sido la única o la principal vía, pero se ha descuidado el impacto inverso del Oriente llamado latino sobre una población indígena que sigue siendo ampliamente mayoritaria. Los dos siglos del Oriente latino no dejan de ser una fase de la historia de Siria-Palestina, y más extensamente debe considerarse la interacción *en los dos sentidos*, del mundo mediterráneo y del Cercano y Medio Oriente. No ignoro que se han hecho algunas tentativas en este sentido, pero han versado casi exclusivamente sobre los hechos políticos y militares y, es necesario decirlo, con un conocimiento muy elemental del Oriente, cuando no con una completa ignorancia de sus lenguas. Huelga decir que el estudio de los contactos e influencias debe hacerse desde todos los puntos de vista de una historia global, y que es inconcebible pretender hacer progresos serios sin un conocimiento de las lenguas, cosa que los claustros universitarios hacen, quizá, difícil, pero que debe lograrse.[5] Lo mismo se aplica al caso intermedio de Bizancio, donde, sin embargo, los trabajos de los bizantinistas nos colocan en mejor situación.

Lo que precede define el espíritu en el cual hemos emprendido este libro. Intentamos relacionar la cruzada con lo que no es la cruzada, en el Mediterráneo, es decir, en Occidente, poniendo un acento particular sobre la historia del comercio. Al mismo tiempo tratamos de presentar la historia del Oriente llamado latino como un momento de la historia general del Oriente. No pretendemos haber hecho más que proponer algunas líneas de investigación: nadie es omnisciente y, en un terreno a este respecto casi virgen, no se puede esperar mucho más que la obra imperfecta pero útil del descifrador.

Me ha parecido superfluo relatar de nuevo lo que el lector puede encontrar sin trabajo en su propio acervo cultural, o en las grandes obras a su disposición (véase la bibliografía). Resulta evidente la desproporción entre ciertas secciones que, me pareció, ameritan más desarrollo, porque versan sobre hechos mal conocidos o, según yo, mal interpretados, y otras que quedan como simples alusiones, sin hablar de las lagunas involuntarias. No ignoraba los inconvenientes de esta decisión, pero hacerlo de otra manera habría duplicado el volumen del libro sin provecho real.

Comencé la redacción de esta obra hace 30 años. Naturalmente desde entonces han aparecido muchos trabajos y yo mismo he evolucionado. He intentado reunirlo todo. Contaba con el "ocio" del retirado para hacerlo mejor; pero dificultades con mis ojos limitaron mis posibilidades. El lector notará sin esfuerzo las deficiencias y desequilibrios de composición que de ello resultan. Según el consejo de un viejo maestro, me pareció, inmodestamente quizá, que a mi edad lo mejor era dar, sin esperar más, lo que podía. Agradezco al señor Lemerle (quien también se tomó el trabajo de revisar mi texto) y a la editorial Aubier, que editó el original en francés, por haberlo aceptado tal cual, y espero que el lector no me condenará muy severamente. Agrego con gusto que el libro no habría podido ver la luz sin la devota ayuda de mi esposa y de la señorita Thérèse Naud.

Claude Cahen

I. EL ORIENTE HASTA EL PRINCIPIO DEL SIGLO XI

Históricamente las cruzadas se presentan como una respuesta diferida a las conquistas arabemusulmanas. A principios del siglo vii un hombre, Mahoma, había predicado en Arabia occidental, en La Meca y en Medina, un mensaje que iba a ser la base de una nueva religión, el islam. Por otra parte, en torno de ella había alcanzado la primera unión política de casi todos los árabes. A su muerte (632), sus adeptos iban a hacer conquistas que, si se considera su amplitud y su carácter irreversible, no tienen equivalente en la historia. En algunos años los árabes musulmanes, en nombre de una forma de "guerra santa", la *djihad*, de la cual volveremos a hablar, ocuparon Siria, Mesopotamia, Irak, Egipto e Irán; en menos de un siglo agregaron el Magreb y España casi entera, por un lado, Asia Central hasta el Sir Daria, por otro, y ya en el siglo ix, por un tiempo —muy breve, en verdad—, Sicilia y otras secciones de las tierras mediterráneas[1] (para no hablar de las adquisiciones menos asimiladoras realizadas en los tiempos modernos en Europa, en el Lejano Oriente y en el África negra). Notemos que la toma de Jerusalén no parece haberse considerado, en esa época, como un hecho que fuera en detrimento de una cristiandad que no tenía aún, quizá, plena conciencia de sí misma, y que, en todo caso, no vinculaba la santidad de la ciudad a la obligación del dominio político.

Bizancio, heredera del Imperio romano de Oriente, había estado a punto de sucumbir. Si bien conservaba lo esencial de Asia Menor, estaba arruinada y había perdido sus provincias más ricas, en Asia y en África, en el momento mismo en que, por otra parte, los eslavos invadían sus posiciones balcánicas. En Occidente el joven Estado carolingio resistía mejor, gracias más a su alejamiento y al clima que a sus propias virtudes, pero los hispano-

visigodos no subsistieron más que como principados desmembrados, aferrados a las montañas del norte.

Aunque no todos los habitantes de los países conquistados habían llegado a ser musulmanes (faltó poco para ello), en todos lados el islam dominó y llevó a cabo un proceso de conversión que habría de producir, después de algunas generaciones, la más viva y rica civilización que conociera la alta Edad Media. Salvo en Irán, la mayor parte de los habitantes, aun sin volverse musulmanes, adoptaron el árabe como lengua común. Es cierto que, políticamente, la unidad habría de romperse muy pronto, aunque su sueño permaneció vivo hasta nuestros días; pero socioculturalmente el carácter definitivo de la transformación es, aún hoy, fácil de constatar.

Aunque el desmembramiento político no haya sido acompañado de un desmembramiento sociocultural equivalente, para comprender la historia de las cruzadas es necesario tener de ellas, hasta el siglo XI, una visión más clara que la de los cruzados mismos, y, hay que decirlo, que la mayor parte de sus historiadores modernos. Si de momento hacemos a un lado a Occidente, el corazón del Oriente musulmán era Bagdad, en Irak, capital aún prestigiada, donde residía el califa, fuente, a los ojos de la mayoría de los musulmanes, de toda legitimidad, aunque de hecho, desde el siglo X, reducido a la impotencia. Diversos principados se habían desarrollado sobre los territorios que antes el califato rigió directamente, y uno de éstos, el de los buyidas, había avasallado el mismo Bagdad. A principios del siglo XI, en Asia Central, a los samánidas, dinastía irania, sucedió la de los ghaznévidas, turcos, a los cuales se debió una reanudación de la guerra de conquista y el comienzo de la islamización de la India. La mayor parte del Irán central y occidental pertenecía, con Irak, a los buyidas ya mencionados, que fueran originalmente condotieros salidos de la ruda población montañesa de los dailemitas, en el Irán septentrional, pero ahora plenamente "aculturados". Los

kurdos dominaban en el noroeste iranio, en la frontera con Armenia.

Un punto común de estos diversos estados era el carácter cada vez menos indígena del ejército y consecuentemente de la autoridad política, a los que las poblaciones autóctonas, desarmadas, aceptaban como musulmanes, resintiéndolos a la vez como extranjeros, sentimiento que desarrollaba la proporción cada vez más importante de los elementos militares turcos.

Los países propiamente árabes de Asia, después de la hora del esplendor de los hamdánidas, de los que se volverá a hablar más adelante, estaban en manos de pequeñas dinastías semibeduinas, como la de los mirdásidas de Alepo. Egipto fue tomado en 969 por los fatimitas, dinastía de tronco oriental, pero anteriormente afincada en el Magreb, que permaneció allí hasta 1171, con algunas vinculaciones, antes de las cruzadas, en Siria y, más perdurablemente, en el Yemen, desde donde intentaron alcanzar la India. Hasta mediados del siglo XI los fatimitas fueron la más grande potencia del Cercano Oriente.

Esta enumeración política resultaría insuficiente si no agregamos que en el seno de los pueblos musulmanes diversas sectas religiosas rivales habían nacido de la elaboración misma del islam, y que no todos los diferentes estados pertenecían oficialmente a la misma secta. Esto era de especial importancia en el islam, donde la religión y la política se implicaban estrechamente y donde la adhesión a tal o cual secta o familia espiritual entrañaba el reconocimiento o el repudio del califato de Bagdad como fuente de legitimidad. El califato de Bagdad estaba en manos de los abasidas, familia descendiente de un tío de Mahoma, Abbas; era sostenido por aquellos musulmanes, ciertamente mayoritarios, que se llamaban *sunnitas*, pero los buyidas se adherían al *shiísmo* o, más exactamente, a una de sus ramas, la de los duodecimanos, que reconocían por guía teórico de la comunidad a un *imán* oculto, descendiente de Alí, primo del profeta y de la hija de este último, Fátima; esperando que el imán reapareciera, se toleraba

al califa abasida para hacerse aceptar por los sunnitas, pero sin concederle poder alguno. En cuanto a los fatimitas,[2] toda una red de misioneros más o menos secretos propagaba su doctrina, el ismaelismo, conjunto cultural complejo que sostenía políticamente, contra el califa abasida, el anticalifato de El Cairo. La idea de que la salvación del califato "ortodoxo", el abasida, vendría del este se desarrolló en los medios ghaznévidas, pero su realización correspondió a otros. Esta redistribución político-religiosa se vio acompañada por una transformación del comercio. No vamos a insistir aquí sobre la importancia de las relaciones marítimas entre el Lejano y el Cercano Oriente en los siglos IX y X; su centro de atracción era entonces Bagdad, al que se llegaba partiendo del golfo Pérsico, y desde donde ciertas mercancías continuaban su ruta hacia los puertos sirios, y, sobre todo, hacia la otra gran capital, Constantinopla. Diversas razones, entre éstas la actitud del poder fatimita, conducirían en el siglo XI a una desviación de este comercio hacia El Cairo por el Yemen y el Mar Rojo.[3]

En Siria, que nos importa aquí particularmente, el desmembramiento religioso fue especialmente grande. El ismaelismo no había conquistado allí —ni, por otra parte, en Egipto— muchos adeptos entre los súbditos mismos de los fatimitas, pero el shiísmo duodecimano había ganado muchas tribus árabes del norte, sobre todo la de los kilabitas, que controlaban Alepo bajo la dinastía de los mirdásidas, mientras que la mayor parte de las del sur, y Damasco, eran sunnitas. Sin embargo, dos grupos de poblaciones cuyo origen sociocultural es oscuro se habían adherido a otras doctrinas: la de los nusayris, nacida en Irak, había encontrado al parecer su principal campo de actividad bajo los hamdánidas; luego, después de su caída, se había replegado en las montañas de Siria septentrional, a caballo sobre la frontera islámico-bizantina, y había adquirido caracteres nuevos heredados de las tradiciones de la población local, hasta entonces tan poco musulmana como cristiana. El secreto de que se rodeaban los nu-

sayris hace que su historia sea casi imposible de escribir, pero su sólido arraigo en los territorios que conquistarían los cruzados no presenta duda alguna. En cuanto a la otra doctrina, la de los drusos, que divinizaba al califa fatimita Hakim, se había fijado, para casi no salir de allí, antes de los tiempos modernos, en el Wadi'l-Taym, en el sur del Líbano. Se verá que pronto iba a unirse a ella otra rama del ismaelismo, la llamada de los *assassin*. Y por supuesto, se dirá, en ella había cristianos y judíos, también todos divididos. No es sorprendente que en este ambiente un cierto escepticismo haya tocado algunos espíritus, cuyo ejemplo más famoso es el poeta ciego Abu'l-Ala al-Ma'arri, pero no se debe generalizar. Las polémicas, y aun las hostilidades, pudieron ser ardientes, pero también lo fueron las manifestaciones de acercamientos interconfesionales.

Las poblaciones cristianas del Cercano Oriente no estaban menos divididas que las poblaciones musulmanas. Existían muchas iglesias cuya separación se remontaba a las querellas teológicas de los últimos siglos anteriores al islam, pero recubría en realidad las distinciones étnicas y lingüísticas. La Iglesia nestoriana, que había albergado antes del islam a los sasánidas en Irak y Asia Central, y los monofisitas jacobitas, que permanecieron antes del islam en el interior de las fronteras bizantinas, se repartían las poblaciones semíticas de lengua litúrgica aramea-siriaca. La Iglesia nacional armenia, la Iglesia copta de Egipto y la Iglesia etíope se adherían de cerca al monofisismo, pero eran autónomas. Autónoma también era la Iglesia georgiana, pero seguía fiel a la ortodoxia de Constantinopla. Los maronitas, herederos del monotelismo, no tenían aún importancia sino en las montañas libanesas. Subsistía un cierto número de cristianos del rito bizantino, pero que en Siria dependían de patriarcas autónomos (Antioquía y Jerusalén) y en Egipto, del patriarcado de Alejandría; éstos se arabizaron pronto lingüísticamente y son conocidos en el mundo sirio y musulmán con el nombre de melkitas.

Recordemos sólo brevemente que, en Irán, el zoroastrismo nacional vio levantarse contra él diversas formas de maniqueísmo que desbordaron sus fronteras. Subsistían también, aunque no se oye hablar de ellas, diversas sectas que han resurgido en los tiempos modernos. Todo esto da la imagen de un mosaico y, a pesar de una superioridad numérica sobre los musulmanes, en los primeros siglos, no pudieron constituir ante ellos un frente común. Por otra parte, las querellas seguían dirigiéndose más contra los bizantinos que contra los musulmanes recién llegados.

Los judíos se diferenciaban de los cristianos en que no constituían voluminosos grupos regionales, sino que estaban diseminados un poco por todas partes, sobre todo en las ciudades donde ejercían los oficios artesanales, o como mercaderes sobre las rutas de las caravanas internacionales.[4] Aunque divididos en dos categorías religiosas, los rabinitas y los karaítas, conservaron en cierta medida relaciones con sus correligionarios lejanos, a veces aun con los de la Europa cristiana (sin hablar del problema de los khazars[5] de Rusia meridional). Su principal centro cultural estuvo en Irak, pero su papel parece haber sido importante en Kairuán y en Italia meridional. En el momento de las conquistas árabes, se lamentaban de los bizantinos y de los visigodos, y se consideraron súbditos legales de los Estados musulmanes. Fue en su simbiosis con la civilización arabemusulmana que habrían de alcanzar su más grande desarrollo cultural en la Edad Media.

Socialmente —baste por el momento recordarlo con brevedad para volver a ello un poco más adelante— el Cercano Oriente, al menos en sus porciones vitales, se diferenciaba de los pueblos circundantes por el grado elevado de su urbanización y la intensa actividad de su artesanado y de su comercio local e internacional. Es verdad que la mayoría de la población seguía siendo campesina, libre en principio pero sujeta de hecho a la aristocracia burguesa y militar. El desarrollo de la burguesía de los siglos III al IX y IV al X fue considerable, pero no tanto como

para impedir a la aristocracia militar controlar prácticamente el gobierno y la tierra.

Recordemos finalmente, en pocas palabras, que la sociedad musulmana medieval fue esclavista, más masiva y más durablemente que la europea, incluso más que la mediterránea, en la alta Edad Media. Pero conviene notar que la esclavitud de la que se trata es doméstica y artesanal, urbana, nunca asociada con el trabajo de la tierra. Una excepción importante es la esclavitud militar, que en Oriente es de reclutamiento casi exclusivamente turco. En cuanto a los esclavos civiles, éstos son en su mayoría negros o eslavos, quienes en el Occidente musulmán desempeñan también las funciones militares.

En los siglos x y xi se había asistido, en todo el Cercano Oriente árabe, a un proceso de beduinización que no significó quizá un aumento de la proporción numérica ni del papel económico de los beduinos, sino, por la dificultad para los pequeños príncipes de reclutar otros ejércitos, un recrudecimiento de su papel político-militar. En una situación intermedia estuvieron en el siglo x los hamdánidas de Mosul y de Alepo. En el siglo xi eran realmente nómadas los mirdásidas en Alepo y los uqaylidas en Mosul. En esta atmósfera se habían constituido en la mayor parte de las plazas milicias indígenas, los *ahdath*, cuyo jefe, el *ra'is*, ejercía un poder más o menos autónomo frente al príncipe o al gobernador. Esta autonomía debía conducir ulteriormente, bajo los príncipes turcos, a conflictos abiertos que encontraremos después.

En cuanto al Occidente musulmán, a pesar de los lazos culturales y económicos con el Oriente, llevaba una vida políticamente muy distinta de la de éste. En España tuvo un periodo de poder con el califato de Córdoba, pero en el siglo xi éste se desintegró en múltiples principados rivales. El Magreb oriental había estado unido por los fatimitas, y Marruecos, por los idrísidas; pero desde la partida de los fatimitas hacia Egipto el desmembramiento recomenzó también allí y fue aún más grave en Marrue-

cos. Los vasallos dejados por los fatimitas, los ziridas, después de un cierto tiempo, rompieron religiosamente con ellos; para vengarse el gobierno de El Cairo envió al Magreb a los beduinos batalladores, los hilalidas, cuya intervención, combinada con otros factores, debió iniciar o agravar y acelerar un periodo de decadencia económica y política. Sicilia quedó prácticamente abandonada a sí misma.

Después de las cruzadas mismas, la propaganda orquestada en torno a ellas, y la mayor parte de la historiografía moderna que se ha edificado a partir de ellas, compusieron y nos transmitieron, como una verdad implícita más o menos evidente, la imagen de un islam perseguidor del cristianismo. No está sujeto a discusión que tal fue la convicción sincera de los hombres que tomaron la cruz después del concilio de Clermont. Pero su sinceridad no basta para establecer que no cometieron algún error. El deber del historiador moderno es, en la medida en que parece que los contemporáneos de los hechos tuvieron una opinión falseada, explicar las razones de esta deformación.

No sé si existe una religión cuyos adeptos no la hayan considerado superior a las otras, y que exijan esforzarse por lograr su triunfo sobre las demás. Si el cristianismo primitivo no contemplaba operar sino por la palabra, el cristianismo victorioso de la Edad Media no vio dificultades para recurrir a las guerras defensivas y aun a las ofensivas (desde Carlomagno con los sajones) para preservar y ampliar el territorio de la verdadera fe. No hay, pues, nada de particular en que el islam se presente, en su nacimiento, como una religión de combate y haga de la guerra santa, el *djihad,*[6] un deber. Pero para este principio, como para muchos otros, lo esencial no es tanto recordar como estudiar de qué manera ha sido aplicado en el curso de la historia.

Mahoma, el profeta del islam, se educó a fines del siglo VI y principios del VII en un medio humano de Arabia que integró, bajo formas populares, ideas judeocristianas. Cuando oyó la voz de Alá, no dudó de que el Dios que hablaba fuese el Dios de

Abraham, de Moisés y de Jesús. Consideró que su revelación era, en sustancia, la misma que la que los profetas (entre ellos Jesús) habían recibido y de la cual sólo a él había sido enviada una visión definitiva, más completa y mejor preservada de las deformaciones que los judíos y cristianos habían hecho sufrir a su mensaje. Él se concibió, pues, originalmente, como el último profeta de una única y eterna religión, y no como el predicador de una nueva. Es verdad que, puesto que los judíos y los cristianos se rehusaron a reconocerlo como tal, se encontró instituyendo efectivamente frente a ellos una religión nueva. Jamás, sin embargo, se borró del islam la idea de que el "Libro" de los judíos y de los cristianos era un libro auténticamente valioso, que su religión participaba de la verdadera religión, y que sus fieles tenían derecho a consideraciones que no merecían los infieles completos. Ciertamente, desde el principio, cuando el profeta quiso constituir en Yathrib (Medina) una base social homogénea, expulsó o masacró a los judíos que rehusaron reconocer su misión y que tomaron partido por sus adversarios. Pero el islam nunca atribuyó a este hecho valor de precedente fuera de los "territorios de guerra". Por el contrario, reconoce los acuerdos que Mahoma mismo, fuera de Yathrib, concluyó después con los judíos de Khaiber y los cristianos de Nedjrán, quienes aceptaron su dominación. El núcleo de los mismos era que todos los habitantes tenían derecho a escoger entre el islam y su antigua religión; si la conservaban, debían reconocer la supremacía política del islam, en particular por el pago de un impuesto y, naturalmente, abstenerse de atacarlo; tras lo cual tenían derecho, en la línea de las antiguas tradiciones árabes, a una forma de hospitalidad contractual *(dhimma)*[7] que les aseguraba el respeto de sus personas, de sus bienes y de sus cultos. Si bien esto no era, evidentemente, la concepción moderna del Estado no confesional, que nadie tenía entonces, al menos fue, de hecho, una de las formas más amplias de tolerancia que cualquier sociedad de entonces practicara.

Las condiciones de las conquistas árabes, que hicieron del islam, en algunos años, dueño de territorios inmensos que se ex-

tendieron del Asia Central al Atlántico, reforzaron este comportamiento. A los árabes, quizá unos 200 000 inmigrantes, les hubiera resultado imposible —aun de haberlo querido— avasallar las religiones de decenas de millones de hombres, herederos de viejas y sólidas culturas. Lejos de intentar esto, extendieron de hecho el beneficio de la condición de protegidos, *dhimmis*, a los zoroastrianos y a otras confesiones menores. Todo debe juzgarse dentro del contexto de la historia, y el contexto es aquí que en vísperas de la conquista hubo cismas en el seno de la cristiandad, que la mayor parte de los cristianos de Oriente se consideraban perseguidos y atormentados por la Iglesia ortodoxa romano-bizantina, y que los maniqueos de Irán no lo eran menos por el clero zoroastriano ligado a la dinastía imperial persa de los sasánidas. La conquista árabe puso a atormentadores y atormentados en un pie de igualdad. No fue una ventaja despreciable para nosotros, había de escribir más tarde un obispo monofisita sirio, ser liberados de la tiranía de los romanos (esto es, de los bizantinos).[8] Esta situación fue, por otra parte, uno de los factores de la extraordinaria facilidad con la que se realizó la mayor parte de las conquistas árabes. La expansión del islam fue vivida frecuentemente, por aquellos sobre cuyo territorio se efectuaba, como una liberación; casi nunca se percibía como una amenaza contra la propia fe. Y hubo también cristianos que admitieron, por una especie de reciprocidad, que había cierta autenticidad en el mensaje transmitido por Mahoma.[9]

Es perfectamente cierto que la guerra santa era el deber de la comunidad musulmana; deber colectivo, no de cada individuo. Se llevó a cabo, durante cierto tiempo, contra diversas fronteras, incluidas las cristianas, aún después que la resistencia bizantina y carolingia, bajo la forma de incursiones periódicas, contribuyó a poner fin a las conquistas. Pero hay que distinguir dos cosas: se ataca, se despoja, se mata, si es posible, a la gente del "territorio de guerra" que no está sometida al islam; se protege inmediatamente a quienes se someten y entran en "territorio del islam".

Nada sería más falso que concluir, de la realidad de la guerra santa exterior, una intolerancia interior; y los mismos califas que emprendieron la guerra santa contra los bizantinos emplearon como altos funcionarios y recibieron a cristianos, incluso de rito griego, como el padre de San Juan Damasceno, jefe de la comunidad de Damasco, donde, a la vez, no se veía nada raro en esto. Por otra parte, la guerra santa ofensiva se relajó pronto, no interesando ya, desde el segundo siglo de la hégira, sino a los habitantes de las fronteras, los mismos que a menudo fraternizan, entre dos correrías, con sus contrincantes del otro lado. A principios del siglo x de nuestra era (iv del islam) casi no hay ya combatientes de la fe, *ghazis*, sino en Asia Central, frente a los paganos nómadas y bandidos, aspecto nuevo de la lucha secular de los iranios contra los turanios, que nada debía al islam.

Es verdad que a mediados del siglo x el espíritu de guerra santa volvió a soplar brevemente sobre las fronteras bizantinas dando origen, de una parte y de otra, a los romances caballerescos, griegos o árabes, comparables a nuestro Rolando;[10] pero es que una ofensiva había partido del lado bizantino —esto, visto desde allá, fue una contraofensiva al cabo de tres siglos— y se trataba así, en realidad, de una *djihad* defensiva en su principio, aun si la práctica consistía en incursiones profundas en territorio enemigo. El príncipe hamdánida de Alepo, Sayf al-Dawla, obtuvo de sus hazañas en esta guerra un renombre que orquestaron los poetas de su corte. Pero esto no fue sino una llamarada, y por el contrario, cuando en el siglo xi Siria se encontraba repartida entre muchas confesiones políticas y religiosas, en querella permanente, ningún país mostró mejor su indiferencia religiosa en materia política, las combinaciones entre el Bizancio cristiano y uno u otro príncipe musulmán contra otros príncipes musulmanes, no obstante que, en el sur, los fatimitas, después de la excepcional persecución de Hakim, concedieron al emperador bizantino una especie de protectorado sobre sus correligionarios de Tierra Santa. Si en el curso del siglo xi se produjo un cambio, és-

te no vino de allá, sino de los flancos del mundo musulmán, Asia Central y el Sahara, y también de iniciativas europeas. Retomaremos la cuestión más adelante.

En el interior de los estados musulmanes la situación de los no musulmanes es, pues, correcta. Este hecho no excluye que, sobre todo en los siglos IV al X, haya habido un amplio movimiento de conversión cuyas causas no podemos analizar aquí en detalle; entre ellas, sin persecución alguna, la presión social natural de los medios dominantes seguramente desempeñó un papel, mientras que la aculturación del islam y la interconfesionalidad de la vida intelectual facilitaron el tránsito de una creencia a la otra. El resultado de este movimiento fue, evidentemente, que la proporción de los no musulmanes, cristianos en particular, después de haber sido mayoritaria, devino minoritaria, lo cual disminuyó las tensiones, pero sin ruptura, y nada parece dar la impresión de que los interesados hayan sentido que su situación era más dura que antes. Importa tener presente en el espíritu esta conclusión para comprender ciertos aspectos del comportamiento de los ortodoxos cuando se produjeron las cruzadas.

No seamos ni idílicos ni anacrónicos. Los *dhimmis* sufrieron tratos discriminatorios ante el fisco, que era la justicia interconfesional; se repitieron periódicamente, lo que demuestra que eran inoperantes, las distinciones vestuarias (cuya razón primera era prevenir el espionaje o las confusiones prácticas incompatibles con la confesionalidad de las leyes); existía la prohibición de levantar nuevos edificios de culto (que siempre podía eludirse con dinero); hubo la interdicción bajo pena de muerte, raramente aplicada, de insultos al islam y de la apostasía de los conversos; hubo, con frecuencia, por parte de los musulmanes, una especie de desprecio aristocrático; bien considerado y comparado todo con las otras sociedades de la época, no parece que la vida haya sido dura para las confesiones no musulmanas; aquellos que, en las fronteras, habrían podido emigrar no lo hicieron, y hay múltiples ejemplos de altos cargos y de grandes fortunas, tanto entre

los *dhimmis* como entre los musulmanes. La cultura cristiana se perpetúa, aunque un poco esclerosada como consecuencia de la disminución de sus relaciones con el resto de la Iglesia; la cultura judía se desarrolla y el mundo musulmán fue, cultural y económicamente, el paraíso de los judíos entre los siglos IX y XI. Y más que de culturas autónomas, fuera de los asuntos de la fe, se trata más bien de participación en esta vasta civilización a la que, a falta de otro nombre, hay que llamar musulmana, pero en la cual fraternizan, en el dominio científico sobre todo, médicos y sabios de todas las confesiones. En la vida cotidiana se podían encontrar oficios predominantes en una confesión, agrupaciones en torno a los edificios del culto, etc., pero nunca hubo segregación; jamás existió allí el equivalente del gueto. Podían producirse —aunque raras veces por razones directamente confesionales— accesos de cólera de la muchedumbre, pero el poder intervenía en favor del orden, exigiendo el pago de una indemnización. Las expresiones de descontento que se oían quizá en bocas cristianas se dirigían, entre poblaciones específicas, como los kurdos, contra los agentes del fisco, frente a los cuales los musulmanes no tenían menos de qué quejarse.

Existe, es verdad, una literatura de polémica confesional, de la cual han llegado hasta nosotros diversos ejemplos.[11] Los príncipes, los poderosos, se complacían en organizar discusiones entre doctores, cuyo resultado se conocía de antemano. Con frecuencia servían para reafirmar, entre los sacerdotes de cada confesión, las convicciones de sus seguidores, y para favorecer o combatir las tendencias a la conversión. Se explica así que no hubiera un verdadero diálogo. Ni unos ni otros manifiestan cómo ven a los demás; se contentan con repetir lo que se ha dicho sobre los herejes asimilados, o las enseñanzas de los maestros autorizados de la Iglesia, y si los más conscientes quieren ir más lejos, leyendo el Corán o la Biblia, no retienen más que aquello que les importa. En realidad es poco verosímil que un musulmán recibiera alguna vez un opúsculo de apología judía o cristiana ni un judío o cris-

tiano una apología del islam. *A fortiori* es lo mismo cuando la discusión ha tenido lugar por encima de las fronteras; hay una notable literatura griega bizantina antiislámica, destinada a enfervorizar los corazones de los combatientes, a animar a los fronterizos contra el adversario musulmán.[12] Volveremos después, al hablar de la mentalidad de los cruzados, sobre ciertos temas de estas literaturas. Baste decir aquí que tienen poca relación con las verdaderas condiciones de las relaciones entre los fieles de las diversas confesiones.

Sin embargo, una persecución del "pueblo del Libro", puesto que desembocó en la destrucción del Santo Sepulcro en Jerusalén, tuvo gran resonancia entre los peregrinos y, narrada por ellos en Occidente, pudo alimentar más tarde la propaganda de las cruzadas:[13] fue la emprendida por el califa egipcio Hakim precisamente al inicio del siglo XI. Él era de origen tan poco anticristiano que se casó con una hermana de los patriarcas hermanos de Jerusalén y de Alejandría. Pero un buen día dictó medidas que terminaron por no dejar a los *dhimmis* más elecciones que exiliarse, convertirse o morir de hambre. Estas medidas fueron revocadas por él mismo al cabo de ocho años y más completamente por sus sucesores. Hakim fue, por otra parte, un desequilibrado que pretendió prohibir a las mujeres toda forma de salida y proscribir las más inocentes distracciones; en el crepúsculo de su vida se declaró encarnación de Dios. No se lo puede considerar representante del islam normal. La dinastía a la cual pertenecía, la de los fatimitas, profesaba, es verdad, una doctrina particular, el ismaelismo, pero Hakim la interpretaba a su manera. De hecho, este régimen, en su conjunto, le dio a cristianos y judíos, antes de Hakim, tal preeminencia en la administración, tan buena acogida en las relaciones exteriores, que sus adversarios lo acusaron de una especie de sincretismo disimulado y de rechazo al islam.

Ciertamente hubo en el islam manifestaciones de intolerancia, pero fueron sobre todo de uso interno: ejecución del místico Halladj (principios del siglo X), persecución de los maniqueos

que intentaban "maniqueizar" desde adentro al islam (fin del siglo VIII), medidas contra los agentes ismaelitas, etc. Estas manifestaciones fueron raras durante tanto tiempo que el cisma religioso no tomó aspecto de oposición o de escisión política, y la misma forma de la cruzada antifatimita, en la cual los mejores piadosos ortodoxos intentaron, en el siglo XI, expulsar a los recién venidos turcos selyúcidas, no pudo movilizar a las muchedumbres y abortó.

La imagen del mundo musulmán hasta el siglo XI es, pues, la de una sociedad multiconfesional muy notable, donde el islam domina políticamente, pero donde subsiste sin problema una proporción considerable de fieles de otras confesiones, en una simbiosis de la que se buscarían inútilmente, entonces, los equivalentes en otras sociedades.

II. EL CERCANO ORIENTE EN EL SIGLO XI; EL ÁFRICA OCCIDENTAL

Tal era la situación a mediados del siglo xi. En ese momento, tanto en Oriente como en Occidente, se produjeron trastornos, en parte comparables, que crearon condiciones nuevas.

En Occidente, los bereberes, reciente y sumariamente convertidos desde los confines sudanosaharianos, habían constituido una especie de orden militar; por el nombre de los fortines *(ribat)* donde habitaban, se les llamó al-Murabitun, que convertimos, siguiendo a los españoles, en los almorávides. Los ambientes pietistas del Magreb occidental, a los que molestaba lo que consideraban la descomposición moral y política de su sociedad, los llamaron para dar el "escobazo" necesario; comenzaron por ocupar Marruecos, y después una parte del Magreb central. Fueron así vecinos de España, donde sus costumbres rudas y su intransigencia de novicios repugnaron a los refinados; pero algunos, aquí también, sufrieron la semianarquía política; los vecinos cristianos del norte, lo veremos, iniciaron, al amparo de esta anarquía, una "reconquista" victoriosa. De los dos peligros había que escoger el menor, y se llamó a los almorávides para que aplastaran a los "francos" y reconstituyeran en su provecho la unidad de la parte musulmana de la península. Así reapareció en Occidente una forma de islam combativo, respondiendo a la nueva combatividad cristiana.

Los acontecimientos de África del Norte tuvieron repercusiones lejanas. La declinación económica del país, al privar a la gente del litoral de ciertas fuentes de comercio, las redujo, como anteriormente fue, en sentido inverso, el caso de ciertos italianos o españoles,[1] a la piratería, lo que hizo a los italianos más sensibles a la necesidad de una policía de los mares. Pero al mismo tiempo, puesto que ya no se podían encontrar en el Magreb los productos que allí llevaban antes las caravanas o las flotas que venían de

Egipto, esto suscitó entre los italianos la tentación de ir a buscarlos directamente a Oriente. Esta necesidad fue sentida, por otra parte, desde antes de la invasión hilalida, por los judíos de Kairuán, quienes desplazaron progresivamente sus centros de actividad hacia Egipto, por un lado, e Italia meridional, por el otro.[2] Su ejemplo allanaba el camino a los italianos, que pronto habrían de suplantarlos.

En Oriente la transformación se extiende a dominios más vastos y alcanza resultados más complejos. Allí el elemento nuevo es proporcionado por los turcos: no esos turcos que, desde hacía dos siglos, estaban enrolados en los ejércitos y no guardaban ningún lazo con sus pueblos de origen, aún paganos y que continuaban en la estepa centroasiática, sino un pueblo turco, los oghuz, llamados en general turcomanos, también recientemente convertidos al islam, que acababan de instalarse en territorio musulmán tradicional y allí daban el poder a sus jefes, los selyúcidas. Éstos supieron apoyarse en los elementos ortodoxos indígenas, que azuzaban al desmembramiento político y más aún al desmembramiento confesional del islam de Oriente. Gracias a la unión de la fuerza militar que representaban los turcomanos con la aristocracia ortodoxa irania, el imperio de los selyúcidas, que habían empujado a los ghaznévidas hacia los confines hindúes, se extendió rápidamente a todo el Irán y después a Irak, suprimiendo a los buyidas shiítas (1055). Y el califa, al dar al conquistador Toghroul-Beg los títulos de sultán y de "rey del Este y del Oeste", le confió la misión de completar la reunificación político-religiosa del Asia musulmana y, además, de combatir el anticalifato ismaelita fatimita de Egipto. Sin embargo, este género de guerra, en regiones de clima muy caliente para sus animales, y donde la política impedía el exceso de pillaje, interesó poco a los turcomanos. En cambio, se sintieron atraídos hacia las planicies de Anatolia y desde luego las armenias, del Imperio bizantino, donde sus incursiones podían combinarse con la idea simple de la guerra santa, aprendida en Asia Central de los musulmanes que los habían combatido cuando eran paganos. Por el temor de que

llegaran a ser autónomos, y por tanto inutilizables, los selyúcidas mismos debieron animarlos en este camino, lo cual, por otra parte, realzaba su prestigio ante los musulmanes indígenas aún sensibles al recuerdo del *djihad* de los tiempos heroicos. Así comenzó todo un proceso de penetración turca en Asia Menor, facilitado por las luchas intestinas entre los armenios y los griegos y entre los bizantinos mismos. Cuando el sultán Alp Arslan, en 1071, hubo aniquilado al ejército del emperador romano Diógenes en Mantzikert, nada impidió ya el establecimiento de los turcomanos en un territorio donde, sin programa preciso, por el simple hecho de las desorganizaciones que causaban, pusieron prácticamente fin al régimen bizantino. Para el sultán, para quien el Imperio de Rum era una especie de entidad eterna de la que se podía, si acaso, discutir las fronteras, y para los turcomanos, que no tenían aún explícitamente la noción de un Estado propio, el objetivo no era la anexión del Asia Menor; pero con la excepción provisional de las costas, esto fue de hecho lo que se produjo.

En cuanto a la lucha antifatimita, no había ido más allá de Siria-Palestina. Al menos toda la Mesopotamia y Siria-Palestina, con excepción de los puertos (Trípoli independiente, el resto de los egipcios), se libraron en adelante del Imperio selyúcida. En todos los países conquistados, los sultanes selyúcidas emprendieron, frente a la laxitud confesional anterior, una obra de reconstrucción ortodoxa. Ésta consistió menos en persecuciones que en estímulo material a las escuelas ortodoxas, a las mezquitas, a los conventos de las órdenes místicas que comenzaban entonces a aparecer. Sin embargo, un grupo organizaba una forma terrorista de resistencia, y aquí es necesario hacer un rodeo. En Egipto, con los fatimitas, se había producido una escisión entre partidarios de dos pretendientes; contra el vencedor, los ismaelitas de Irán (que permanecieron fieles al vencido, Nizar) desarrollaron una doctrina renovada, pero sobre todo, frente a los selyúcidas, iniciaron formas de acción adaptadas a las circunstancias. Agrupados en Irán septentrional en torno a la fortaleza de El Alamut,

emprendieron una política antiselyúcida y antiortodoxa en la cual la muerte desempeñó un gran papel, de aquí el sentido del nombre que les daba el pueblo: borrachos de hachich, *hashishiyum* (asesinos). Habrían de establecer, hacia el momento de la llegada de los cruzados, un importante grupo secundario en Siria septentrional.

Bajo el sucesor de Alp Arslan, Malikshah, y el gran ministro de éste, Nizam al-Mulk, el imperio alcanzó a la vez su mayor extensión y una calidad de organización pacífica desde mucho tiempo atrás desconocida en esas regiones.

Sin embargo, este imperio, como otros, contenía gérmenes de debilidad, y desde la muerte de Malikshah (1092) se inició un proceso de descomposición que, en particular en las zonas exteriores, como Siria, que iba a concernir a las cruzadas, había llegado, desde antes de su arribo, a un desmembramiento semianárquico. Al sultán supremo se opusieron los parientes rivales, por lo mismo obligados a desinteresarse de lo que pasaba lejos y a prestar la asistencia de sus oficiales por concesiones que debilitaban proporcionalmente al gobierno del imperio. Casi en seguida, el Khurasán, con sus anexos (Irán nororiental y Asia Central), tomaron de este modo un camino autónomo, y los turcomanos de Asia Menor, a su manera, que no implicaba aún la organización de verdaderos estados, hicieron otro tanto. En la alta Mesopotamia los gobernadores de Mosul se hicieron semiindependientes, pese a lo cual no pudieron impedir la instalación, en la cuenca superior del Tigris, de una serie de jefes turcomanos, entre los cuales poco a poco habían de emerger los artúkidas. En Siria disputaban los sobrinos de Malikshah, Rudwan y Duqaq, éste dueño de Damasco, aquél, de Alepo, y diversos altos oficiales turcos o señores árabes se habían constituido o reconstituido en pequeños principados, como en Homs o en Jerusalén —este último posesión de los artúkidas ya citados— o aun en Trípoli, posesión de sus cadíes shiítas. Si Bizancio estuvo entonces en situación de aprovechar estas querellas para volver a poner un pie

en Siria, no sucedió lo mismo con sus antiguos súbditos armenios, que se habían asentado entre Siria-Mesopotamia árabe y el Asia Menor turca, de un extremo al otro del Tauro, territorios prácticamente independientes incluyendo Edesa y Melitene (Malatya). Los fatimitas poseían aún los puertos de la mitad meridional de la costa siriopalestina y en 1098, al amparo de las cruzadas, volvieron a meter mano en Jerusalén, a la que no creían, quizá, menos ambicionada por ellos que por las antiguas expediciones bizantinas.

Tanto bajo el dominio "árabe" tradicional como bajo los nuevos regímenes de dominio turco, los musulmanes, aunque estaban llegando a ser mayoritarios en casi todas las regiones (salvo en Asia Menor), continuaban relacionándose con los súbditos no musulmanes: algunos judíos en la mayor parte de las ciudades, los residuos zoroastrianos en Irán, y sobre todo en lo que nos concierne aquí, los cristianos numerosos en toda la "Medialuna de las Tierras Fértiles" (Siria-Mesopotamia-Irak), en Egipto y en Asia Menor. Pero es importante recordar que, contrariamente a los primeros cruzados, estos cristianos no eran miembros de una iglesia única. Ninguna de estas comunidades dependía de Roma. En el interior del Imperio bizantino la gran mayoría de los creyentes dependía de la Iglesia oficial de Constantinopla, cuyo credo correspondía al de la Iglesia romana, bajo reserva de una fórmula equívoca (el *filioque*) en esta última, pero cuya organización difería de la del Occidente latino y cuyo patriarcado acababa de romper con el papado (1054), en circunstancias que sin duda no parecieron a los contemporáneos más graves que en las repetidas ocasiones anteriores, pero cuyo resultado fue un cisma que iba a durar hasta nuestros días. Existían, también, pese a la separación política, fieles de rito griego, los melkitas, en Egipto, en Siria, en Mesopotamia; pero en su mayor parte (aun en la provincia norsiria de Antioquía, reconquistada por los bizantinos) estaban lingüísticamente arabizados y obedecían a los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, iguales en dignidad al de Constantinopla, mucho más reservados que éste en su comportamiento

frente a una Roma de la que venían ahora los peregrinos, es decir, los mercaderes, en número creciente. Sin embargo, el mayor número de los cristianos de Oriente dependía, se ha visto, de otras iglesias desde hacía mucho tiempo separadas de Roma y, en consecuencia, de Constantinopla. No decimos sino una palabra de los maronitas, quienes después de una migración confusa se agruparon en el Líbano, donde se quedaron para siempre. Subsistían, además, los nestorianos en Irak y Asia Central y hubo siempre, de Armenia a Egipto, tres iglesias más o menos monofisitas: la Iglesia nacional armenia, de la cual, sin embargo, se habían separado los grandes personajes deseosos de hacer carrera en Bizancio y conciliados con la Iglesia griega; la Iglesia jacobita de lengua litúrgica siriaca, representada sobre todo entre los semitas ampliamente arabizados de Mesopotamia (comprendida aquí la región de Melitene/Malatya en Anatolia oriental) y de Siria; por último, la Iglesia copta de Egipto, enteramente arabizada también en su lengua religiosa, desde el siglo x. Todas estas iglesias eran hostiles a la Iglesia de Bizancio y aceptaron el dominio o, para Armenia oriental, el protectorado musulmán. Aun las discusiones doctrinales ulteriores y la pérdida de una parte de sus fieles atraídos por el islam poco hicieron para suprimir esta hostilidad, y el comportamiento agresivo de la Iglesia bizantina (no hablo, desde luego, de Roma, prácticamente ausente e ignorada) en las provincias reconquistadas de Asia Menor y de Siria en los siglos x y xi no sirvió para reconciliarlos. Las discrepancias sobre el dogma y sobre la atribución de los bienes de las iglesias, el encarcelamiento y la persecución ocasionales de jefes armenios y monofisitas, entrañaron un clima cuyo significado apareció plenamente en el momento de la conquista turca. Es casi indudable que, aun en Jerusalén, la especie de protectorado que ejerció en el siglo xi Bizancio sobre los cristianos de esta ciudad benefició más a los "griegos" que a los "nativos".

Los cruzados llegaron a Oriente inmediatamente después de la invasión turca, y la Europa del siglo xi, habituada a ver en los

turcos a los opresores de los pueblos cristianos, les ha atribuido tradicionalmente el agravamiento de las condiciones de vida de los cristianos, que en desquite habrían emprendido la cruzada. Pero bajo el islam árabe los cristianos de Oriente no tenían salvación posible sino mediante la intervención del Occidente. Esta afirmación reposa sobre confusiones que nueve siglos no han bastado para disipar.

Conviene distinguir tres categorías de cristianos, desde el punto de vista en que nos situamos ahora: los de Asia Menor, los de los países antiguamente bajo la dominación musulmana y en ese momento en manos de los turcos y, por último, los peregrinos occidentales en Tierra Santa.

Nadie negará que la invasión turca constituyó en ocasiones una experiencia trágica para las poblaciones cristianas de Asia Menor. Hay que hacer solamente tres reservas: primero, que los turcomanos no se condujeron mucho mejor ante sus correligionarios árabes o persas; después, que las características del periodo de conquista no deben hacerse extensivas al de estabilización; y, en tercer lugar, que por lo mismo hay que distinguir entre la Iglesia bizantina y las otras, y que los fieles de estas últimas, aunque también padecieron, no vieron con malos ojos el "castigo" que se abatió sobre la primera. En la época en que se predica la cruzada se está todavía en la fase de conquista, aunque, excepto en las fronteras, hubiera ya tendencia a la estabilización. En ese momento ¿cuál es el balance? La jerarquía eclesiástica bizantina ha sido casi completamente expulsada, menos por una decisión de intransigencia de los invasores que porque ella juzgó muy dura la vida y tuvo el medio de replegarse sobre el territorio griego; quedan, no obstante, los sacerdotes, los monjes y, desde luego, los fieles, que practican su culto en el Asia Menor occidental y central (Capadocia occidental, donde subsisten las famosas "iglesias rupestres").

Pero al este de Capadocia oriental, el Asia Menor pertenece en gran medida a la Iglesia nacional armenia, y en las regiones de

Malatya, de la extremidad del Tauro, del Éufrates medio y de la alta Mesopotamia (Diyar Bakr), a la Iglesia monofisita jacobita. Aquí, una vez pasada la tempestad de la conquista, los cristianos se acomodaron a convivir con los vencedores quienes, si bien continuaban siendo ásperos, batalladores, seguramente difíciles en ciertos aspectos, los protegían a su manera y, en todo caso, los libraban de los embates de la antigua Iglesia bizantina. Sabemos que los monjes siriacos, quizá de la región de Mar'ash, con ocasión de la guerra entre el jefe local armenio Philareto y los turcos de Suleimán ibn Qutlumush, se refugiaron en Egipto, donde encontraron antiguos emigrados;[3] pero la inmensa mayoría se quedó, y la sucesión de los hechos muestra que fueron restablecidos después de la tormenta. Aunque no tengamos otro ejemplo preciso que el de Antioquía, es verosímil que en diversos casos los cristianos nativos se beneficiaron con la desaparición de la Iglesia griega, en lo que respecta a los edificios del culto que tomaron de ésta y que les fueron asignados por los nuevos amos —por un cálculo político simple—, y no transformados en mezquitas. Se tenía conciencia tan clara de estos hechos en Constantinopla que allí se trataba como sospechosos a los cristianos no griegos de Anatolia que aún se aventuraban por ahí.[4]

Pasemos ahora a los antiguos países musulmanes, comprendida en ellos, desde luego, Siria-Palestina. Allí la decadencia bizantina benefició, de hecho, a ciertos cristianos. Atsiz, el conquistador de Jerusalén, al no poder nombrar comandante de la ciudad a un musulmán, que habría sido sospechoso de simpatías fatimitas, instaló allí a un jacobita. En 1076 Atsiz ahogó en sangre una revuelta en Jerusalén, pero, contrariamente a lo que se repite con frecuencia, se trató de musulmanes: los cristianos, a los que excepcionalmente, en razón del carácter interconfesional particular de la ciudad, el gobierno fatimita había agrupado recientemente en barrios especiales —al igual que a los judíos—, fueron perdonados. También el patriarca griego Simeón, quien, contrariamente a sus cofrades de Asia Menor, no representaba el

poder temporal de Bizancio, fue autorizado a permanecer en Jerusalén. El autor copto de *La historia de los patriarcas de Alejandría*, un contemporáneo (la obra, colectiva, se continúa de generación en generación) alaba a Atsiz, lo cual es tan notable que se lamentará después de los cruzados. Es verdad que los turcos se rehusaron a creer en el milagro del fuego sagrado que cada año, en Pascua, descendía del cielo para encender un cirio en la iglesia del Santo Sepulcro, pero más tarde, cuando llegaron los francos, el milagro esperó dos años antes de producirse, bajo amenaza. Cierto es que Artuq debió herir la sensibilidad cristiana cuando disparó una flecha al techo de la iglesia del Santo Sepulcro, pero esto debe interpretarse, sobre todo, como la tradicional manera turca de significar una toma de posesión, y no como un gesto particular de desprecio religioso o de intolerancia.[5]

En general, en todas las regiones integradas al Imperio selyúcida la situación de los cristianos fue normal. Los turcomanos hicieron cosas de las que todos, tanto los musulmanes como los no musulmanes, hubieron de lamentarse, pero la organización fue casi inmediata y los selyúcidas, ortodoxos rigurosos, se constituyeron en defensores respetuosos de la ley musulmana, comprendida en ella el estatus de los no musulmanes. Si hubo intolerancia, fue dirigida, recordémoslo, no contra éstos, sino contra los ismaelitas del interior y del exterior y, más benignamente, contra los shiítas ordinarios. No se pretenderá que la influencia cristiana fuera todavía, al final del siglo XI, la que fue en el siglo IX: el periodo intermedio quedó marcado por conversiones tan numerosas que en lo sucesivo los cristianos fueron minoritarios, y la necesidad de emplearlos en la administración y en otras partes, contrariamente a lo que sucedía con los coptos en Egipto, decreció. Pero esto no interesaba casi al común del pueblo, y no puede atribuírsele a una intolerancia turca. Por lo demás, estamos hablando, evidentemente, de Irak y de Mesopotamia: en Irán no había cristianos, y este razonamiento se aplicaría a los zoroastrianos.

En todo caso, si a los reinos de los dos primeros grandes selyúcidas, Toghroul-Beg y Alp Arslan, los conquistadores del imperio, corresponden las incertidumbres y las dificultades de todo periodo de guerra y de fronteras móviles, el del tercero, Malikshah (1073-1092) y su célebre visir Nizam al-Mulk, es un periodo de organización que precede inmediatamente a las cruzadas. Sus beneficios pueden incrementarse por contraste con las angustias del periodo precedente, pero no son imaginarios. Lo que resulta notable es que coincidan las alabanzas de los autores musulmanes y los autores cristianos, pues éstos escribían en lenguas en las que no corrían casi riesgo al expresarse sinceramente. Puede ser que el estilo enfático de los armenios Mateo de Edesa, Sarcavag (en la cronografía de Samuel de Ani) y Esteban Orpelian dé una impresión de exageración, pero el tono es el mismo en el jacobita Miguel el Sirio y el nestoriano Amr bar Sliba (en árabe este último): se exaltan el orden, la seguridad, la justicia igual para todas las confesiones.[6] Es verdad que después de la muerte de Malikshah las querellas intestinas desgarraron el imperio, pero no alteraron la condición de los no musulmanes, y no tuvieron ningún carácter anticristiano. En 1097 los turcos hicieron prisionero al patriarca griego de Antioquía, Juan, y en 1099 los egipcios, que habían retomado Jerusalén, exiliaron a Simeón y a otros dignatarios melkitas; pero los cruzados estaban en los dos casos bajo los muros de la ciudad y no se pueden considerar las medidas tomadas sino como elementales precauciones.

Es un hecho establecido que los cristianos no griegos de Oriente no dirigieron llamado alguno a Occidente. El intercambio de cartas entre el papa Gregorio VII y el *Catholicos* (patriarca) armenio, su contemporáneo, destinado a reanudar las relaciones a espaldas del adversario griego común, no menciona nada al respecto. Además, aunque los orientales del dominio bizantino, desde hacía algún tiempo, hubieran entablado conocimiento con los mercenarios normandos comprometidos en el ejército bizantino, les hubiera resultado difícil imaginar el envío de un verdadero ejército de Occidente, aun de tener razones para desearlo.

Si se encuentran siempre aquí y allá lamentos estereotipados sobre el dominio de los infieles, nada permite pensar que se acentuaran con referencia a sufrimientos más precisos. Es verdad que el Occidente recibía la visita de monjes palestinos que reunían limosnas y trataban de suscitar la piedad de sus auditorios, pero ésta era una práctica antigua, exacerbada inmediatamente después de la destrucción del Santo Sepulcro por al-Hakim, y que no debió nada a la opresión turca. Sólo evocan hechos recientes y precisos los propagandistas bizantinos, lo cual es otro asunto.

Evidentemente la invasión turcomana hizo casi imposible el tránsito de los peregrinos occidentales por el Asia Menor en el momento en que la conversión de los húngaros al cristianismo hacía preferible, sobre todo para los alemanes, la vía terrestre a la marítima. Sin embargo, no hay que exagerar las consecuencias de este hecho, pues en Palestina la situación distaba de ser tan mala, y se podía llegar allí por mar. Palestina, se ha visto, le fue arrebatada a los fatimitas en 1071 por el jefe turcomano autónomo Atsiz, incorporada en 1079 al Imperio selyúcida en el patrimonio del príncipe Tutush, y finalmente convertida por éste, en 1086, en feudo de Artuq, el jefe turcomano que desde hacía largo tiempo estaba al servicio de los selyúcidas. No se niega que la primera llegada de los turcomanos haya sido momentáneamente causa de sufrimientos para la región, pero el orden se restableció muy pronto, y no es de dudar que la nueva fuerza turca haya ayudado a hacer entrar en razón a los beduinos, que fueron el principal factor de inseguridad durante largo tiempo antes de la llegada de los turcos. Es curioso que autores serios atribuyan a las conquistas turcas las desventuras de la gran peregrinación alemana de 1064, y sostengan que el conocimiento de los riesgos del tránsito incitó a los miembros de esta expedición a organizarla bajo la forma masiva que esta peregrinación revistió. Pero, además, la historiografía misma de la peregrinación[7] deja comprender bien que fue justamente el tamaño de la expedición, y la exhibición indecorosa de sus riquezas por parte de ciertos eclesiásticos, lo que agudizó el apetito de los beduinos, en 1064. En

todo caso, no se trata sino de beduinos, puesto que los primeros turcos no aparecieron por allí hasta 1071, y el verdadero responsable, si lo hay, es el Estado fatimita, ciertamente no por una voluntad de despojar a los peregrinos a los que cobraba provechosos impuestos, sino por su incapacidad para mantener el orden en sus posesiones exteriores. También, contrariamente a lo que se dice, la lección, que fue aprendida, era no suprimir las peregrinaciones, sino hacerlas más discretas. Para no hablar sino de la época turca, y recordando la escasez de nuestra documentación,[8] conocemos muchos ejemplos de peregrinaciones. Todo esto basta para probar que éstas no desaparecieron; simplemente se hacían ahora en parte por mar, sea partiendo de Constantinopla, para los peregrinos llegados de Europa Central, sea por los puertos italianos, sobre todo del sur, para los peregrinos occidentales. La conquista turca de Siria no alcanzó sino excepcionalmente los puertos, pero tenemos el ejemplo de un navío veneciano procedente de Antioquía en una fecha posterior a la toma de la ciudad por los turcos; y los hospicios de Amalfi, destinados a aquellos de los suyos que agregaban la peregrinación al comercio en los países vecinos, parecen haber funcionado bajo los turcos igual que antes. Tampoco es imposible que la caída del protectorado bizantino haya sido benéfica tanto para los cristianos indígenas como para los peregrinos no bizantinos. Las sevicias de las cuales se hacen eco los escritores cristianos, por otra parte con frecuencia posteriores a las cruzadas, que los peregrinos habrían tenido que sufrir, hacen sonreír un poco, hasta tal punto se trata de infundios como los que se arrojan a la cabeza en todo tiempo los adeptos de confesiones rivales, hasta tal punto las quejas prueban que Occidente no tenía idea alguna de las exigencias de un Estado administrado. Se comprende que los peregrinos que llegaban sin un centavo encontraran penoso tener que pagar un derecho de entrada a la Ciudad Santa, pero otro tanto debían hacer para la travesía del Imperio bizantino, y no se puede ver aquí un signo de intolerancia. Por añadidura, el caso más doloroso que nos es conocido, el de los peregrinos impedidos, por falta de dinero,

de entrar a los lugares santos, es contemporáneo de una peregrinación del conde de Anjou Foulque Nerra, dos tercios de siglo antes de la aparición de los turcos en esta región. Ninguno de los autores orientales, ya sean cristianos o musulmanes, ha hablado de malos tratos sufridos por los peregrinos. Cuando al-Azimi, un vecino musulmán de los francos, hace una alusión vaga para explicar la cruzada, se refiere evidentemente a lo que se dijo de los francos, ya sea según él mismo, ya sea según Hamdan b. Abd al-Rahim, autor de una historia (perdida) de los francos venidos a Oriente, que probablemente usó. Las leyendas relativas a las peregrinaciones, atribuidas, según el caso, a uno u otro de los príncipes cruzados, y que se encuentran más tarde en algunos autores cristianos de Oriente, provienen también, evidentemente, de cofrades latinos.[9]

III. OCCIDENTE Y SUS RELACIONES CON ORIENTE

Europa occidental conoció siglos de desdichas. Apenas los regímenes resultantes de las invasiones germánicas habían alcanzado, lenta y penosamente, una organización algo estable, cayeron sobre sus confines meridionales los árabes que les arrebataron muy pronto el Mediterráneo occidental, y apenas en Francia y en Alemania (al oeste del Elba) se había constituido el Imperio carolingio, llegaron del norte los normandos y del este los húngaros, eso sin mencionar los confines orientales, del Báltico al Adriático, con los diversos pueblos eslavos aún exteriores a la civilización cristiana. También en el conjunto del mundo germano-latino, el nivel cultural y la economía habían caído, a pesar de conmovedores esfuerzos, a un nivel muy bajo. La Iglesia no escapó a esta regla, y aunque el papado era ahora dueño de un territorio en Italia central, conoció en el siglo x una decadencia tan profunda que el historiador se admira de ver sobrevivir algunas tradiciones gracias a las cuales podría reponerse después. Los emperadores carolingios, reducidos a Italia, y sus epígonos alemanes lo ayudaron a su manera, controlándola. Sin embargo, no ejercieron en Italia sino un poder imperfecto, desigual, y Venecia, nominalmente posición bizantina, se les escapó. En el sur de los "Estados de la Iglesia" subsistían algunos principados lombardos (Benevento, Salerno, etc.); en cuanto al resto de Italia meridional, con Sicilia antes de la conquista árabe, dependía normalmente de Bizancio, de la que se habían emancipado algunos "ducados", en particular sobre la costa del mar Tirreno, en torno de las diligentes ciudades de Nápoles y de Amalfi. Los amalfitanos en el siglo ix y principios del x, cuando los cristianos de Italia meridional luchaban contra las incursiones árabes organizadas a partir de Calabria, de Bari, etc., prácticamente habían tomado

partido por los estados musulmanes circundantes, y comenzado a obtener un provecho económico cuyas consecuencias veremos.

En el curso del siglo x las invasiones cesaron, y en el siglo xi la situación había evolucionado. Es superfluo pasar revista a todos los países, pero no será inútil hacer algunas precisiones acerca de Italia, a la que su posición mediterránea confiere, desde nuestro punto de vista, una importancia particular, y que puede ser menos familiar al lector. Fuera de ella, baste recordar que la principal potencia de Occidente es el "Sacro Imperio", que con Alemania ejerce un dominio más o menos efectivo sobre Italia del norte y del centro. Después de un periodo de relativamente buena colaboración con un papado disminuido, el Imperio se encuentra ante una Iglesia en lo sucesivo más exigente, y en la segunda mitad del siglo xi se llega a una ruptura completa entre los dos poderes, cuyas indudables consecuencias veremos. Junto al Imperio, Francia es todavía menos un reino que un agregado de grandes señores, entre los cuales sobresalen los ducados y condados de Normandía, de Flandes, de Aquitania, de Tolosa-Provenza y algunos otros; los normandos, herederos de aquellos que habían dominado tantas regiones de Europa noroccidental, enjambraban ahora de Francia hacia Inglaterra, a la que conquistaron en 1066, y hacia Italia meridional, adonde los seguiremos dentro de un instante: la gente del sur y los borgoñeses se van a guerrear a España. Aquí los pequeños estados cristianos del norte han ampliado un poco sus fronteras, pero permanecen divididos y solos, incapaces de medirse con sus vecinos musulmanes. Socialmente, estamos en todas partes en la edad de constitución del feudalismo en el pleno sentido de la palabra. Pero al lado de éste la Iglesia, como fe y como organización, se despierta después de un largo invierno, y la interacción del uno y la otra inclina, por un lado, a la Iglesia hacia ciertas formas de guerra y, por otro, dirige a un número creciente de hombres a sentir la necesidad de una vida religiosa. Todo esto es bien conocido, y no se recuerda

aquí sino para hacer memoria en la relación con los hechos que estudiaremos inmediatamente.

Sin discontinuidad desde la Antigüedad el Imperio bizantino en el Mediterráneo oriental conservaba, si no todo lo que había tenido antes, al menos sí las posiciones clave del tránsito del Mediterráneo al Mar Negro y del Asia anterior a Europa. Había vivido, en el siglo x y principios del xi, sus horas de recuperación, que habían llevado sus ejércitos del Danubio a Armenia y a Siria.[1] Estaba ahora debilitado a causa de problemas sociales internos, pero también debido a nuevas invasiones, tanto sobre el frente de Europa como sobre el de Asia, donde los pueblos turcos, paganos en el noroeste y musulmanes en Asia Menor, lo encerraban como entre las quijadas de una tenaza. Constantinopla y los países ribereños del mar Egeo sobrevivían sin embargo como una potencia política aún notable, cuyo prestigio y medios materiales descansaban en su importancia comercial y cultural. La conciencia de este poder aumentaba las exigencias de la Iglesia griega, frente a un papado también en acto de acrecentar el suyo, y en 1054 debía estallar el cisma del que hablamos ya. Entre Bizancio e Italia, el Adriático, largo tiempo guarida de piratas eslavos, entraba ahora en la órbita de la cristiandad, sobre todo la latina, y sin desempeñar un papel muy activo, los eslavos de su *hinterland* oriental no comprometían ya las relaciones entre el mundo latino y el griego. Las relaciones del Imperio bizantino con el Sacro Imperio, después de altas y bajas, eran en ese momento relativamente neutras y no causaban gran preocupación ni al uno ni al otro.

Es importante, sobre todo en este libro, comprender la posición de las potencias cristianas de Italia. En el curso del segundo y el tercer cuarto del siglo xi los normandos habían triunfado, primero sobre Bizancio y los lombardos de Italia meridional continental, después sobre los musulmanes de Sicilia. Los que con Roberto Guiscardo se instalaron en Italia continental estaban en estado de guerra, fría o caliente según los momentos, con

el Imperio bizantino, allende el mar Jónico. Contra ellos los emperadores griegos se apoyaban en Venecia, que era la única —estando Asia Menor invadida por los turcos— que podía procurarles la flota indispensable; a ello se debió, en 1082 o 1084,[2] un privilegio que habría de pesar mucho sobre la historia ulterior, y que concedía a los venecianos un conjunto de ventajas en todo el territorio bizantino, comprendida entre éstas una total exención de tasas aduanales, que los colocaron comercialmente por encima de todos los posibles competidores, incluidos los amalfitanos. Durante esa época, aquellos normandos que se apoderaron de Sicilia, en guerra con los musulmanes de la isla, que recibían algún socorro de sus hermanos magrebinos, eran indiferentes a una expansión sobre las posesiones de Bizancio y volvían sus ojos hacia el enemigo musulmán. Pero esta actitud no duró. Dueños de Sicilia, tuvieron necesidad del concurso de sus súbditos musulmanes, y éstos estaban prontos para dárselo porque el Magreb, desgarrado por la invasión de los beduinos hilalidas, no podía ya darles ayuda. Tanto normandos como magrebinos deseaban establecer relaciones de buena vecindad, y mantener en beneficio común el comercio que las circunstancias permitían. Es verosímil que los normandos desearan también preservar el comercio que sus súbditos musulmanes sostenían desde fecha muy anterior con Egipto.[3]

Este comportamiento contrastaba, tanto del lado cristiano como del lado musulmán, con el de otros elementos más combativos. Del lado musulmán, recordémoslo, la constricción económica del interior magrebino a consecuencia de la invasión hilalida estimuló la actividad de los corsarios que partían de las costas del Magreb oriental o de las posiciones avanzadas que tenían sobre algunos puntos de las costas sardas, y los musulmanes, de la península ibérica a las Baleares, no desdeñaron unirse a ellos. Los italianos mismos habían practicado a veces la piratería y aún habrían de practicarla; pero en ese periodo de desarrollo económico aspiraban sobre todo a la seguridad del Mediterráneo occi-

dental. Tal era el punto de vista de Pisa y, de manera menos explícita, el de Génova, que en 1088 enviaron una gran expedición naval contra Mahdiya, capital de Ifriqiya (Túnez), la que fue tomada. Los normandos no participaron en la aventura que no podía sino acrecentar a sus expensas el poder de sus rivales, y cuando los pisanos, imposibilitados de ocupar ellos mismos en forma duradera una conquista tan lejana, la ofrecieron al duque normando de Sicilia, éste la rechazó, aunque la ciudad, después de haber sido saqueada, volvió a caer en manos de los musulmanes.[4] Por otra parte, es sabido que el papado, por grado o por fuerza, había escogido apoyarse en los normandos, en Italia, contra el emperador alemán. Se vio entonces a este mismo papado, en camino de madurar, por otra parte, la idea y la política que iban a ser las de las cruzadas, predicar la paz con los musulmanes. Cierto, Víctor III, temperamento indeciso, acabó por bendecir la expedición de Mahdiya,[5] pero demasiado tarde para que esta bendición pudiera dar algún socorro a los asaltantes. Antes Gregorio VII había escrito personalmente al príncipe musulmán de Bejaia, a propósito de asuntos de poca importancia, una carta que se conserva, en la que el iniciador de la idea de la guerra santa antimusulmana decía claramente que el destinatario y él adoraban cada uno a su manera al mismo Dios y debían vivir en buena inteligencia. Quedaban pocos cristianos en África del Norte y el papa habría tenido poco que ganar con una ruptura.[6]

Es esencial tener una visión clara de lo que fue antes de las cruzadas el comercio mediterráneo. Se conoce la larga querella que opone a quienes piensan que la conquista árabe de la mitad meridional del Mediterráneo estuvo seguida de una declinación y aquellos que piensan que estuvo seguida de un despertar de las relaciones económicas entre Europa y Oriente. Se puede convenir que durante cierto tiempo hubo contactos, pero circunscritos a algunas zonas intermedias: Venecia con Constantinopla por el mar Adriático y Grecia, los puertos de Italia meridional con la cercana África del Norte, para no hablar aquí de los contactos de

la España musulmana y el Cercano Oriente, ni de los de Bizancio con los pueblos circundantes. Las mercancías podían así llegar de Oriente a Occidente y, en menor medida, a la inversa, pero en volumen limitado y por etapas sucesivas. Es imposible creer que hubiera importantes relaciones directas entre el Oriente musulmán y Europa antes del fin del siglo x.[7] Parece que el periodo que concluyó entonces estuvo nutrido por un regreso que se comprobará irreversible: en la Antigüedad y aun inmediatamente después de las invasiones bárbaras de Occidente, las alianzas mediterráneas estaban en manos de los orientales, sobre todo los sirios; entre tanto, los cristianos de Oriente, por tierra o por mar, no vienen ya a Occidente; son los judíos o musulmanes del Mediterráneo occidental quienes van a Oriente, esperando que más tarde los cristianos de Occidente los remplacen.[8]

La situación, en efecto, evolucionó en el siglo xi, quizá incluso desde fines del siglo x, y esto es lo que nos importa aquí. Del lado europeo las invasiones han terminado, y los hombres, por fin libres para respirar, pueden retomar una actividad normal. Del lado musulmán la conquista de Egipto por los fatimitas entraña una serie de consecuencias. Los fatimitas practican un "imperialismo" que exige una cierta forma de actividad económica, para los beneficios que se pueden obtener y los bienes que suministra. Habituados a los negocios con los italianos del sur, y más particularmente con los amalfitanos, no es dudoso que los hayan atraído a éstos a Oriente: voluntariamente, para no depender de intermediarios magrebinos, e involuntariamente, por el solo hecho de la existencia en El Cairo de una corte en lo sucesivo fastuosa. Hasta estos últimos tiempos no se podía tener de esto sino una impresión, a falta de documentación precisa. Ahora está establecido por un texto que en 996 se encontraban en El Cairo unos 200 mercaderes amalfitanos que allí fueron víctimas de la venganza popular a consecuencia del incendio de una flota preparada contra Bizancio.[9] Pero los documentos judeoárabes de la Geniza de El Cairo prueban que el incidente quedó archivado y

que se reiniciaron los negocios. Los fatimitas en lucha contra sus vecinos de Oriente no tenían casi ninguna otra manera de procurarse el hierro y la madera[10] indispensables para sus empresas navales y sus armamentos terrestres, y los amalfitanos tenían mucho que ganar con el comercio de mercancías que podían procurarse en Egipto al mismo tiempo que en Constantinopla, adonde también llegaban, quizá, en ocasiones, en el curso de un mismo circuito.[11] Para la exacta interpretación de los textos importa solamente precisar bien el sentido de la palabra Rum (Roum), el término general empleado por los orientales, sin excluir la mención de Amalfi o de otras ciudades, para designar a los mercaderes cristianos extranjeros: etimológicamente se refiere a los romanos, es decir ahora a los "bizantinos", pero de hecho engloba en Egipto, según el contexto, en la época considerada, ya sea a la totalidad de los mercaderes cristianos extranjeros, ya sea, cuando se desea hacer una distinción, a los súbditos del Imperio bizantino, incluyendo en ese momento a Italia meridional, por oposición a los francos, súbditos del Imperio carolingio, incluyendo Italia septentrional y central. Sin excluir por entero de Egipto la presencia de algunos mercaderes "bizantinos", no hay duda de que en el siglo XI los rum de los cuales se trata en Egipto son esencialmente los italianos. En esos momentos los italianos del sur llevan ventaja sobre los del norte, pero desde un punto de vista general esto importa muy poco. Lo que importa, y que testimonia sin duda posible la documentación de la Geniza, es, por un lado, que el arribo de los rum es desde entonces uno de los elementos mayores del comercio, y, por otro, que son ellos mismos los que vienen para esto a Oriente, y no los intermediarios los que hacen el viaje. No es casual que el viajero persa Nasir-i Khusrau, a mediados del siglo XI, conociera en Trípoli de Siria los navíos musulmanes y cristianos de Occidente, cuando no partían de Trípoli sino barcos con destino a los países musulmanes mediterráneos.[12] Se ve cuán falsa es la opinión tradicional que pretende que el comercio occidental de "Levante" haya co-

menzado poco después, con las cruzadas.[13] Es evidente que el nuevo desarrollo del comercio italiano contribuyó al desvío parcial del comercio del océano Índico, del golfo Pérsico hasta el Mar Rojo, del cual se ha hablado precedentemente. El progreso del comercio en el Mediterráneo oriental benefició también, sin duda, las buenas relaciones establecidas entre Bizancio y los fatimitas.

Es posible que la orientación egipcia de los amalfitanos fuera reforzada también por los privilegios acordados por los bizantinos a Venecia, de los cuales ellos estaban explícitamente excluidos. Desde mediados del siglo XI los musulmanes de Occidente tuvieron que pedir prestados, en ocasiones, navíos cristianos para ir a Oriente.[14]

El desarrollo del comercio es tanto más notable cuanto coincide con la virtual desaparición de una de sus fuentes: la esclavitud. Antes del siglo XI, sin hablar de los esclavos arrebatados por los musulmanes en sus incursiones en España o Italia meridional, otros esclavos les eran vendidos en España por los judíos de Francia, y en Italia por los venecianos. Tanto unos como otros se los procuraban —de allí el nombre que nosotros les damos— entre los pueblos *eslavos* de Europa Central o balcánica, entonces paganos (salvo los checos). Pero en las inmediaciones del año 1000 tanto los de los Balcanes como los de Europa Central y Oriental se convirtieron al cristianismo, y desde entonces se hizo imposible continuar traficando con ellos a través de los países cristianos. Desde luego, los musulmanes continuaron procurándose esclavos en los mercados de Europa Oriental, de Asia Central, del África negra, pero allí sin intermediarios europeos. Este desplazamiento del comercio de esclavos de Occidente a Oriente no podía ser compensado económicamente, a menos que Europa exportara los artículos de remplazo. No parece que éste haya sido el caso en los siglos precedentes: los musulmanes debían encontrar, todavía sin esfuerzos, entre ellos, una buena parte de la madera, del hierro y del alquitrán que necesitaban. Por el contra-

rio, éstos se convirtieron para ellos, a partir de entonces, en productos de primera necesidad, que se acostumbraron a solicitar a los italianos.[15]

En cuanto a éstos, traen de Oriente géneros diversos, unos originarios de Egipto o de Siria misma, otros que pasan por ahí en tránsito, entre ellos las famosas especias. Pero entre estas últimas hay que distinguir dos grupos cuya función es muy diferente: unas sirven únicamente para consumo de la corte o de los grupos ricos de la población. Las otras entran como materias primas en los procesos de producción. Un ejemplo es desde entonces el alumbre, del cual habremos de hablar más en el siglo XII, pero cuya importancia en el comercio internacional está ya testimoniada por un acta veneciana de 1071, al mismo tiempo que por algunos documentos de la Geniza. Desde la Antigüedad la industria textil empleaba en tintorería como mordente este producto mineral natural que se encontraba muy abundantemente en los países secos del contorno mediterráneo. La Edad Media occidental no innovó a este respecto, pero resultó que su industria textil dependía, para su crecimiento, de una mercancía que se encontraba en yacimientos alejados y a veces situados en territorios no cristianos (antes del siglo XI se lo hallaba en Italia, en España, en el Magreb, pero en general era mediocre y poco abundante). No se puede decir si el fenómeno alcanzaba ya a Flandes, para el que el alumbre habría de ser pronto indispensable. El que se podía encontrar en territorio bizantino no desempeñaba en esa época, contrariamente a lo que pasaría más tarde, ningún papel en el comercio internacional. En un momento que no podemos precisar, sin duda hacia el principio del siglo XI, los italianos comenzaron a aprovisionarse de alumbre en el Sahara, al sur de Egipto, a la vez más abundante y mejor, parece, que el del Occidente mediterráneo entonces conocido (se desconocía el que habría de ser descubierto en el siglo XV en los Estados de la Iglesia). El alumbre era probablemente recogido por los beduinos y entregado por ellos al Estado, a título de prestación fiscal.

En el siglo XI los mercaderes judíos, y sin duda otros, lo compraban al Estado y lo revendían a los clientes italianos. La aparición de esta clientela nueva debió fomentar la explotación que probablemente no había tenido antes en Egipto una gran importancia, y representó para el fisco y los mercaderes apreciables beneficios. Tenemos aquí el caso interesante de una alianza económica testificada en una época muy temprana.[16]

Se sabe desde hace mucho tiempo que la política de Amalfi, a partir de la aparición de los árabes en Sicilia e Italia meridional, fue la de entenderse con ellos, aunque fuera a costa de sus correligionarios. Los beneficios de esto eran evidentes, y la extensión del comercio de Amalfi hacia Oriente no es sino la continuación de la misma actitud. En los textos de la Geniza, anteriores a las cruzadas, es la única ciudad italiana que se menciona con regularidad en el conjunto de los rum, y aun si se supone que el término "amalfitano" haya englobado a algunos no amalfitanos, es evidente que ello implica el predominio de Amalfi. Sin duda, el azar de los negocios en los que los comerciantes nombrados en la Geniza están mezclados puede ser causa de que esta documentación ignore a otros mercaderes: éste parece ser el caso de Venecia, respecto a la cual hay indicios de que comerciaba con el Oriente musulmán y al mismo tiempo, más intensamente, con Bizancio. Nos gustaría saber qué otras ciudades italianas enviaban a sus ciudadanos a Oriente: posiblemente los puertos de Apulla, Bari y Brindisi. Pero dos casos ameritan un examen atento.

El primero es el de los sicilianos. Existieron muy importantes alianzas directas entre la Sicilia musulmana y Egipto o Siria antes de la conquista normanda de la isla. En el siglo XII volveremos a encontrar en Oriente "sicilianos", de los que no se precisa si son musulmanes, cristianos o judíos, y que son, probablemente, todo a la vez; éstos, de cualquier manera, son ahora súbditos de los normandos, hecho que no les impide conservar una situación más o menos privilegiada. No estoy por el momento en situa-

ción de afirmar que la alianza comercial Sicilia-Egipto haya continuado durante el periodo de la conquista normanda, pero volveremos a encontrar indicios; parece en todo caso cierto que se restableció rápidamente, antes de la cruzada.[17]

El segundo caso es el de los puertos de Génova y Pisa. La actividad pisana en el Mediterráneo occidental es cierta, pero ningún documento permite, por el momento, afirmar ni, por otra parte, negar, que los navíos pisanos hayan comerciado antes de las cruzadas con el Oriente musulmán. Para Génova los dos o tres testimonios ocasionales y algo vagos conocidos hasta ahora pueden ser complementados por algunos otros más precisos proporcionados por la Geniza, y el hecho de que reencontremos mercaderes genoveses en número apreciable en Egipto, poco tiempo después de la primera cruzada, en un momento en que la participación de sus compatriotas en las conquistas francas sobre la costa siria debía hacerlos sospechosos, tiende a hacer creer que desde cierto tiempo atrás acostumbraban seguir esta ruta. Comoquiera que sea, si bien su presencia es notable, es poco probable que hubiera alcanzado ya proporciones capaces de hacer sombra a los amalfitanos, en cuyos navíos aún hacían con frecuencia el viaje. La penetración de los venecianos, testificada por algunos expertos, es verosímilmente más fuerte, y desde 1071 parece desempeñar un papel apreciable en el comercio del alumbre. Sin embargo, es probable que dirigieran su principal esfuerzo hacia el Imperio bizantino por el que alcanzaban, por otra parte, Antioquía. El azar de un documento nos permite igualmente constatar que continuaron frecuentando esa ciudad después que cayó en manos del turco Suleimán ibn Qutlumush, al que por otra parte se podía considerar, en ciertos aspectos, un lugarteniente del emperador bizantino.

En conjunto, de manera general, y tomando en consideración el papel aún preponderante de la Italia meridional, el comercio mediterráneo del siglo XI se asemeja ya, creemos, al que una documentación más rica nos mostrará en el siglo XII.

Los primeros combates contra los musulmanes en Europa occidental fueron librados por sus vecinos cercanos de España o de Italia, que debían conocer bien a su adversario, directamente o por la intermediación de prisioneros de guerra, o de correligionarios cristianos que vivían bajo la ley del islam, y como se ha visto, hubo también momentos y lugares de coexistencia pacífica.[18] Uno de los rasgos nuevos de las hostilidades que oponían ahora al islam y a la cristiandad occidental es que intervinieron combatientes llegados del otro lado de los Alpes y de los Pirineos, quienes no podían tener del islam ninguna experiencia directa. ¿Qué sabían esos hombres acerca del islam antes de los grandes contactos del siglo XII? La cuestión puede ayudar a comprender las condiciones nuevas del combate que inaugura las cruzadas.

La Europa cristiana, bizantina o latina, tuvo poca ocasión de obtener alguna experiencia de coexistencia interconfesional comparable a la del mundo musulmán. Tanto los fieles de la Iglesia latina como los de la Iglesia griega tenían vecinos "paganos" a quienes se esforzaban en convertir por la acción misionera o política y eventualmente, a partir del mundo germánico, por la espada. Los bizantinos, a medida que efectuaban sus reconquistas, encontraron en Asia Menor armenios y jacobitas, cristianos de otros ritos; en el siglo IX habían exterminado o deportado a los paulicianos, a cuyos herederos habrían de encontrar entre los búlgaros. Se trataba de los maniqueos; como hemos de constatar, los musulmanes acababan de tratar duramente a algunos primos suyos instalados sobre su suelo, y los occidentales debían tratar más tarde a los suyos (los albigenses) con la misma excepcional crueldad. Sobre sus confines mesopotámicos o sirios, los bizantinos habían incorporado algunos grupos de musulmanes, pero que permanecían semiautónomos y no pertenecían verdaderamente al imperio.[19] El número de musulmanes integrados a los estados cristianos de Occidente era, antes de la mitad del siglo XI, aún más ínfimo. El único grupo heterodoxo que tanto

unos como otros reencontraron regularmente, no muy numeroso pero un poco en todas partes y en todo tiempo, fue el de los judíos, quienes en Occidente practicaban una cierta actividad rural, pero que en general, en el mundo musulmán, desempeñaban un papel particular en el artesanado y el comercio.[20] Tradicionalmente mal vistos en Bizancio, experimentaron en Occidente y también en los Estados del papado una situación que, a pesar de los excesos de mal humor, era casi normal, sin verdadera segregación. Sólo a partir de los alrededores del año 1000 se constata un endurecimiento, ligado, quizá, con la coyuntura socioeconómica, pero más directamente con la evolución religiosa que, en la mentalidad de entonces, daba al progreso de la fe un carácter combativo. Un rasgo que para nuestro tema tiene un interés especial es la acusación entonces encauzada contra los judíos, en algunas ciudades francesas, de haber provocado en Oriente la persecución de Hakim —como si éste no hubiera golpeado indistintamente a judíos y a cristianos—. El sincronismo entre la evolución en Occidente y esta persecución es, por otra parte, puramente fortuito, puesto que se trata de un episodio excepcional. Habrá endurecimiento en el islam también —volveremos a hablar de él—, pero más tarde. En Occidente se llegaría a las masacres perpetradas en las regiones renanas y a otros dramas en Francia meridional, en el momento de la propaganda de las cruzadas.

A partir de la mitad del siglo XI dos sociedades particulares —pero que no debían justamente participar en las cruzadas— hicieron por primera vez el experimento de una integración de súbditos musulmanes: la de España central, recientemente reconquistada de los Estados musulmanes en decadencia, y la de Sicilia, arrebatada por los normandos. En una y en otra, a pesar de los matices, la atmósfera en ese momento era de tolerancia, y el papel de los súbditos musulmanes de amos cristianos era importante para éstos, que los apreciaban. Es divertido recordar el contrasentido que ha hecho de Rodrigo, el Cid, en la leyenda

posterior, un matador de musulmanes, cuando el personaje histórico, señor de Valencia, fue apreciado por sus súbditos de las dos religiones, y no dudó en entenderse ocasionalmente con los vecinos musulmanes contra sus adversarios cristianos. Su viuda habría de sucumbir al progreso de los almorávides, extranjeros llamados para luchar contra otros extranjeros, extranjeros también a la mentalidad que él había ejemplificado.

En verdad, para combatir no hay necesidad de conocer lo que se combate, y todavía en el siglo XII se verá el conflicto de las actitudes posibles sugerido veladamente por el intercambio de correspondencia entre san Bernardo, el organizador de la segunda cruzada, y Pedro el Venerable, el inspirador de la primera traducción latina del Corán. No hay necesidad de conocer, o quizá también vale más no conocer demasiado: es necesario incluso tener en el espíritu una o dos ideas, fuerzas elementales que den un sentido al combate. Lo que importa, entonces, no es el conocimiento de las costumbres del enemigo, que pueden sólo tener los fronterizos o los súbditos; no es el de su cultura, a la que Europa reconocerá poco a poco un valor demasiado grande para intentar integrársela, sino el de aquello por lo que se combate, es decir, de su "error", de su perversidad fundamental, en una palabra, de su religión. ¿Qué sabe pues Europa de la religión musulmana antes del fin del siglo XI?

Hay que distinguir, naturalmente, diversos aspectos. La mayor parte de los grandes cronistas occidentales conocieron algunos hechos sobresalientes de las guerras entre musulmanes y cristianos en España, en Italia y excepcionalmente en Oriente, pero se trata de hechos militares que no implican algún otro conocimiento, y no creo que se pueda encontrar en el periodo considerado un solo cronista francés, para no hablar ni de alemanes ni de ingleses, que cite el nombre de Mahoma. Éste debía ser, sin embargo, ampliamente conocido, puesto que un teólogo carolingio hace de él el Anticristo, pero no parece que ni los cronistas ni al-

gún otro autor haya tenido la necesidad de informarse acerca de él.

Ciertamente, los peregrinos se habían adentrado, para llegar a Jerusalén, en el interior del mundo musulmán, pero entre aquellos de quienes se poseen algunos relatos, sólo Bernardo el Monje (hacia 865), cuya narración no se sabe si fue muy conocida, notó otra cosa que lo concerniente a los Santos Lugares del cristianismo; para los otros todo acontece como si el entorno no existiera. Algunos embajadores ante los carolingios o los emperadores alemanes, o ese magrebino enviado ante Berta de Toscana[21] y, sobre todo en Italia, los mercaderes de Venecia y Amalfi, algunos judíos también, hubieron de relatar ciertas cosas; hay que creer que éstas interesaron poco, puesto que nada de ello fue tomado en cuenta. Todavía inmediatamente después de la cruzada, un autor de la ciencia y de la inteligencia de Gilberto de Nogent habrá de decir que él nada había podido aprender sobre Mahoma por vía escrita.[22]

Ya se vio cómo los cristianos de Oriente pretendían informarse sobre el islam.[23] *A fortiori* los cristianos de Occidente no pensaron nunca en consultar a los musulmanes. Pero también los escritos donde estaban consignadas las reseñas, verdaderas o falsas, permanecieron desconocidos en Occidente, adonde no llegaban sino las narraciones orales. En Italia, a falta de informaciones directamente tomadas en territorio del islam, Anastasio el Bibliotecario tradujo la crónica bizantina de Teófano, cuyo capítulo consagrado a Mahoma constituye prácticamente todo lo que se difundió de él antes de la cruzada. Esta traducción fue conocida por algunos cronistas posteriores, pero por ninguno, parece, antes de la cruzada, fuera de Italia. Se podía entonces, en Roma, tener alguna noción de las tradicionales genealogías árabes, de la juventud y del matrimonio de Mahoma, de los conocimientos religiosos que él pudo haber adquirido en contacto con judíos y cristianos; pensar que era epiléptico, que un monje proscrito de Constantinopla le había aconsejado, para consolar a su esposa,

presentar sus crisis como una señal de revelación profética, que los judíos más tarde favorecieron su acción por odio al cristianismo; se podía también saber que había ordenado la guerra santa, en fin, imaginarse que adoraba a Venus… Nada permite suponer que alguna otra fuente oriental haya llegado hasta el papado. Gregorio VII, es verdad, en su carta al príncipe de Bujía, evoca la común creencia en el mismo Dios y la descendencia abrahámica de ambas religiones, lo cual es muy notable; pero Godofredo de Malaterra, que observó las casas de baños y las palomas mensajeras de los musulmanes, está persuadido de que éstos adoran a un ídolo de Mahoma.

Sería lícito pensar que los cristianos de España, estrechamente mezclados con los musulmanes durante generaciones, sabían mejor lo que era el islam. Sin embargo, hasta aquí, según mi conocimiento, no se ha señalado sino un solo texto notable, el de Eulogio, que tiene el defecto de emanar del medio eclesiástico intransigente de los "mártires de Córdoba"[24] (siglo IX), es decir, de un ambiente excepcional. Al menos nos informa sobre lo que se contaba de Mahoma en la polémica antimusulmana de España. Es notable que, para hablar del islam y de su profeta, Eulogio no se refiere a algún texto musulmán, ni tampoco a un texto cristiano del dominio musulmán, sino a un manuscrito de procedencia indefinida leído por él en Pamplona, es decir, en la zona de guerra política entre las dos confesiones. Nos enteramos, pues, por él, que Mahoma se apareció en el año 7 del emperador Heraclio y en el año 656 de la era de España: ésta es la cronología del Anónimo de Córdoba, del cual volveremos a hablar. Abstracción hecha de expresiones incultas que esmaltan el discurso de Eulogio, leemos allí en seguida que, de joven, comerciante al servicio de una viuda, Mahoma participó en reuniones cristianas y pareció así sabio "a los brutos árabes". "Inflamado de pasión, él casó con su patrona, según el derecho bárbaro." Después el espíritu del error se le apareció bajo el aspecto de un buitre que, mostrando una boca de oro, pretendía ser el ángel Gabriel. Mahoma

predicó entonces cosas razonables en apariencia: abandonar a los ídolos, adorar a un Dios incorpóreo en el cielo, hacer la guerra a los infieles. Los árabes matan entonces al hermano del emperador y toman Damasco (inversión cronológica que se encuentra también en el Anónimo de Córdoba). Para ayudar a la memoria, Mahoma compone relatos sobre una vaca roja, una araña, una abubilla, una rana, José mismo, Zacarías, la Virgen María. Se roba a la mujer de su vecino Zait, quien, para evitar que su profeta peque, se la da. Después muere prediciendo que resucitará al tercer día. Los testigos, que no han visto nada, temen que esto sea debido a su presencia y cesan de vigilar el cuerpo; entonces los perros lo devoran, de donde se origina la orden de matar a todos los perros. El autor termina diciendo que podría relatar mucho más si… etcétera.

Se reconocen en esta exposición, junto a detalles originales, las tradiciones difundidas también, con algunos matices, por la literatura polémica oriental, y una alusión a los azoras del Corán con sus títulos. El tono había sido mucho más objetivo en la crónica llamada del Anónimo de Córdoba, compuesta 40 años después de la conquista árabe de España, sobre la base de informes en parte venidos de Oriente. Esta crónica debió ser conocida por los medios clericales españoles a lo largo de toda la Edad Media, pero lo que ella decía del profeta del islam era demasiado sucinto para rivalizar con el capítulo de Eulogio.

Si tal era el estado de la "ciencia" en España y en Italia, se puede pensar cuál sería del otro lado de los Alpes y de los Pirineos, donde aun estos relatos eran desconocidos. Excepcionalmente, un hombre que tuvo relaciones con los "moros" de la Garde-Freinet, san Mayolo de Cluny, su prisionero, pudo saber por ellos que los musulmanes veneraban a los profetas de los judíos y los cristianos, y que honraban la posteridad de Abraham, lo que el cronista cluniacense borgoñón Raoul Glaber reconocía en el uso de sus cofrades. El mismo autor estaba al corriente de la persecución del califa Hakim, y conocía las relaciones que mante-

nían con el mundo musulmán los judíos de Europa, igual, decía él, que los de Orleans: estos últimos, se ha visto, fueron acusados de haber inspirado la persecución haciendo temer al califa una conquista cristiana (nota interesante en sí misma, contenga o no una alusión a las victorias bizantinas pasadas, o a las empresas, que precisamente se iniciaban, de los borgoñones en España). Antes, algunos peregrinos, los ingleses Arculfo (hacia 670) y Wilibaldo (hacia 725), después el francés Bernardo de Corbie (hacia 865) habían dado parcos informes sobre las condiciones del viaje en Oriente; pero sólo el primero —pues reproducido por Beda el Venerable tuvo alguna notoriedad— y el último hablaron un poco de los musulmanes. El cronista Fredegario no conoció casi nada de la historia musulmana, sólo las conquistas en Occidente; sin embargo, le llegaron informaciones orientales, como lo muestra la atención que pone, desde el siglo VIII, en los turcos.[25] De aquí también, quizá, sus consideraciones sobre la etimología de los agarenos/sarracenos, de Agar y Sara. Conoció por una carta escrita por Heraclio a Dagoberto, dice, la predicción según la cual el Imperio (bizantino) sería destruido por un pueblo de circuncisos (razón por la cual, dice el tardío autor de la *Vida de Dagoberto,* del siglo IX, este príncipe, como el emperador, habría expulsado a los judíos): historia que se remonta, parece, a los coptos de Egipto y que consecuentemente habría sido proporcionada por los peregrinos, pero relacionada por el autor con la persecución auténtica de los judíos en Constantinopla y en Francia. Esto es todo hasta el fin del siglo XI, cuando los autores de las primeras canciones de gesta están persuadidos, probablemente por contrasentidos sobre alguna fórmula oscura, de que los musulmanes adoran a una trinidad compuesta por Apolo, "Mahon" y Tervagante…

Sin duda se puede pensar que el progreso de las peregrinaciones en el siglo XI cambió un poco las cosas. Un poema detallado y legendario consagrado a Mahoma por un cierto Hildeberto de Lavardun, mucho tiempo considerado como posterior a la pri-

mera cruzada, daría testimonio de esto si, como se sostuvo hace algún tiempo, no es en realidad anterior. No tengo calidad para intervenir en una discusión de cuyos elementos ninguno es demostrativo. Lo único cierto es que este poema, aun si existía hacia el año 1100, era desconocido por un hombre del nivel de información de Gilberto de Nogent, y hasta donde sé no es citado en ninguna parte. Sería pues, cuando mucho, una curiosidad sin consecuencia, y considero que este silencio es un argumento que hay que tomar en cuenta.[26] Lo que resta es que en Francia —Francia del norte, sobre todo— nadie tenía nociones sobre Mahoma ni sobre el islam, y más generalmente que el mundo musulmán no tenía realidad concreta en los espíritus sino por relación con España: en algunos de los escritos de la primera cruzada la palabra que designa a los países musulmanes es Hispania.[27]

Todo esto significa que los medios de los que iba a emanar la cruzada eran aquellos en los que el conocimiento del "enemigo" era insignificante, irrisorio.[28] Las peregrinaciones que la leyenda había de atribuir ulteriormente, ya a Godofredo de Bouillon, ya a Raimundo de Saint-Gilles, están igualmente controvertidas.[29] Sólo, quizá, Bohemundo de Tarento sabía algo.

La ignorancia de los orientales en lo que concierne a Occidente, menos grave en la práctica puesto que no eran ellos quienes irían a establecerse allí, sino a la inversa, debe también confrontarse con la de los occidentales en lo que concierne a Oriente. No era menos estrepitosa, por decirlo así, y se ha notado la significación de este hecho para la debilidad de las relaciones mercantiles a partir de Oriente con la Europa latinogermánica.[30]

En lo que concierne a los musulmanes, haciendo a un lado algunas tradiciones semilegendarias sobre Roma y algunos datos sobre la península italiana, su literatura geográfica o histórica, antes de las cruzadas, no contiene nada que no sea, o copiado de lo antiguo (Tolomeo), o de fuente hispanoárabe: aun en aquello que corresponde a la última categoría, se trata esencialmente de

los relatos de un viajero judío arabófono del siglo x que, utilizados un siglo más tarde por el magrebino al-Bakri, no lo fueron en Oriente, hasta donde sabemos, sino mucho más tarde aún, por al-Qazwini, a fines del siglo xiii.[31] Incluso en pleno periodo de las cruzadas las dos únicas obras árabes en las que quienes de esto se ocuparían podían obtener conocimientos sobre el Occidente cristiano fueron las de al-Idrisi, quien vivió bajo los normandos de Sicilia en el siglo xii, y las de Ibn Said al-Andalusi, un musulmán de España emigrado a Oriente: excepciones que confirman la regla. El primer historiador musulmán —con la salvedad de un breve pasaje de Mas'udi escrito hacia 950—[32] que se preocupará por saber algo sobre el pasado de los "francos" es, hacia 1300, Rashid al-Din, es decir, un judío converso, ministro del Imperio mongol internacional e interconfesional que se tomó incluso el trabajo de aprender algo a través de la crónica latina de un monje polaco, quizá de origen armenio, y que no es emulado hasta los tiempos modernos.

Desde el punto de vista confesional, se ha visto que, de alguna manera, los musulmanes sabían algo del cristianismo gracias a sus súbditos cristianos y a sus vecinos bizantinos. De la cristiandad latina, en plena cruzada, nada.

A pesar del desmembramiento político, cristiandad e islam tuvieron una cierta conciencia de su personalidad respectiva que los distinguía al uno del otro y en general los oponía. Los conflictos entre las diversas iglesias cristianas, y el replegamiento sobre ellas mismas de las iglesias orientales, limitaron sin embargo esta conciencia, para Europa en general, a la Iglesia romana, con una cierta prolongación hacia la Iglesia bizantina que le estaba en principio agregada; parece que las iglesias orientales, dogmáticamente separadas y protegidas de injerencias exteriores por el dominio musulmán, nunca intentaron retomar contacto con Roma; sólo lo hizo, poco antes de la cruzada, y contra Bizancio, un católico armenio, pero sin ninguna intención de pedir auxilio militar. La conciencia que tenían los musulmanes de la solidari-

dad fundamental de su comunidad *umma*, a pesar de la existencia de sectas diversas y de la ausencia de todo magisterio oficial, era más fuerte, y el derecho distinguía los territorios sujetos *Dar al-Islam*, donde los *dhimmis* estaban protegidos, y los territorios exteriores, donde imperaban las leyes de guerra *djihad* contra el infiel.

Se comprende que la peregrinación a los Santos Lugares que vieron la pasión y otros acontecimientos grabados en la memoria de los fieles haya tenido, para éstos, un poderoso valor sentimental. Pero había más. La mentalidad corriente atribuía a los Lugares Santos y a las reliquias un valor en sí, liberador de los pecados, de la enfermedad, propiciatorio de la plegaria. Es notable, por lo demás, que la ubicación de los lugares de peregrinación no haya estado forzosamente vinculada con la abundancia de recuerdos históricos; la reputación, casi fortuita al principio, de milagro tal pudo hacer de Santiago de Compostela, gracias sin duda a la maña de sus monjes, pero sin que allí haya sucedido algún acontecimiento relatado en las Escrituras, el émulo de la misma Jerusalén. Por otra parte, hay que subrayar que el poder escatológico y el poder político nunca han sido confundidos en el espíritu de los fieles. No se discutió casi, en Occidente, el principio del primado de Roma, que no era, sin embargo, lugar de las peregrinaciones notables. Santiago de Compostela, en cambio, nunca pretendió algún poder de dirección en la Iglesia. Aun Jerusalén, a despecho de algunas reivindicaciones de amor propio, no fue nunca concebido por el clero latino como igual a Roma; por poderoso que sea moralmente el llamado de la Tierra Santa, nunca se ha tenido por obligatorio y es todavía, en el siglo XI, como fenómeno de masas, un hecho reciente; antes las peregrinaciones eran raras e individuales. Los progresos de las peregrinaciones en el siglo XI están ciertamente ligados al desarrollo de la fe, pero también a las nuevas facilidades creadas por la conversión al cristianismo de los pueblos de Europa Central y al despertar del comercio mediterráneo.[33]

El Oriente presenta, con este cuadro, paralelismos incompletos pero frecuentes. El cristianismo, al menos después del periodo patrístico, había realizado peregrinaciones locales o lejanas, sin que ninguna, sin embargo, fuera de importancia excepcional. Jerusalén, desde luego, atraía a los hombres de todas las Iglesias, en particular orientales, sensibles al milagro del fuego sagrado[34] de Pascua, pero no era objeto de peregrinaciones masivas ni detentadora de prerrogativas especiales.[35] Tampoco parece que en Oriente se resintiera fuertemente la indignidad de un dominio político no cristiano sobre los lugares de la vida y de la pasión de Cristo.

Los árabes tuvieron, desde antes del islam, sus peregrinaciones, de las cuales la de La Meca era ya la principal. Ésta tenía lugar en fecha fija porque era ocasión de reencuentros entre los nómadas y de aprovisionamiento en una feria. Mahoma islamizó la peregrinación, no la suprimió, aunque la introducción del año lunar la haya disasociado de las facilidades agroclimáticas. La expansión del islam a través del mundo ha trastornado, evidentemente, los términos del problema. Ignoramos lo que fue esta peregrinación en los primeros siglos de la hégira. Más tarde ha llegado a ser una de las más grandes preocupaciones de todos los regímenes, un lugar de reencuentros internacionales en fecha fija. A la vez es y no es obligatoria, en el sentido de que es una obligación anual de la comunidad y, al menos una vez durante su vida, de los individuos que tienen medios para ello; aquellos que no pueden ir, y sin embargo disponen de medios financieros, ayudan a otros a hacerlo o envían a otros en su nombre. La Meca no fue nunca una capital musulmana y la peregrinación no implicaba intención alguna en ese sentido. Alberga la Piedra Negra, que se dice fue conocida por Abraham, pero no los restos del profeta ni los de alguno de sus compañeros más ilustres. Al ir a La Meca se pasaba por Medina, que fue la capital de la comunidad naciente y de tres califas: ésta no era cuestión ni de un culto ni de reliquias ni de resucitar pretensiones políticas.[36] La gran pe-

regrinación no excluía otras más pequeñas, regionales, a veces interconfesionales,[37] y Jerusalén tenía un lugar, variable según las épocas, en la jerarquía de las veneraciones.

Los judíos de Oriente y Occidente conservaron también un apego sentimental por la ciudad donde estuvo el Templo,[38] y quienes podían aspiraban a llegar una vez en su vida, aunque no fuera sino por una desviación en el curso de un viaje comercial. Es interesante constatar que, toda proporción guardada, el movimiento entre ellos parecía ampliarse en el siglo XI igual que entre los cristianos. Ellos sabían por otra parte que, cultural y doctrinalmente, sus correligionarios de Oriente les eran superiores, y podían desear visitarlos y consultarlos. Es posible que haya habido en el siglo XI una especie de renovación judía del Mediterráneo occidental en el cuadro del comercio interconfesional del Magreb oriental, de Sicilia y de Italia meridional; puede ser también bajo la forma de un cierto proselitismo, del que dan fe los historiadores de ese caballero normando convertido, Obadia, quien, hacia la época de la primera cruzada, fue a terminar su vida en medio de sus correligionarios de Oriente.[39]

Con frecuencia se ha dicho que la invasión turca había perjudicado a las peregrinaciones; se han visto todas las reservas a las que hay lugar al respecto.[40]

IV. OCCIDENTE EN VÍSPERAS DE LA CRUZADA. LOS COMIENZOS DE LA EXPEDICIÓN

No me extenderé sobre un hecho tan destacado desde hace algún tiempo por los medievalistas: la evolución del comportamiento de la Iglesia en materia de guerra santa, o de guerra simplemente, a mediados de la Edad Media.[1] Sin remontarnos a los orígenes cristianos, durante toda la alta Edad Media la Iglesia dejó la espada temporal al Imperio y se limitó a azuzar o bendecir las guerras que fueron hechas para la defensa, es decir, la expansión de la cristiandad. Pero ahora había dado en la idea de que, si el poder temporal era deficiente, si *a fortiori* era hostil, la Iglesia tenía el derecho, y aun el deber, de decidir las guerras; los clérigos ciertamente no se batían en persona, pero acompañaban a los ejércitos. Ligada con esta idea nueva se había desarrollado también otra, ya explícita en Gregorio VII y natural para los eclesiásticos ampliamente reclutados en la clase señorial, de que el servicio armado podía ser efectuado tanto para la Iglesia como para los superiores temporales: las guerras intestinas perniciosas, que la Paz y la Tregua de Dios trataron de limitar, pudieron ser así, si no suprimidas, al menos transformadas en guerras por la fe. Esta evolución es característica de Occidente. Era extraña a la mentalidad bizantina: cierto, los bizantinos hicieron la guerra a los musulmanes y la cruz acompañó sus campañas, a las cuales el pueblo común dio, en ocasiones, un valor profundamente sentido de santificación.[2] Sin embargo, siempre hubo una diferencia fundamental con el comportamiento de Roma, por la que Roma se acercó al islam: en efecto, había en Occidente la idea oficializada por el papado de que la participación en la guerra santa era un factor de salvación para el combatiente. La Iglesia bizantina nunca dio todo su alcance al concepto de guerra santa. Además,

como no existía en Oriente la misma separación entre lo temporal y lo espiritual que había en Occidente, la concepción de una guerra organizada por la Iglesia no podía diseminarse de la misma manera. Por otra parte, si bien Juan Tzimisces (en el siglo x) dirigió sus lanzas hacia Jerusalén (sin alcanzarla ni insistir demasiado, a pesar de su circular de propaganda), lo que le interesaba a Bizancio era la existencia de un sólido talud fronterizo desde Siria del norte hasta Armenia, y no la posesión excéntrica de la Ciudad Santa. Santa, Jerusalén lo era, pero de esto no se desprendía claramente que debiera estar sólo en poder de los cristianos: una intolerancia musulmana fue, quizá, forzada a plantear la cuestión, pero de hecho no había lugar para plantearla y la dignidad de la ciudad sobre el plan religioso no se prolongó todavía en exigencia política. Es verdad que nunca había aceptado que cesara de pertenecerle un territorio perdido sobre el terreno de los príncipes de Bizancio; pero de hecho esto no contaba sino para las posesiones recientemente perdidas en beneficio de los turcos, para las fronteras del siglo xi, y no para Palestina, perdida desde las conquistas árabes del siglo vii.

En Occidente, idea y práctica de la guerra santa se desarrollaban bajo la égida del papado. Aunque los hechos sean bien conocidos, no es inútil hacer aquí algunas precisiones, y en particular recordar que las iniciativas a este respecto fueron tomadas antes de Mantzikert en Asia Menor frente a los turcos y, *a fortiori*, antes de la llegada de los almorávides a España. En los siglos anteriores fueron los ataques musulmanes los que llevaron a tomar o hacer tomar las armas a los cristianos en España o al papado en Italia. Pero a mediados del siglo xi el peligro musulmán, lejos de haber aumentado, había casi desaparecido. En España, en África del Norte y en Sicilia, los estados musulmanes se disgregaban. Sólo en el mar, y como compensación por los estragos causados por la invasión hilalida, los magrebinos se entregaban de manera creciente a la piratería. La expedición de Mahdiya, conducida por los pisanos y los genoveses en 1088, tuvo por objeto destruir

una de sus principales guaridas; pero no se ve que el papado haya puesto un interés especialmente activo en esta parte de la lucha antimusulmana. Puede ser que cuando Gregorio VII sostuvo cordial correspondencia con un príncipe de Bujía[3] contemplara cultivar su alianza contra sus primos enemigos, los ziridas de Túnez, que apoyaban a los musulmanes de Sicilia; pero la correspondencia tuvo sobre todo por objeto las condiciones de la pequeña cristiandad local y, quizá menos explícitamente, el interés de ciertos mercaderes italianos vinculados con la Santa Sede.[4] El primer gran esfuerzo del papado contra los musulmanes no fue dirigido en este sentido, y aquí todavía se encuentra la política normanda del papado. En 1058, en ocasión de la primera alianza entre los normandos y el papado, los primeros rindieron a éste en homenaje los territorios que poseían o que obtuvieron el derecho de conquistar, a saber, algunos de aquellos que habían arrebatado a Bizancio, y los que se proponían conquistar sobre los musulmanes de Sicilia. Más tarde Rogerio I, cuando llegó a ser el dueño de la gran isla, hubo de recibir el privilegio extraordinario de ser, él mismo y no un clérigo, legado de la Santa Sede. Lo que hay que retener antes que todo de esta historia es que el papado daba su bendición a una empresa de guerra ofensiva contra el islam (o de contraofensiva diferida); por otra parte, que trataba de constituir una red de soberanías temporales que, por vagas que fuesen, no se inmiscuían menos sobre un dominio hasta entonces reservado al imperio. Además, por tolerante que fuera, de hecho, el trato reservado a los cristianos griegos de Italia meridional, se los volvía a vincular disciplinariamente con Roma, y es evidente que el establecimiento de los normandos significó un progreso para la Iglesia romana.

Pueden hacerse observaciones convergentes para el caso de España. Al principio, la intervención de los señores de allende los Pirineos no fue obra del papado. Los príncipes cristianos de España septentrional estaban ávidos de aprovechar el debilitamiento de sus vecinos musulmanes para crecer a sus expensas, y

dieron la bienvenida a los refuerzos que les llevaron los señores franceses aquitanos o borgoñones, en general reclutados por la propaganda y bajo la dirección de la orden de Cluny. De ahí se deriva lo que falsamente se ha llamado la "cruzada" de Barbastro (1063); aunque durante mucho tiempo se haya relacionado con esta expedición una intervención del papa Alejandro II, está ahora establecido que se refirió a otras circunstancias. Pero lo que cuenta es la intervención del papa. Ésta se produjo, puesto que se trata de papas cluniacenses, bajo la influencia de Cluny, y se señala, por otra parte, que al menos algunos de los hombres enviados a España tuvieron cierta relación con los normandos de Italia. Pero lo esencial no es esto. Se ha dicho ya que los franceses llevaron a España un espíritu diferente del de los españoles. Pero la Santa Sede perseguía en España, como en Italia del sur, una política de reintegración religiosa, sobre la Iglesia griega en Italia del sur, en España sobre una Iglesia nacional que las condiciones de vida bajo el islam habían separado de Roma, y que experimentó un desarrollo en ciertos aspectos diferentes de los usos de la Iglesia romana. La reforma de la Iglesia, tal como se concebía en Roma, implicaba una unidad de dirección del papado y, en consecuencia, la reabsorción de las tendencias autonomistas. Ésta era la idea de Cluny, pero se llegó más lejos que Cluny; la idea que se desarrollaba era que la Iglesia romana tenía un derecho particular sobre las iglesias de los territorios recuperados de los infieles. En estas condiciones España llegaba a ser un dominio de influencia reivindicado especialmente por el papado, y la introducción de elementos franceses, por la ayuda militar que aportaban y por los feudos que recibían en recompensa, debió reforzar la tendencia occidental prorromana, normal entonces en Francia, en detrimento de la autonomía eclesiástica española.[5]

Entre los mismos príncipes españoles había dos tendencias. Aragón, geográficamente más abierto a las influencias exteriores, entró, como los normandos, en el vasallaje de la Santa Sede. En Castilla, por el contrario, las demandas pontificias provocaron un conflicto que pudo estar en el origen del abandono, por parte

de Alejandro II, de un proyecto de intervención militar que había elaborado al final de su pontificado. No se ve si se otorgó alguna sanción pontificia a las expediciones francesas que se reanudaron en España después, hasta la coalición antialmorávide de 1087, con un comportamiento tan contrario a las tradiciones españolas que le resultó chocante incluso a los cristianos que se venía a socorrer. Urbano II, aquí como en otras cosas mejor diplomático, llegó a una reconciliación con la Iglesia española, y desde luego animó también más a las expediciones francesas allende los Pirineos.

Sin embargo, el elemento con el cual él más contaba no fueron ya los borgoñones. Es cierto que la Santa Sede nunca despreció establecer su influencia sobre monarquías lejanas cuando tuvo ocasión, como fue el caso de Guillermo el Conquistador para Inglaterra. Pero el papado trataba, sobre todo, de rodearse de un círculo de Estados vasallos mediterráneos capaces de ayudarlo, según las necesidades, contra el emperador alemán, los musulmanes o también, ocasionalmente, contra Bizancio. En estos planes la abadía de San Víctor de Marsella aparece como rival de Cluny. El conde de Provenza (1081), el vizconde de Melgueil-Montpellier (1086), el conde de Barcelona (bajo el pontificado de Urbano II) llegaron a ser vasallos de Roma, como la condesa de Toscana, Matilde, que legó al papado sus estados; y fue Gregorio VII quien dio la corona real a Zvonimir de Croacia. El papado mantuvo excelentes relaciones con Raimundo de Saint-Gilles, quien agregó sucesivamente los condados de Tolosa (1088) y de Provenza (1094) a su heredad de Languedoc (1066). Raimundo fue en 1087 uno de los jefes de la coalición antialmorávide de España, y muchos de sus vasallos hubieron de tomar parte en las expediciones de los años siguientes, incitados por Urbano II. Es singular que estos ataques fueran conducidos no contra los almorávides, sino contra los pequeños estados musulmanes debilitados del norte de la península, fuera porque se les tuviese por aliados de los almorávides o porque se quiso aprovechar su decadencia. Pero el resultado fue que todos los musulmanes de Espa-

ña acabaron por entregarse a los almorávides, campeones de la guerra santa anticristiana: así, a principios del siglo XII no había en España sino dos cuerpos de enemigos, guerra santa contra guerra santa, aguardando que a mediados del siglo los almohades, sucesores de los almorávides, inaugurasen la intolerancia contra los cristianos, sospechosos de inteligencia con el resto de los pueblos latinos.

Lo precedente pretende hacer sentir que el lazo que desde hace mucho tiempo se ha reconocido entre la política occidental y la política oriental de Urbano II no se reduce a una común acción contra el islam, y al uso en Oriente de hombres que habían adquirido en Occidente la experiencia necesaria. Esto es verdad, pero hay otra cosa, y no se puede evitar preguntarse si la política mediterránea y española de Urbano II no explica, al menos parcialmente, lo que fue para él el objeto de la cruzada: crear en Oriente una base de influencia para la Iglesia de Roma.[6] Trabajos recientes establecen que la cruzada fue enviada a Oriente por el papa con la misión sincera de colaborar con Alejandro Comneno; el legado Adhemar de Monteil y Raimundo de Tolosa, jefe presunto de la expedición, trataron de salvaguardar este plan, a pesar de la actitud diferente de otros jefes de la cruzada. Sin embargo, las cosas no fueron tan simples. Lo que Alejandro deseaba era recibir un refuerzo poderoso, pero del mismo tipo que los contingentes de mercenarios que estaba habituado a enrolar. No pudo dejar de sentir que se enfrentaba a una fuerza independiente de él. Es cierto que, no sin dificultad, llegó a obtener de la mayor parte de los jefes cruzados un juramento de homenaje, que les prohibía retener algún territorio que, antes de la conquista turca, hubiera sido tomado del Imperio bizantino. Pero no era cuestión de prohibirles conquistar Siria y Palestina, y, como la cruzada era asunto del papa, no podía él, evidentemente, requerir un homenaje ni del papa ni de su legado; y sin duda a esto se debe que Raimundo, quien no era hostil a Bizancio, se negara al juramento de homenaje.

Urbano II quiso socorrer a Bizancio, sin reservas mentales, pero no tenía un programa propio; al menos, a falta de algún texto, esto se puede inferir de una reflexión sobre los acontecimientos. Es difícil que Urbano no previera o contemplara la creación de un Estado latino en Siria-Palestina, que, comoquiera que se concibieran sus relaciones con la Santa Sede, y aun si en él permanecían fieles a otras cristiandades, crearía una buena influencia latina, romana, en Oriente. Bizancio lo aceptaría, puesto que el auxilio latino le permitiría reconquistar sus provincias perdidas o, en todo caso, sobrevivir a la amenaza turca. De esto se desprendería que la influencia latina en Oriente aumentaría, y que la influencia del patriarcado de Constantinopla sobre el de Antioquía y el de Jerusalén disminuiría en proporción. Lo que se inició en Sicilia y en España debía extenderse a Palestina. Que este programa no se haya realizado no significa que no se haya concebido. La hipótesis, en todo caso, amerita consideración.[7]

En 1095 Urbano II tomó la iniciativa de la que emanaría la primera cruzada. Lo que él, en su formación, y después en su desarrollo, haya concebido se discutirá siempre, por falta de documentos que den a conocer las ideas del papa, las cuales no eran, por otra parte, forzosamente tan precisas sobre los resultados de la empresa como sobre su preparación. Pero sea lo que fuere, la cruzada es para él, y sin duda para la mayoría de los participantes, cosa suya. Aún no podía participar, y no se ve claramente si consideraba ya al conde de Tolosa como investido de un comando general de la expedición y al legado Adhemar de Puy de una autoridad moral.

¿Cuáles eran las relaciones con Bizancio? Un llamado de auxilio había llegado de Bizancio, pero se trataba, en el espíritu de los emperadores, de recibir refuerzos del tipo de los mercenarios normandos que ellos reclutaban desde hacía algún tiempo en Occidente, o de los caballeros que se habían hecho enviar por el conde de Flandes. Era normal que tratasen de interesar a la Iglesia, uno de los dos poderes de Occidente y el más sensible a las

desdichas de un sector de la cristiandad. Sin embargo, este llamado debió también ser reubicado en otro contexto: desde 1054 había un cisma entre las iglesias de Constantinopla y de Roma, lo cual no pudo sino comprometer las relaciones políticas del papado con los emperadores bizantinos. Sin embargo, los trabajos recientes autorizan a presentar una interpretación menos radical que la que se dio antes.[8]

Primero, el acontecimiento de 1054 era menos una novedad que la consagración de una antigua separación de hecho; todo, a lo más, era una reacción contra el esfuerzo de acercamiento que provocó el peligro normando, que amenzara a la vez a Roma y a Bizancio: poco después del cisma, Roma debía decidir —al no poder ya contar con Bizancio ni combatir al mismo tiempo contra el Imperio alemán y contra todo el mundo— entenderse con los normandos. Luego, el cisma, que el tiempo agravó, no fue considerado diferente de otras rupturas temporales que ya se habían conocido; de todas maneras, no se trataba de una herejía, y la amputación disciplinaria no excluía la conciencia de pertenencia a una sola y misma Iglesia. En fin, si la voluntad de cisma fue fuerte en el patriarcado de Constantinopla, lo fue mucho menos en Antioquía, que no tenía, casi, tema de disputa con Roma y menos aún con Jerusalén, donde el patriarca "griego" se ocupaba muy satisfactoriamente de los peregrinos latinos. En estas condiciones, las negociaciones para proporcionar ayuda militar a Bizancio por intermediación del papado tomaron la forma de una especie de trueque entre lo espiritual y lo temporal, y debió ser así durante más de tres siglos, hasta el fin del Imperio bizantino: tanto unos como otros consideraban natural la cooperación del Occidente y el Oriente cristianos contra la amenaza musulmana; pero tanto para unos como para otros la cuestión de los socorros materiales estaba más o menos expresamente vinculada a la de la reunión de las iglesias. Bizancio debía hacer pensar que pagaría este precio para obtener los recursos suficientes, y Roma buscaba la mejor manera de que esos socorros materiales sirvieran para la reunión de las iglesias y, con frecuencia, hacía de

esto condición de aquello. Sobre este último punto, sin embargo, ésta no debió ser en el siglo XI la posición del papado, lo cual se verá en un momento.

En Bizancio la invasión turca, aunque se tardó en medir toda su significación, incitó a los emperadores, a partir de Romano Diógenes, a buscar la paz en Italia con los normandos y con el papado. En 1074 Miguel VII, a costa de renunciar a Italia, obtuvo no solamente la paz con los normandos, sino su alianza momentánea. Los esfuerzos paralelos de reconciliación con el papado tropezaron con la cuestión religiosa, pero parecieron menos necesarios después que se obtuvo la alianza normanda. Sin embargo, la progresiva ruptura que el movimiento de reforma y de emancipación de la Iglesia provocaba entre Roma y el Imperio de Occidente llevó al papado, por su lado, a una alianza con los normandos, reforzada después de un periodo de incertidumbre en 1076 por Gregorio VII. Como en 1078 Miguel VII fue derrocado, y el advenimiento de Nicéforo Botaniate marcó la aparición de otro partido, Roberto Guiscardo llegó a ser dueño pleno de Italia meridional, y, ávido de conquistar el señorío de las dos orillas del canal de Otranto, preparó una expedición contra la costa occidental de Grecia. Gregorio VII, que tenía necesidad de él contra Enrique IV, no estaba en condiciones de discutir, y le dio su bendición, lo cual significaba abandonar la política de reconciliación con Constantinopla. Pero en 1085 murieron Guiscardo y Gregorio VII, y tres años después murió también el sucesor de Gregorio, Víctor III, el papa de los normandos. Entre los normandos que se repartieron la herencia de Guiscardo, el primer lugar correspondió a su hermano, Rogerio I, el conquistador de Sicilia, que no tenía ningún interés en continuar la guerra con Bizancio; la contienda, por otra parte, podía costarle la cooperación de los griegos de Sicilia y de Calabria en caso de dificultad con los musulmanes de la isla o del Magreb próximo. En Constantinopla Alejandro Comneno había remplazado a Botaniate y, después de haber rechazado la invasión normanda con ayuda de los venecianos, como se verá, era particular-

mente sensible a la agravación de la amenaza turca en Asia Menor que, conjugada con la de los pechenegos, sus primos, sobre el Danubio, atrapaba el imperio en una tenaza. En 1088 advino un nuevo papa, Urbano II, que era un diplomático sensible al peligro de una alianza del Imperio bizantino con el alemán y de la unión de las iglesias en beneficio del antipapa establecido en Roma por Enrique IV. Las negociaciones, que ocuparon el año de 1089, no tuvieron resultado preciso, pero crearon un clima nuevo. Se intentó dejar que la querella se extinguiese, y evitar hablar de lo que podía reanimarla. Se esperaba que la cooperación de hecho en otros dominios volvería a crear, poco a poco, una situación de unión. El papa envió a Alejandro una pequeña fuerza auxiliar contra los pechenegos, y sin duda el nuevo clima permitió también el envío de un contingente flamenco (véase más adelante), lo que un clima de ruptura hubiera hecho difícil. Cuando se organizó la cruzada los occidentales estaban libres de todo prejuicio de hostilidad religiosa contra Bizancio.

Alejandro pidió auxilio para el Imperio bizantino, y Occidente le envió un ejército para conquistar Tierra Santa. Sólo este objeto podía motivar a la cristiandad latina. Es evidente que hubo una sustitución de objetivos, aunque esto no parezca haber sido notado por ninguno de los narradores antiguos (ni modernos) de las cruzadas. Sin embargo, al menos un autor medieval vio el problema. P. Charanis, en 1949, llamó la atención sobre un pasaje de un cronista bizantino de principios del siglo XIII que parece sugerir que fue el mismo emperador Alejandro Comneno quien, comprendiendo que era vano esperar de Occidente refuerzos importantes para la sola ayuda a Bizancio, hizo de la liberación de los Santos Lugares el tema central de su propaganda. Este tema ya había sido utilizado por los mismos bizantinos, en particular cuando la campaña relámpago de Juan Tzimisces contra los muros de la Ciudad Santa en 975. Sin embargo, se trata aquí de un episodio excepcional y es cierto que la política de Bizancio en Asia estuvo mucho más dirigida hacia la recuperación de territorios para proteger directamente a Asia Menor que hacia una ad-

quisición excéntrica como la de Jerusalén. No es seguro que el patriarca de Constantinopla, a quien la reconquista de Antioquía dio un asociado en el seno del imperio, haya sido presionado para obtener otro en la persona del patriarca de Jerusalén. Los emperadores bizantinos se habían ocupado, sin demasiada diligencia, de hacer restaurar el Santo Sepulcro después de la invasión de Hakim, y los peregrinos griegos iban a los Santos Lugares. Sin embargo, no se puede afirmar que Jerusalén ocupara en la espiritualidad bizantina del siglo XI el mismo lugar que en la de Occidente. Comoquiera que sea, si bien el texto del historiador bizantino es interesante como testimonio de una reflexión, un siglo después, sobre el fenómeno de la cruzada, no tiene el valor que hubiera tenido bajo la pluma de un contemporáneo. De todas maneras, la cruzada fue organizada por el papa, y el papa sabía bien que Constantinopla no era Jerusalén: adoptó cierta política porque le convenía y es pues de su lado que hay que buscar —por una vez tradicionalmente— la razón de ser de las cosas.

En el momento en que los enviados del emperador bizantino se presentaron en el concilio de Bolonia, después que Urbano II predicara la cruzada en Clermont, el peligro turco en Asia, como antes el peligro musulmán en Italia y en España, estaba ya declinando. Malikshah había muerto en 1092, sus herederos disputaban, y en Asia Menor occidental, al menos, las intrigas del emperador bizantino, el basileus, neutralizaban entre sí a los pequeños jefes turcomanos. La recuperación de los territorios que habían pasado momentáneamente bajo control "bárbaro" llegaba a ser una esperanza posible, como había sucedido antes en la historia del imperio. El llamado de Bolonia no era de desesperación y de urgencia, sino que estaba ligado a una política realista de reconquista. Sin duda Urbano II se daba cuenta de ello, pero no veía razón alguna para retrasar su esfuerzo; antes al contrario. Le confió la realización primero a sus fieles amigos —que también eran amigos entre sí—, el conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles, y el obispo de Puy, Adhemar de Monteil. Es inútil pensar

que haya habido ideas más precisas sobre el detalle de lo que debía ocurrir.

Es en este momento cuando intervienen de manera imprevista nuevas fuerzas, que transformarían aún más la cruzada en algo diferente de lo que pudieron haber pensado tanto Alejandro como Urbano o Raimundo. Y esto nos hace volvernos otra vez hacia Occidente.

Lo que de una parte y de otra se contemplaba era el envío de contingentes compuestos sobre todo de caballeros, algunos millares de hombres como máximo. ¿Vería el papa más lejos, o temería que su llamado no fuera suficientemente atendido? ¿Sobrepasaba el valor emotivo de Jerusalén lo que él mismo podía pensar? Como fuere, se sabe que el concilio de Clermont suscitó un entusiasmo popular que quizá inquietó al papa mismo, por los desórdenes que podía engendrar y por el riesgo de que escapara al control de la Iglesia. No volveremos sobre hechos muy conocidos, que se desarrollan en un ambiente de exaltación de la fe y de esperanzas a la vez sociales y místicas. Si bien no hay que exagerar el número de los cruzados, no dejó de ser, en la escala de la Edad Media, un movimiento de masas. Rebasando la cruzada oficial, bandas incultas e ignorantes, sobre todo entre el Somme y el Rin, acentuando un movimiento de opinión del siglo anterior, comenzaron la guerra santa con matanzas de judíos. Estas bandas quedaron aplastadas desde su encuentro con los turcos, y sus restos se incorporaron a la cruzada oficial de los señores. Sin embargo, esta dualidad de origen habría de sentirse hasta el fin de la cruzada.

En el momento en que los cruzados se preparan para enfrentarse a los orientales ¿cuál es militarmente la capacidad de unos y otros? En lo referente al armamento, habrá muchas ocasiones de ver el precio que daban los musulmanes a las espadas "francas". Desde luego, fue en Oriente donde se había perfeccionado la fabricación de acero templado, conocido en el Occidente con el nombre de acero de Damasco, y cuya técnica vino probablemen-

te de la India (aunque la India, pobre en hierro, no parece haber sido la verdadera cuna). Producía un acero seductor por el brillo y a la vez particularmente resistente.[9] No cabe duda, sin embargo, de que desde la Antigüedad la metalurgia del hierro realizó en Europa Central progresos que dieron a las espadas francas una notoriedad tanto más grande cuanto parece que no supieron imitarlas en Oriente.[10] Todavía en el siglo XIII el escritor persa Nasir al-Din Tusi informó que, como los europeos prohibían la venta de estas armas en el extranjero, por una espada franca en Egipto se pagaban mil dinares. A diferencia del sable oriental curvo, que hería de filo, la espada franca hería también de punta.

De manera general, es bien sabido, los procedimientos de combate tanto orientales como occidentales se apoyaban fundamentalmente sobre la caballería, pero en Occidente era una caballería pesada y masiva, y en Oriente, una caballería ligera. Fue en la baja Antigüedad y en la alta Edad Media cuando se inventaron y perfeccionaron la silla, el freno, y sobre todo el estribo, que proporcionaba al jinete más estabilidad y le permitía soportar un armamento más pesado. En Occidente se admite sin dificultad que esta innovación contribuyó en gran medida al desarrollo de la caballería, y que el elevado costo de mantener el animal y el armamento restringían su monopolio a una aristocracia, lo cual habría de contribuir a la aparición del feudalismo.[11] Pero nosotros debemos constatar que las mismas causas no produjeron en Oriente los mismos efectos. Cierto, la evolución del arte militar fue también, al menos hasta la aparición de las armas de fuego, en beneficio de la caballería y de una casta de jinetes. Pero ya sea que el clima haya impedido alimentar caballos vigorosos como los de Europa, ya que los hombres hayan soportado mal los armamentos pesados, la evolución fue hacia una caballería ligera, móvil, apta para las fugas simuladas y los retornos bruscos. La misma oposición se encuentra en lo que concierne a la lanza y al venablo. Los árabes primitivos no se servían sino del venablo de manejo ligero; los occidentales, en cambio, golpeaban duramen-

te con una lanza fuertemente sostenida. Pero en la arquería el Oriente realizó grandes progresos. Los árabes de la conquista no atribuían al arco una importancia muy grande; era un arma para los soldados de a pie, de poca fuerza y de poco alcance. Fueron casi con certeza los turcos quienes instauraron una arquería a caballo mucho más perfeccionada. La nueva estabilidad del jinete le permitía, desde lo alto de su montura, utilizar arcos más fuertes, que proyectaban más lejos flechas más mortíferas. Al mismo tiempo, por otra parte, desarrollaron una táctica que se apoyaba en arcos ligeros cuyos proyectiles llegaban de todas direcciones gracias a la movilidad de los caballos, desconcertando al adversario. La arquería montada turca llegó a ser, para todos los ejércitos de Oriente, un arma absoluta, que les aseguraba casi inmediatamente la victoria tanto sobre los bizantinos como sobre los árabes.[12] Los occidentales conocían una arquería a caballo intermedia, que no excluía la arquería a pie. Pero el principal progreso en Occidente parece haber sido el perfeccionamiento de la ballesta, que permitía una mejor puntería y el empleo de proyectiles más poderosos, aunque el arma fuera pesada y tuviera que ser manejada casi por tres hombres.

El Oriente, desde la Antigüedad, conoció la ballesta, y el término que en griego bizantino la designa parece idéntico a la palabra *chark*, que es el nombre persa. Pero la princesa escritora Ana Comneno, al emplear esta palabra cuando describe la llegada de los cruzados a Constantinopla, alaba como una novedad notable las ballestas francas, que debían, pues, tener una clara superioridad.[13] Los turcos, en particular los regimientos *de ghulam* profesionales muy conocidos en nuestras canciones de gesta,[14] llevaban, como los francos, armaduras, pero más ligeras. En una batalla la famosa carga franca arrollaba al adversario irresistiblemente, pero éste, con frecuencia, fingía huir; después, mientras jinetes e infantes francos pillaban el campo adversario, volvía de improviso. Los soldados de a pie y los jinetes llevaban escudos más pesados, que protegían mejor que las adargas redondas, lige-

ras, de los orientales. Los musulmanes adoptaron progresivamente el escudo franco; la palabra *tariga*, que en la época de Saladino designara en el ejército musulmán una forma de gran escudo, parece derivada de la *targa* europea. Es posible, entonces, que los europeos hayan sido técnicamente superiores, en algunos aspectos, a sus adversarios, pero no hay que exagerar. Fue sólo más tarde, después de su establecimiento en Oriente, cuando realizaron progresos importantes en materia de fortificaciones y de artillería de sitio. La toma de Antioquía exigió siete meses de sitio, y las otras ciudades fueron tomadas por el hambre o la desmoralización del adversario. La artillería de sitio, por otra parte, habría sido difícil de transportar de Occidente a Oriente, y se construía sobre la plaza. De todos modos, una técnica adecuada en una región dada y frente a un adversario determinado no se muestra forzosamente tan buena en otras condiciones. Es difícil evaluar lo que el ardor religioso de ciertos cruzados o su agotamiento físico pudieron aportar de positivo o de negativo durante la guerra. No es más fácil evaluar los factores morales en los ejércitos turcos que encontraban frente a ellos. Éstos tenían como característica, se ha visto, ser ejércitos extranjeros, de donde resultaba que no se apelaba ya al ardor del *djihad* de la población nativa. Sin embargo, no hay que descuidar el espíritu de solidaridad musulmana y de cohesión de masas que las tropas, si no sus jefes, habrían de poseer. No se conocen los efectivos combatientes de los ejércitos de los cruzados. Los ejércitos turcos que se les opusieron no eran muy numerosos, pero tenían la ventaja de no verse estorbados por una masa de no combatientes. Comoquiera que sea, un número importante de cruzados regresó a Europa después de la toma de Jerusalén, y es cierto que el desenlace de la conquista, militarmente hablando, fue obra de algunos cientos de jinetes rodeados de algunos millares de soldados de infantería más o menos combativos.

V. LOS CRUZADOS EN ASIA

No se caerá en el error de relatar otra vez la primera cruzada.[1] Nos limitaremos a recordar algunas características generales y los hechos dominantes. Se ha repetido, y es verdad, que la cruzada es esencialmente francesa, dándole a esta palabra, sin embargo, un sentido étnico más que político, puesto que, políticamente, Godofredo de Bouillon emanó del imperio. Es cierto que hubo renanos, ingleses, italianos, aun escandinavos; el predominio francés, sin embargo, no se puede negar. Dejando a un lado especulaciones verdaderamente gratuitas sobre el carácter de nuestros antepasados o el nuestro propio, sólo señalaremos que esta participación francesa es en sí misma innegable, y que las abstenciones, en Francia o en otras partes, pudieron tener diversas razones. En Alemania la lucha entre el imperio y el papado impedía la propaganda oficial de la cruzada; las bandas que, en la región renana, se unieron a la cruzada o la precedieron, fueron reclutadas por predicadores populares. Los cruzados originarios del imperio, y también los que anteriormente Pedro el Ermitaño arrastró del norte de Francia, y que no podían contar con un paso marítimo por Italia, llegaron a Oriente por Alemania (lo cual fue posible desde la conversión de los húngaros), sin que el emperador se opusiera a ello. Pero él no podía alentar una expedición deseada por el papa, y sin duda prefirió conservar a sus soldados para sus guerras en Italia, mientras la mayor parte de los alemanes del este consideraban, sin duda, que tenían demasiados enemigos cercanos, cristianos o no, para ir a buscar otros lejanos. Además, una expedición a Oriente habría debido ser, según los precedentes de las guerras por la fe, obra del emperador bendecido por el papa, pero sin que éste desempeñara un papel; ya se habían esgrimido ideas de este género en torno al antipapa Gilberto y a Enrique IV.[2] Dicho esto, resta señalar que Godofredo, al dejar el imperio, empeñó sus tierras a vasallos laicos y eclesiásticos del emperador, y que el itinerario que tomó podía ser interpreta-

do como un deseo de evitar, a diferencia de los otros cruzados, el paso por las regiones italianas controladas por Urbano II.

Aun en Francia, hay que hacer notar que los aquitanos, potevinos y borgoñones, habituados a las guerras en España, se abstuvieron de unirse a la cruzada propiamente dicha, y no se dejaron arrastrar hacia Oriente, de una forma que más tarde, después del éxito de sus precursores, se volvería contra ellos.[3] Si bien el ejército de Raimundo de Saint-Gilles era relativamente fuerte, no hay duda de que la gente del norte componía la mayoría de los efectivos de la cruzada; la gente del norte, es decir, la menos informada sobre las cosas de Oriente, la menos predispuesta hacia alguna forma de coexistencia pacífica (con excepción de los normandos de Bohemundo, trasplantados en el extremo sur).[4] Hubo asimismo italianos, pero aquí también conviene hacer cuidadosas distinciones. En la cruzada propiamente dicha, y en la poscruzada de los potevinos y borgoñones, tomaron parte los italianos del norte, aunque el papa desde luego trató de detenerlos, por temor a debilitarse.[5] Sus efectivos no eran muy altos, no tenían jefe propio, y estaban agregados al ejército de Saint-Gilles. Hubo también marinos y mercaderes de diversos puertos; por importante que fuera su papel, debido a su actividad marítima, su número fue modesto y, por otra parte, casi ninguno de ellos se quedó en Oriente. Por fin, como última categoría, están los normandos del sur, sobre los cuales debemos insistir un poco.

Hemos visto cuál fue su actitud antes de la cruzada; no los predisponía a tomar alguna iniciativa en ésta. Es verdad que participó en la cruzada un ejército que debía tener un lugar importante, bajo la conducción de Bohemundo de Tarento. Éste representaba, entre los normandos, a aquel que le hacía frente a Bizancio, y recogía el legado de la política antibizantina de su padre, con la que había estado asociado. Hay que comprender también que, desde la muerte de Roberto Guiscardo, los territorios normandos habían quedado desmembrados, y la esperanza de Bohemundo de reencontrar allí dominios a la medida de sus am-

biciones era débil. Además, Bohemundo tuvo en torno a sí normandos de esos cuyos primos, desde hacía mucho tiempo, habían hecho carrera en el ejército bizantino con notable provecho. Toda esta gente encontraría en una cruzada, que estaba organizada en alianza con el Imperio bizantino, y que comenzaba sobre su suelo, una ocasión para reanudar los sueños o recuerdos de antaño, en los cuales Jerusalén tenía poco que ver. En cambio, y esto no ha sido debidamente destacado, los otros normandos, los de Sicilia, y también, hasta cierto punto, los del litoral tirreno de Italia peninsular, permanecieron con ellos. El historiador árabe Ibn al-Athir, que escribe un siglo y cuarto después de la cruzada, pero que no tiene el hábito de inventar, hace un relato que tiene aspecto folclórico y que contiene probablemente algunas confusiones con la segunda cruzada, pero que debe tener un fondo de verdad y una significación. A los jefes cruzados de Francia que, al pasar cerca de él, solicitaron ayuda contra los musulmanes de África, el príncipe normando habría respondido que no veía razón para comprometer sus buenas relaciones con el mundo musulmán para conquistas aleatorias que, en todo caso, tendría que compartir con ellos; que fueran a Palestina; en cuanto a él, se limitaba a animarlos. Por verdadero o falso que sea el episodio, es claro que el relato es exacto en la política que traza.[6]

En cuanto a los puertos italianos, debemos distinguir, por un lado, Amalfi; por otro, los del norte, Génova, Pisa y Venecia, que no tuvieron, por otra parte, el mismo papel (los puertos de Apulia no contribuyeron sino a transportar a los cruzados a Grecia). Se dice comúnmente que los tres puertos septentrionales participaron en la cruzada; sin duda, ¿pero cómo?[7] *A priori*, y también porque sabemos lo que sucedió más tarde en Egipto y en Constantinopla, podemos decir que sus mercaderes estaban divididos entre la ambición de meter mano en los tesoros de Oriente, a expensas no sólo de los musulmanes, sino también de sus rivales de Occidente, y el temor de perder, en una empresa

azarosa, las posibilidades de comercio en ciertos países musulmanes.

Tal es, pues, el mosaico de las fuerzas que integraron la cruzada, sin contar, sobre todo en el norte de Francia, la gente común, para la cual el viaje, en condiciones de las que no tenían idea alguna, estuvo íntimamente ligado con los recuerdos bíblicos, hasta la etapa final, en la que se distinguía mal la Jerusalén terrestre de la Jerusalén celestial. ¿Cuántos hombres hicieron este viaje? Hay peligro de elevar en exceso el número: fue, ciertamente, importante en la escala del tiempo, pero ¿cuántos alcanzaron el objetivo? Más vale no tratar de adivinar. Naturalmente, no había un comisariado, por lo que no fue posible impedir la impaciencia o la codicia de una muchedumbre poco informada, que pasaba por países difíciles, de lenguas incomprensibles, y hubo pillaje e incluso combates. En Europa Central y balcánica casi no tuvieron continuidad, aunque es interesante notar, en la correspondencia de Teofilacto de Ocrida, el terror y la desorganización que marcó, también en territorio bizantino, el paso de los cruzados.[8] El mal fue menor por parte de los que sólo atravesaron Grecia, viniendo de Italia. Pero el conjunto creó una atmósfera de irritación en el momento en que se necesitaba sangre fría para regular los difíciles problemas de la toma de contacto con Bizancio.

Más graves y de contenido más durable fueron los problemas políticos. Como ya dijimos, el cisma tenía entonces muy poca importancia. Pero fue inevitable que los choques se produjeran, por una parte, entre las autoridades bizantinas y los "bárbaros" indisciplinados que descubrían una civilización, para ellos nueva, y por otra, entre el gobierno bizantino y los jefes cruzados acerca de su concepción de su próxima cooperación. Para el emperador de Constantinopla el ejército que llegaba de Occidente, aunque superior en número a los mercenarios que Bizancio había enrolado desde hacía dos generaciones en la Europa latina o germánica, debía, como ellos, quedar integrado en el sistema bizan-

tino y, mediante remuneración, combatir por los objetivos que se les indicaran. El recuerdo de los desórdenes causados por ciertos mercenarios, sobre todo normandos, en el curso del medio siglo precedente, y la presencia entre los jefes cruzados de un hombre, Bohemundo, apenas ayer enemigo declarado de Bizancio, despertaron en éste desconfianza y el cuidado de tomar precauciones particulares. Adaptándose a los usos occidentales, el emperador les exigió un acatamiento que le garantizara que restituirían fielmente al imperio todo aquello que le había pertenecido. Para muchos de los jefes cruzados, que estaban habituados a las prácticas de homenajes múltiples y que además no deseaban eternizarse en Oriente, ello no representó mayores dificultades. Para los demás, más allá de los territorios bizantinos estaban Jerusalén y otras regiones sobre las que Bizancio no reivindicaba derechos, y Bohemundo, que no se inclinaba a una bellaquería, no vio por qué, aun en el imperio, no podría obtener como vasallo lo que en otro tiempo vanamente trató de ganar como enemigo. Sólo Raimundo de Saint-Gilles se rehusó a prestar más juramento que el de no hacer nada contra el imperio, y como durante los años siguientes habría de conducirse como fiel aliado de aquél, sorprende esta actitud. Es verosímil que, asociado desde el principio con el proyecto de cruzada concebido por Urbano II, quien estaba representado en el seno del ejército provenzal por su común amigo el legado Adhemar de Monteil, Raimundo considerara imposible humillar en su persona a su alto comanditario ante quien fuere, sin que esta actitud implicara hostilidad alguna. Las negociaciones, pues, se llevaron a cabo, pero resultó inevitable que los regateos, las impaciencias a las que dieron lugar, dejaran en el espíritu de muchos cruzados, deslumbrados por las bellezas de la ciudad imperial,[9] rencores que el acuerdo oficial de los jefes no bastó para borrar.

El desarrollo de la cruzada habría de acentuar el desacuerdo. Los cruzados estaban ciertamente dispuestos a combatir contra los turcos establecidos en suelo bizantino, pero su objetivo era Jerusalén, y no deseaban de manera alguna prolongar su estancia

en la inhospitalaria Asia Menor. Para Alejandro Comneno, al contrario, resultaba imposible comprometerse antes de haber recobrado las provincias próximas a los estrechos y al mar Egeo y las rutas que conducían hacia Siria o Armenia. La marcha de los cruzados se desarrolló, pues, sin la participación bizantina.

Una vez atravesadas las fronteras del imperio hacia Asia, los cruzados se encontraron en contacto con los pueblos "orientales". Por diversos que éstos fuesen, tenían en común el no poder darse cuenta de lo que esta expedición "franca" tuvo de original. En los países de dominación musulmana tradicional, donde, lo hemos visto, nada había cambiado en las relaciones entre musulmanes y no musulmanes, y desde donde no se había lanzado llamado alguno hacia Occidente, la cruzada debió aparecer como una variante de esas expediciones bizantinas a las que ya estaban habituados y que, cuando lograban éxitos, casi no entrañaban consecuencias. En Asia Menor los turcos habían combatido a los cristianos locales enfeudados en Bizancio, pero por la misma razón debieron considerar como bizantino al ejército que llegaba de Constantinopla. Se conocía en Oriente a los francos, pero, excepto en los puertos sirio-egipcios y en Jerusalén, se trataba de mercenarios integrados al ejército bizantino; los nuevos francos, pues, debían ser también más o menos bizantinos. Sin duda el rumor acerca de un ejército particularmente importante se extendió con gran rapidez, pero no se podían captar de inmediato todas sus características específicas.

Salidos del Imperio bizantino, los cruzados atravesaron Asia Menor en dirección a Siria, sin la intención de demorarse allí. Atropellaron, no sin sufrir pérdidas, a los turcos, de quienes retomaron, no lejos de los estrechos, la ciudad de Nicea, pero si los jefes turcos habían sido introducidos en esa ciudad y en otras por las facciones bizantinas en lucha, el pueblo turco seguía siendo seminómada y no vivía en las ciudades. Las tropas o bandas avasalladas se retiraron, entonces, hacia la retaguardia, como estaban habituadas a hacer en el desierto; después, idos los francos, re-

gresaron, excepto a las costas, reocupadas por los bizantinos, y que convenían menos a sus animales. No hubo, pues, razón para que la cruzada dejara en su memoria una huella profunda, y los relatos de los romances, elaborados más tarde sobre la base de lejanas tradiciones orales acerca de los principios de los selyúcidas o de los danishmenditas (el Danishmend-nameh), aunque revelan al lector moderno algunos recuerdos que se remontan a la cruzada, para el auditor o el lector de la época mezclan indiscerniblemente a todos los cristianos con los rasgos de esos bizantinos o armenios que sus autores conocieron de manera más directa. Los francos admiraron las virtudes guerreras de sus adversarios, lamentando solamente que no fueran cristianos: además, se decía, al igual que los francos, descendían de los troyanos.[10] Ignoramos qué opinaron los turcos de los francos en ese momento.

En la planicie de Anatolia central, poco fértil, los cruzados no hallaron muchos cristianos, ni griegos ni de otra secta. Los encontraron al llegar al Tauro, donde se habían mantenido o restablecido señores armenios más o menos autónomos.

Al llegar a Siria los cruzados se encontraron, finalmente, por primera vez, frente a las antiguas poblaciones, musulmanas o no, que habrían de combatir o de someter y comandar durante dos siglos. Es verdad que los ejércitos musulmanes sirios estaban integrados casi exclusivamente por turcos, distintos, sin embargo, de los turcos de Anatolia, donde se trataba de un pueblo turcomano seminómada en armas, mientras que en Siria se trataba de profesionales extranjeros de tipo tradicional, y no había población turca. No obstante, las conquistas y los estragos de los francos alcanzaron a todos, tanto nativos como turcos. La tempestad se abatió sobre ellos casi de improviso y mal sabían qué pretendían los francos.

En Siria los cruzados encontraron también cristianos, pero cristianos de iglesias "heréticas", que con frecuencia hablaban la misma lengua que los musulmanes, y a quienes no tenían la intención de tratar mucho mejor que a éstos. Es necesario, sin em-

bargo, distinguir el caso de los armenios. Entre los cristianos de Oriente eran los que menos ignoraban quiénes eran los francos. Eran también los únicos que tenían el recuerdo reciente de una potencia política y la práctica del oficio de las armas. No es dudoso que esperaran encontrar en el nuevo ejército un refuerzo contra los turcos, a la manera de los mercenarios de ayer, refuerzo que tenía la ventaja de no presentarse bajo la traza del bizantino, tracalero de antaño. La experiencia les enseñó pronto a conocer las ambiciones propias de estos francos y a servirse de ciertos francos y de ciertos turcos, los unos contra los otros, en función también de sus propias rivalidades intestinas. Los de Cilicia, inmediatamente después de la cruzada, se encontraron a veces reincorporados al territorio bizantino, a veces sujetos a los francos de Antioquía; los de Siria del norte lo estuvieron exclusivamente a estos últimos, sin desempeñar a su lado un papel esencial.[11] Sucedió de otra manera en los territorios ubicados más al este, a caballo sobre el Éufrates medio, donde se puede, desde el origen, calificar de francoarmenio al condado que fundó Balduino de Boloña en torno a la capital de Edesa con el apoyo de los señores armenios autónomos del Tauro oriental y la hostilidad de otros, sobre todo en el Tauro medio (Mar'ash, etc.). Los matrimonios entre jefes sellaron este carácter y debía resultar de ello, como se verá, que una reina del reino de Jerusalén sería una medio armenia, y el último conde "franco" de Edesa, un medio armenio.[12]

Entre los otros cristianos que los francos encontraron progresivamente, y en menor número, los maronitas del Líbano les dieron casi de inmediato buena acogida; pero estos campesinos semimontañeses no tenían por el momento gran importancia. Los jacobitas asistieron indiferentes a los acontecimientos que no tenían por qué cambiar su invariable condición de gente humilde sometida a amos extranjeros; los francos, que no sabían nada de ellos y los veían arabizados, los consideraban herejes que casi no valían más que los musulmanes y, si no se los podía masacrar,

bien se podía despojarlos de sus iglesias o de sus tierras.[13] Si los francos habían acudido en auxilio de la cristiandad *in abstracto*, no se seguía que llegaran, indiferentemente, en socorro de no importa cuáles cristianos, *a fortiori* de la gente de rito griego, influyente en las grandes ciudades del norte y en Jerusalén, pues estos "griegos" les eran sospechosos de complicidad con Bizancio, aun si hubieran deseado tener una actitud más reservada en cuestiones religiosas.

En Asia Menor los cruzados no tuvieron la intención de proceder, ni por su cuenta ni por la de Bizancio, a la ocupación de ciudad alguna. Pero las cosas cambiaron una vez pasado el Tauro. Mientras Balduino iba a establecerse sin dificultad entre los armenios de Edesa, el grueso del ejército, sin duda conforme a un plan decidido con Alejandro Comneno, emprendía el sitio de Antioquía, ayer todavía cabecera de una gran provincia bizantina. La ciudad tenía una guarnición turca, pero la población estaba repartida entre diferentes iglesias cristianas. Además, las disensiones entre los selyúcidas de Siria, esto es, entre Rudwan de Alepo y el gobernador de Antioquía, Yaghi-Siyan, redujeron casi a la nada los esfuerzos musulmanes por rescatar la ciudad sitiada. Es muy notable constatar que los cruzados necesitaron siete meses para llegar al fin de este asedio, en el que los cristianos nativos por mucho tiempo no pudieron o no quisieron intervenir. Fue sólo inmediatamente después de la toma de Antioquía cuando llegó el gran ejército de socorro selyúcida comandado por Kerbogha; era un conglomerado de tropas cuyos jefes eran rivales mutuos y, por esta razón, se dejaron vencer. La prueba no fue menos dura para los cruzados, quienes con irritación creciente constataban que, aun en el momento del más grande peligro, el ejército bizantino se demoraba. Bohemundo supo aprovechar esto para asegurarse la posesión de la ciudad y de sus dependencias; éste fue el toque de difuntos de la cooperación francobizantina.

Durante este tiempo otros cruzados, sobre todo Raimundo, atacaban otras localidades. Hubo pillajes y matanzas, por ejem-

plo en Ma'arrat al-No'man, que debía dejar un recuerdo quemante a los musulmanes. Este comportamiento de los cruzados se debió, ciertamente, al enojo causado por los retardos y las irregularidades del reaprovisionamiento, pero también al deseo de la masa de asegurarse el beneficio inmediato del botín, sin tener en cuenta las capitulaciones negociadas mediante la entrega de un tributo que quedaba en manos de los jefes.[14] De manera general, durante esta expedición y las que siguieron no hubo verdaderas hostilidades sino en torno a las ciudades, y era de éstas de las que los musulmanes sobrevivientes huían. En ese territorio todo sucedió ciertamente sin tropiezos, pero casi no sabemos cómo quedó asegurado el avituallamiento del ejército: ¿pillajes, requisiciones, comercio? Como se verá, no parece que haya habido, a este respecto, verdaderos trastornos.

Fueron necesarios muchos meses para que la cruzada se pusiera en marcha hacia el objetivo declarado, Jerusalén. Cierto, el ejército tenía necesidad de rehacerse,[15] pero la muchedumbre estaba impaciente y las verdaderas razones del retraso no radicaban en la necesidad de reposo.[16] Diversas cuestiones se discutían entre los jefes: algunos pensaban quedarse en Oriente, otros querían regresar una vez alcanzada la Ciudad Santa; se discutían también las relaciones con Bizancio y, en consecuencia, con Bohemundo. Pero también se puede pensar que los jefes no sabían bien lo que querían, por qué ruta pasar ni tampoco si, como en Asia Menor, se limitarían a atravesar el territorio sobre el que no había pretensiones bizantinas o si lo conquistarían. En este último caso se encontrarían con un nuevo adversario, el Estado fatimita de Egipto, que se había aprovechado de la cruzada para retomar Jerusalén de manos de los artúkidas, y que controlaba con relativa firmeza los puertos de Palestina y de Siria meridional (Trípoli y su región formaban un Estado nativo autónomo). Puede ser que los egipcios les hubieran permitido a los nuevos peregrinos llegar a Jerusalén, como a sus precursores de antaño, pero esto ya no podía satisfacer a los cruzados, que recorrieron la

costa siriolibanesa pacíficamente, gracias a los acuerdos a los que se prestaron las autoridades locales. Pero Jerusalén fue arrebatada en un baño de sangre.

No es completamente seguro que desde entonces se haya pensado conquistar el conjunto del territorio. Pero la utilidad de esto resultó evidente porque Jerusalén, en el interior de Palestina, no podía recibir los socorros que comenzaban a enviar los italianos si no tenía al menos algunos puertos, y porque la ruptura con Egipto obligaba a ocupar los puntos desde donde se podía intentar la intervención. Además, la conquista de estos puertos interesaba a los mercaderes occidentales. Esta conquista requirió muchos años, por la falta de efectivos y por las disensiones, o al menos por la falta de coordinación, entre los jefes que permanecieron en Oriente. No se había previsto la iniciativa de Raimundo de Tolosa ante Trípoli, no se había previsto que los países conquistados serían repartidos entre los diversos ejércitos, ni *a fortiori* los límites de lo que correspondería a cada uno. La fisonomía de los territorios conquistados no habría de fijarse sino hasta 1110.

En definitiva, hubo cuatro principados, de los cuales el reino de Jerusalén era el más prestigiado, pero sin autoridad institucional sobre los otros. Se ve con cuánta reserva se debe hablar de *un* Oriente latino. Es cierto que todos los francos de Oriente se agrupan allí en pos de una aventura común, en condiciones de vida análogas, expuestos a los mismos peligros, y ellos lo sabían. Pero no hay ninguna unidad política ni, en el origen, coordinación alguna, y será excepcional que un sentimiento de solidaridad suficiente impulse a los Estados a socorrer a otro en momentos de peligro.

Sin que nos concierna el detalle de la historia de los cuatro Estados, hay que caracterizarlos someramente. El condado de Edesa fue el primero constituido, por Balduino, en los territorios antes bizantino-armenios, donde deseaban a los francos como refuerzo y no como amos; allí la población franca nunca pudo des-

envolverse, nunca pudo recibir el socorro de peregrinos ni de mercaderes italianos, mientras que por su posición de cuña entre países musulmanes, amenazando las comunicaciones siriomesopotámicas, habría de quedar forzosamente expuesto, muy pronto, a las reacciones enemigas.[17] El principado de Antioquía no tenía tratos con los armenios más que con los de nivel inferior; la población cristiana nativa, al menos en la parte central, era mayoritaria; las tradiciones combinadas de la administración bizantina previa y de la experiencia normanda excluían la constitución de los grandes feudos que caracterizarían al reino de Jerusalén; la geografía ponía al principado en contacto con el Imperio bizantino y con los señores armenios del Tauro occidental, al mismo tiempo que lo convertía en punto de llegada de los ataques musulmanes venidos de la "Medialuna de las Tierras Fértiles". El reino de Jerusalén, al que la Ciudad Santa confería un prestigio particular que hacía afluir peregrinos, estaba más atento a las cosas de Egipto; su población franca venía de Francia del norte. El pequeño condado de Trípoli, el último formado, entre el principado de Antioquía y el reino, comandaba la brecha de Trípoli hacia el alto Orontes y de esto obtenía un cierto valor estratégico. Es difícil saber si los elementos reunidos por Raimundo de Saint-Gilles, después de la constitución de los otros Estados francos, se componían de demasiados meridionales para que de ello resultara algún carácter específico.

El voto de cruzada implicaba la voluntad de ir, combatiendo si era necesario, hasta Jerusalén; no decía si luego había que quedarse para ocupar el país. Algunos grandes príncipes tenían esta intención, y sin duda también la de conservar sus vasallos, a los que bien sabían cómo doblegar. Otros, aunque participaban en la expedición, no tuvieron la intención de establecerse en Oriente, y no se quedaron. En cuanto a la gente del pueblo, muchos perecieron; de los sobrevivientes, algunos se quedaron, otros, decepcionados de su intento, o simplemente para volver a ver el país natal y a quienes allí habían dejado, regresaron, no sabemos pre-

cisamente cómo, en pequeños grupos y por mar,[18] al azar de los navíos que volvían a Italia. El resultado fue que el número de francos que se quedaron en Oriente no excedió, seguramente, algunos cientos de jinetes y algunos miles de hombres, lo cual habría provocado su exterminio si el mundo musulmán hubiera podido recuperarse rápidamente. En todo caso, esa situación retardó el progreso de la conquista, en sí misma tan indispensable, de los puertos, subordinada a la llegada incierta de nuevos peregrinos y de nuevos navíos italianos.

En política interior se planteó un problema para el reino de Jerusalén: debido a su carácter de Ciudad Santa, ¿podía ejercer allí el poder un príncipe laico, como en otra parte, o debía ejercerlo el poder espiritual, en tanto parte de los Estados de la Iglesia de Roma, o como patriarcado autónomo a la manera bizantina? Urbano II no expresó ninguna idea precisa; su sucesor, Pascual II, no expresó idea alguna. Sobre el terreno, y mediante sustanciales ventajas otorgadas al clero, la solución fue la de una monarquía ordinaria, debido a la necesidad, reconocida por el clero mismo, de contar con un poder militar fuerte, ante la incertidumbre permanente de las fronteras. En conjunto, si el reino nació de la cruzada, ¿fue verdaderamente un *Estado cruzado*?[19] Sin duda será mejor restringir el uso de esta expresión.

Concretamente, los francos se establecieron en las ciudades a medida que las conquistaban, aprovechando el vacío causado por la guerra, pero sin transformarlas. La dispersión de la conquista hubo de entrañar la de los combatientes y hacer lenta su concentración, aunque era necesaria.

Desde luego que, lo repetimos, los diversos puertos, aun si el enemigo no era el mismo, podían ser abastecidos y socorridos por mar. No podían ser tomados sino con la participación de flotas que los cruzados no tenían. El desempeño de las flotas italianas fue decisivo, pero requiere ser interpretado correctamente.

No se discute que ciertos genoveses, pisanos o venecianos pudieran sentir, junto con los apetitos mercantiles, una real devo-

ción por la cruz. Nada prueba, sin embargo, que partieran a Oriente como consecuencia de la prédica de la cruzada. Se tomaron su tiempo para unirse a ella, y se la hicieron pagar. Es cierto que los señores cruzados, cuando permanecían en el territorio, conquistaban o recibían feudos; pero al menos estaban permanentemente en la lid. En cuanto a aquellos que volvieron a Occidente, se contentaron con la recompensa celestial esperada. Los mercaderes italianos se hicieron acordar privilegios que, a cambio de un servicio temporal, eran, en teoría, definitivos. Es verdad que habrían de volver, y esto sirvió al Oriente latino, pero fue en provecho primero de ellos mismos, de sus negocios y de sus ganancias. Son, acaso, aliados, no verdaderamente miembros, del Oriente latino en gestación.

¿Cuál fue la actitud de unos y otros en el juego político que se libraba en Oriente? Condicionada por sus posiciones en Occidente y las de los cruzados en Oriente, no podía ser para todos la misma. De hecho, he aquí lo que constatamos. En lo que concierne a Venecia, cuyas recientes conquistas comerciales en territorio bizantino no excluían una actividad secundaria en territorio musulmán, si bien temía comprometerlas por una asociación prematura con los cruzados, podía también temer mucho más la pérdida del tesoro bizantino al asociarse con los cruzados, en particular con los normandos, cuya alianza con Bizancio era frágil, *a fortiori* cuando la cuestión de Antioquía provocó la ruptura entre ellos. De hecho, las naves venecianas, durante toda la duración de la cruzada, no intervinieron sino en pequeño número y mezcladas con los navíos bizantinos. Fue sólo en 1100, cuando se comprobó que la cruzada aventajaba al islam, y que una abstención más prolongada dejaría a los otros repartirse solos el pastel, cuando una expedición veneciana llegó a Palestina, donde no había normandos ni tampoco pretensiones bizantinas. Las circunstancias militares permitieron a Venecia hacerse pagar esta tardía asistencia a tarifa de gran potencia; pero esta ayuda no bastó para hacer olvidar los años de no participación.[20]

Los pisanos no intervinieron sino algunos meses antes que los venecianos, conducidos, es verdad, por su propio arzobispo, Daimberto, animados por el papado. Estaban entonces unidos al partido normando, y en malos términos tanto con Bizancio como con los venecianos, que no dudaron en asaltar su flota por temor a que quisieran disputarles su monopolio en las aguas griegas. Pudieron, pues, sin esfuerzo, llevar socorro a Bohemundo, que los recompensó ampliamente, y hubieran podido hacer lo mismo en el reino si Daimberto y Balduino I no hubieran chocado inmediatamente. También ellos necesitaron cerca de cuatro años para movilizarse. La razón no es, sin duda, el miedo a malquistarse con los musulmanes de Oriente, con quienes tenían pocos lazos y a cuyos hermanos de Occidente combatían, sino la de derrochar sus fuerzas en pura pérdida. A ellos, pues, la idea de la cruzada no les debe nada.[21]

Sólo los genoveses, de todos los italianos de las ciudades marítimas, participaron desde el principio y en adelante sin descanso en la cruzada, primero por solas iniciativas privadas, después, cuando vieron a los venecianos y a los pisanos comprometerse, oficialmente. Solos también, supieron, neutrales entre los partidos, secundar a unos y a otros y obtener a cambio importantes concesiones en los tres estados francos nacientes de Siria-Palestina. No tenían relación alguna con Bizancio. En cuanto al islam, no hay por qué sorprenderse si se comportaron, desde su punto de vista, como los pisanos. La diferencia ¿toca a sus relaciones provenzales, a un temperamento más emprendedor, a las dificultades que encontraron por parte de Pisa en su expansión tirrena, al simple deseo de pillaje, como en San Simeón en 1099, en Cesárea en 1100? En todo caso, la idea de una contribución de las ciudades mercantiles en la génesis de la cruzada debe limitarse a ciertos ricos notables[22] entre los genoveses. Y lo mismo ocurrió, durante los 10 años que la siguieron, con la colaboración casi ininterrumpida en las actividades de la conquista (Laodicea y Cesárea, 1100; Tortosa, 1102; Acre y Gibeleto, 1104; Trípoli y

Gibel, 1109; Beirut, 1110). No es de sorprender que ciertos genoveses, que permanecieron al margen de estas expediciones, se enteraran demasiado tarde de que el gobierno egipcio había tomado contra ellos,[23] venidos a comerciar en Alejandría y El Cairo, las medidas de represalias que nos señalan (véase más abajo) los documentos de la Geniza,[24] encarcelamientos que concluyeron en la suspensión momentánea de casi todo el comercio occidental en los territorios del Nilo. Los genoveses concibieron desde ese momento la idea de una conquista eventual de Egipto, lo cual podría, por otra parte, darles ventaja a expensas, no solamente de los egipcios, sino también de los amalfitanos.[25]

No obstante, conviene hacer dos reservas sobre los privilegios obtenidos por los italianos: por una parte, como se verá, de una concesión de derechos no derivan automáticamente resultados efectivos y concretos; por otra, los primeros privilegios obtenidos por las ciudades italianas, en una época en que su organización comunal estaba todavía en la infancia, no nos han llegado en las colecciones oficiales posteriores, y no se puede excluir que algunos hayan sido fabricados o completados en ocasión de conflictos posteriores.[26]

Quedan los puertos italianos meridionales, de los cuales jamás se dijo que hubieran participado en la cruzada; pero, como se veía en esta abstención un fenómeno excepcional, se han dado razones que no podemos aceptar sin más. Baste examinar el caso del principal puerto, Amalfi.

Se ha afirmado en general que en la cruzada Amalfi no tomó parte, sino, y muy escasamente, en el comercio de Levante, resultado de ella, y que esto se debió, desde luego, al hecho de que en el momento de la cruzada Amalfi sufría el ataque de los normandos, como consecuencia de la política de éstos, hostiles a las autonomías urbanas y especialmente a Amalfi. Todo esto, sin ser falso, amerita examen.

En primer lugar, no podemos perder de vista que, a diferencia de lo que ocurre en la Italia septentrional, los archivos de Amalfi

han desaparecido y que, por lo tanto, la disparidad de la documentación puede hacer creer en una ausencia real allí donde no haya sino ausencia de testimonios; esto nos impone el deber de recoger e interpretar las menores huellas. El ataque normando de 1096 podría ciertamente explicar una ausencia temporal, pero apenas bastaría para explicar una ausencia duradera. Los cruzados de Oriente tenían demasiada necesidad de aliados como para pensar que el lugar tomado por algunos otros excluía una llegada tardía de los amalfitanos. El ataque normando, que podría no haberse producido, no prueba que los amalfitanos hubieran participado en la cruzada, y su abstención posterior da la impresión de lo contrario. Es fácil ver la razón. Precisamente porque ocupaban un lugar importante en el comercio de Egipto, y sin duda también en menor grado en el de Siria, debían pensarlo dos veces antes de gastar sus fuerzas en empresas azarosas en las que, al alienarse a los musulmanes, corrían el riesgo de perder todas sus ventajas. Este razonamiento está apoyado por dos hechos: primero, que el comercio amalfitano continuó en los países musulmanes; segundo, que la política normanda, lejos de ser hostil al comercio de Oriente, era comparable a la que acabamos de definir para Amalfi. Se encontrará más adelante la ilustración de estas dos proposiciones.

VI. LOS PRIMEROS CONTACTOS

Difícilmente podemos representarnos las primeras reacciones del mundo musulmán ante la invasión franca, pues no se conserva ningún relato contemporáneo procedente de los musulmanes. Se podría decir que para Siria-Palestina la cruzada fue un hecho indiferente. ¿Pero más allá? Durante los dos siglos que duró la ocupación franca la historiografía iraquí no hace a los acontecimientos sirios más que fugaces alusiones. Si bien algunos iranios se incorporaron momentáneamente al frente de la guerra santa,[1] en toda la historiografía de los grandes selyúcidas y de sus epígonos en Irán se busca en vano una sola palabra sobre la cruzada del Oriente latino. Sucede lo mismo en el Magreb[2] y también en Egipto. La noción de una solidaridad panislámica frente a un peligro común no alcanzará nunca madurez.

Para volver a Siria, hay allí crónicas locales o, al menos, hubo cronistas sirios que asistieron a los acontecimientos y los escribieron. Hubo también un cierto Hamdan b. Abd al-Rahim que compuso una historia de la cruzada y de los francos de Siria durante los tres decenios posteriores, donde vivió en frecuente contacto con ellos.[3] Pero estas crónicas meramente locales, como consecuencia del desmembramiento de Siria, y a veces de estilo un poco rústico, en todo caso de espíritu que juzgaron malvado las generaciones siguientes, fueron olvidadas muy pronto y de manera sin duda deliberada a partir del momento en que, más tarde, se encontraron a la disposición de los interesados crónicas de contenido más amplio, de mejor presentación y de espíritu más seguro. Al principio del siglo xiii no se podía ya encontrar de la obra de Hamdan b. Abd al-Rahim más que algunos folios que se salvaron fortuitamente de la desaparición del conjunto.[4] Hasta una crónica más tardía, tan reputada como la de Alí Munqidh, de tendencia shiíta, estuvo a punto de perderse definitivamente durante la reacción sunnita de la que hablaremos más adelante. Por lo tanto, para apreciar a los musulmanes de la época nos ve-

mos reducidos a tratar de leer entre líneas obras posteriores de espíritu diferente. Algunas, sin embargo, son de cierto valor: ante todo la crónica damasquina de Ibn al-Qalanisi,[5] escrita a mediados del siglo XII por un hombre que aún tenía recuerdos personales del tiempo de las cruzadas; después, en el siglo XIII, las crónicas de Alepo, del sunnita Kamal al-Din ibn al-Adim[6] y del shiíta Ibn abi Tayyi (a través de la de Ibn al-Furat,[7] quien cita textualmente muchos de los antiguos textos). Podemos también acudir a algunos autores de otros géneros, como Usama ibn Munqidh quien, aunque realizó su redacción definitiva siendo ya muy viejo, y en una atmósfera diferente, nos ha dejado las memorias, desordenadas, pero vivientes, de su juventud, que conservan el espíritu de la época.[8]

De estos testimonios, y de anotaciones dispersas, se desprenden ciertas constataciones generales. Si bien algunos jefes locales concluyeron acuerdos momentáneos con los cruzados para desviar la amenaza, las poblaciones musulmanas resintieron con terror matanzas como la de Ma'arrat al-No'man o la de Jerusalén, y los letrados quedaron consternados por la intolerancia con que, por ejemplo, los cruzados destruyeron sistemáticamente la biblioteca de Trípoli.[9] Mucha gente emigró hacia el interior de Siria o más lejos. Que el movimiento haya tenido una cierta amplitud se concluye, por ejemplo, del hecho de que el escritor de Bagdad al-Hariri tome como héroe de sus anécdotas sacadas de la vida corriente a un mendigo refugiado de la ciudad de Sarudj, sobre el Éufrates, en el nuevo condado de Edesa.[10] Naturalmente, una vez pasada la tormenta, todos los que se habían quedado intentaron acomodarse a las circunstancias, y entre los aristócratas locales y los señores francos alternaron pequeños combates de valor e invitaciones corteses. En las ciudades y los medios religiosos hubo algunas tentativas para comprender la cruzada, pero también un despertar del deber de *djihad*, como lo testimonia el tratado de Sulami recientemente descubierto,[11] de fecha inesperada, pero difícilmente recusable (1106). El autor, que era da-

masquino, pertenecía a los ambientes religiosos nativos. El azar que conservó el opúsculo no debe llevarnos a exagerar su difusión ni su influencia, puesto que todo invita a creerlas muy débiles.[12] Es indicio de un principio de reflexión, particularmente interesante porque reúne, con la evocación de temas tradicionales en la materia, consideraciones originales sobre la cruzada en el contexto de la política cristiana antimusulmana en todo el Mediterráneo,[13] y sobre el comportamiento pasivo y egoísta de los príncipes encargados de defender el islam. La difusión de esta obra debe haber sido sumamente reducida, como se desprende del hecho de que no hay noticias del autor en el monumental diccionario de Damasco de Ibn al-Athir. También en Alepo el movimiento de resistencia, que conocemos allí sólo por sus manifestaciones exteriores, nacería no de una acción de los clérigos, sino de la burguesía nativa indignada por la inercia de su príncipe. El instigador parece ser el cadí shiíta (Alepo era entonces de mayoría shiíta) Ibn al-Khashshab. En 1111 una delegación de Alepo se presentó en Bagdad, sunnita, para avergonzar al califa y al sultán por su indiferencia y su apatía. Del mismo periodo, precisamente en Bagdad, data la composición y la primera difusión de esas *Sesiones* de al-Hariri acerca de las cuales se trató ya antes.[14] El resultado fue el envío de los sucesivos ejércitos selyúcidas de los años 1110-1115, que sólo lograron hacerse derrotar, destruirse mutuamente o sellar las alianzas francomusulmanas locales. Hay que repetir, por otra parte, que así como Bizancio fue defendida por mercenarios extranjeros y notablemente por los turcos, Siria musulmana lo fue por ejércitos turcos extranjeros, sin verdadera participación de la población nativa. Pero nunca hay que olvidar que, si bien aceptaron voluntarios indígenas a título individual en los cuerpos anexos, por regla general el deber de la guerra santa recaía sobre los ejércitos profesionales turcos, extranjeros respecto a la población. Al principio algunos pensaron, quizá, que la nueva invasión, como las que la habían precedido, resultaría pasajera o sería asimilada.

La experiencia probó que no era así; que los excesos de los francos se reproducían (por ejemplo en Alepo en 1124), y que en conjunto era "una raza feroz que no se mezclaba con las otras".[15] Quizá haya que separar, a principios del siglo XIII, a los pequeños señores árabes que, aunque integrados en los dominios turcos, permanecían casi autónomos, como Usama, señor de Shayzar, sobre el Orontes. Se dijo ya que la penetración turca había profundizado en todas partes, en detrimento de los señores indígenas. En Siria este fenómeno debió acentuarse y facilitarse por la impresión que daban de una insuficiente hostilidad contra los francos. En 1124 se vería al aventurero beduino de Irak, Dubays, participar en el sitio de Alepo por los francos, quienes no dudaron en esta ocasión de apoderarse de los edificios religiosos musulmanes. De aquí la evolución progresiva de las mentalidades.[16]

En Siria, bajo el dominio franco, la situación se había vuelto penosa para los musulmanes de las ciudades, salvo algunas excepciones, por la clausura de las mezquitas y la supresión de sus cuadros dirigentes, en particular de los cadís. Ciertos grupos nativos musulmanes ameritan atención, aunque los textos sean casi mudos acerca de ellos. Los nusayris (alovitas), instalados desde el siglo XI en las montañas de la región de Lattaquieh, no habían sido tomados por la cruzada propiamente dicha; apoyados en sus sólidos castillos, fueron muy difíciles de someter. Al sureste de los nusayris diversos fortines estaban sin dueño, puesto que los "asesinos" que habían probado fortuna ante los príncipes de Alepo y de Damasco, habiendo sido expulsados de las ciudades, se atrincheraron en ellos sin dificultad. Parecen haber buscado, en contra de los musulmanes ortodoxos, la alianza, aunque fuera episódica, con los francos, ante los cuales su gran señor había de llegar a ser popular con el nombre de "El Viejo de la Montaña". Al sur del Líbano estaban siempre los drusos del Wadi al-Taym,[17] quienes, según parece, manejaron hábilmente a los francos y a los musulmanes, haciéndose garantizar sus tierras por los unos y por los otros y sirviendo de espías de los unos entre los otros.

Las reacciones de los cristianos nativos —salvo los armenios — sobre todo monofisitas y, en algunos lugares, maronitas, parecen neutras. No se ve que, en general, se asocien con los francos ni se opongan a ellos, para quienes no eran menos extraños que para los musulmanes. Por la misma razón, por otra parte, los poderes musulmanes no sospecharon que pudieran realizar intriga alguna, y no parece que les hayan infligido ni molestias ni persecuciones. Los francos, después de haberlos considerado herejes y, cuando más, despreciables, y de haber confiscado por lo tanto los bienes de sus notables o de sus iglesias, aceptaron luego devolverles una parte por la intervención de la reina Melusina.[18]

Hay que insistir sobre el caso especial de los maronitas. Esta pequeña comunidad que se fue concentrando poco a poco en las montañas libanesas, y que era mantenida aparte tanto por los musulmanes como por los cristianos de las otras iglesias, había perdido prácticamente toda liga con Roma y Constantinopla; pero por esta misma razón no se consideraba que hubiera roto con ellas. Aunque arabizados, los maronitas propendieron a ver en los francos a los primos que les darían ocasión para salir de su aislamiento y tomar desquite de su mediocridad pasada. No hay que exagerar: la Iglesia maronita debió esperar tres cuartos de siglo para reconocerse oficialmente ligada a Roma, sin perder por esto su autonomía. No fue cuestión de enrolar a maronita alguno en el ejército; al menos en las provincias centrales, los maronitas habrían de ser, parece, los principales auxiliares de los francos en su adaptación a los usos e instituciones del país. Sin duda la cruzada tuvo para ellos el efecto de hacerlos descender a la ciudad y de insertarlos en una sociedad más amplia.

Los melkitas no tuvieron importancia sino en Siria del norte y, acaso, en Jerusalén. Como no se los consideraba herejes, hubieran podido beneficiarse con un prejuicio más favorable. En efecto, ampliamente arabizados,[19] no parecían menos extraños, con la circunstancia agravante de que eran sospechosos *a priori* de complicidad con Bizancio. Por otra parte, puesto que los latinos

y los melkitas pertenecían a la misma Iglesia, los primeros encontraron natural instalarse en el lugar de los segundos o junto a ellos en los puestos religiosos, reduciendo así el papel del clero nativo y suprimiendo los dos patriarcados grecomelkitas.

Los armenios, que constituían una parte notable de la población rural en el norte de Siria y en la planicie de Cilicia, plantearon un problema especial en el Tauro, donde los señores autónomos disponían de pequeñas fuerzas militares. En el oeste tendieron, por el momento, a apoyarse en los francos contra los bizantinos: al este jugaron un juego de báscula entre los condes de Edesa y los musulmanes de Siria (no los turcos de Anatolia); éste fue, en particular, el caso de Kogh Vasil de Mar'ash. Estos conflictos interferían en la lucha de clanes entre los armenios mismos. No había ya armenios al servicio de Bizancio, pero algunos siguieron siendo, hereditariamente, adeptos a la Iglesia bizantina, y no desaparecieron las querellas de las familias importadas antes de su Armenia natal. Se ha visto que un considerable número de sus compatriotas prefirieron emigrar al Egipto fatimita, donde una de sus familias, conversa, combatía a los cruzados, pero donde su influencia, por consiguiente, fue más bien favorable a las relaciones pacíficas con los francos de Palestina y de Sicilia. En 531/1136, Maqrizi, en el *Itti'az*, señala la llegada a Egipto de armenios de Tell Bashir: estamos pues, todavía, en el periodo del condado de Edesa.

Los judíos, a pesar de su virtual monopolio de algunos oficios urbanos (tintorería, vidriería), no tenían una importancia demográfica suficiente para influir seriamente el curso de los acontecimientos. Sin embargo, es interesante constatar, según los documentos de la Geniza,[20] que se consideraban súbditos legales de los príncipes musulmanes, y que la cruzada fue para ellos, aun si ignoraban los acontecimientos de Europa, una experiencia dolorosa.[21] Un historiador musulmán que no tuvo motivo para inventar el hecho[22] dice que los que se refugiaron en la sinagoga de Jerusalén fueron quemados vivos en ocasión de la toma de la ciu-

dad. Las pocas cartas judías conservadas hablan solamente de los sufrimientos de la comunidad y de las enormes sumas que hubo que reunir para el rescate de los prisioneros. Se dice en ellas que los ashkenazis son más correctos que los franceses ante las mujeres; ¿pero de quiénes se puede tratar? ¿De los "lorenos"? En las ciudades conquistadas posteriormente los judíos eran incluidos en los términos generales de la capitulación.

Fue en las ciudades, en la medida de su conquista, donde se estableció la mayoría de los francos, sobre todo en los puertos. También los nobles se instalaron con frecuencia, como los de Italia, en las ciudades, más numerosas que en Francia. Sin embargo, en Francia se habían acostumbrado a residir en regiones planas, y era necesario conservar el interior, aunque sólo fuera para el aprovisionamiento alimenticio. Hemos visto que los jefes nativos, en el siglo precedente, edificaron fortines o verdaderas fortalezas; estas últimas, sobre todo en el norte de Siria, requirieron a menudo mucho tiempo para quedar sometidas. No obstante, desde el principio, muchas familias francas pudieron establecerse en los fortines que fueron ampliando poco a poco. No se ve que los campesinos se hayan opuesto, y continuaron cultivando sus tierras y pagando sus impuestos como lo habían hecho siempre, sin que los francos representaran cambio alguno, a tal punto que en ciertos distritos las rentas pudieron dividirse entre un amo musulmán y un amo cristiano. No se ve que la conquista haya provocado la penuria ni los pillajes que eran de esperar.

La cruzada reunió tropas de origen diverso, que permanecieron distintas y fundaron estados separados y, en ocasiones, también opuestos. No hay que exagerar entonces la unidad del Oriente latino frente al Oriente musulmán. La similitud de las condiciones de existencia los acercaba, pero no suprimía por entero las costumbres propias. La solidaridad, sobre todo, distaba de ser completa entre los estados; hemos visto a príncipes francos y musulmanes aliados contra otros príncipes francos y musulmanes y, en el caso de graves peligros, si los príncipes eran

conscientes de la utilidad de auxiliarse mutuamente (lo que en el caso del reino sugería una cierta preeminencia), era necesario que los barones de un Estado fuesen admitidos en otro, con más razón si era por largo tiempo.[23]

Para los cruzados al principio, para los orientales más duramente, y para numerosos historiadores modernos, los diversos estados musulmanes de Oriente eran casi intercambiables, aunque la hostilidad de uno o contra uno o, al contrario, su alianza significara la misma actitud para no importa cuál de los otros. La realidad era mucho menos simple, e interesa dibujarla a grandes rasgos.

En los dos flancos los estados del Oriente latino tenían como vecinos al Asia Menor "turca" al norte, y al Egipto fatimita al sur. El Egipto fatimita se había salvado provisionalmente de la descomposición interior por las enérgicas medidas de reorganización de los visires armenios conversos, Badr al-Djamali y su hijo al-Afdal.[24] La doctrina ismaelita, a la cual pertenecía la dinastía, había desembocado en cismas; la mayor parte de la población era indiferente u hostil, pero aceptaba el régimen que encarnaba y garantizaba su independencia, y bajo el cual la economía egipcia, a pesar de los trastornos, había hecho grandes progresos, cuyo mérito en alguna medida se le reconoce. Egipto pudo considerarse amenazado por la expansión selyúcida, pero las divisiones entre los sucesores de Malikshah atenuaron el peligro y, sin que ellos lo pensaran, a este respecto los cruzados representaron para Egipto la salvación durante por lo menos dos tercios de siglo; al interponerse entre los turcos y Egipto, recibieron, en adelante, los golpes que los primeros no habrían dejado de intentar asestar a los fatimitas. En un sentido esto no era sino cambiar de peligro. Pero si bien los francos se preocuparon por conquistar las posiciones fatimitas de Palestina y del litoral sirio y, por lo tanto, de rechazar los contraataques, pronto se vieron obligados a renunciar a la idea que quizá tuvieron, o que en todo caso les sugirieron algunos italianos, de ir a atacar a los egipcios en Egip-

to.[25] Por su parte, los egipcios, aunque evidentemente siempre prestaron atención a su planicie sirioárabe, no fueron nunca grandes conquistadores; y es poco probable que en el siglo XIII tuvieran la posibilidad de procurarse los hombres necesarios para la constitución de un ejército comparable al de los estados turcos de Asia, ni una flota capaz de vencer a la de los italianos.[26] Cuando se comprobó que los francos estaban sólidamente instalados y que no podrían ser expulsados sino al precio de esfuerzos costosos y de una alianza en sí misma peligrosa con los estados turcos que bordean el este del Oriente latino, los fatimitas adoptaron de hecho una actitud de coexistencia pacífica que tuvo la ventaja de facilitar, por otra parte, las relaciones comerciales con los diferentes estados cristianos del Mediterráneo, por las cuales se interesaban, quizá, los cristianos nativos o armenios entonces tan influyentes, hermanos de los armenios norsirios. Entre la toma de Tiro[27] por los francos (1123), que representó en sí misma una larga tregua, y la toma de Ascalón (1153), que marca el principio de otro periodo del que se hablará en su oportunidad, no hay verdadera hostilidad sobre la frontera egipciopalestina.

Asia Menor no es un antiguo territorio musulmán, y los únicos musulmanes que ahí se encontraban en los alrededores de 1100 eran los turcos o los turcomanos, todavía rudos, poco enterados de las tradiciones de los países árabes o iranios islamizados desde antiguo. No lo estaban más de las tradiciones del Imperio bizantino que había sido, hasta su llegada, dueño de la región y que, en la conciencia de los hombres de Estado de Constantinopla, como también, quizá, en la de los turcomanos al principio, seguía siendo el amo. Las pequeñas formaciones políticas sólo se bosquejan en las fronteras vagas y movedizas, esencialmente la de los selyúcidas, primos de los de Irán y Mesopotamia, a lo largo de las rutas del sur, y la de los danishmenditas sobre las del norte, y por momentos, en el Tauro oriental. Estos turcos, que tenían vivo el espíritu de una guerra santa, la practicaban, desde luego, contra los bizantinos, y eran indiferentes a lo

que sucedía en Siria y también en Jerusalén, que no tenían ningún lugar en su conciencia religiosa; pudieron tener, ocasionalmente, escaramuzas con los estados francoarmenios de allende el Tauro, que eran sus vecinos al sureste; pero no se ve que antes de mediados del siglo XIII tuvieran ideas de expansión en esa dirección, donde el clima y los beduinos les eran hostiles, ni sentimientos de solidaridad con los musulmanes de Siria. Es verdad que éstos tenían a su cabeza príncipes turcos (raramente turcomanos), pero éstos reinaban sobre súbditos árabes y estaban en gran medida arabizados; se considerarían mutuamente como pertenecientes a dos mundos extraños, casi desconocidos.[28]

Así, pues, el verdadero adversario para los francos en la primera mitad del siglo XII es la longitud de su frontera oriental, la única que presencia dificultades siempre renacientes, porque en ninguna parte estaba lo bastante determinada por la geografía como para ser considerada definitiva por unos o por otros.[29] Los francos, entre los puertos y las montañas mediterráneas, no podían dejar de sentirse amenazados por la persistencia de una Siria musulmana interior donde se encontraban las más grandes metrópolis, y que mantenía el lazo con las fuerzas latentes de un territorio asiático casi ilimitado. Los musulmanes no podían dejar de sufrir por la pérdida de regiones que les pertenecieron durante casi cuatro siglos, que estaban completamente arabizadas, si no islamizadas, y que se contaban entre las más ricas, sin hablar de la apertura que ofrecían al comercio mediterráneo. Sin embargo, faltaba mucho para que hicieran frente común en la lucha contra los francos.

El simple hecho de su división en principados diversos, dos principales, Alepo y Damasco, y algunos subordinados a otros, incitaba naturalmente a lo que más era de temer: a desear la neutralidad, aun la alianza de los francos o, cuando los francos también estaban divididos, la alianza de algunos de ellos contra otros, lo que sucedió por ejemplo en 1115.[30] Pero había más. Cercenados de una gran parte de sus territorios, estos principa-

dos no tenían más oportunidad de rehacerse que el auxilio enviado por sus correligionarios de Mesopotamia. Pero, como sucedía siempre, los príncipes que en Siria se habían emancipado del sultanato selyúcida veían en las tropas enviadas en su socorro el peligro igualmente grande de una reacción contra su autonomía.[31] Y también, cuando el sultanato selyúcida propiamente dicho se debilitó demasiado para ser temible, el saldo fue que los jefes mesopotamios representaban una fuerza sentida como extranjera por los poderosos autonomismos locales y demasiado grande en relación con la de los príncipes de Siria como para no parecerles peligrosa, por lo cual había que desecharla. Sin embargo, hay que distinguir en general dos periodos en las reacciones de la Siria musulmana ante la ocupación franca. En el primero no existen en Siria más que príncipes autónomos, sobre todo Rudwan y sus efímeros sucesores en Alepo, y en Damasco Duqaq y su *atabek* (tutor), y después sucesor, Toghtegin. Confrontados con los francos y con los orientales, a veces unidos, a veces autónomos, o aun enemigos los unos de los otros, ellos mismos a veces rivales, a veces reconciliados, practican una política alternada de guerra y de tregua local con los francos en la que no aparece gran diferencia de orientación general entre el norte y el sur. Pero poco a poco, de 1118 a 1128, las cosas cambian. La geografía protegía mejor del peligro franco a Damasco que a Alepo. También hacía que los contingentes orientales, para rodear el desierto sirioárabe, llegaran de Siria del norte antes de alcanzar, si lo querían, la región central. De ello resultó que las resistencias se manifestaran, si no exclusivamente al menos con frecuencia, primero en Siria del norte. Pero de esto resultaba también que era aquí donde se podía pensar más en apelar a ellas cuando el peligro franco llegaba a ser demasiado grande. Por su persistencia, los excesos francos hicieron progresar poco a poco en Alepo el partido de los que estimaban que, de los dos peligros, el franco era el más grave, y que para interesar a un príncipe musulmán de la Mesopotamia en la defensa de la Siria musulmana lo mejor era entregarse a él. La experiencia se hizo primero

en beneficio de Ilghazi, el príncipe turcomano de la dinastía artúkida de Diyar Bakr,[32] en la alta Mesopotamia, quien presentaba la ventaja de tener siempre listos sus contingentes de turcomanos todavía seminómadas, mal vistos por los alepinos, pero fáciles de volver contra los francos, y era demasiado autónomo para pensar en una reconquista selyúcida. La muerte de Ilghazi y de sus herederos, al cabo de poco tiempo, condujo a un desplazamiento de la alianza de los de Alepo hacia los gobernadores de Mosul, quienes, aunque todavía representaban oficialmente un poder selyúcida, habían llegado a ser, de hecho, independientes. Después de algunos intermediarios efímeros, Alepo fue así ocupada en 1128 por Zenghi, señor, desde hacía poco, de Mosul. Habría de ser fundador de una dinastía que poseería Siria del norte, musulmana, durante medio siglo, después toda Siria, y se prolongaría en alta Mesopotamia hasta bien entrado el siglo XIII.

A partir de los años 1118-1128 hubo, pues, desigualdad de poder entre el principado musulmán del norte, apoyado en el interior del territorio mesopotámico, y el de Damasco, reducido a sí mismo. Como, no obstante, Damasco, detrás del Líbano y del Antilíbano, era para los francos difícil de atacar, y menos interesante en general para ellos que Alepo, que estorbaba las comunicaciones de Antioquía con Edesa, se estableció, a despecho de crisis momentáneas, una política de hecho de coexistencia pacífica franco-damasquina, dirigida contra los expansionistas del demasiado poderoso vecino del norte. Veremos lo que acontecerá a mediados del siglo XII. Por el momento la política de Zenghi revirtió en su beneficio la situación de Siria del norte y la de sus anexos del oeste mesopotamio. En lo sucesivo el atacante no fue ya franco, sino musulmán. El principado de Antioquía fue roído y al condado de Edesa se le cercenó su mejor parte, con su capital (1144), al este de la curva del Éufrates, para no conservar sino su sección occidental adosada al principado de Antioquía y a los señores armenios del Tauro medio. Zenghi no se había formado

en Oriente, con la idea de la guerra santa, pero políticamente la practicaba.[33]

¿Cuál fue el resultado de la cruzada, desde el punto de vista de Bizancio? Le permitió reconquistar el Asia Menor occidental y asegurar las posiciones costeras, lo que es apreciable. Que no haya hecho posible recuperar el conjunto de Anatolia no parece muy grave, porque pudo parecer que los turcos, que no tenían verdadero Estado, serían poco a poco socavados o asimilados; de todas maneras el territorio interior no era —o ya no era— muy rico, y más allá de la Capadocia occidental casi nada era griego. Por el contrario, la formación del condado de Edesa y, sobre todo, del principado de Antioquía son hechos graves para Bizancio, que consideraba esas regiones como suyas; eran las cabezas de puente para el comercio y le permitían contener a los armenios, cuya presencia casi centenaria acentuaba su importancia. Además, el establecimiento de los francos en Siria-Palestina significaba la implantación de una influencia latina perjudicial para los intereses bizantinos y comprometía el reclutamiento de mercenarios francos por parte del sistema militar bizantino. Es notable que durante más de 15 años los esfuerzos del *basileus* se dirigen mucho más hacia Siria y Sicilia, contra los francos, que contra los turcos, a los que neutraliza con la negociación o la intriga aprovechando sus dificultades internas. Si acaso, se interesa por conservar las costas que permiten alcanzar el golfo de Alejandría. Esta política se continúa hasta que se concluyen los acuerdos —no con los turcos de Asia Menor sino con lo que quedaba del sultanato de Mesopotamia e Irak— para intervenir contra los francos.

Fue sólo muy al fin de su vida cuando Alejandro Comneno esbozó una evolución que iría a acentuar su hijo y sucesor Juan Comneno. Es posible que la opinión pública exigiera una política más firme en Antioquía que entrañaba, en contrapartida, un ablandamiento de los esfuerzos hechos en Siria. De cualquier manera, éstos habían encallado y había que intentar recuperar

por la diplomacia lo que se había perdido por la fuerza. Desde luego, los francos no estaban dispuestos a ceder algo de sus territorios a Bizancio, pero la situación, también entre ellos, había evolucionado: el peligro de una contraofensiva musulmana era cada vez más claro y los refuerzos de Occidente eran lejanos, lentos, limitados. Se podía aceptar cierto protectorado bizantino, si no afectaba la independencia real, y se sabía que Bizancio se contentaba muy fácilmente con satisfacciones de prestigio o de principio. Por lo menos, para los francos era necesario obtener la neutralidad de Bizancio. Desde su advenimiento (1118) hasta los alrededores de 1135 los esfuerzos de Juan Comneno se dirigieron al Asia Menor, donde se obtuvieron resultados parciales, pero sustanciosos. Durante ese tiempo Zenghi había llegado a adueñarse de Alepo, con las consecuencias que hemos visto. El basileus pensó que, al precio de brindar su ayuda contra el príncipe turco, podía obtener el vasallaje de Raimundo de Antioquía. Las reacciones de la burguesía franca fueron más duras de lo que él pensara y el príncipe franco usó un ardid. Se combatiría igualmente a Zenghi, pero, por un juego que se renovaría, el basileus se detuvo en el momento en que, habiendo mostrado su fuerza, habría suprimido la necesidad que los francos tenían de él, derrotando a los musulmanes. Se limitó a asegurar sus retaguardias cilicianas a expensas de los armenios.

VII. EL ORIENTE LATINO Y OCCIDENTE; CONDICIONES POLÍTICAS HASTA LA SEGUNDA CRUZADA

Los cruzados que regresaron a Europa y sus primos establecidos en Oriente ¿irían a olvidarse?

Instalados en Oriente, los francos estaban naturalmente divididos. Por un lado, no podían separarse de Europa sin privarse del apoyo sin el cual se arriesgaban a no sobrevivir. Pero al cabo de cierto tiempo, no previendo ya el retorno, se sintieron miembros de los nuevos Estados que habían constituido y no habrían aceptado que, bajo el pretexto de socorrerlos, los recién llegados pretendieran disputarles la situación adquirida o participar de ella. Hay aquí un paralelismo comprensible con el comportamiento de los pequeños príncipes turcos de Siria frente a sus primos de Mesopotamia.

Godofredo de Bouillon había empeñado sus bienes y murió pronto en Oriente. Ninguno de sus herederos europeos podía reivindicar sus bienes de Oriente. En cuanto a su hermano Balduino, no poseía prácticamente nada en Europa.[1] Los otros jefes cruzados volvieron a Europa. Sólo Raimundo de Saint-Gilles se quedó en Oriente, pero allí siguió siendo conde de Tolosa y Provenza. Esto significa que, salvo en su caso, los francos afincados en Oriente podían sentirse al abrigo de una o de otra de las posibles tutelas de Occidente. Ciertamente ignoramos si este factor actuó, pero subsiste el hecho de que las cosas eran así. Resultaban menos claras en Antioquía con Bohemundo, quien seguía siendo señor de Tarento, pero se trataba de un pequeño dominio por el cual estaba en relaciones difíciles con su hermano y sus primos. Por otra parte, más tarde, Bohemundo habría de liqui-

dar este señorío; y también hay que señalar que fue a Francia, no a Italia, adonde fue a reclutar un ejército contra Bizancio en 1106; de todas maneras, no era cuestión de dependencia, y diversos episodios, por ejemplo, la muerte de Balduino I de Jerusalén, indican claramente que los barones de Oriente no lo hubiesen admitido. Raimundo de Poitiers, llamado al principado de Antioquía, no fue nunca conde de Poitou, y Foulque de Anjou renunció al condado de Anjou; no fueron ya vasallos de los condes de esos principados; por otro lado, no pertenecían ni a una ni a otra de las regiones o familias de origen de los príncipes a los cuales sucedieron en Oriente, y no sabemos claramente a qué se debió su elección por parte de los barones;[2] lo que es seguro es que Raimundo se oponía a las eventuales pretensiones de los normandos de Italia.[3] En cuanto a Raimundo de Tolosa, no podemos saber cómo se habría comportado como rey de Jerusalén o, más tarde, como conde de Trípoli, puesto que murió; sus hijos disputaron de tal manera que el condado de Oriente no perteneció jamás al detentador del Estado de Occidente, aunque, quizá, este último lo haya deseado o haya sido sospechoso de desearlo (hasta la segunda cruzada). Naturalmente, esto no significa que ninguno de los príncipes instalados en Oriente haya conservado lazos con su país de origen, ni excluye que tal o cual casa principesca haya pensado ejercer alguna forma de tutela. No era todavía la época de los grandes monarcas, pero la cuestión se plantea, aunque parezca no haber sido nunca planteada para la casa de Flandes ni para la de Sicilia, en adelante reunificada, aunque ni para una ni para la otra era esencial.

Hablemos primero de Sicilia, casi a medio camino entre Occidente y Oriente. La cruzada se había desarrollado sin otros normandos que aquellos de Bohemundo, y había desembocado en el establecimiento perdurable de los "latinos" en Siria-Palestina. Las tropas y los jefes fueron, en su mayor parte, franceses, y con frecuencia franceses del norte; su país de origen estaba lejano y la punta de lanza del Occidente latino en el Mediterráneo —los

Estados normandos de Italia meridional y Sicilia— muy cercana. La abstención normanda inicial no pudo impedir que estos normandos se interesasen más directamente que los grandes feudos franceses en lo que sucedía en el Cercano Oriente, y en particular en Siria. No se ha puesto suficiente atención en este estado de cosas, y se ha razonado demasiado como si la adquisición del reino de Jerusalén por parte del descendiente de los normandos, el emperador Federico II, en el siglo XIII, fuera un hecho casi sin prefacio. No lo es.

Un primer dato que la geografía impone: el Oriente latino es endeble, frágil, rodeado de enemigos; sus recursos propios son insuficientes en hombres, en bienes diversos y en medios materiales para procurárselos. La región más próxima para adquirirlos es el territorio italonormando. El azar ha conservado la mención de un navío que llevaba vituallas de Otranto a Antioquía (debe tratarse aquí de un negocio de Bohemundo) y, un poco más tarde, de abastos que vienen, por Italia del sur, al Temple y al Hospital. Pero sobre todo es instructivo estudiar la repartición de los primeros bienes que las iglesias latinas de Oriente intentaron desde el principio adquirir o hacerse donar por la piedad de los fieles en Occidente: Nuestra Señora de Josafat, Santa María Latina, el Hospital, para no hablar sino del principio del siglo y de las iglesias sobre las cuales tenemos información.[4] La constante es elocuente. Si el Santo Sepulcro tiene la mayoría de sus bienes, por una razón difícil de asegurar (¿donaciones del ejército de Saint-Gilles?), en Francia del sur y España del norte, también posee muchos en Italia continental del sur (Barletta, Venosa, Troia, Benevento, etc.). Santa María Latina está dotada en Sicilia. Nuestra Señora de Josafat tiene una gran fortuna en bienes raíces tanto en Sicilia y Calabria, herencia de Rogerio I, como en Apulia, herencia de Bohemundo. El Hospital de San Juan, que tuvo también en Francia del sur sus primeros bienes, no adquirió menos rápidamente otros en Italia, sobre la ruta de Francia a Bari, Tarento y Otranto, y por otra parte en Sicilia, donde una enco-

mienda que suponía, entonces, abundantes bienes existió desde antes de 1136; se agregaron otros en Nápoles, Capua y Barletta más tarde, y no hay que olvidar que los archivos que les conciernen están perdidos. Se sabe que cuando, en el siglo XII, cayeron los territorios latinos de Oriente, fue en Italia meridional donde se replegaron las diversas comunidades eclesiásticas, y es allí donde se han vuelto a encontrar parcialmente sus archivos. Es posible, por la misma razón, que algunos bienes hayan sido retenidos en Sicilia por la iglesia de Getsemaní.[5] Estas posesiones no hubieran tenido sentido de no haber existido relaciones navales regulares entre la Italia normanda y el Oriente latino, aunque podían asegurarlas ocasionalmente los marinos de los puertos septentrionales, que anclaban en Italia meridional antes de cruzar el Mediterráneo oriental.

Estas mismas relaciones explican que los príncipes normandos hayan podido poner una atención activa en el Oriente latino, tanto por los envíos de fondos, más discretos que una participación militar, testimoniados desde 1099 y 1102,[6] como, un poco más tarde, por Daimberto de Pisa, que llegó a ser patriarca de Jerusalén. En consecuencia, las relaciones entre fatimitas y Oriente latino eran estables (no hubo ninguna hostilidad de 1124 a 1153), y el interés puesto en Jerusalén no estaba en contradicción con la amistad fatimita, como lo estuvo con una amistad con los de Alepo, por ejemplo. No se sabe nada acerca de los privilegios otorgados ni a los súbditos normandos en general ni a Amalfi[7] en particular, o a Salerno en la primera mitad del siglo XII en el Oriente latino. Esto no prueba que no hayan existido y, de cualquier manera, los cruzados no podían ser fiscalmente muy duros con quienes les llevaban los artículos que necesitaban. Pero no es menos cierto que, habiendo entregado la plaza que ocuparon en Egipto, los italianos del sur no tenían razón para poner gran interés comercial en un Oriente latino mucho menos apto para proporcionarles los productos que deseaban adquirir, y menos para comprarles los que ellos podían vender. Pero políticamente

las cosas irían de otra manera y la historia nos ha transmitido algunos episodios interesantes.

El principal es el segundo matrimonio, muy poco ortodoxo, de Balduino I de Jerusalén con Adelaida, hija de uno de esos Montferrat de quienes habremos de hablar, pero sobre todo viuda de Rogerio I de Sicilia y madre del joven Rogerio II. El interés para Balduino radicaba en que ella aportaba una opulenta dote; el interés para la dinastía normanda, en que se entendía que, si no nacía hijo de este matrimonio (lo cual, tomando en consideración la edad de la desposada, era muy probable), la sucesión iría a Rogerio II, ya que Balduino I no había tenido hijos de su primer matrimonio. Así se habría realizado, con 100 años de anticipación, la unión territorial que más tarde habría de lograr Federico II, pero abortó porque en su lecho de muerte Balduino I repudió a Adelaida, sin restituirle por esto la dote, y también porque un grupo de barones, apoyados en el patriarca, preferían al más cercano y menos poderoso Balduino de Burgos, primo de Balduino I, entonces conde de Edesa, que a Rogerio II. Pero la significación del episodio es clara.[8]

Bohemundo I poseyó en cierto momento Tarento y Antioquía a la vez. Cuando murió, en 1111, dejó un hijo joven, a nombre del cual, al mismo tiempo que como príncipes en nombre propio, reinaron sucesivamente Tancredo y Rogerio, sin que parecieran inquietarse sus primos de Italia, quienes, por el contrario, les enviaron subsidios.[9] Cuando, ya muerto Rogerio, Bohemundo II llegó a ser mayor, se embarcó hacia Oriente (1127); el duque Guillermo de Apulia le dio ayuda y flota, pero a cambio no sólo recibió de él su feudo, sino la promesa de que cada uno de ellos heredaría del otro, si moría sin dejar un hijo.[10] Aquí la cosa se desmoronó: Bohemundo II murió en 1130, caído en un encuentro en Cilicia con los turcos, pero había desposado a una hija de Balduino II, de la cual tuvo una hija y ésta, no sin querella, debía más tarde casarse con Raimundo de Poitiers, no obstante que el trono de Jerusalén pasaba, igualmente por matri-

monio, a Foulque de Anjou. En todo esto se tiene la sensación de una oposición entre un partido "normando" (de Italia) y los barones franceses que buscaban jefes en Francia.[11] Pero no se ve que la casa de Anjou, como tal, ni la de Poitiers hayan actuado en Oriente, a pesar de su poder, como lo hicieron los normandos, y esto se comprende bien. Aceptaron las ofertas hechas a algunos de los suyos, pero no se ve que las hayan suscitado, ni que hubieran pretendido controlar lo que sucedía en los Estados a la cabeza de los cuales uno de los suyos había sido llamado. En lo que toca a los normandos, éstos parecen haber dejado de interesarse en Antioquía, pero los veremos reaparecer en Oriente, en otras circunstancias, al final del siglo.

A primera vista se podría encontrar una contradicción entre esta política de los normandos al principio del siglo en el Oriente latino y la actitud que les hemos visto frente a los musulmanes. Puede ser que ciertos datos se nos escapen. Pero la contradicción estaba atenuada por la tregua existente entre Egipto y el reino de Jerusalén.

Para el Occidente musulmán, hemos mostrado cómo, en vísperas de la cruzada, los normandos de Sicilia se habían puesto a practicar con él una política de buena vecindad. Se trataba entonces esencialmente de los ziridas de Túnez, debilitados por las consecuencias de la invasión hilalida. Como los almorávides no habían alcanzado el Magreb oriental, los normandos, parece, tuvieron poco que cuidarse de ellos. Se interesaban más, debido a las relaciones comerciales de sus súbditos, por Egipto. Nuestra documentación no nos permite saber si al principio del siglo mantuvieron la paz a la vez con los fatimitas y con los ziridas, de los cuales, después de la ruptura religiosa de la mitad del siglo XI, los fatimitas no se preocupan ya. La ocupación de Malta, puesto musulmán avanzado que políticamente no dependía entonces de nadie, no significa gran cosa a este respecto. En todo caso, cuanto más tiempo pasa más clara parece la alianza fatimita. El azar de nuestros textos nos ha conservado el recuerdo de embajadas,

en 1099 mismo (o sea, durante la cruzada) y en 1122, en vísperas del ataque a Tiro por parte de los francos de Oriente y los venecianos.[12] Pero lo más notable es la correspondencia, recientemente exhumada en una colección tardía de modelos epistolares, entre Rogerio II y el califa al-Hafiz en 1135.[13]

Una carta, de cuya autenticidad no hay razón alguna para dudar, es muy notable por un tono de estrecha colaboración, casi de amistad. Desde luego, la amistad pudo verse favorecida por la presencia en el visirato del armenio cristiano Bahram, hermano del *Catholicos* armenio de Siria-Cilicia; pero a pesar del interés que tanto Rogerio como el califa siguen mostrando por aquél, fue escrita durante el visirato del sucesor y adversario de Bahram, Rudwan, en un momento, entonces, en el que la política de los dos soberanos, uno frente al otro, permanecía sin cambio. El carácter difuso y ampuloso del estilo cancilleresco nos disuade de reproducir el texto, pero el análisis del contenido será suficientemente elocuente. Rogerio había explicado cómo la malignidad de los habitantes de Djerba lo había llevado a ocupar la isla; el califa, informado también de la ocupación, por parte de los cristianos, de una tierra musulmana colocada sobre las líneas de comunicación entre Egipto y el Magreb, comprende y acepta. Un navío egipcio fue inspeccionado y capturado no se sabe por quién, en aguas sicilianas; el rey lo hizo liberar y lo tomó bajo su protección; en realidad, no era un barco cualquiera, sino una nave que comerciaba por cuenta privada del califa. De manera recíproca, nos enteramos de que Rogerio comerciaba en Alejandría y en El Cairo, donde estaba dispensado de las tasas usuales. Obtuvo también las mismas ventajas para su gran almirante, ese Jorge de Antioquía, de una familia siriogriega emigrada, que acababa de tomar Djerba, después de haber dejado el servicio de los musulmanes ziridas para pasar al del cristiano Rogerio II. En las prisiones del califa había cristianos que Rogerio por alguna razón tomó bajo su protección; el califa los puso en libertad. Rogerio preguntó qué había sucedido con su amigo el visir Bahram

después que fue derrocado por Rudwan, lo que era casi una intervención en los asuntos internos de otro Estado. Se le expusieron, desde el punto de vista de Rudwan, las razones de este derrocamiento, pero se le aseguró que se ocupaban de Bahram, sinceramente, por otra parte, puesto que el califa, después de hacerlo acudir discretamente a un lugar reservado de su palacio, donde murió, siguió personalmente su cortejo fúnebre. Por último, se anuncia un intercambio de embajadas y se espera recibir noticias. Todo esto, haciendo a un lado los detalles, implica evidentemente un clima que es, por sí mismo, notable. No hay nada sorprendente en que los sicilianos, así como Salerno y otras ciudades, hayan aprovechado este clima, como hizo sin duda Amalfi, que aun después de sus desgracias continúa comerciando con Oriente. Puesto que los pisanos la saquearon en 1135, hay que admitir que, aun ya súbdita de los normandos, continuó siendo una rival y que debió, pues, conservar en Egipto sus antiguos privilegios.[14]

Hay, quizá, otro caso de casa feudal que, antes del desarrollo de las monarquías francesa o inglesa, debió mostrar un interés notable por el Oriente latino, y sería excesivo pretender, como se ha hecho, que antes del siglo XIII los apetitos o querellas políticas de Occidente no interfirieron en Oriente. Los volveremos a ver con los Estados italianos, pero, por el momento, queremos hablar de Flandes. Es cierto que Roberto de Flandes no fue sino un jefe cruzado entre otros; como no pretendía quedarse en Oriente, y no había recibido mandato del papa ni de nadie, no se le deben atribuir pretensiones sobre el Oriente latino aún por nacer. Sin embargo, antes de la cruzada, el padre de Roberto, Roberto el Frisón, había hecho la peregrinación; después estuvo un tiempo al servicio del emperador bizantino Alejandro Comneno y, al volver a su tierra, le envió auxilio contra los turcos y los pechenegos. En general se atribuye a Bohemundo, para su propaganda en ocasión de su expedición antibizantina, la paternidad de una carta —ciertamente en parte falsa— que se consi-

dera que Alejandro dirigió a este Roberto: a decir verdad, es difícil no pensar que la parte más probablemente auténtica de esta carta concernía al conde de Flandes más que a Bohemundo, al que no se menciona en ella en ninguna parte.[15] Su hijo Roberto, que no preveía quedarse en Oriente, tuvo, a pesar de su parentesco con Bohemundo, una actitud discreta mientras permaneció en Palestina. No se opuso a la elección de Godofredo de Bouillon, quien fuera en Europa su vecino y su aliado. A Godofredo sucedió su hermano, Balduino de Bolonia, después el primo de éste, Balduino de Burgos, y cuando en seguida la sucesión del reino pasó a las manos de la otra familia, fue por casamiento con una heredera que era la única detentadora legítima. Se puede preguntar entonces si, sin haber sido nunca los soberanos del reino, los condes de Flandes no se atribuyeron una especie de derecho de vigilar lo que pasaba. Es probable que no sea imaginario por el hecho de que informa un cronista flamenco, según el cual un partido de barones palestinos adversarios de Balduino II, y partidarios quizá poco antes de Eustaquio de Bolonia, habrían mandado ofrecer la corona al conde Carlos de Flandes; esto testimonia al menos que en Flandes se pensó en ello.[16] El sucesor de Carlos, Thierry de Alsacia, no era enemigo del nuevo rey de Jerusalén, Foulque de Anjou, su suegro; en 1130 llevó refuerzos a Oriente, pero de esto no podemos concluir nada preciso.

Más problemático habría de aparecer el comportamiento de este mismo Thierry, y después de su hijo Felipe, en las expediciones sucesivas que hicieron a Oriente. Thierry participó en la segunda cruzada y en el sitio de Damasco; una vez tomada la ciudad, deseaba recibirla en feudo del rey de Francia o del emperador alemán, independientemente, pues, del rey de Jerusalén, soberano indigno de tan alto señor. La hostilidad de los barones palestinos a este proyecto fue una de las causas del fracaso de la expedición: que ésta haya sido dirigida contra Damasco y no contra el principal enemigo, Nur al-Din de Alepo, fue un error, del que quizá Thierry se dio cuenta, y cuando regresó por terce-

ra vez comenzó por presentarse en auxilio de los francos de Antioquía. Pero se buscaba siempre para él un gran feudo, a fin de arraigarlo en Oriente, o cuando menos recibir para él socorros regulares. Balduino III de Jerusalén hubiera querido darle el Orontes medio, pero la región dependía del príncipe de Antioquía, quien quería que la ganara por sí mismo, cosa inconcebible para un conde de Flandes. Vuelto una cuarta vez, en 1154, Thierry participó en la defensa de Antioquía amenazada por Nur al-Din, sin que sepamos si tuvo alguna otra razón para hacerlo.

La historia recomienza con su hijo Felipe; en 1177 éste llegó a Oriente, donde, de acuerdo con Bizancio, se contaba con él para que se asociara a una expedición contra Egipto. Balduino IV, de quien era primo, era leproso, y el regente acababa de morir: se le ofreció a Felipe la regencia con la dirección de los asuntos militares; pero no podía prolongar sin riesgo su estancia lejos de su condado. Su plan era casar a las dos jóvenes herederas de Jerusalén con dos hijos de uno de sus pequeños vasallos; la solución era militarmente mala, y los barones se rehusaron. Felipe debía volver aún con la cruzada dirigida por Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, en la que encontró la muerte. Se sabe que finalmente la casa de Flandes habría de estar representada en la cuarta cruzada por el nuevo conde Balduino, a quien tocaría el Imperio de Constantinopla. ¿Lo había ambicionado? Al menos estaba allí para recibirlo, y esta vez podía aceptarlo sin rebajarse.

Hemos llegado a un momento en el que la influencia dominante en Oriente había pasado a los grandes soberanos. Pero la preexistencia y la constancia de las intervenciones flamencas hacen suponer que los condes de Flandes se sentían con algún derecho, por vago que fuera, sobre los asuntos del Oriente latino. La cuestión en todo caso amerita ser planteada.

En un nivel inferior, el Oriente latino recibía las visitas de Occidente y ciertos señores menos encumbrados, que se consideraban insuficientemente favorecidos en Occidente, llegaron a buscar fortuna en Oriente; de ellos no conocemos sino a aquellos

que la lograron. Entre estos últimos, por ejemplo, figuran los Ibelinos,[17] al parecer de muy humilde tronco italonormando (pero independientes de los normandos de Antioquía); un poco abajo los Courtenay, quienes también estarían representados más tarde en el Imperio latino de Constantinopla; luego los Lusignan, los Brienne,[18] etc. Habría que hacer la lista y la historia de estas familias "internacionales", probablemente poco numerosas. Pero hay otro tipo de familias, de las cuales se encuentran por todas partes miembros emprendedores, pero que permanecen ligados a su tronco (al que su fortuna aprovecha). Los Aleramici, marqueses de Montferrat (Italia del norte), son un buen ejemplo.

Los Aleramici de Montferrat son una familia numerosa de la cual se encuentran miembros casados en todas partes. Un segundón, que llegó a combatir con Rogerio I de Sicilia, desposó a la hermana de éste, Adelaida, la futura esposa en segundas nupcias de Balduino I de Jerusalén, y madre de Rogerio II. Es posible que otro miembro de la familia haya figurado en el ejército de la cruzada bajo Bohemundo o Tancredo. Guillermo V, aliado por matrimonio tanto con la familia imperial de Alemania como con la familia real de Francia, participó ya en el ejército francés, ya en el ejército imperial en la segunda cruzada. Su hijo mayor, Guillermo Espada-Larga, se casó más tarde con Sibila, heredera presunta del reino de Jerusalén como consecuencia de la lepra de Balduino IV, y fue hecho vizconde de Jaffa y Ascalón: es el padre de Balduino V. Pero murió pronto, quizá envenenado por instigación del partido palestino hostil. Hacia la misma época, uno de sus hermanos, Renier, se casa a los 17 años con María, hija del emperador bizantino Manuel Comneno, de 30 años de edad; es posible que haya recibido parte de la provincia de Tesalónica, o toda ella, con uno u otro título. Bajo Alejandro II se rebeló en nombre de su mujer y estuvo en prisión por orden de Andrónico. En Oriente muere el joven Balduino V. El viejo Guillermo de Montferrat se presenta en Tierra Santa, es hecho prisionero en Hattin y muere en 1190. Un tercer hijo suyo,

Conrado, es invitado por el nuevo emperador, Isaac Ángel, a desposar a su hermana Teodora y, burlando a los latinos de Constantinopla, aplasta para Isaac la revuelta de Branas. Sin embargo, se siente poco seguro y a su regreso va a Tierra Santa donde, después de pedir dinero prestado en Creta a un hombre de negocios,[19] llega en el momento de la contienda de Hattin, salva a Tiro y obtiene la liberación de su padre. La continuación de su historia es conocida: su advenimiento al poder (por segundas nupcias no precedidas de divorcio con Isabel, también casada) y su asesinato. Es inútil recordar que su hermano Bonifacio habría de ser uno de los principales jefes de la cuarta cruzada, y llegaría a ser señor de Tesalónica, donde le sucederían sus descendientes. Como se ve, una bella familia.

Se notará que, en todo esto, nada hay que tenga que ver con el papado.[20] Sin embargo, la cruzada, si bien había sido un poco distinta de lo que previera Urbano II, fue deseada y organizada inicialmente por él. Una vez alcanzada la victoria y muerto Urbano II, es notable, en el siglo XII, la relativa reserva del papado. Urbano II desapareció sin haber confiado sus ideas, si las tuvo, sobre el porvenir de los países ocupados, y sus sucesores parecen haber tenido muy pocas. Cierto, a través de querellas entre los primeros reyes y los patriarcas consagraron la organización de la Iglesia latina en Oriente sin cuidarse de los problemas que esto podía plantear a las relaciones con la Iglesia melkita o las otras iglesias de Oriente, y confirmaron las donaciones hechas por príncipes y fieles. Se interesaron algo, aunque la idea no procedía de ellos, por la fundación de la orden del Temple. Pero su política sobre el principal problema planteado por el nacimiento del reino de Jerusalén fue poco firme: nadie pensó en hacer un segundo Estado de la Iglesia romana y, hecho más notable, nadie se propuso tampoco, sino por imitación de algunos Estados de Europa, que el reino de Jerusalén fuera vasallo de la Santa Sede; las discusiones que afectaron los primeros años del reino versaron sobre si sería un reino como cualquier otro, o un Estado di-

rigido directamente o mediante interpósita persona por la iglesia de Jerusalén, y si la Ciudad Santa había de tener un estatuto especial.[21] El papado deseaba probablemente un reino ordinario, quizá por temor a las ambiciones de una Iglesia rival[22] a la que favorecería el prestigio de la Ciudad Santa, y también por necesidades de la defensa militar. Pero no se puede decir que a este respecto haya tenido una política activa ni firme. No se ve que ni siquiera en Antioquía o en Trípoli, a pesar de los lazos privilegiados que el papado tenía en Europa con los normandos y los provenzales, los papas intervinieran más que en los más indiferentes de los países occidentales.[23] Aun en una cuestión de disciplina interna, como la de la anexión del arzobispado de Tiro a los patriarcas de Antioquía o de Jerusalén, no se ve que Roma haya sabido escoger claramente entre la reivindación del primero, fundada sobre el mapa eclesiástico tradicional, y la del segundo, pretendiendo hacer coincidir sus fronteras con las fronteras políticas del reino. Tampoco parece que en ocasión de los problemas de sucesión, en Jerusalén o en Antioquía, el papado haya sido consultado alguna vez.

Desde luego, Jerusalén, vista desde Occidente,[24] continúa beneficiándose con su prestigio de Ciudad Santa. La conquista franca y el desarrollo de los viajes marítimos a partir de las ciudades italianas mejoraron las condiciones de peregrinación, y un número creciente de peregrinos van a llegar a Oriente. Algunos se demoran allí un tiempo para participar en alguna expedición militar, si tienen cierta aptitud para el combate; traen a sus primos de Oriente un pequeño aliento y las novedades de Occidente, y mantienen la conciencia de una pertenencia, de la cual dan fe las reliquias enviadas a las iglesias del país natal.[25] Pero casi ninguno de ellos se queda definitivamente.[26] Sucede lo mismo con los mercaderes, aunque muchos se toman el tiempo de realizar una visita a los Santos Lugares entre sus desplazamientos de negocios. La situación de los miembros de las órdenes religiosas o militares, benedictinos, templarios y hospitalarios, es diferen-

te: los bienes que poseen sus comunidades en Occidente exigen un mínimo de relaciones y tienen al menos un navío propio.

Los francos de Oriente se interesan por las peregrinaciones, como lo hicieran los cristianos nativos antes que ellos, en la medida en que pueden obtener beneficios, aunque sea explotando la credulidad de los visitantes.[27] Otros occidentales llegarán al Oriente latino para buscar allí una fortuna que les había sido negada, y sin duda con frecuencia quedan desengañados, pero los textos no nos hablan sino de aquellos que por azar, o por habilidad, lo lograron. Lo que obtienen no trasciende su valor personal y su éxito, cuando existe, es de poco provecho para su familia, que no deriva de él pretensión alguna de mezclarse en los negocios de Oriente; si acaso, su presencia puede servir un poco a la influencia del soberano del que son súbditos en Occidente, y al cual acuden en caso de necesidad.

Es difícil saber si, lentamente, la población latina en Oriente ha podido desarrollarse, y si en los primeros tiempos hubo suficientes recién llegados para equilibrar los muertos precoces causados por la guerra. Cuando mucho, se verían incitados a la aventura los jóvenes ambiciosos, ya que los huecos que quedaban en las casas feudales facilitaban la renovación de las familias, por segundos matrimonios de las viudas o de otra manera. No sabemos si hay que tomar en cuenta la natalidad. Se debe admitir que hubo una repoblación latina suficiente para asegurar la sobrevivencia después del retorno de los primeros cruzados y, por consiguiente, incremento.

El Occidente, por su lado, se mantiene informado de los asuntos de Oriente por los peregrinos y mercaderes que regresan, sin que, no obstante, se pueda afirmar que ésa era su primera preocupación. Muy pronto surgió un recuerdo cada vez más embellecido de la cruzada. Con la excepción de Foucher de Chartres, los cronistas que la relataron habían regresado a Europa, y allí produjeron su obra, y aun la crónica de Foucher llegó a Occidente. Europa conocía también la notable crónica de Alberto de

Aix quien, sin haber ido a Oriente, se hizo informar perfectamente (sobre la cruzada misma es casi seguro que utilizó el poema de Ricardo el Peregrino).[28] A partir de esas obras se llevó a cabo todo un trabajo de difusión, donde se introdujo lo maravilloso,[29] de lo cual, a decir verdad, se habían empapado los cruzados mismos; y, al mismo tiempo, se trataba de exaltar las hazañas de una familia comanditaria.[30] No citemos, por ejemplo, sino los más difundidos de los arreglos latinos, el de Roberto el Monje[31] y, a fines del siglo, la Canción de Antioquía de Graindor de Douai. Se advertirá que el Oriente latino era mucho menos sensible a esta necesidad: ninguna vulgarización hubo allí de los relatos de la cruzada, y no es seguro que se los conociera a todos.[32] En Occidente mismo se comenzaba a discutir la idea de cruzada, las ventajas e inconvenientes de expatriarse, los medios de lograr la salvación.

Fue en estas condiciones que en Occidente se enteraron no sólo de la caída de Edesa, ciudad muy poco conocida para emocionar, sino sobre todo de las llamadas de auxilio que los embajadores traían de Oriente. Después de todo, los participantes en la cruzada no pensaron que Edesa era la primera, que la seguirían una segunda y una tercera. Fue Bernardo de Clairvaux quien impuso la idea, pero la segunda cruzada tiene, con la primera, un contraste significativo. Dirigida por dos soberanos, el emperador Conrado III y el rey de Francia, Luis VII, que tenían la autoridad y las relaciones normales con el papado, señala implícitamente el retorno a la vocación natural de los poderes laicos, que el soberano pontífice se limitaba a animar y a bendecir,[33] y marca la primera intervención oficial de los alemanes.[34] Se hizo contra la voluntad de los normandos de Italia, ocupados en sus preparativos contra Bizancio. No requirió participación alguna de las ciudades mercantiles italianas. Se benefició con la tolerancia de Bizancio, pero ésta, atenta a los peligros normando y turco y poco interesada en acrecentar la influencia latina, se abstuvo de participar en ella, aunque había hecho e iba a hacer expediciones au-

tónomas; la cruzada, por otra parte, no se ocupó de reconquistar sus tierras de Asia Menor, donde se organizaba el Estado selyúcida en torno a Qunya. Del papa Eugenio III lo menos que se puede decir es que, enredado en la lucha contra la revolución de Arnoldo de Brescia, se mostró poco entusiasta. Además, el desarrollo de la cruzada precedente había mostrado que, para el objetivo principal contemplado por Roma: el acercamiento eclesiástico con Constantinopla, la fórmula era mala; y a esto se agregaba la querella de Antioquía, de la cual se hablará.

En Occidente, a pesar del ardor y la elocuencia de san Bernardo, es evidente que no se ve enrolarse a las masas entusiastas de la primera cruzada, y que probablemente los soberanos no lo deseaban.[35] Veremos en un momento que, además del entibiamiento de las formas de piedad que condujeron a la cruzada, algunos previeron actitudes nuevas frente al islam.

En el Oriente latino mismo ¿se deseaba la cruzada? Refuerzos, desde luego que sí, ¿pero una cruzada, es decir, una vasta expedición cuyo mando había que dejar a los soberanos? Es lícito dudarlo. Por otra parte la cruzada sacó al descubierto el creciente desinterés del reino de Jerusalén por Siria del norte, abandonada al área bizantina. El sitio de Damasco, al cual se atrajo a los cruzados, era totalmente ajeno a la lucha que se hubiera debido empeñar contra el enemigo más temible, Nur al-Din. Sirvió a este último para orquestar su propaganda personal ante los damasquinos, y cuando los cruzados, a raíz de sus propios desacuerdos, se retiraron, dejaron de hecho el campo libre a Nur al-Din para sus próximos éxitos. Se notará, por otra parte, que la emoción no fue mucho mayor en el mundo musulmán, de donde no se envió socorro alguno.

El desencanto en Europa misma llegó a tal punto que algunos, como Geroh de Reichensberg, acusaron a la cruzada de haber sido suscitada por falsos profetas y por los francos de Jerusalén, que no tenían necesidad de nada pero deseaban hincharse de

hombres y dinero. Los únicos peligros en las fronteras eran provocados por los francos mismos.[36]

VIII. LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XII; COMERCIO Y EVOLUCIÓN ESPIRITUAL

El simple hecho del establecimiento de los cruzados en Oriente no podía transformar completamente las condiciones del comercio. Desde luego, tenían necesidades propias, pero esto no implicaba forzosamente la posibilidad de financiar ni de encontrar la manera de realizar todas las adquisiciones requeridas. Y las mercancías que en Levante interesaban a los comerciantes occidentales se compraron siempre, principalmente, en Egipto. Es cierto también que antes llegaban a los puertos sirios, y la caída de Trípoli, Acre y Tiro, y el clima de guerra y de incertidumbre de los primeros años del siglo xii, con el establecimiento de una frontera entre la Siria interior musulmana y las regiones francas, no desviaron el tráfico de esos puertos. En cuanto a la clientela oriental interesada en las exportaciones europeas, no estaba concentrada en el Oriente latino.[1] Los mercaderes sirios no perdieron su interés, pero se vieron obligados a desviar sus operaciones hacia Egipto: no fue casual que algunos años después de la primera cruzada les dieran en El Cairo un almacén particular *(Dar al-Wikala)*.[2] No hay que considerar inexistentes a los nuevos Estados latinos, pero hay que evitar considerarlos aisladamente, como si las condiciones del comercio mediterráneo no hubieran dependido sino de ellos, como si hubieran llegado a ser, de la noche a la mañana, el centro.

Tanto para el Oriente latino como para Egipto, el comercio marítimo estuvo ligado al comercio terrestre, ya se tratara de los productos de la región (véase *infra*) o de productos lejanos transportados por caravanas. Inmediatamente después de la cruzada muchos francos consideraban buena presa a cualquier mercader o mercancía que cayera en sus manos, lo cual, evidentemente,

llevaba a las caravanas a modificar sus itinerarios tradicionales. Sin embargo, este comportamiento sólo duró un tiempo: los francos, una vez bien establecidos sobre una franja de territorio, sin una vasta región a retaguardia, pero con control sobre las relaciones entre Egipto y el Cercano Oriente, comprendieron la necesidad de un *modus vivendi* y las ventajas de suprimir los derechos de paso que podían recibir de las caravanas, como lo hicieron durante mucho tiempo los Estados y las tribus árabes de la región. Aun en época de guerra, se consideró que correspondían a los príncipes o los aristócratas dominantes;[3] las hostilidades tenían siempre, por otra parte, carácter localizado. Se condenaba con rigor, como violadores del derecho de gentes y ajenos a la civilización, a quienes pusieran mano sobre una caravana o a quienes, en ocasión de un asedio, destruyeran los cultivos y las obras de irrigación, que era tan caro y lento reconstruir, aun para el partido victorioso. No quiere decir esto que el estado de guerra no presentara inconvenientes; bien se sabía que con frecuencia los mercaderes, por su libertad de circulación, eran espías o agentes enemigos; y no se podía admitir que los miembros de una nación fuesen un día mercaderes y al día siguiente soldados enemigos o proveedores de armas para el enemigo. Pero esa distinción, fácil de establecer en Occidente, era difícil entre los orientales.

Los mercaderes de Génova, de Pisa y de Venecia pidieron y obtuvieron —ya se ha visto en qué condiciones— concesiones y privilegios en el Oriente latino, pero de esto no se sigue que hayan logrado provecho inmediato; no parece tampoco que siempre hayan tomado posesión efectiva de los terrenos y barrios que les fueron asignados, los cuales, por otra parte, estuvieron en función de un mapa económico que, precisamente, la conquista franca contribuyó a modificar. La documentación de la que disponemos para la primera mitad del siglo XII es escasa, lo cual es significativo en sí mismo; no es seguro que ciertas actas de privilegio de que disponemos no sean más o menos falsas, fabricadas

en la época en que los italianos comenzaron a atribuirles mayor importancia.[4] De cualquier manera, lo que sabemos de este periodo es muy diferente de la imagen clásica, quizá en sí misma excesiva, que se nos traza para la época siguiente. El comercio del Oriente latino, a diferencia del de Egipto, no es autosuficiente; un barco puede ir a Alejandría y regresar, logrando su equilibrio mercantil sin necesidad de ir a Siria; pero un viaje a Siria sin pasar por Egipto es comercialmente imposible.

Otras dos diferencias importantes entre este primer medio siglo y los siguientes son, por una parte, la persistencia de cierta flota magrebina,[5] que transporta mercaderes musulmanes y judíos, y por otra, el papel notable que desempeña Italia meridional ante los puertos septentrionales. Un tratado escrito hacia 1170,[6] a partir de una documentación parcialmente anterior, nombra entre los comerciantes llegados a Egipto a los sicilianos, esto es, a los sardos[7] (¿antes de la cruzada?); también los mercaderes genoveses llegaban todavía, a veces, en navíos amalfitanos.

Aunque regresaremos sobre este punto, hay que señalar que las necesidades de los francos de Oriente no podían ser satisfechas más que mediante un capital que no quedaba plenamente asegurado por el botín inicial.

La persistencia de cierto comercio de los amalfitanos está atestiguada, a pesar de la pérdida de los archivos de Amalfi, por el documento de la Geniza que se cita en el apéndice, que data del califato de al-Amir (1101-1130),[8] y que muestra que los amalfitanos abastecen siempre la madera para la construcción naval.[9] Tenemos un documento veneciano que describe a los mercaderes de Venecia que se embarcan en Egipto con destino a Constantinopla en un navío amalfitano, documento al cual su fecha (1144) confiere una importancia particular, porque es posterior al saqueo de Amalfi por los pisanos (1135), del cual volveremos hablar.[10] Se ha visto que la actitud normanda en Oriente no fue de ninguna manera de abstención, ni política ni comercialmente. Mientras los normandos no fueron dueños de Amalfi trataron de

apoyar a sus súbditos sicilianos y salernitanos, y hasta mediados del siglo procuraron asegurarse una posición privilegiada en el comercio con el Estado fatimita. Todavía en 1143 y en 1148 se concluyeron tratados entre Rogerio II y el califa fatimita, reconociendo acuerdos anteriores acerca de los cuales nada sabemos.[11] En 1137 Rogerio II promete a Salerno tratar de hacerle obtener los privilegios de los cuales Amalfi gozaba desde hacía mucho tiempo en Egipto. Un documento de 1135 menciona un barco de Bari en Egipto; uno de 1119 cita otro navío en Damieta, y la carta del califa a Rogerio II habla de una nave egipcia en Mesina en 1136;[12] el rey de Sicilia y el califa tenían, según esta misma carta, intereses personales en este comercio.[13] Los privilegios de los que se trata consisten, quizá, en lo relativo al diezmo tradicional en Egipto, donde el gobierno fatimita, a diferencia de otros Estados musulmanes, deducía frecuentemente derechos de 19 por ciento.[14]

Es, sin embargo, en este periodo cuando comienza a desarrollarse la actividad de los rivales septentrionales de los amalfitanos. Los genoveses, aprovechando los conflictos de los príncipes de Antioquía con Bizancio, que ellos no habían podido manejar, se hicieron reconocer un tercio de los ingresos del puerto de San Simeón, salida de Antioquía, y más tarde obtuvieron ventajas comparables en Laodicea-Lattaquieh, esta vez a costa de los pisanos. El carácter estereotipado de las confirmaciones que les otorgaron los príncipes de Antioquía, hasta Bohemundo III, sugiere que éstos no tenían grandes deseos de alentar todavía más su actividad.[15]

La historia parece la misma en el reino de Jerusalén y en Trípoli, con un ligero retardo inicial. Los privilegios que adquirieron los genoveses, en particular en Acre, fueron la contrapartida de la ayuda que prestaron en la conquista de este puerto, y se les prometieron beneficios semejantes para los otros puertos que fueran tomados con su ayuda.[16] Pero las rencillas que se produjeron a mediados del siglo en torno de antiguos derechos más o

menos auténticos prueban también que esas concesiones no habrían sido muy eficaces.[17] No ocurrió lo mismo con Egipto; una colección de cartas imaginarias compuestas hacia 1135 indica que la participación de los genoveses, y particularmente de la familia de los Embriachi, era bien conocida, y muchas referencias establecen, en el primer tercio del siglo anterior, la presencia de genoveses en Alejandría.[18]

Las actividades mercantiles de las ciudades italianas en Oriente, cuyo vínculo con la confusión de los negocios italianos alcanza su cenit en el siglo XIII, no están ausentes en el siglo XII. Venecia era, desde hacía muchas generaciones, señora del comercio del Adriático, y se ha visto el lugar eminente que ocupaba en el del Imperio bizantino. Sin embargo, como para las relaciones con su territorio requería la paz con el Imperio de Occidente, intentó, hasta donde le fue posible, permanecer al margen de los conflictos siempre renovados que oponían en la península a proimperiales y antiimperiales. Pisa y Génova tenían todavía un interés común por la seguridad del Mediterráneo occidental y emprendieron juntas contra Almería una expedición, que resultó ruinosa.[19] Pero, como sus ambiciones rebasaban el mar Tirreno, con frecuencia fueron rivales. Pisa era, desde hacía mucho tiempo, del partido imperial; Génova estaba dividida; las familias aristócratas eran proimperiales, y el pueblo común más bien opuesto al imperio. A principios de siglo el papado seguía apoyándose en los normandos, contra el emperador; después de su reconciliación en ocasión del concordato de Worms (1123), cambió de parecer y buscó el apoyo del imperio contra la expansión normanda en Italia central. Los pisanos se encontraron pues empeñados en guerra contra el reino normando, incitados quizá por exiliados amalfitanos, como los Pantaleoni.[20] Amalfi dependía ahora del reino normando, y los pisanos se aprovecharon de ello, sin derrochar sus fuerzas en otras empresas, para saquearla.

No sabemos bien cómo evolucionó en ese momento el comercio de los italianos con Bizancio, en el que los venecianos

conservaban el primer lugar, aunque los pisanos y después los genoveses hubiesen obtenido también tratados, un poco menos favorables. La importancia de este comercio es innegable, pero la naturaleza de las mercancías que lo alimentaron es poco clara. Es evidente que los italianos compraban los productos de la industria suntuaria bizantina; no es menos evidente que a Constantinopla no llegaban, sino excepcionalmente, las caravanas que habían atravesado Anatolia con mercancías del Lejano Oriente, lo cual aumentaba la importancia de Egipto. Habría que averiguar si los italianos no llevaban a Egipto madera y hierro tanto bizantinos como italianos. Se puede admitir que, en todo caso, llevaban ahí la pez traída a Constantinopla desde Rusia, por el Mar Negro.[21]

Sería importante para nosotros saber qué repercusiones tuvieron, y en qué medida, los acontecimientos mediterráneos sobre el comercio hacia el Lejano Oriente, en particular en el océano Índico.

Si desde mucho antes de la cruzada existía un comercio marítimo del océano Índico, ahora orientado sobre todo hacia el Yemen y el Mar Rojo, poco sabemos de su organización, y nos es difícil ver cómo pudo modificarlo la existencia del Oriente latino. [22] Sin duda habría que relacionarlo con el desarrollo del puerto de Aydhab, en el alto Egipto, menos expuesto que Suez y Qulzum a las incursiones francas. El Mar Rojo, a pesar de algunos nidos de piratas (Dahlak, al sur), era bastante seguro, en particular para la travesía hacia Djedda y las ciudades santas de Hedjaz. Para el océano Índico propiamente dicho, sólo podemos enunciar algunos hechos bastos, cuyo contexto permanece oscuro.

Se ha visto que el comercio del golfo Árabe-Persa había decaído de manera notable. El gran puerto de Siraf, que fue el principal, prácticamente no existía ya: en el plano regional había sido remplazado por el pequeño Estado semipirata del islote de Qush, y por los puertos de Omán sobre la frontera arábiga. Pero parece

que se conservó el nombre de *sirafi* para designar a los grandes mercaderes de esta zona. Desde luego, lo tomaron de los yemenitas, en adelante sus rivales, o más exactamente, quizá, hubo allí, en particular en Adén, lucha entre un partido deseoso de entenderse con ellos y otro que se inclinaba por Egipto. En el siglo XII es probable que hubiera, al menos durante algún tiempo, unidad política entre Qush y Adén. En esta época nos encontramos un personaje tan importante económicamente que se permite manifestar su generosidad tanto en La Meca como en el plano político-militar, pues interviene en los asuntos de Adén: el sirafi Ramesht, en la primera mitad del siglo XII.[23]

En la misma época constatamos una participación creciente de comerciantes judíos en los negocios (pero no en la propiedad de los navíos) en el océano Índico. Prácticamente excluidos del Mediterráneo por el avance de los italianos cristianos, dirigieron hacia allí su actividad, lejos de su Magreb nativo. Los géneros llevados por los italianos a Egipto eran redistribuidos allí en gran parte por los cristianos coptos, sin que los judíos interviniesen por el momento.

Es también en esta época, y precisamente por cartas judías, cuando oímos hablar por primera vez del *karim*; después, pronto, de los *karimis*. La palabra *karim*, cuya etimología no se conocía, y que tiene poca posibilidad de ser árabe, designaba un convoy regular de navíos mercantiles que venían de la India, fletado por usuarios de todas las confesiones, aunque los musulmanes eran mayoritarios; se llamaba *karimis* a quienes habían fletado el *karim*.[24] Quizá se especializaban en el comercio de especias y otros productos costosos, y gozaban de algunas ventajas, especialmente aduanales, pero no se ve que hayan formado corporaciones o asociaciones. A fines de siglo desempeñaron un importante papel en Egipto, pero no sabemos si lo habían logrado ya bajo los últimos fatimitas.

Probablemente no sea casual que la literatura geográfica de este periodo que con frecuencia se limita a transcribir a los grandes

antecesores del siglo x añada, para el conocimiento del océano Índico, que estos últimos conocían bastante bien, información complementaria sustancial. Es el caso de al-Idrisi, que escribió en Sicilia. Es el caso también del lector o copista Ibn Hawqal, el gran geógrafo del siglo x, quien agregó a su ejemplar importantes adiciones, felizmente llegadas hasta nosotros. Un poco más tarde, en el Yemen, Ibn Mudjawir nos dará del comercio de Adén un cuadro del cual no poseemos equivalente entre los autores antiguos.[25]

Sería interesante saber si el incremento de la demanda europea de productos del océano Índico y del sureste de Asia, que pasaban sobre todo por Egipto, entrañó como consecuencia la escasez y el encarecimiento de estos artículos en esa región, o un aumento global de su comercio. Nos inclinamos más hacia esta segunda solución, aunque sin prueba documental, si bien el *Minhadj* no parece desempeñar, respecto a estas mercancías, un papel muy importante en la exportación desde los puertos mediterráneos de Egipto.

Ciertamente, sería excesivo pensar que ya no hay navíos en el golfo Árabe-Persa. Hemos conservado el relato de un peregrino chino que visitó Bagdad, y cuando el historiador Ibn al-Djawzi nos habla de una tempestad que causó el naufragio de un barco con 1 800 mercaderes a bordo, no debe tratarse de un caso único. Este comercio lejano alcanza, se ve, a China, entre otras razones por la venta de incienso.[26] Pero probablemente se trataba más de un comercio entre las dos orillas del golfo, de Omán a Fars, y procedente en parte, por los puertos arábigos, de África oriental. La importación de esclavos negros producía grandes beneficios al sultán de Kirmán y a los mercaderes de Shiraz.[27] Bagdad, que ya no era el centro el mundo, no podía constituir por sí misma un poderoso centro de atracción.[28]

No debemos perder de vista que es en la época misma de las cruzadas cuando nace y crece en Oriente el interés por la filosofía y la ciencia arabemusulmana, tal como estuvieron representa-

das en España. En Oriente la tradición clásica a este respecto había declinado y fue en España donde se mantuvo, ejemplificada, en su apogeo, por el nombre de Ibn Rushd (Averroes). Como España estaba en contacto más directo con el Occidente cristiano que con el islam de Oriente, era normal que Europa llegara a conocerlo sobre todo bajo la forma que había tomado ahí el pensamiento arabemusulmán. A condición, claro —y éste era precisamente el caso—, de que el desarrollo de Europa hubiera alcanzado el nivel en que pudiera sentir curiosidad por ese pensamiento y comprenderlo. El pensamiento clásico, por otra parte, resultaba más asimilable que el pensamiento oriental de entonces, ya que este último se refería demasiado explícitamente o demasiado exclusivamente al islam como para que un pensamiento cristiano pudiera tomar contacto con él. En cambio, la filosofía clásica transmitía las adquisiciones consideradas definitivas desde la Antigüedad, de la cual Occidente no había conservado sino miserables migajas (en latín más que en griego); podía, entonces, interesar a los cristianos, aun si la experiencia probó que les planteaba problemas. Por cierto, y toda proporción guardada, un movimiento análogo se delineaba en la Italia normanda, donde al principio del siglo XII se creaba, sobre las bases de la enseñanza de Constantino, llamado el Africano debido a su origen, la escuela médica de Salerno.

Evidentemente, todo esto no concierne sino a una élite de intelectuales, aunque, como eran los que escribían, se ha hablado mucho de ello en la literatura de entonces. Esto debió desembocar, al siglo siguiente, en las profundas influencias ejercidas en el medio mucho más amplio de la enseñanza universitaria. Es algo que no toca directamente a la cruzada, aunque resulta difícil pensar que aquellos intelectuales a quienes pudo preocuparles no se vieron inducidos a inflar la idea de que los árabes-musulmanes eran bárbaros y diabólicos. En ciertos casos esto debió llevar a la conclusión de que era interesante conocer la religión musulmana, aunque no fuera sino para discutirla. Esto no contradecía forzosamente la idea de la cruzada pues, allí donde los poderes or-

gullosos impedían la propagación de la verdadera fe, había que contradecirlos; de la misma forma, se desplazaba un poco el acento y se tendía a establecer una división de las tareas entre sabios y combatientes. A principios del siglo XII Pedro Alonso, judío convertido al cristianismo y establecido en Aragón, dio a conocer en latín ciertos elementos del islam. Pero el momento decisivo fue cuando en el mismo Cluny donde se había elaborado la concepción de la cruzada, el abad Pedro el Venerable mandó hacer una traducción del Corán, que acompañaba de cartas a un musulmán imaginario para explicarle que se dirigía a él no con la espada, sino con la palabra. El conocimiento del islam debió hacer nuevos progresos en la segunda mitad del siglo, cuando en Italia Godofredo de Viterbo tradujo las versiones compendiadas de la *Sira* (la vida del profeta) y de sus *Maghazi* (incursiones).

Ni en este movimiento de traducciones científicas, ni en la curiosidad por el islam, participó el Oriente latino. Es verdad que se atribuye a Guillermo de Tiro una "Historia de los árabes", pero ésta no es al parecer más que una traducción (¿hecha por él mismo?) del cristiano Eutiquio (*Sa'id*) b. Bitriq, y el hecho de que de ella no nos haya llegado ningún manuscrito sugiere que le interesó a poca gente.[29] Muy al principio del siglo un cierto Esteban de Antioquía[30] había traducido la obra médica de al-Madjusi; sin duda se trataba de un hombre ligado a la escuela médica de la Italia normanda, y no vemos que el esfuerzo se haya proseguido en Siria.

Debemos recordar que los cruzados no habían tomado ninguna de las grandes metrópolis científicas del islam, y que al principio destruyeron las bibliotecas que caían en sus manos (respecto a Trípoli véase el apéndice).

Los contactos de los que acabamos de hablar no conciernen más que a los intelectuales. Es hacia otros textos hacia los que debemos volvernos para comprender lo que pasaba en las masas: novelas populares, literaturas apocalípticas, etc. Ya se ha señalado que en el Oriente latino no nació ninguna canción de gesta,

ni siquiera relativa a los combates contra los musulmanes. Sólo se elaboró, hasta cierto punto, la *Chanson des Chetifs*[31] (cautivos), ligada a las tradiciones potevinas, y que no fue conocida más que en Occidente. No se encuentra ninguna renovación de los romances caballerescos árabes, que en el siglo x celebraran la lucha contra el infiel bizantino; cuando mucho, se nota que las versiones difundidas en la época de los cruzados remplazan alguna vez el nombre de un enemigo bizantino por el de un enemigo franco, y que hacen vivir a un héroe preislámico, siempre joven (Antar), hasta el tiempo de las cruzadas.[32] Naturalmente, los árabes de Siria no habrían ya de combatir a los bizantinos, pero tampoco combatían casi a los francos, puesto que esa tarea incumbía principalmente, a partir de entonces, a los profesionales turcos. Los turcos de Asia Menor no estaban todavía, en el siglo xii, en el estado cultural que reflejan las grandes composiciones que narran sus hazañas (lo que ocurre a partir del siglo xiii en persa y del xiv en turco). Cuando encuentran la tradición del antiguo héroe árabe Sayyid Battal Ghazi, y traducen el viejo romance al turco, no se trata más que de bizantinos, y no convierten a ninguno en franco. Este tipo de literatura impresionó, parece, a las diversas poblaciones del Cercano Oriente. Es probablemente en la misma época cuando ve la luz la epopeya armenia de David de Sassoun,[33] quien parece trasladarnos hacia el siglo xi, o, en todo caso, antes del final del xii (los kurdos habían exterminado a los armenios de Sassoun en las nacientes del Tigris; no hay ninguna alusión a los francos). Un poco más lejos, en Georgia, es la época en que Chota Roustaveli compone su " Hombre con piel de leopardo" que nos acerca más bien a los modelos un poco más antiguos de Irán. No hay gran cosa en la composición, escalonada a lo largo de un milenio, de las *Mil y una noches*, aunque en las versiones tardías egipcias se manifieste un sentimiento antifranco.[34] "El Romance de Baybars" hablará mucho más tarde de la lucha de los mamelucos contra los francos, pero es una composición tardía, y más o menos mandada hacer para devolver la confianza

a los mamelucos frente al poder de los otomanos. También cabría considerar el periplo de leyendas como la de la montaña que camina, conocida en el medio copto egipcio, tomada en Italia del sur hacia 1130 por el autor de la *Historia Belli Sacri* y que más tarde Marco Polo encontró en el Asia Menor.[35] La literatura apocalíptica está representada durante todo el periodo de las cruzadas en el medio latino, el judío y el árabe.[36] Y éste es lugar para hablar de la leyenda del Preste Juan.

Hemos destacado la atonía de la mayoría de los cristianos nativos ante la cruzada, y las condiciones convenientes de su vida en los territorios del islam, aunque con un descenso de su importancia numérica y de su influencia general. En ciertos medios, no obstante, más particularmente entre los nestorianos, que tenían pocas relaciones con los francos, subsistía o reaparecía una especie de esperanza mesiánica en una salvación alcanzada a través del islam,[37] salvación que vendría de un Oriente más lejano, semimítico, en el que —se rememoraba vagamente— existía una cristiandad. Aunque los francos no tuvieron nada que ver con este asunto, algunos individuos hábiles pudieron pensar que sería provechoso informarlos. En Oriente, donde se sabía a qué atenerse, la leyenda pasó desapercibida, pero en Occidente se desarrolló durante tres siglos. He aquí de qué se trata. Mientras se producían en el Cercano Oriente los acontecimientos de los que hemos hablado, otros sucesos modificaban la fisonomía del Asia Central. El poder fue ejercido allí, desde los principios del siglo, por Sandjar, el decano de la familia selyúcida. Pero en la estepa del norte se estaba formando un nuevo imperio nómada, el de los qarakhitai, emparentados con los mongoles. En 1143 éstos aplastaron a Sandjar y se anexaron los antiguos territorios musulmanes hasta Amu Darya. Los qarakhitai, al menos nominalmente, abarcaban una amalgama de religiones diversas y su jefe Gur Kan era, quizá, más o menos adepto a la Iglesia cristiana nestoriana, la cual, por mantenerse relacionada con la iglesia madre de Irak, tenía aún una influencia real. Los nestorianos del

mundo musulmán, a quienes su decadencia demográfica hacía sensibles a las esperanzas escatológicas, vieron en la victoria de Gur Kan el anuncio de una revancha —venida del Lejano Oriente— del cristianismo sobre el islam. No es imposible que Gur Kan haya enviado un mensaje al emperador de Constantinopla. En todo caso, la historia del Preste Juan fue llevada al concilio de Letrán; y una carta, llena de un magma folclórico heredado de la Antigüedad, acabó por alcanzar al papa. Tal fue el origen de la leyenda del Preste Juan, en quien los siglos siguientes habrían de ver, después de los qarakhitai, a los mongoles, y después, mediante un salto geográfico insospechado, al *negus* de Abisinia.[38]

IX. LA EVOLUCIÓN A MEDIADOS DEL SIGLO XII

Los mediados del siglo xii marcan un giro en las relaciones económicas y políticas en el Mediterráneo y en el Cercano Oriente. Se ha visto cómo, en el curso del segundo cuarto de siglo, el islam se recuperó frente a la dominación franca en las regiones sirio-eufrasianas, y tomó la iniciativa de las operaciones, en parte gracias a los turcomanos, siempre dispuestos a su actividad tradicional, las incursiones. Éstos, en Asia Central, se combinaron con la acción de los combatientes fronterizos de la guerra santa. Llegados al Asia Menor, los turcomanos reemprendieron sus incursiones, sobre todo contra Bizancio, incorporando aquí también las antiguas tradiciones de *ghazis*. Contra los francos de Siria su actividad fue más débil y probablemente careció de motivación ideológica. En el medio musulmán más tradicional, es probable que aun Zenghi, cuando retomó Edesa, obedeciera al deseo de recuperar una ciudad cristiana que los bizantinos le habían arrebatado al islam apenas un siglo antes, y de proteger la vía de comunicación Mosul-Harrán-Alepo, amenazada de flanco por los francos, más que a la convicción profunda de un deber de guerra santa. Desde luego, para aquellos que mantenían vivo ese ideal, su acción y sus éxitos hicieron de él un héroe de esta guerra santa. Esta situación fue profundamente comprendida por su sucesor en Siria, Nur al-Din.

Cuando Zenghi murió, en 1146, su sucesión quedó repartida entre su hijo mayor, que obtuvo Mosul, cuna del poder de la dinastía, y un segundón, Nur al-Din.[1] De hecho, la importancia relativa de los dos principados apareció inmediatamente invertida. Los sucesivos príncipes de Mosul no fueron nunca sino personajes desvaídos,[2] mientras que Nur al-Din se reveló como una personalidad de primer orden. Si su territorio era menos extenso, estaba, al menos, alejado de las intrigas mesopotámicas; y la

guerra santa le proporcionó la base y el motor de toda una política, la que es en vano poner en el primer rango de la opinión pública. Sirve para tratar de distinguir entre lo que resultaba de una convicción sincera y lo que era ambición. La doctrina oficial era que el éxito de la guerra santa exigía la unión de todos, dentro y fuera de las fronteras, en pos del jefe que manifestaba más ardor y aptitud.[3] La cohesión de los musulmanes incitaba, por otra parte, a la represión de la herejía, en particular la shiíta, y al desarrollo de la formación de cuadros político-religiosos del régimen según el modelo inaugurado por los grandes selyúcidas, pero recientemente introducido en Siria.[4] El resultado de esta política fue, en una primera época, la unificación de la Siria musulmana por la anexión de Damasco, lo que permitió nuevos triunfos contra los francos; después, en una segunda época, una especie de protectorado sobre Mosul y sobre los danishmenditas de Anatolia central; una sucesión de alianzas y querellas con los selyúcidas de Rum, a quienes Nur al-Din se esforzó por interesar en la lucha contra los francos, pero sin autorizarlos a poner pie en Siria, y, en fin, la expedición de Egipto, de la cual volveremos a hablar. En el interior Nur al-Din reforzó su ejército, con el reclutamiento de los kurdos que llegaron a unirse a las fuerzas turcas, con medidas militares y económicas sobre las cuales hemos de volver, con la multiplicación de las *madrasas*, de los *khanqahs* y de otras obras piadosas (hospitales, etc.), para las cuales no dudó, cuando el personal sirio no le convino ya, en hacer un llamado a numerosos iranios.[5] El reforzamiento del ejército le permitió, por otra parte, reprimir las actividades autonomistas de las milicias urbanas de *ahdath*.

Se habrá notado que en todo esto no intervinieron ni los selyúcidas de Irán-Irak ni tampoco el califato. Los primeros estaban muy ocupados en sus luchas intestinas en Irán e Irak, y en sus esfuerzos por contener a los altos oficiales en vías de constituir a su costa principados autonómos. En cuanto a los califas, involucrados en estos conflictos, eran impotentes para ocuparse eficaz-

mente de sus asuntos propios, *a fortiori* de los de Siria. Se ha visto la protesta que esto suscitó por parte de los alepinos en 1111. Esto no quiere decir que todo el sentido de la *umma* haya desaparecido, pero no parece que el *djihad* haya ocupado un lugar importante en los espíritus, fuera de las regiones directamente interesadas. Los cuadros del régimen no eran indiferentes a la reconstitución islámica, y violentas luchas de partidos desgarraron a la población de Bagdad, en el seno de la cual se desarrollaban el movimiento hanbalita y las organizaciones de *futuwwa* de los *ayyarun*. Éstos eran ahí los asuntos internos, y cuando por ventura se miraba fuera de las estrechas fronteras, era exclusivamente hacia Irán. Es verdad que el visir Ibn Hubayra introdujo en su tratado de derecho un capítulo sobre el *djihad*, pero esto iba de acuerdo con la tradición y no tenía referencia a las circunstancias presentes. El historiador y predicador de Bagdad, Ibn al-Djawzi, en su gran *Historia*, insertó algunos episodios de las guerras islamo-francas de Siria, pero éstas fueron para él, evidentemente, algo secundario. Y quizá, por otra parte, no encontró mucho más sobre ellas en los archivos que consultaba. *A fortiori*, se interesa poco por los fatimitas heréticos. Parece en cambio que el despertar del *djihad* logró algo en Egipto (véase *infra*, p. 192).

El Asia Menor turca continúa siendo completamente distinta de los antiguos territorios musulmanes del sur. A pesar de algunas incursiones sobre los confines armenio-francos, al sur del Tauro los turcos no se preocupaban más que de adaptarse a su nuevo dominio, la planicie interior de Anatolia, rodeada por las regiones costeras más o menos extensas, que seguían siendo —o volvían a ser— bizantinas. Dejando a un lado el extremo de esta región, se distinguen dos formaciones políticas todavía toscas: las rutas este-oeste del norte pertenecen a la dinastía turcomana de los danishmenditas; las del sur, a la rama de los selyúcidas, establecida allí desde finales del siglo XI. Estos últimos tenían el deseo más o menos claro de organizar un Estado inspirado, hasta donde fuera posible, sobre los modelos iranomusulmanes de los reinos de sus primos. La cosa era difícil: falta de sustrato musul-

mán nativo o de inmigrantes iranios. Al menos intentaban rechazar en las fronteras a los turcomanos, poco inclinados a insertarse en este esquema, y que seguían interesados por practicar sus incursiones, que sólo podían amenazar a los bizantinos, y no tenían, pues, relación con los acontecimientos de Siria. Además, los selyúcidas no los animaban y aspiraban más bien, en parte precisamente para contenerlos, a cierta coexistencia pacífica con Bizancio. Nur al-Din, un poco más tarde, se esforzó mucho por sensibilizarlos a la idea de guerra santa contra los francos. Políticamente sus esfuerzos principales estaban dirigidos contra los danishmenditas a expensas de los cuales ellos, a pesar de una intervención de Nur al-Din, habrían de lograr en provecho propio, a la muerte de este último, la unidad del país.[6]

La política bizantina con respecto al Asia Menor y a Siria parece obedecer a un movimiento de balanza. En el momento de la cruzada, Alejandro Comneno utilizó la fuerza que ella representaba para recuperar de manos de los turcos una parte del litoral occidental de Asia Menor. Pero a partir de la ruptura con Bohemundo, parece haber considerado que abandonar provisionalmente la planicie anatolia, arrancada a los seminómadas mal organizados, presentaba menos inconvenientes, mientras se conservara la costa, que mantener en Siria del norte un principado normando que desafiaba a Bizancio. Acaso, al fin de su reinado tendió a modificar esta política y su sucesor, Juan Comneno, tuvo una actitud más emprendedora respecto a los turcos. No abandonó por tanto la idea de un restablecimiento de Siria; tomó nota de la existencia de los estados francos, pero al de Antioquía, antigua provincia bizantina, la más proxima y para él la más importante, amenazada por los inicios de una contraofensiva musulmana, no podía oponerle un rechazo tan enérgico como su padre. En estas condiciones, Juan Comneno intentó realizar un prudente equilibrio, y obtener de los francos de Antioquía un reconocimiento de vasallaje a cambio del cual él les llevaría socorros contra los musulmanes, pero sin llegar hasta el punto en que la eliminación del peligro musulmán hiciera inútil para los fran-

cos este reconocimiento de vasallaje (expedición de Antioquía, 1137).[7]

Manuel prosiguió esta política. Dejó pasar por su territorio al emperador Conrado y al rey de Francia, Luis VII, con los cuales no tenía interés en malquistarse, pero no participó en su cruzada, de la cual no habría podido sacar ningún provecho.[8] Intervino posteriormente en Antioquía con la misma intención de equilibrio que su padre, y esta vez logró el restablecimiento de un patriarca griego. Sobre su ruta, se esforzó por consolidar o restablecer, en el Tauro ciliciano, su dominio sobre los barones armenios, cada vez menos dóciles, y de momento enfrentados a él por buscar una especie de codominio con los francos.[9] Combatía contra los turcos si había ocasión, pero consideraba que bastaba con mantenerlos dentro de ciertos límites, sin modificar por esto su gran política internacional, aunque en 1162 se prestó, mediante algunas satisfacciones de prestigio, a una verdadera paz con el selyúcida Qilidj-Arslan II, quien fue a Constantinopla.

El debilitamiento de los francos de Antioquía, confinados en el Orontes, sin que hubiera en Cilicia una verdadera reimplantación bizantina, resultó útil a los señores del Tauro occidental, sobre todo a los de la familia rupenia, algunos de cuyos miembros creyeron posible sacudirse a la vez el yugo bizantino (o aquello que quedaba de él) y el latino. Uno de ellos, Mleh, llegó incluso, para obtener el apoyo de Nur al-Din, a convertirse al islam. Fue desautorizado por sus súbditos, sin que el príncipe turco juzgara útil preocuparse por él. Pero los rupenios quedaron en adelante prácticamente independientes, y se verán sus altercados con los príncipes de Antioquía.

¿A qué situación llegaron, durante este tiempo, las relaciones entre Bizancio y Egipto? Sin duda ya no tenían, ni para uno ni para otro, la misma importancia que antes de que llegaran a interponerse entre ellos los francos y los italianos. Sin embargo, es poco verosímil que las relaciones hayan cesado completamente: si el comercio pasó a las manos de los italianos, los bizantinos y

los egipcios podían tener interés en coordinar su actitud frente a ellos —porque para llegar a Egipto, por ejemplo, hacían escala en la Creta bizantina— o aun frente a los normandos, que estaban retomando sus proyectos antibizantinos. A mediados del siglo XI el gobierno bizantino no había dudado en sacrificar su amistad con los fatimitas por la esperanza, por otra parte vana, de una normalización con los turcos.[10] Ignoramos lo que a esto respecta en tiempos de la primera cruzada, durante la cual una embajada bizantina llegó a El Cairo.[11] En consecuencia sólo podemos decir que hubo intercambio de embajadores, de los cuales nada sabemos.[12]

En la misma época se deterioraron las relaciones entre Egipto y los normandos. Las causas de ello pudieron ser múltiples. Se ha visto el papel que desempeñaron en el califato fatimita los armenios, convertidos o no al islam.[13] Más o menos a partir de 1140 una forma de reacción arabemusulmana, quizá influida por Zenghi y Nur al-Din, dio poderes de visir a los jefes militares árabes o kurdos arabizados (el visir Talai b. Ruzzik), menos complacientes con los cristianos y, acaso, más sensibles a los perjuicios hechos por las potencias cristianas a la tierra musulmana. Paralelamente, del lado normando, Rogerio II se dio a atacar los puertos de África del Norte, incluyendo Trípoli, hasta suscitar aprehensiones o descontentos en los diversos medios de Egipto, interesados en mantener las formas tradicionales de relaciones comerciales con el Magreb.[14] Es éste también el momento en que el reino normando reinicia una política de ofensiva contra el Imperio bizantino: sin duda el cambio fue para ayudar a la segunda cruzada, que, por otra parte, no incomodaba a Egipto; ¿pero acaso Bizancio incitaba a los fatimitas contra los normandos? Muerto Rogerio, la evolución interna del reino provocó, bajo Guillermo I, un movimiento antimusulmán o, al menos, hostil a las ventajas consentidas a los musulmanes. Para Rogerio II había compuesto Idrisi su célebre *Geografía*.[15] Pero pronto se asiste a una emigración de letrados sicilianos hacia Egipto,[16] adonde no

debieron llevar el sentimiento de un futuro favorable para los musulmanes de Sicilia, aun si éstos seguían sin ser perseguidos. Por otra parte, se asiste en este momento a una expansión de los almohades en el Magreb oriental, favorecida precisamente por la reacción musulmana a las usurpaciones normandas. Trípoli había sido recobrada para los cristianos, y es con la nueva potencia magrebina que deben tratar los italianos, quienesquiera que sean. Ignoramos cuáles fueron las consecuencias para el bando fatimita, pero es difícil pensar que no las hubo.

Sobre este fondo se dibujan los hechos económicos más precisos. Es cierto que el siglo XII, en Italia, marca el despegue del comercio de los puertos del norte, que no se suma al de los puertos del sur sino que, poco a poco, lo suplanta. Diversas circunstancias favorecen esta evolución, independientes de la política normanda o de otra. Los puertos del sur eran los más favorecidos antes para las relaciones con los musulmanes, mientras no se tratara sino de relaciones interregionales, para las cuales se buscaba disminuir la duración de las travesías, por temor a los piratas. Ahora el desarrollo comercial de Occidente y, en cierta medida, el movimiento de la cruzada daban la ventaja a los puertos italianos del norte, más próximos a las salidas continentales y que, quizá, también disponían mejor que los del sur de los recursos en madera y hierro necesarios para su comercio en Oriente. La flota italiana había reducido poco a poco los riesgos de piratería (salvo, en caso de guerra, entre los italianos mismos) y los transportes por mar eran, en general, menos caros que los transportes por tierra. Es sintomático ver a los exiliados amalfitanos de la familia de los Pantaleoni establecerse en Pisa, y a un rico mercader meridional, Solimán de Salerno, probablemente judío converso, conocido por los registros del notario genovés Scriba, instalarse definitivamente en la metrópoli ligura.[17] Desde luego, genoveses y pisanos, para llegar a Oriente, pasaban por el estrecho de Mesina; son, en adelante, los que garantizan las relaciones orientales de la misma Italia meridional. Pronto el famoso viajero musul-

mán de España, Ibn Djubayr, hará la travesía de Mesina a Alejandría en un barco genovés.[18]

Hemos visto que el primer testimonio del comercio genovés en Egipto (si se exceptúa el episodio de los genoveses encarcelados a principios de siglo) se encuentra en la colección de modelos epistolares de 1135, donde ese comercio se considera normal. Poseemos también, de una fecha indeterminada, en el dorso de un acta del notario Scriba, anterior, pues, a 1156, unas líneas en árabe, medio borradas, que hacen alusión a un acuerdo entre Génova y Egipto.[19] Estamos mejor informados acerca de Pisa, de la cual, hacia 1150, el geógrafo árabe al-Udhri y el viajero judío Benjamín de Tudela nos dicen que sus navíos en Alejandría son los más numerosos de todos.[20] Sobre este fondo general debemos estudiar los hechos cuya exposición se ha conservado en la traducción latina de un acta árabe de principios de 1154.[21]

El preámbulo de este documento y algunos pasajes indican que desde hacía algún tiempo existía, entre Pisa y Egipto, un acuerdo que, sin poner a los pisanos aún al mismo nivel que los sicilianos, había contribuido a desarrollar su comercio lo bastante como para que tuviesen ya en Alejandría su *funduq* particular. Es posible que genoveses y venecianos hayan tenido algo equivalente, pero los testimonios son más tardíos. Cabe preguntarse si el esfuerzo de Pisa en relación con Egipto coincidió con los acuerdos concluidos con los pequeños príncipes del Magreb, hacia 1130-1140. Comoquiera que sea, en 1153 el gobierno fatimita había encarcelado a mercaderes pisanos y confiscado sus bienes; el asunto tuvo tanta importancia a los ojos de las autoridades pisanas que éstas despacharon en pleno invierno, en una galera especial, un embajador provisto de poderes plenos. Los egipcios tuvieron el buen humor de responder que la sanción fue tomada en represalia porque los pisanos habían matado a pasajeros musulmanes de uno de sus navíos, del cual mujeres, niños y mercaderes habían sido capturados; después de restitución e indemnizaciones, el gobierno fatimita restableció los derechos pre-

vios de los mercaderes pisanos, con la salvedad de que sólo se aplicaban a los verdaderos comerciantes y no a aquellos que colaboraran en las operaciones antiegipcias de los francos de Oriente, alusión probable al sitio de Ascalón, sobre el cual hemos de volver. Está claro que el gobierno fatimita estaba tan ansioso como Pisa de restablecer las buenas relaciones, siempre por la misma razón: el aprovisionamiento de madera y hierro, que en el acuerdo quedaba establecido como una obligación de los pisanos. Precisión tanto más elocuente cuanto que, cuando dos años más tarde los pisanos solicitaron un privilegio del rey de Jerusalén, les quedó prohibido llevar a Egipto madera y hierro.

Hacia 1154-1155 una flota normanda asoló el delta del Nilo.[22] ¿Se quejaban los normandos de las ventajas concedidas a los pisanos? Lo ignoramos. Pero lo cierto es que en adelante, a pesar de algunos intercambios de embajadas,[23] a medio siglo de paz sucedió un periodo de tensión.

Por otra parte, el reino de Jerusalén, que durante 30 años había mantenido la paz con los fatimitas, atacó, en 1153, su último puerto en Palestina meridional. Constatamos que en el mismo periodo los italianos se preocupan por hacer que sus privilegios de principios de siglo rindan con la eficacia de la cual parecían, hasta entonces, haberse preocupado poco.[24] A esta misma época se remontan en el reino los pocos tribunales relativos al derecho marítimo, de los que volveremos a hablar.[25] Todo esto significa que el Oriente latino toma ahora, en el comercio, un lugar notable, que los italianos extienden hasta él sus actividades, o que tratan de conseguir, contra los incidentes con los musulmanes, lugares de repliegue, y sin duda el reino, a pesar de las ventajas aduanales otorgadas, encontraba ahora interés en atraerlos.

Sin embargo, alrededor de la séptima década hubo un nuevo trastorno de las relaciones internacionales, tanto en Occidente como en Oriente. En Italia se produjo otra ruptura entre imperiales y antiimperiales y, por lo tanto, también entre Pisa y los normandos. Pisa esperaba contar con un buen pedazo de la piel

del oso normando. Pero como esto resultó difícil, los pisanos, por el interés de sus comunicaciones comerciales, se reconciliaron bien o mal con los normandos. Los genoveses habían tomado una posición inversa y colaboraban con los normandos. No se ven claramente las repercusiones de estas querellas en Oriente, pero sin duda no fue casual que, en 1165, los pisanos capturaran un barco genovés que volvía de Egipto.[26] No es dudoso, en fin, que estas incertidumbres despertaran en los pisanos el deseo de una intervención más firme en Egipto.

Todo esto explica la atención creciente de los italianos por su situación en el reino. Al mismo tiempo que los pisanos liquidaban su conflicto con los fatimitas, su embajador obtenía un privilegio de Reinaldo de Antioquía, dando marcha atrás a los descuidos de la primera mitad del siglo. El mismo embajador, dos años después, obtuvo del rey Balduino III un privilegio y su mediación para una reconciliación con Amaury. No sabemos lo que opuso a los pisanos y a Amaury: quizá el tratado con Egipto de 1154, pues Amaury, señor del frente marítimo de Palestina, representaba la política de intervención contra Egipto. El privilegio de Balduino prohibía en adelante a los pisanos entregar a Egipto precisamente la madera y el hierro que el tratado de 1154 les exigía. ¿Hay relación entre estos hechos y el ataque de los egipcios a un barco pisano cerca de Tinnis en 1157? Por vaga que sea nuestra información, muestra la importancia que tenían para los pisanos sus negocios, tanto en Alejandría como en Acre, y la dificultad que sin duda tuvieron para conciliarlos. En 1167 encontraremos a los pisanos defendiendo Alejandría, al lado de Amaury, que había llegado a ser rey, contra la armada enviada por Nur al-Din, actitud compatible, esta vez, con sus relaciones concretas con los egipcios, puesto que el visir Shaqwar y Amaury son, en este momento, aliados. Según los anales de Pisa, esto sería el resultado de un nuevo privilegio que no figura, sin embargo, en la colección conservada.[27] Se puede pensar, como sugiere desde hace mucho tiempo R. S. López, que los pisanos

querían hacer en Egipto lo que los venecianos harían más tarde en Constantinopla.

Es poco verosímil que los genoveses y los venecianos, cuya presencia y actividad están testimoniadas para este periodo en Alejandría, hayan permanecido indiferentes a esos conflictos. Los textos, sin embargo, no nos dicen nada, y es posible que adoptaran una actitud prudente. Los normandos, que intentarían sin duda reiniciar sus negocios, enviaron una embajada en 1163, pero no se oirá hablar en Egipto de otra intervención que de la militar.[28]

El Estado fatimita naufragaba en la anarquía, y las facciones rivales llamaban en su auxilio, unos, a los francos, otros, a Nur al-Din, unos y otros saboreando de antemano la presa rica y fácil que Egipto representaba. Los mercaderes italianos sopesaban los riesgos de una asociación con los francos en caso de fracaso, y las ganancias en caso de éxito.

Durante ese tiempo, en el Magreb y en España, los almohades agitaban el imperio almorávide, del cual subsistía solamente en las Baleares el Estado semipirata de los Banu Ghaniya, que volveremos a encontrar. En el Magreb oriental los almohades pasaron sobre las fronteras almorávides, gracias al apoyo de las poblaciones musulmanas exasperadas —se ha dicho— por la expansión normanda. Los italianos no pudieron hacer otra cosa que tratar con la nueva potencia.

Después, en 1169-1171, se produjo un nuevo trastorno, tanto en Egipto como en Bizancio.

En el Imperio bizantino se recuerda que los venecianos ocupaban desde fines del siglo XI una posición comercial preponderante. Sin embargo, no pudieron impedir a los pisanos penetrar en él a principios del siglo XII, con ventajas menores, pero suficientes para que éstos obtuvieran ahí apreciables provechos. Los amalfitanos debían de estar incómodos por sus lazos con los normandos, enemigos de Bizancio. Aun los genoveses, que colaboraban en general con los puertos del sur, habían esperado —quizá en

parte por esta razón— antes de obtener ellos también una plaza. Sin duda, por otra parte, ponían el acento sobre el Cercano Oriente propiamente dicho. De manera general, cualquiera que haya sido para ellos el interés de los beneficios obtenidos o negociados con el comercio bizantino, se puede pensar que para los italianos, sobre todo en el sentido de las importaciones hacia Italia, era menos necesario que para el comercio musulmán (acaso contribuía al equilibrio de las cuentas: *cf. infra*). El desvío del antiguo comercio del golfo Árabe-Persa hacia el Mar Rojo, y la invasión de Asia Menor por los turcos, sin que durante mucho tiempo se desarrollara allí una organización estable, prácticamente había interrumpido el aprovisionamiento directo de productos asiáticos, por caravanas, a Constantinopla, y reducido el tráfico naval a partir de los puertos sirios, *a fortiori* cuando estos últimos quedaron integrados al Oriente latino, con la frontera interior suplementaria que lo separaba del islam. De cualquier manera los italianos, con los venecianos a la cabeza, gozaron casi de un monopolio perjudicial para los griegos, que no disponían ya de una flota —salvo la militar— más que para el tráfico local. En estas condiciones fueron resintiendo cada vez más el comportamiento de los italianos con respecto a ellos como el efecto de un desdén intolerable. Esto chocaría con la fuerte tendencia de Manuel Comneno a rodearse de latinos, como auxiliares militares o consejeros, y con su intención política de aparecer en el Cercano Oriente como jefe moral de una coalición cristiana grecolatina. Momentáneamente, sin embargo, parece que los dos dominios no interfirieron. En 1171 el populacho de Constantinopla, exasperado, atacó el barrio veneciano, lo saqueó y mató a muchos de los mercaderes, no sin aprehender también a los pisanos y genoveses vecinos.[29] No parece que Manuel se opusiera verdaderamente, y en todo caso nada se hizo durante los años siguientes para restablecer un comercio normal. Los italianos se vieron incitados a buscar una compensación en Oriente.

Durante esta época, en Egipto, Nur al-Din envió un ejército comandado por su lugarteniente kurdo Shirkuh, que expulsó a

los francos que ocupaban la región. Entre tanto, él murió, pero su lugar fue ocupado inmediatamente por su sobrino Salah al-Din (Saladino), quien oficialmente sucedió a los visires egipcios de los fatimitas. De hecho, Saladino reprimió los movimientos suscitados por los cuadros político-religiosos y militares del régimen. La superioridad técnica del ejército turcokurdo sobre el ejército árabe y negro de los fatimitas era sorprendente, pero, sobre todo, la masa de la población, que nunca se adhirió a la ideología ismaeliana oficial, y que además estaba desconcertada por los cismas en el interior de la dinastía misma, asistía ahora con indiferencia, como bien lo viera el contemporáneo Qadi al-Fadil, a la agonía del régimen. Saladino, desde luego, era sunnita y, como los kurdos en general, pertenecía a la escuela shafiíta, como los sunnitas egipcios de entonces, pero a diferencia de los turcos, que eran hanefitas. En 1171 puso fin oficialmente a la dinastía fatimita y proclamó el retorno de Egipto a la familia sunnita y a la obediencia teórica abasida. En adelante Egipto, con sus recursos, quedó integrado en el frente común de la guerra santa contra el Oriente latino; la zona neurálgica pasa de Siria del norte a Siria meridional y Palestina. El efecto pleno de estos cambios no se sintió inmediatamente, a causa de la desconfianza mutua entre Nur al-Din y Saladino y después, a la muerte del primero (1174), por el conflicto entre sus jóvenes sucesores y Saladino, quien inmediatamente se postuló como el único capaz de continuar la guerra santa, en virtud de lo cual reclamó la totalidad de la herencia tanto siria como egipcia. En 1180 la unidad estaba restaurada en su provecho y la amenaza contra los francos era, a partir de entonces, total.

Éstos no esperaron para tratar de reaccionar.

Se ha visto que muchas veces Balduino III y su hermano Amaury pensaron atacar Egipto con ayuda de Bizancio; el mismo proyecto fue renovado contra el Egipto de Saladino. Manuel Comneno tenía, se sabe, una inclinación personal prolatina y contaba con muchos latinos a su servicio. Se concebía, ingenua-

mente, como el jefe supremo —él, y no el emperador alemán o el papa— de una forma de coalición bizantino-latina contra el islam. Con el reino de Jerusalén, al que nunca le había planteado los litigios territoriales que tuvo con el principado de Antioquía, mantenía buenas relaciones, no sin un matiz protector (Amaury se había casado con su hija). Los proyectos respecto a Egipto se vieron facilitados por la conclusión de la paz con los normandos de Italia, quienes liberaron su flota. Las discordias en Jerusalén retardaron la realización de sus planes, y todo zozobró un día en Myriokephalon (véase *infra*).

X. EL COMERCIO EN EL SIGLO XII; SU ORGANIZACIÓN; LA MONEDA

Es a mediados del siglo xii cuando podemos comenzar a darnos cuenta de las modalidades del comercio de Levante. Si en Pisa las actas privadas conocidas son mucho más tardías, acerca de Venecia se posee un número muy grande para el siglo xii[1] y acerca de Génova, donde se conservaron desde el fin de ese mismo siglo numerosos registros notariales, tenemos a nuestra disposición, ya para los años 1156-1164, el de Johannes Scriba.[2] Desde luego no podemos decir en qué medida el azar de la conservación de los documentos autoriza conclusiones válidas, y para reconstruir los itinerarios genera incomodidad el sentido vago de la expresión *ultra mare*, que designa habitualmente el conjunto de los puertos del Oriente latino, pero parece, en ocasiones, más elástica. Sea lo que fuere, aparecen tres direcciones, sin hablar del comercio magrebino: Constantinopla, Alejandría y Egipto, Acre y Ultramar. Un primer problema: ¿cuál es, para cada ciudad comercial italiana, la proporción de viajes hacia esos tres destinos? Para Venecia, si hacemos la cuenta en la publicación de Morozzo y Lombardo, en el periodo anterior a 1171 encontramos Constantinopla 200 veces; Alejandría, 64 y Damieta, 7, o sea, Egipto, 71; Acre, 40; Tiro, 4, Antioquía, 4; Trípoli, 1; Jaffa, 1; Siria —sin precisión —, 4, o sea, el Oriente latino en general, 54. Resultados elocuentes: el primado de Constantinopla para Venecia que no es ya sorprendente, no es menos claro; Egipto tiene más importancia que el Oriente latino, y, en él, Acre más que los otros puertos, a pesar del establecimiento especial de Venecia en Tiro. Si hacemos la misma estadística sobre Génova, menos interesada en el Imperio bizantino, encontramos en los ochos años del registro de Scriba: Alejandría, 84; Ultramar, 47. No tenemos cifras para Pisa, pero todo lo que hemos dicho de ella indica que las proporciones serían comparables. Esto testimonia que si, para los italia-

nos, el Oriente latino no es despreciable, su principal interés, sin embargo, se centra en Egipto,[3] lo cual no puede dejar de tener consecuencias para la política general.

Si ahora tratamos de precisar la naturaleza de las mercancías transportadas en un sentido y en el otro, nuestra documentación nos pone en una situación difícil; la literatura arabemusulmana[4] y la de la Geniza[5] hablan esencialmente de madera y hierro en la importación, de alumbre y géneros diversos en la exportación. No obstante, estos productos prácticamente nunca se citan en los contratos que nos ilustran sobre los artículos importados de Italia para ser vendidos en Oriente. La venta de madera y hierro, y *a fortiori* la de armas al extranjero, estaba prohibida por la mayor parte de las legislaciones de entonces, y además por decisiones formales, para el caso de los musulmanes, de los papas y de los concilios;[6] los cargamentos tenían que hacerse subrepticiamente y los productos prohibidos se disimulaban bajo mercancías autorizadas, o quizá se hacían trampas sobre el destino declarado. A juzgar por los contratos, el principal objeto de exportación eran las telas, que servían como patrón del valor de los empréstitos a rembolsar; pero la documentación egipcia es casi muda a este respecto. Si acaso, se puede suponer que en esa época se trataba aún de telas bastas que, trabajadas y teñidas por el artesanado local, eran distribuidas al mismo tiempo que los tejidos indígenas.[7] La mayor parte de los otros productos, en los dos sentidos, eran de consumo más corriente. Por otra parte el gobierno egipcio, como todos los estados en estadio mercantilista, alentaba la importación de oro y de plata, pero reacuñaba las monedas extranjeras. Encontraremos más adelante la dificultad de saber si y cómo se establecía un equilibrio comercial y monetario. Sólo podemos decir por ahora que, en lo relativo a la madera y al hierro, así como al alumbre, eran monopolio de un organismo estatal que garantizaba la compra y el pago en condiciones satisfactorias para unos y otros.

Es difícil hacer la comparación con el Oriente latino. Tenemos, para éste, en dos capítulos de las Audiencias de Jerusalén,[8] una lista de productos importados y tasados, pero como en la época de su redacción definitiva los occidentales tenían en Acre franquicia plena sobre los artículos que llevaban, se abstienen de enumerarlos, y no se habla sino de los que traían las caravanas terrestres indígenas o, alguna vez, las pequeñas flotas de cabotaje. Las caravanas terrestres traían, entre otras cosas, las famosas especias, y también es cierto que las mismas llegaban a Egipto. Pero el *Minhadj* parece desinteresarse, sin que se vea bien la razón, en los artículos en tránsito, y es probable que, en el conjunto del comercio egipcio, éstos fueran proporcionalmente menos importantes de lo que serían más tarde y que el comercio, tanto de los egipcios como de los italianos, dependiera menos de las especias de lo que se ha creído en general.

Es posible que los occidentales hayan vendido a los fatimitas alguna otra cosa, además de madera y hierro. Ibn Tuwayr,[9] alto funcionario e historiógrafo contemporáneo de los sucesos, al describir los almacenes del palacio del califa en vísperas de la caída del régimen, cuenta que ahí se encuentran las existencias de armas que designa, de manera ambigua, como "hechas por la mano de los francos". Es poco verosímil que hubieran sido fabricadas en Egipto por los prisioneros o que se las hayan vendido los francos de Siria, quienes, por otra parte, debían recibir sus armas de Europa. Quizá se trata de armas dejadas por Amaury cuando sus expediciones a Egipto, pero él no sufrió allí una verdadera derrota y no combatió contra los fatimitas. Si se excluyen estas hipótesis, no queda sino la del comercio. Las espadas francas, se ha visto,[10] eran reputadas en Oriente por su filo, y adquiridas a precio de oro cuando se podían burlar las prohibiciones europeas de venta; el acero llamado de Damasco, famoso por su brillo, no habría de igualarlas, y los artesanos orientales fabricaban sables curvos y no espadas. Por otra parte, sabemos que los ejércitos de Saladino, sucesor de los fatimitas, tenían escudos

grandes, diferentes de los escudos ligeros tradicionales en Oriente, cuyos nombres: *tariga* (¿targa?) y *djanawiya* (¿genovesa?), sugieren una procedencia occidental.[11] Se dice que algunos contingentes francos figuraron, en la Edad Media, en ciertos ejércitos musulmanes (almohades, turcos de Asia Menor,[12] quizá también algunos en Hattin),[13] pero no se ve que puedan explicar el texto de Ibn Tuwayr.

Esto nos conduce a otro problema. Se ha admitido casi siempre que el comercio de Levante era deficitario para los occidentales, idea que reposa implícitamente en la convicción de que Oriente vendía mercancías caras, mientras que Occidente no podía proporcionarle sino artículos baratos. Recientemente, sin embargo, se han expresado algunas dudas al respecto, sobre la base de documentos diferentes de los que se han utilizado,[14] pero no parece que la cuestión haya sido discutida alguna vez en conjunto y a fondo. Subrayemos que, de cualquier manera, los italianos podían procurarse en el Magreb y en Occidente con qué contrabalancear sus pérdidas eventuales en Oriente. Pero también, sin salir de Oriente, cabe preguntarse si la balanza de las cuentas con los objetos de comercio que hemos enumerado es tan negativa como se piensa. Volveremos a encontrar el problema a propósito de la circulación monetaria y, en el siglo XII, del retorno al oro en Europa. Mientras tanto, hay que pensar que los mercaderes no habrían mantenido ni desarrollado su comercio en Oriente si no les hubiera sido provechoso; ciertamente podía serlo, por la reventa en Occidente de objetos comprados a menor precio en Oriente, pero Occidente ¿habría podido aceptar largo tiempo esta sangría si podía aumentar sus productos comercializables?

Podremos discutir mejor estos problemas si conocemos más la naturaleza del comercio en Constantinopla, comparado con el de otros lugares de Oriente. No figuran sin duda artículos de primera necesidad como la madera, el hierro y el alumbre. Esto no significa que los numerosos productos suntuarios, o sobre to-

do los de uso corriente que constituían lo esencial de este comercio, no ascendieran a un total considerable. Las utilidades y las pérdidas podían, sin duda, combinarse al regreso a Italia, y también hubo a menudo viajes triangulares en los que las pérdidas en una escala quedaban compensadas por los beneficios en otra; además, naturalmente, cuando los italianos servían de intermediarios entre diversos puertos sucesivos tenían un beneficio de "comisión".

Como fuese, la utilidad para todos los mercaderes de esa época, sin distinción de religión, se obtenía fundamentalmente por la diferencia entre las compras de un producto donde era barato y su reventa donde era caro. Agreguemos que en ese tiempo, como en otros, el estado de guerra era rentable si se vendían armas a los dos bandos.

Es en el comercio donde las costumbres de diversas sociedades que entran en contacto tienen el mayor número de puntos comunes o la mayor tendencia a aproximarlos. El *Minhadj* de al-Makhzumi, redactado durante el reino de Saladino a partir de una documentación esencialmente fatimita, nos permite ahora comprender mejor la información dispersa en las actas italianas que comienzan a multiplicarse en esa época. Es posible estudiar allí, en detalle, los aspectos técnicos del comercio mediterráneo, pero, para la historia general, conviene recordar ciertos rasgos.[15]

Si los principios y las orientaciones obedecen, casi en todas partes, a los mismos cuidados, cada puerto tiene, no obstante, su reglamentación correspondiente a la política de las autoridades. En general, en los puertos egipcios del Mediterráneo (Alejandría al oeste del delta, Damieta y Tinnis al este), cuando los navíos extranjeros se acercan, se hace una lista de los pasajeros y de los mercaderes, después se desembarca a éstos y se los deposita en un *funduq* (fondaco).[16] La operación esencial consiste entonces en la organización, por parte de los funcionarios del puerto, de una vasta venta a los postores, en el curso de la cual los intermediarios nativos llegan a adquirir las mercancías que transfieren des-

pués a los detallistas del interior. En efecto, los extranjeros, en esa época, no efectúan ellos mismos más que excepcionalmente las ventas, que su ignorancia de la lengua y de las costumbres les hacían difíciles. Tienen a veces derecho a ir a El Cairo e inspeccionar en el delta las cosechas, por ejemplo la del lino que pueden desear comprar. Naturalmente se trata de que en conjunto sus operaciones, en los diversos puertos que tocan, estén equilibradas, pero la política de los gobiernos, ante todo preocupados de asegurar el aprovisionamiento del interior, en gran medida para la aristocracia, tiende a favorecer la importación, más que la exportación.

Es en el curso de las ventas a los postores cuando la administración establece y percibe los derechos a pagar por los mercaderes extranjeros; estos derechos varían según la nacionalidad de los comerciantes y la naturaleza de las mercancías; por ejemplo, se reducen marcadamente para los metales preciosos acuñables. El principio básico casi en todas partes (también en el océano Índico) parece ser la deducción de un diezmo, pero se le agregan todos los servicios, lo que termina a menudo por duplicar la suma. No hay diferencia entre musulmanes y no musulmanes más que en el caso de bienes personales no comercializables. Los *funduqs* están, en esta época, manejados por la administración del territorio, pero hay la tendencia a repartirlos por nacionalidades, pues sirven también a la vida interior de las colonias de paso. Los asuntos jurídicos concernientes a los mercaderes dependen de un *wakil*, que no es forzosamente musulmán.

¿Cuál podría ser el papel del Oriente latino en esta búsqueda de equilibrio? Es difícil pensar que sus compras no hayan sobrepasado sus ventas, aunque las órdenes religiosas intentaron desarrollar la producción de artículos como el aceite, el azúcar, el vino, que podían venderse con provecho. Por lo demás, ¿de dónde podrían llegar los recursos de los que disponían los latinos? La respuesta parece simple: hayan tenido o no conciencia de ello, procedían de la piedad de los fieles de Occidente (príncipes y pa-

pas incluidos). Los envíos de fondos para socorrer a Tierra Santa son difíciles de estimar, pero fueron ciertamente abundantes: aportaciones particulares, de peregrinos u otros, pero sobre todo el producto de los bienes occidentales de las órdenes militares y de otro tipo, transportados en sus propios navíos, y muchos otros donativos confiados a los comerciantes italianos. No hay razón para sospechar que éstos hayan sido alguna vez deshonestos con esos envíos, pero se puede pensar que, mientras hacían la entrega, aprovechaban la liquidez que les proporcionaba. Así, es Occidente el que financia indirectamente, por su piedad, las empresas de los mercaderes.

La documentación de que disponemos acerca de los demás territorios es algunas veces más rica, algunas veces menos, lo cual dificulta las comparaciones. Sería particularmente interesante saber si el Oriente latino se adaptó —y cómo— a los usos preexistentes, o si innovó en la materia. Pero el Arancel de Acre, que se conservó en las Audiencias de los Burgueses, data de un periodo en el que en todas partes se había producido una evolución, y de lo cual hablaremos más adelante.

Sin embargo, como ya se sugirió, el interés del reino de Jerusalén por el derecho marítimo se remonta a nuestro periodo.[17] Como su comercio era hasta entonces menos importante, dejaba que los mercaderes italianos reglamentaran entre ellos los negocios, o que lo hicieran los pequeños tribunales de la Fonda *(Funduq)* y de la Cadena (que cerraba el puerto de Acre), cuyos orígenes son oscuros[18] y que, como sin duda abarcaban también a los nativos, debían ser consuetudinarios, sin intervención de un derecho nuevo. Ahora, al contrario, encontramos diversas audiencias, de las cuales dos son con certeza de Amaury I, y algunas otras del mismo periodo. Las dos audiencias de Amaury se ocupan de un tema tratado en muchos de los privilegios en favor de los italianos, el de los naufragios en las "aguas territoriales": era una costumbre muy generalizada que, salvo acuerdo en contrario, los bienes de un barco naufragado se consideraran botín

del Estado ribereño; las audiencias garantizaron, en lo sucesivo, que los recuperaran los sobrevivientes o los herederos de los difuntos. Otras audiencias tratan de los sacerdotes en viajes por mar. Si bien los navíos son italianos, recordemos que los pasajeros pueden ser nativos.

En Egipto, paraíso del estatismo, un organismo especial, el *matdjar*, se ocupaba de los artículos como la madera y el hierro, cuya compra monopolizaba el Estado a precios convenidos, sin intervención del mercado libre. Pero parece que los puertos de otros países musulmanes se mostraron más o menos reacios a una institución de este género; y no encontramos información en lo que concierne al reino de Jerusalén.

Tanto en tierra como en el mar, los mercaderes evitaban circular aisladamente, y organizaban convoyes marítimos y caravanas. Los occidentales, en los puertos del Oriente latino, tenían sus *funduq* por nacionalidad; vemos menos claramente si era así en Egipto, donde, en todo caso, no estaban dotados de autonomía. En Egipto la redistribución interior estaba prácticamente reservada a los nativos; la cosa parece menos clara en Bizancio y en el Oriente latino.

Se ha visto que a principios de siglo había todavía algunos nexos marítimos para los navíos musulmanes entre Egipto y el Magreb, esto es, la Italia normanda.[19] Parece que en el curso del siglo XII los italianos conquistaron también la exclusividad de estos nexos entre Oriente y el Occidente musulmán. Habremos de discutir cómo sirvió esto a su equilibrio monetario. Por el momento, evitemos un error: el episodio de 1153, visto precedentemente, muestra que en los navíos italianos tomaban pasaje los orientales, incluso los musulmanes, y sabemos que también se los encontraba en las calles de Pisa.[20] En 1183 el piadoso Ibn Djubayr, a pesar de sus propias exhortaciones, hizo en un navío genovés la parte mediterránea de su peregrinación.[21] Naturalmente los europeos no siempre podían penetrar en el Mar Rojo.

En la misma época se encuentran mercaderes magrebinos musulmanes en Oriente, como lo demuestran esos dos opulentos comerciantes que Ibn Djubayr encontró en Damasco, quienes empleaban las utilidades de sus negocios para el rescate de sus compatriotas occidentales prisioneros de guerra de los francos.[22] Merecen que nos detengamos aquí por un instante. Ibn Djubayr nos da su nombre de manera demasiado incompleta para ilustrarnos. En la conquista fatimita de Egipto y de Siria debieron participar tanto musulmanes como judíos y amalfitanos, pero pocos testimonios nos permiten seguirlos en Siria. Es posible que algunos hayan acompañado en Damasco a las tropas magrebinas y sabemos que en esta ciudad existía aún, en el siglo XII, una biblioteca magrebina.[23] Sin embargo, sería anormal que todavía, después de dos siglos, se hiciera mención en su nombre del lejano origen de sus antepasados, y parece más simple admitir que se trata de mercaderes recientemente llegados a buscar en Oriente una compensación a la decadencia de sus negocios en África del Norte (véase antes el caso de los judíos).[24] Desde luego, la presencia de los francos en la costa no facilitaba la penetración en el interior, pero tampoco la impedía. Algunos podían también llegar de Egipto, y aun de Asia Menor, si la tensión entre fatimitas y ziridas, y después entre ayúbidas y almohades, desalentaba su paso por El Cairo.[25] En cuanto a los prisioneros magrebinos de Oriente, probablemente ya no se trata de los descendientes de los bereberes conquistadores integrados a la población, quienes no hubieran tenido ya necesidad de benefactores particulares. Es también poco verosímil que pudiera tratarse de voluntarios de la guerra santa, quienes carecían de ocasiones de combatir a los francos en Occidente. Se trata pues probablemente de algunos mercaderes y sobre todo de peregrinos de La Meca sorprendidos en el curso de sus viajes.

Se ha visto que desde el siglo XI los musulmanes de Occidente se veían obligados en ocasiones a presentarse en Oriente para pedir barcos francos. En la primera mitad del siglo XII subsistían al-

gunos elementos de las flotas musulmanas, sobre todo, sin duda, a lo largo de las costas africanas. También hacia el fin del siglo se verá, por ejemplo, que los "asesinos" poseen una nave de cabotaje.[26] Saladino, y otros después de él, construirán, al menos durante un tiempo, flotas militares, como lo hará, por su lado, Bizancio.[27] Pero a mediados del siglo, si bien los pasajeros musulmanes embarcan en navíos de comercio, estos barcos son, en adelante, exclusivamente italianos.[28]

Se ha planteado cuáles pudieron ser las causas de la casi desaparición de la marina musulmana, y se la ha atribuido, en particular, a la dificultad creciente del aprovechamiento de madera para construcción naval.[29] Este fenómeno es innegable, pero hemos visto que los italianos mismos llevaban a los Estados musulmanes mucha de la madera que les faltaba, y que de cualquier manera era suficiente para la marina de guerra. La decadencia es, por otra parte, menos rápida en el Mediterráneo occidental, España, las Baleares, etc. Por otra parte, se constata el mismo decaimiento en el Imperio bizantino que, sin embargo, no carece de madera. Esta decadencia pudo, entonces, haber sido acentuada por las disensiones entre Egipto y el Magreb, y en el Magreb mismo. La flota sicilio-normanda misma decrecerá, al menos la flota mercantil. Sobre el plano local de las relaciones marítimas entre Siria y Egipto, la iniciativa siempre había pertenecido a los sirios, que ahora son suplantados por los italianos. Todo esto indica que la causa principal de la desaparición de la flota musulmana reside en el empuje de las flotas italianas del norte. También las relaciones entre los Estados musulmanes quedan aseguradas, en adelante, por el comercio a comisión de los italianos, quienes van a encontrar así, haciéndose pagar sus servicios, y gracias a las diferentes condiciones del comercio en los diversos países, el medio de equilibrar las pérdidas de un lugar con los beneficios de otro, y de obtener un balance adecuado. Lo mismo ocurría con el Imperio bizantino, cuyas flotas y tripulaciones se

reclutaban tradicionalmente en la Anatolia costera, desorganizada ahora por la proximidad de los turcomanos.

Con frecuencia sorprende y aun escandaliza que los mercaderes cristianos, en pleno periodo de las cruzadas, hayan llegado con el "infiel" a eso que los juristas y los canonistas han llamado *impium foedus*.[30] A decir verdad, los términos del problema deben invertirse. Ni del lado cristiano ni del lado musulmán se tenía de la guerra política o de la confesional una idea tan integral como en nuestros días. El comercio y la circulación de las mercancías eran cosas casi sagradas. El crimen mayor era dañarlas, y en territorio musulmán la incapacidad de garantizar la seguridad de las rutas era la condenación de un mal príncipe. La guerra nada debía cambiar.[31] Ésta planteaba un problema en el sentido de que algunos podían ser un día mercaderes y otro día soldados, y que algunos mercaderes podían ser al mismo tiempo espías; esto requería precauciones, pero no alteraba el principio. No se ve, pues, que para la mentalidad de la época los pisanos, por ejemplo, hicieran algo extraordinario al solicitar privilegios del gobierno egipcio en el momento mismo en el que sus hermanos lo combatían. En el islam, Ghazali había enseñado, en nombre del provecho de la comunidad, que estaba totalmente permitido ampliar las reglas primitivas del derecho musulmán en beneficio de los extranjeros, si había provecho en ello. Había, quizá, límites que no se rebasaban, y hemos visto que los Estados y la Iglesia se esforzaban por prohibir la venta de armas y de productos estratégicos al enemigo; la repetición misma de tales medidas testimonia su poca eficacia. Por otro lado, el arresto, en el momento de una cruzada, de los mercaderes que se encontraban en Alejandría no impidió nunca su retorno después de acabada la cruzada.

La historia de la circulación monetaria en el Cercano Oriente y en el Mediterráneo en la época de las cruzadas, y del lugar que en ella cupo al Oriente latino, está aún muy mal desentrañada, y es imposible verla con claridad sin un panorama de conjunto que englobe a todas las regiones en contacto.

En general, en la alta Edad Media los países musulmanes y bizantinos del Mediterráneo, sin ignorar la plata, vivían esencialmente sobre la base de una moneda de oro. Europa, en cambio, comprendida la España musulmana antes del siglo x, no conoció más monedas de cuño nativo que las de plata. Casi lo mismo ocurre en las regiones orientales del mundo musulmán, Irán y Asia Central. Bagdad, capital del califato, representa la zona de contacto entre las dos regiones. No hay bimetalismo de principio, puesto que el curso respectivo de los dos metales está estrictamente reglamentado, pero las transacciones se hacen principalmente aquí en uno, allí en otro.[32] Los planteamientos tradicionales que descansan sobre todo en el examen de las colecciones numismáticas nos presentan bruscamente un cambio de coyuntura a partir del año 1000.[33] La plata se vuelve escasa en todas partes, al punto de que hacia el fin del siglo xi desaparece por entero en ciertas regiones, al menos en lo que respecta a los mundos musulmán y bizantino.[34] El oro incluye a Italia meridional, que formó parte de los dos imperios, y que conservó bajo los normandos su régimen monetario precedente, único caso, pues, en la Europa cristiana, de moneda de oro. Hay en este cuadro una parte de verdad, y por ejemplo sabemos con certeza que en Bagdad, a principios del siglo xiii, por no encontrarse monedas de plata, los pagos de mediana importancia se efectuaban con recortes de oro.[35] Sin embargo, este panorama es muy vasto y la interpretación muy discutible. No se repetirá nunca suficientemente que las colecciones de monedas, tal como han sido constituidas de manera tradicional, dan una imagen irreal de la circulación efectiva. Sólo los textos tienen valor a este respecto. Así, los textos nos enseñan que la plata continúa utilizándose en la mayor parte de las regiones, aunque con cursos variables y en general en forma de monedas de aleación.[36] Esto es particularmente cierto en Egipto, quizá a causa de sus relaciones mercantiles con Europa. Por otra parte, un estudio preciso muestra que no hay ningún tipo de devaluación de la plata, pues la fabricación de aleaciones

respondía a las necesidades de la comodidad. Cierta insuficiencia de la plata parece explicarse, no por una escasez del metal, sino por un aumento de la demanda para las transacciones medianas, aumento ligado a la evolución de las condiciones de vida y de las relaciones exteriores.[37] Sea lo que fuere, en Egipto, a fines del siglo XI y en los tres primeros cuartos del siglo XII, la vida se organiza en torno a una moneda de oro y una moneda mixta de plata, llamada *waraq*, con 30% de oro y 70% de cobre,[38] 40 dirhams por un dinar fatimita de alrededor de 13.5 gramos. No obstante, en Siria, en el siglo XI, se continúa la acuñación de los dirhams de plata para *nuqra*.

Después de estas indicaciones muy generales, nos encontramos ante una situación extraña en lo que concierne al Cercano Oriente asiático en la época de las cruzadas. Hagamos provisionalmente de lado al Oriente latino: ninguno de los Estados musulmanes, ya se trate de los del mundo tradicional árabe o de la Anatolia turca, acuña ya monedas de oro ni de plata (quizá haya en Siria monedas de baja ley de plata).[39] Se contentaron con monedas de cobre que falta agregar a nuestras colecciones numismáticas. Se trate de monedas de tipo tradicional o, como en Anatolia y también en los estados de Siria y Mesopotamia septentrionales, de monedas con imágenes de influencia turca o bizantina, el problema, económicamente, es el mismo. El cobre había servido en el pasado para las transacciones menudas, sin que se hubiera experimentado entre tanto la necesidad de garantizar su valor legal, pero ahora obedece a ciertos reglamentos. En el caso de Nur al-Din, de quien también los textos establecen que no le faltaban recursos, y habría podido, de considerarlo conveniente, tener su moneda de oro, si no de plata, la explicación debe buscarse en otra parte, y no en los pequeños Estados. La acuñación de oro habría podido perturbar los hábitos de los mercados locales y probablemente el piadoso soberano fingía considerar la acuñación de oro como monopolio del califato, si no del sultanato selyúcida.[40] Pero estas explicaciones no pueden funcionar para la

plata, cuya ausencia raya en la paradoja, puesto que se está en la vecindad del Oriente latino, donde los cruzados y sus sucesores no pudieron llevar sino monedas de plata.[41]

Tal es el medio en el que se halla el Oriente latino. Desde luego circulan en abundancia los pequeños denarios de plata, en general de baja ley, que llegan de Europa. Los numismáticos también han recalcado, desde hace mucho tiempo, la existencia de monedas de imitación árabe, al menos en ciertos momentos.[42] ¿Se trata de una simple curiosidad?; ¿de monedas acuñadas para la comodidad de los indígenas? Sea lo que fuere, lo esencial es la acuñación de monedas de oro permanentes (con inscripción latina), que los francos, habiendo conocido primero la moneda bizantina, llamaron besante sarraceno, más que dinar, término que había causado confusión con el denario. Si no hay que exagerar la cantidad de estos besantes francos, no hay que subestimarla, puesto que se los encontrará circulando en los mercados de la Siria musulmana junto a las monedas árabes. En estas condiciones, cabe preguntarse de dónde llegaba el oro. No se ve claro por qué razón política o económica habría llegado de Europa ni de los países asiáticos, que no tenían qué comprarle a los francos. Habrá que volverse a otra parte, y considerar un circuito más complejo. Desde el fin del siglo XI el oro del Sudán, cuyo papel internacional estuvo antes limitado, fue llevado masivamente al Magreb, a España y, en forma indirecta, al Occidente cristiano, por los almorávides, de quienes los almohades, en este renglón, tomaron el relevo, en el siglo XII.[43] No cabe duda de que los mercaderes italianos adquirían así, por ventas excedentarias, el oro que Europa no podía proporcionarles, y que en adelante habían de reutilizar en Oriente, ya fuera para sus compras o para la transferencia de los donativos píos de los fieles europeos. Al menos, respecto al Oriente latino, no se ve otra explicación. Por razón de las relaciones económicas privilegiadas con la Italia normanda, parece que, al menos al principio, los francos de Jerusalén definieron la ley de su moneda de oro (alrededor de dos tercios de oro)

sobre la moneda de esa región.[44] Desde un punto de vista europeo, el Oriente latino y la Italia normanda, uno y otra en contacto con el islam, son los dos únicos territorios que acuñan oro. Desde el punto de vista musulmán, el besante o dinar franco es perfectamente acogido. No se trata —no importa lo que se haya dicho—[45] de una moneda devaluada, destinada a combatir al dinar musulmán. Como las otras monedas que circulaban entonces en el Cercano Oriente, tiene una tasa de cambio oficial, los precios son calculados en consecuencia, y no hay allí intervención alguna de la ley de Gresham.[46]

Para discutir las relaciones entre monedas debemos tener forzosamente en mente una diferencia fundamental entre la Edad Media y el mundo moderno. En este último se pueden cambiar monedas extranjeras, pero no circulan sino las monedas de un sistema nacional único. En la Edad Media podían circular simultáneamente las monedas "legales" del momento y otras (musulmanas hasta el siglo XIV), de Estados y épocas diversas, que tenían curso oficial o libre. Ciertamente unas podían resultar más cómodas que otras, pero no era el caso de hacer pasar unas por otras. La ley de Gresham ("la mala moneda persigue a la buena") no influía entonces en nada.

XI. SALADINO

Salah al-din (Saladino)[1] es, de todas las personalidades musulmanas del tiempo de las cruzadas, la más popular: porque su política tiene una amplitud que no conoció la de Nur al-Din; porque ésta finalizó en la reconquista de Jerusalén, en el desmantelamiento del Oriente latino y en la resistencia a los soberanos unidos de la tercera cruzada; porque tuvo la ocasión —y sin duda el arte— de encontrar para celebrarlo grandes historiadores que cantaran sus loas;[2] porque a Occidente mismo los cruzados llevaron su imagen, la que lo convertiría progresivamente en un héroe de novela originario del Occidente cristiano; en fin, acaso, más oscuramente, entre ciertos modernos, porque era kurdo y no turco. Por todas estas razones se lo ha querido erigir frente a Nur al-Din como la encarnación de un ideal de combate por la fe, opuesto al turco para quien la guerra santa no habría sido sino el pretexto de servir a una ambición.[3] A decir verdad, al historiador esta querella le parece vana: las motivaciones mentales no tienen límites tan precisos, y los dos soberanos practicaron en los hechos una política en la que la reunificación por la fe ayudó al fortalecimiento político, y éste al desenvolvimiento de la guerra santa.

La política de Saladino continúa, pues, en condiciones renovadas, la de su antiguo maestro. Recordemos, por otra parte, que Nur al-Din utilizó contingentes kurdos al lado de sus turcos; Saladino, junto a sus kurdos, empleaba tropas turcas. Siguieron la misma política en el plano interior; en Siria hubo un desarrollo de las instituciones ortodoxas, quizá con una suavización en el trato a los shiítas, contra los cuales Nur al-Din había ya ganado la partida; los descendientes de las grandes familias no shiítas de Alepo pasaron en adelante al sunnismo. Fue, no obstante, bajo el reinado de Saladino cuando su hijo, regente de Alepo, hizo ejecutar allí al místico iranio Suhrawardi.[4] En Egipto la situación era más delicada. Como dijimos, la población había

sido extraña al ismaelismo fatimita, y al régimen de los conquistadores no le costó mucho trabajo hacer desaparecer u olvidar los testimonios de la doctrina honnia. A pesar de todo, el pueblo egipcio había vivido separado de la vecina Asia; también resintió la nueva dominación como extranjera y a los nuevos amos les costó bastante trabajo lograr su cooperación a fin de introducir sus costumbres e instituciones familiares. Opuestos a la influencia que tuvieron los armenios, ellos los excluyeron, en un sentido en beneficio de los coptos, pero no sin sentir desconfianza y celos respecto a estos cristianos que no tenían su equivalente en Oriente.[5]

En adelante el centro de todo es la guerra, cualquiera que sea su precio, que se resarcirá por los éxitos futuros. Más precisamente, el objetivo indicado ya por Nur al-Din[6] es la reconquista de Jerusalén, la que parecía verse facilitada por la enfermedad del joven rey leproso Balduino IV y las querellas en torno de la regencia y de la sucesión. La propaganda se desenvuelve en derredor de este tema, y no es por casualidad que aparecen entonces muchos tratados de *djihad*.[7] Cierto, hacía mucho tiempo que se habían sentado las bases para ello, y no fueron los periodos de desinterés los que pudieron haberlas renovado.[8] Sobre un punto, sin embargo, se responde a la propaganda franca: la importancia atribuida por ésta a la Ciudad Santa del cristianismo despertó la atención de los musulmanes sobre el hecho de que, si bien no estaba para los musulmanes mismos a la altura de La Meca ni de Medina, no era tampoco una ciudad indiferente, sino aquella a la que el profeta fue transportado una noche, aquella en la cual el califa Omar puso la primera piedra de su mezquita, etc. Su reconquista puede, entonces, inflamar los corazones, y no es en vano que se ve desarrollarse, en el caso de Jerusalén (en árabe *Quds*: bendita), la literatura de los *fada'il*.[9]

Eso le correspondió a Saladino, en el mismo periodo en que se compuso el inapreciable tratado de armería de Mardi al-Tarsussi, generador de toda una estirpe de tratados militares.[10] De esta

época datan también las actividades del peregrino-espía Alí al-Harawi.[11] A este periodo se remontan también, quizá, las últimas versiones de los romances épicos que recuerdan a los musulmanes sus éxitos en la guerra contra los bizantinos y la gloria de las primeras conquistas.[12] En los países musulmanes tradicionales el despertar de la idea de guerra santa esfuma, tal vez, la separación moral entre el pueblo y el ejército.

La guerra entre cristianos y musulmanes se desarrolla tanto en el mar como en la tierra. Saladino fue, durante mucho tiempo, el último príncipe musulmán de Oriente que intentó reconstituir una flota de guerra.[13]

Por fundamental que fuera para Saladino la guerra santa, estuvo ligada a otras preocupaciones que distraían a los miembros de su numerosa y ambiciosa familia. Fuera de Egipto y de Siria, intervino en tres direcciones. A decir verdad, no se ve claramente a qué correspondió el envío hacia el Magreb oriental de Qaraqush,[14] mameluco de uno de sus hermanos, a la cabeza de una tropa de oghuz, nombre bajo el cual los autores egipcios y magrebinos designan confusamente, parece, a los recién llegados turcos y turcomanos. Esta expedición ¿había estado motivada por el deseo de deshacerse de elementos inquietos? ¿En qué medida respondía a un llamado de los Banu Ghaniya para combatir contra los almohades? La empresa finalmente fracasó, no sin haber creado un clima de hostilidad entre Saladino y los almohades, a los cuales no se sabe si tenía razones de oponerse, y con quienes más tarde habría de intentar unirse contra los francos de la tercera cruzada.[15]

Se aprecian mejor las razones de sus otras dos intervenciones, en Djazira y en el Yemen. Se ha dicho en ocasiones, en lo referente a este último, sobre todo, que Saladino trató de prepararse un refugio para el caso de que Egipto se le escapara. Más simplemente, quería colocar a sus hermanos y a sus sobrinos. Pero otros intereses estaban en juego: clavándose como una cuña hasta el lago Van, entre los selyúcidas de Asia Menor y los zénghi-

das de Mesopotamia, con sus aliados artúkidas y otros, los ayúbidas —éste es el nombre de la familia de Saladino, hijo de Ayyub —, además de que tomaban sus precauciones contra las posibles coaliciones, alcanzaron el territorio parcialmente kurdo en el que se llevaba a cabo una parte de su reclutamiento militar.

Más complejos eran los intereses en el Yemen, que albergaba los residuos de sectas diversas. El poder ahí había pertenecido a los sulayhidas quienes, a pesar de las escisiones,[16] seguían siendo ismaelitas dispuestos a acoger a los refugiados fatimitas que planeaban su revancha. Esta oposición no podía sino ser perjudicial para las relaciones mercantiles de Egipto en el océano Índico. Se decidió, pues, la conquista del país, y se le confió a un sobrino de Saladino. El particularismo yemenita impidió mantener mucho tiempo la dominación ayúbida directa; pero la unidad confesional[17] del poder yemenita y Egipto y las relaciones comerciales quedaron restablecidas por tres siglos. Algunos años después de la conquista un cronista[18] señala la llegada a El Cairo de los *karimis*.[19] ¿Fue esto un retorno a una situación de los tiempos fatimitas o su primera aparición? Fue, en todo caso, un hecho importante, y desde entonces asistiremos a una influencia creciente de estos mercaderes tanto en Egipto como en el Yemen.

Para el comercio mediterráneo pudo esperarse que el clima de guerra santa perjudicara la continuación o la reiniciación de las relaciones mercantiles con Occidente; en realidad, las necesidades mismas de la guerra santa podían operar en sentido inverso. Para Saladino la madera para su flota, el hierro y las armas mismas eran aún más indispensables que para sus predecesores. No podía obtenerlas de los italianos sino concediéndoles privilegios tanto más sustanciosos cuanto más insistentemente se prohibía ese comercio en Occidente.[20] Si acaso, se tomó la precaución de limitar a Alejandría la presencia de los mercaderes extranjeros en Egipto, sin permitirles adentrarse en el país ni en El Cairo.[21] A este precio se reanudan los aprovisionamientos tradicionales y se conoce la carta de Saladino al califa en la cual él se ufana de obte-

ner de los cristianos las armas con las que combatía a sus hermanos.[22] Y él mismo, para poder entregar a esos cristianos el alumbre convenido, intervenía contra los beduinos que comprometían la provisión que llegaba del Kawar en el Sudán.[23] Del lado italiano, se ha visto ya que los escrúpulos religiosos se desvanecían gustosamente ante los intereses del comercio. Y la tentación era tanto más fuerte puesto que los acontecimientos de Constantinopla acababan de golpear duramente los intereses italianos en Bizancio y porque —la estadística de los contratos conservados lo muestra—[24] era necesaria una compensación que se podía buscar un poco en el Oriente latino, pero sobre todo, naturalmente, en Egipto.

Desde luego, al principio, las tomas de posición de unos y otros en los conflictos políticos interfirieron en los arreglos económicos. Un episodio interesante, en 1174, nos hace conocer bien la realidad. Ese año un navío pisano interceptó en el Mediterráneo oriental a un barco genovés que transportaba alumbre perteneciente al hermano de Saladino, al-Adil.[25] Vemos así que el comercio continuaba, y que la familia ayúbida, como la fatimita de la carta de Rogerio II, sabía combinar muy bien sus negocios privados con los intereses públicos. Vemos también que las relaciones de los ayúbidas eran buenas con los genoveses, enemigos de los pisanos, y más adelante tendremos ocasión de constatar los vínculos duraderos entre genoveses y ayúbidas. Esto no quiere decir que los pisanos, una vez comprobado el carácter irreversible de los sucesos de Egipto, no hayan tratado de hacer su paz con los nuevos poderes. La cosa era, en principio, delicada, puesto que ellos habían ayudado a los fatimitas y a los francos, entonces aliados, contra Saladino. Se llega a la paz, sin embargo (1177),[26] y los contratos venecianos prueban, sin que conozcamos el detalle, que lo mismo ocurrió con Venecia. Sin duda no fue casual que Makhzumi, entre los ejemplos que da de comerciantes extranjeros en Egipto, cite a los genoveses y a los

venecianos, y no a los pisanos; pero esta situación no duró mucho.

La organización misma de los negocios podría contribuir a atraer a los cristianos de Egipto hacia la política de Saladino. En términos generales, los mercaderes italianos, de acuerdo con la administración local, subastaban sus mercancías en el puerto mismo de desembarco; fue sobre todo para sus compras que se les dio cierta libertad de circulación. La distribución de las mercancías era, pues, tarea de los nativos, y la realizaban sobre todo los coptos cristianos, a quienes las restricciones dictadas por Saladino sobre la circulación de extranjeros no podían sino aprovechar. Por su parte, los judíos, a los que hacia esta época los musulmanes parecen haber rechazado del océano Índico,[27] obtuvieron de Saladino el derecho a participar, en pie de igualdad con los coptos, en las operaciones de redistribución en los mercados de ganado.[28] Veremos que sus relaciones con Saladino serían tan buenas como lo fueron con los fatimitas.

En cuanto a los normandos, no aparecen más que en sus flotas por momentos, en las costas de Egipto y luego en las de Siria. No es ya cuestión de comercio, sino de mayor prestigio, ante los demás, como defensores del Oriente latino.[29] Si la muerte no hubiese impedido a Guillermo II, y después a su sucesor Enrique VI, participar en la cruzada, hubieran podido marcar claramente la continuidad de la política normanda hasta Federico II.

Por el momento se había presentado otro defensor del Oriente latino, en la persona de Manuel Comneno. Era claro, en adelante, que las operaciones principales contra los musulmanes debían estar dirigidas hacia Egipto. La ruptura con los mercaderes italianos no había comprometido las buenas relaciones con los otros latinos del imperio ni con el reino de Jerusalén, que requería una flota para atacar Egipto, y se comprende fácilmente que era difícil pedírsela a los italianos, quienes, además, tenían pocos navíos de guerra. Manuel ofreció la suya.[30] Pero, como se vio, todo zozobró en un día en Myriokephalon (1176);[31] y después

de la muerte de Manuel, la política general antilatina de sus sucesores impidió que se reconsideraran proyectos parecidos.

¿Qué había pasado? Qilidj-Arslan se había prestado a la política de distensión con Bizancio, porque tenía que vigilar, sobre sus confines meridionales, el poder creciente de Nur al-Din, quien sostenía contra él a los últimos danishmenditas. Pero en 1174 murió Nur al-Din, y sus Estados se desmembraron (esperando ser conquistados y reunificados por Saladino). Desde entonces Qilidj-Arslan no fue ya considerado peligroso. Manuel Comneno prefirió tomar la delantera: con importantes tropas invadió el territorio selyúcida; pero en el desfiladero de Myriokephalon se dejó sorprender y su ejército fue aniquilado (1176). Aunque el sultán turco no abusó de su victoria, las consecuencias para Bizancio fueron graves. Por un lado, el desastre significó la renuncia a toda esperanza de reconquistar Anatolia, cuya unificación completó Qilidj-Arslan en su provecho; los turcomanos irían muy pronto también a alcanzar el mar frente a Rodas, rompiendo la continuidad de la costa que tuviera hasta entonces Bizancio.[32] Esta situación y la pérdida de prestigio del emperador favorecieron las tendencias autonomistas de los armenios de Cilicia,[33] y devolvieron su plena independencia al principado de Antioquía.[34] Además, representaron el toque de difuntos de toda la política de Manuel con el reino de Jerusalén, en beneficio de Saladino. Esto permitió también que, en Constantinopla, el partido antilatino levantara cabeza: después de la muerte de Manuel, su hermano y sucesor Andrónico mató o dejó matar a los latinos de la capital (1182).

Esta política continuará después de 1185, bajo la nueva dinastía de los Ángel. No impidió una cierta reanudación del comercio con Italia, pero en condiciones mucho más precarias que en 1171; y las familias de los muertos no se sentían inclinadas a perdonar. El cambio es visible también en la política exterior. Ya no se trataba de reiniciar los vastos proyectos de Manuel, pero había algo más. Saladino comprendió que podía convertir a los empe-

radores antilatinos en aliados para impedir el eventual envío de recursos de los occidentales a sus hermanos de Oriente. Una dificultad, no obstante, consistió en el hecho de que la isla de Chipre estaba en manos de un rebelde bizantino, y aunque no sepamos casi nada de la historia de la gran isla en el siglo XII, es evidente que lo que sucedía allí no podía dejar indiferentes ni a los francos ni a Saladino. Éste encontró medio de entablar buenas relaciones simultáneamente con los Ángel y con el rebelde de Chipre.[35] Pero se tiene también la impresión de que Chipre conoció entonces un principio de penetración de los francos o, al menos, de los templarios.[36]

Fue en la época de Saladino cuando se produjo, del lado franco, la expedición del Mar Rojo, que tanto impacto ha causado, organizada por Reinaldo de Chatillon, ahora señor de Karak en Transjordania, en dirección de los lugares santos del islam. En ocasiones se ha querido ver en ella un deseo de disputar a los egipcios y a los yemenitas el monopolio del comercio en el Mar Rojo. Esto es ir muy lejos. De Reinaldo, que había comenzado su carrera en Oriente con una incursión de saqueo contra los chipriotas, que nada le habían hecho, no se puede esperar sino una nueva empresa más temeraria de pillaje,[37] que terminó con la ejecución de todos los participantes; más tarde, cuando Reinaldo cayó en poder de Saladino, éste lo mató con sus propias manos. Fue también en este periodo, el de su gran maestro Sinan, cuando los "asesinos" intervinieron vigorosamente en las luchas de partidos, tanto del lado franco como del lado musulmán (atentado contra Saladino, muerte de Conrado de Montferrat, etcétera).[38]

En este contexto se produjo, en el otoño de 1187, la batalla de Hattin,[39] triunfo para Saladino, derrota para los francos. Le permitió a Saladino ocupar Jerusalén y, aprovechando el desorden de los francos divididos y debilitados, tomar en algunas semanas la mayor parte de sus grandes fortalezas del interior y también los puertos, rompiendo así la continuidad de sus líneas costeras.

No cabe duda de que los desacuerdos en el interior del campo franco contribuyeron al desastre e incrementaron sus consecuencias.[40] La historia del siglo siguiente mostrará que los francos fueron capaces de seguir resistiendo sobre el litoral y de desplegar en él todavía una gran actividad. Pero con toda seguridad la proporción de las fuerzas les hacía imposible, en adelante, conservar el reino y los otros principados en las mismas condiciones que antes. Por el momento Saladino repobló Jerusalén admitiendo en ella tanto a cristianos de rito griego como judíos.[41]

A los soberanos musulmanes les resultaba difícil no responder mediante calurosas felicitaciones a los comunicados de victoria que Saladino les dirigió, y el califa no fue la excepción. Es fácil, sin embargo, leer entre líneas que el crecimiento de poder y de prestigio que su éxito valió a Saladino les satisfizo sólo a medias.[42] Los francos de Oriente eran informados por los peregrinos y los mercaderes sobre lo que pasaba en Occidente. Tomaron así, poco a poco, conciencia de que los socorros debían ser solicitados en adelante, no ya a los grandes feudatarios, sino a los monarcas: el emperador, ahora Federico Barbarroja, el rey de Francia[43] y, aunque no se le hubiera visto todavía en 1148, el rey de Inglaterra. A los papas también pero, excepto Alejandro III, la suerte quiso que se tratara con pontífices de poco relieve y que, electos siendo ancianos, duraran poco; ellos, por otra parte, estaban aún dispuestos a dejar la iniciativa y la conducción de las operaciones a los soberanos, y demasiado ocupados con la política italiana para preocuparse verdaderamente del Oriente latino, a pesar del lejano recuerdo de Urbano II. Sólo Inocencio III, a finales del siglo, habría de tener otra actitud.

No vemos que los reyes de Francia ni de Inglaterra, aunque enviaron ciertos subsidios a Oriente, tuvieran alguna política hacia Bizancio ni hacia los príncipes musulmanes. Fue sin duda un poco diferente con Federico Barbarroja, quien encontró a Bizancio en su camino. Envió a Qilidj-Arslan II, el selyúcida de Asia Menor, y a Saladino, embajadas cuyo objeto, desgraciadamente,

ignoramos.[44] Sabemos que al final de su reinado se preparaba para recuperar, para su hijo Enrique, la herencia de los normandos en Sicilia, poniendo así fin a una larga querella; esto no lo acercaba a Bizancio, como lo mostró la tercera cruzada. Fue mal recibido en Constantinopla, y si no lo fue mejor en Asia Menor, no se debió esto a Qilidj-Arslan, sino a las rencillas que habían surgido entre el anciano sultán y uno de sus hijos, apoyado por los turcomanos.[45] Qilidj-Arslan estuvo siempre en malos términos con Saladino, su rival sobre los confines del Tauro, y la cruzada de Federico no podía molestarlo.

No relataremos la tercera cruzada, y sólo retendremos algunos hechos. Los primeros auxilios fueron llevados a los francos por una flota normanda y por Conrado de Montferrat; ni en un caso ni en el otro conocemos las razones. Barbarroja murió en Cilicia[46] y los alemanes, desamparados, no desempeñaron gran papel. Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto parecían haber puesto fin a sus querellas. Ricardo llegó en una flota pisana. Felipe hubo de recurrir a los genoveses.[47] Al pasar Ricardo ocupó Chipre sin preocuparse de Bizancio:[48] la donó primero a los templarios que, sin duda, tenían ya intereses en la isla, pero como sus fuerzas militares eran insuficientes, Ricardo la transfirió a los Lusignan, sus vasallos de Europa, establecidos, pero no plenamente aceptados, en el reino de Jerusalén. La isla les serviría durante un siglo de posición de repliegue en el Oriente latino, procurándoles algunos recursos complementarios, pero distrayendo también la atención de sus barones.

La tercera cruzada marca un momento decisivo en la historia de los mercaderes italianos en el Cercano Oriente. Al interrumpir todo comercio con Egipto, llamó su atención sobre la utilidad de las actividades de sustitución y de las plazas seguras en el Oriente latino. Los cruzados, por otra parte, los necesitaban para el transporte de tropas y para su reabastecimiento. Casi sin que lo pidieran, los príncipes de Oriente, para interesar a los mercaderes italianos en su objetivo, les ofrecieron privilegios conside-

rables, que seguramente jamás podrían obtener en Egipto. No sólo quedaban exentos de todo derecho aduanal, sino que se ampliaron sus concesiones territoriales y recibieron plena autonomía administrativa, lo cual convirtió virtualmente a esas comunas mercantiles en señoríos civiles y religiosos. Desde luego, el comercio de Levante, sin cambiar de naturaleza, tendió a orientarse más hacia los puertos sirios, pero sin abandonar Egipto.[49]

Esta evolución, sin embargo, se vio complicada por las rivalidades intestinas. Se notará la relativa abstención de los venecianos, a decir verdad largamente favorecidos en Tiro desde 1123. Los genoveses y los pisanos podían ahora competir con ellos, pero tenían conflictos entre sí. La corona real era disputada en el reino entre Conrado de Montferrat y los Lusignan, y después con Enrique de Champaña. Los genoveses habían tomado partido por Conrado y el rey de Francia; los pisanos, por los Lusignan y el rey de Inglaterra.[50]

Las duras operaciones en torno a Acre[51] demostraron que Occidente, aun con todos los recursos que podía reunir a tal distancia, no podía acabar con Saladino, y que Saladino no podía acabar con Occidente. Él intentó reconciliarse con los almohades[52] a fin de obtener la ayuda de su flota para interceptar los convoyes de los cruzados; pero los almohades sentían poco interés por lo que pasaba al otro extremo del Mediterráneo; tenían que vigilar a los cristianos de España, mucho más amenazantes para ellos y, por otra parte, no se consideraban sujetos por ningún juramento de vasallaje al califato de Bagdad, del cual Saladino se hacía parte. Saladino obtuvo la cooperación más próxima de los pequeños príncipes mesopotamios, quienes, moral o materialmente, no pudieron obrar de otra manera, pero que continuaban sin querer esforzarse por su gloria y su poder, y aprovechaban todas las ocasiones, ante la vastedad de la campaña, para pedirle subsidios suplementarios o el derecho de retirarse. Del lado de los cruzados se reanudaron los conflictos entre los reyes, y Felipe se fue. Ricardo no pudo sino concluir una paz que dejaba en manos de

los francos Acre, pero no Jerusalén. Saladino, por otra parte, murió poco después, y los francos pudieron aprovechar las querellas que surgieron entre sus hijos y el tío de éstos, al-Adil, para volver a poner pie sobre el conjunto de las costas palestina y libanesa. Pero quedó en torno de Lattaquieh un enclave musulmán que no pudo ser reducido y que mantuvo separado al principado de Antioquía y sus vecinos armeniocilicianos. Los francos del interior volvieron sobre Acre y sobre la costa; el reino de Acre remplazó al de Jerusalén. De una parte y de la otra el conflicto había costado muy caro y la lección no iba a caer en saco roto.

Ya se mencionó que el califato estaba prácticamente desinteresado de la lucha contra los francos, lo cual resulta sorprendente. No lo es tanto que no haya podido, durante toda la primera mitad del siglo XII, más que enviar de vez en cuando piadosas exhortaciones cuando casi se lo exigían; bastantes problemas tenía con las rencillas intestinas de sus protectores selyúcidas, de los que procuraba desprenderse; carecía de tropas y de recursos financieros; en cuanto a los sultanes, las veleidades que éstos tuvieran por un momento pronto naufragaron en la anarquía general de sus propios Estados, y todo lo que podían hacer era ayudar a la constitución de poderes autónomos sirio-djezirenos, capaces, éstos sí, de combatir efectivamente: se ha visto que Zenghi fue afectado por su persistente interés en los asuntos mesopotamo-iraquíes. Pero desde la segunda mitad del siglo el califato queda emancipado, gobierna efectivamente Irak y después otras provincias limítrofes; su prestigio, si no su poder, es reconocido de nuevo por todos los sunnitas; tiene un ejército, finanzas. En estas condiciones, merece explicación el hecho de que un califa como al-Nasir,[53] personalidad notable, que buscaba fervorosamente todo lo que pudiera destacar su función, no haya hecho casi nada, y haya desanimado a Saladino por la tibieza de sus respuestas a los llamados que él le dirigió. Es cierto que, desde el punto de vista material, el califato no ganaba nada en la lucha contra los francos; conducida por príncipes independientes, po-

día contribuir a la gloria y al poder de éstos, no beneficiar al califato. Y los graves acontecimientos que se producían en Irán, y las repercusiones que tenían con frecuencia en Irak, no podían dejar de requerir la atención prioritaria del califa. Además, fresco aún el recuerdo de la tutela selyúcida, había una sensibilidad particular frente a la expansión de los príncipes vecinos, cuyas fronteras con el califato o con sus zonas de influencia no estaban siempre claramente definidas, y de cuya sinceridad sospechaba, con razón o sin ella. Por todo esto, la ideología del *djihad* ocupó ciertamente en su espíritu y en su política mucho menos lugar que el esfuerzo por reconstituir, en torno al califato, la unidad de tendencias socioespirituales del islam. Los príncipes se entregaban a ella también, como condición de la victoria sobre los francos; para al-Nasir no había que mezclarlas, sólo contaba la recuperación unitaria.

XII. INSTITUCIONES DEL ORIENTE LATINO

Nuestra intención no es estudiar en detalle las instituciones del Oriente latino, sobre las cuales se han venido publicando desde hace un siglo, y están en preparación, importantes trabajos. Pero es necesario intentar situarlas y precisar algunas de ellas. Situarlas, es decir, ver cómo se insertan en la historia institucional occidental y oriental y en qué están influidas por las condiciones de existencia propias de los latinos de Oriente; presentar algunas: aquellas que ilustran mejor la inserción del Oriente latino en la tradición de las poblaciones a las que se superpone. El estudio de estas instituciones tiene un interés que rebasa el Cercano Oriente en sentido estricto, puesto que se las encuentra no sólo en Chipre, aunque en un contexto diferente, sino también en "Romania", es decir, en las regiones de Grecia que permanecían, en el siglo xiv, bajo el dominio latino. Para Occidente, sin embargo, su importancia es limitada, pues pocos francos de Oriente regresaron y no se ve que llevaran consigo los caracteres originales del derecho franco de Oriente.

Es evidente que las instituciones del Oriente latino combinan las contribuciones occidentales sobre un sustrato sirioriental, y con las innovaciones inspiradas por las necesidades del momento.

En las contribuciones occidentales hay que distinguir las regiones, los periodos y las capas sociales. No sabemos si el principado normando atrajo más especialmente a los normandos, el condado de Trípoli a los naturales del Languedoc, etc. Parece poco probable que no se produjeran mezclas, particularmente en el reino, que atrajo ciertamente a la mayoría de los inmigrantes. Las capas sociales: señores feudales, pequeños o grandes, mercaderes, pueblo común de las ciudades o, en ocasiones, del campo. Las regiones: normandos de Italia, franceses del sur, franceses del

norte, italianos. Toda esta gente llegaba de zonas más o menos feudales y llevó a Oriente los usos y las concepciones de tipo feudal. Sin embargo, hay que recordar algunas distinciones: la concepción normanda de feudos muy pequeños que dependen directamente del príncipe domina en Antioquía; la concepción francesa de grandes unidades intermediarias, en Jerusalén. El condado de Trípoli se aviene mal allí por razón de su exigüidad. Los señores armenios del condado de Edesa y de Cilicia tienen un estatus menos preciso. El reino, el más grande de los estados del Oriente latino, tiene las dimensiones de un condado o ducado grande de Francia y, en consecuencia, no puede ser comparado sino con los condados o ducados de Occidente, y no con el reino de Francia o con el imperio. La mayoría de los señores del Oriente latino, aun los que llegan a adquirir grandes señoríos, son de origen modesto y, por lo tanto, no provienen del medio de los grandes feudos de voluntad autónoma, sino, al contrario, de aquellos entre los que permanece vigoroso el sentimiento de fidelidad. De todas maneras, el feudalismo así importado no existe más que en un nivel superior, el de los conquistadores que conservan sus propias tradiciones.

En toda conquista, tanto en la franca como antes en la árabe o la turca, se distinguen, en la sociedad que de ella resulta, la aristocracia dominante y la población sometida. Las familias de la aristocracia se perpetúan aun si, en ciertos aspectos, se asimilan a la sociedad indígena. Los francos llegados de Occidente componen socialmente dos grupos: uno aristócrata señorial, a menudo de origen modesto, pero cuya nueva situación aumenta el poder; y otro de los elementos, ya urbanos, ya rurales, que las circunstancias llevan a agruparse en las ciudades. La aristocracia señorial seguirá estando, hasta el fin, separada de la población nativa, aunque se pueden citar algunos casos de matrimonios mixtos o de promoción individual. Es probable, aunque sea difícil precisarlo, que hubiera más interpenetración social en las ciudades. La población rural, a pesar de los casos muy limitados de implanta-

ción latina en condiciones especiales, permaneció nativa y sin mezcla.

Los cuatro Estados, pronto reducidos a tres, del Oriente latino tienen a su cabeza un rey, un príncipe o un conde de quien se espera, sobre todo, que sea un jefe militar, lo cual excluye la sucesión femenina. La muerte prematura de muchos de ellos obliga, entonces, cuando hay herederos jóvenes, a casarlos lo más pronto posible. Como los barones eliminan de la elección a los parientes del difunto que no se encuentran en Oriente, muchas veces se ven constreñidos a ejercer el derecho a ella en personalidades extrañas a la dinastía, pero sin que esto parezca crear problema ni entrañar alguna ruptura con las "costumbres" del país. Se asistirá también, a fines del siglo XII, a la entrega del condado de Trípoli a un príncipe de Antioquía de descendencia normanda, o sea, a la unión personal de dos pequeños estados. Para éstos, no se ve que estas circunstancias hayan provocado un relajamiento de la autoridad del príncipe; sucederá de otra manera en el reino de Jerusalén, donde los problemas de sucesión se combinaron con lucha de los partidos, influencias extranjeras y el poder de algunos altos feudatarios. (Una monarquía sólida se mantenía, sin embargo, en el siglo XIII, en Chipre.)

Según la imagen tradicional el reino de Jerusalén habría conocido en el siglo XII una realeza fuerte a la que minó, en el siglo XIII, el progreso de un feudalismo centrífugo; la realeza hierosolimitana bajo Balduino III y Amaury I también habría aumentado su poder, en particular gracias a la "Audiencia Ligia" (o de la feudalidad) que hacía de todos los señores del reino los ligios directos del rey. Se ha demostrado recientemente que esto representó un arma de doble filo. Es cierto que el feudalismo, frágil a principios de siglo por las pérdidas de la guerra, que implicaron frecuentes transferencias de feudos, se había reforzado progresivamente por la constitución de algunos grandes señoríos estables, de entre los cuales habría de emerger el nuevo poder de los Ibelinos. Es difícil decir si las pérdidas territoriales dañaron mucho a

la monarquía o a los señores feudales; también lo es decir en qué medida la degradación política en el reino fue coyuntural o congénita, ya que no tuvo paralelo en ninguno de los otros tres pequeños Estados.

El príncipe y los señores gobernaban y hacían justicia con la ayuda de su pequeña corte de tipo occidental. El modesto ceremonial que rodeaba al rey en su consagración implicaba algunos préstamos bizantinos (habría sido difícil pedirlos al islam). En la administración local los francos habían conservado hasta cierto punto los organismos, sobre todo los financieros, a los que nombraban, según el caso o las regiones, con el término griego *sekreton* o el árabe *diwan*.[1] Los empleos subalternos eran, necesariamente, ocupados en general por los nativos, probablemente casi todos cristianos, pero no se ve que alguno de ellos haya alcanzado alguna vez uno de los puestos superiores (a diferencia de lo que ocurría en Sicilia). La Gran Corte de los Barones y la de los Burgueses tenían funciones sobre todo judiciales, pero podían ser convocadas por razones políticas en casos excepcionales.

En principio existe una diferencia esencial entre un señor latino de Occidente y un señor oriental. Respecto al primero, al margen de lo que emana del derecho canónico, toda la administración de su dominio está bajo sus órdenes, comprendida en ella particularmente la justicia, aun si la "costumbre" es preexistente. El segundo se ocupa, es verdad, de la gestión, en particular de la financiera, de su territorio, pero la justicia, la aplicación de la ley, es el oficio del cadí, nombrado ciertamente por él, pero que actúa solo. A decir verdad, no es seguro que la masa del pueblo en el Oriente latino haya tenido verdaderamente la ocasión de notar la diferencia. Costumbre o ley, el señor franco no la conocía sino en la que concierne al puñado de sus compatriotas. La confesionalidad de las leyes ha hecho distinguir, desde hace mucho tiempo, los asuntos del derecho público y los asuntos del derecho privado. Éstos, en realidad, caen bajo el control del clero de cada Iglesia y nada permite pensar que los francos no hayan

conservado esta tradición que ellos conocían, por otra parte, en Occidente, en el caso de los judíos. Es verdad que, en general, suprimieron al cadí musulmán; pero es más que verosímil que los musulmanes, para sus asuntos internos, hayan continuado aplicando sus propias leyes mediante los notables locales. Parece, pues, que a este respecto los súbditos del Oriente latino no tuvieron que constatar un gran cambio en su vida cotidiana; y vamos a ver que sucedió lo mismo en lo referente a la organización económica y social de las masas rurales.

La aristocracia señorial franca llegó portando tradiciones feudales tal como las conocieron en Occidente. Esto no quiere decir que la transferencia a Oriente haya planteado problemas graves, puesto que se pasaba siempre al seno del mismo grupo social. Simplemente el estado de guerra, activa o latente, conducía a poner el acento sobre las obligaciones de carácter militar: no insistiremos más en esto.[2] En lo que atañe a la implantación de nuevos amos sobre el suelo, la sociedad nativa proporcionaba un cuadro que no había que modificar. Propietarios de pleno derecho o beneficiarios de *iqta's*, los nativos poseían dominios que correspondían, en general, a una comunidad aldeana, con los que los señores francos no podían hacer más que conservarlos sin modificar sus límites ni las estructuras tradicionales; el carácter de solidaridad colectiva que caracterizó a estas comunidades habría hecho imposible toda participación o redistribución, a menos que se estableciera una población nueva inmigrada, que precisamente fue lo que los francos no intentaron. Cambian los beneficiarios que reciben la renta, pero la renta en sí no cambia, a tal punto que en ciertos distritos fronterizos se la puede repartir entre un amo franco y un amo musulmán, sin que esto plantee problema alguno.[3] Si se miran las cosas desde el punto de vista nativo, una vez pasada la fase de las operaciones militares la conquista no causó, pues, grandes trastornos, y no parece que tampoco haya razones para distinguir marcadamente entre los distritos cristianos y los musulmanes. En las ciudades pudo sentirse la

intolerancia respecto al islam, pero en los poblados que no tenían mezquita ni iglesia, y donde no había ningún franco, la práctica de las devociones locales continuó sin conflicto. Muchas veces se ha pensado, debido a la frecuencia de los nombres de lugar con el término *khirbat* o "cenagal" y a algunas tentativas de repoblación (se intentó llevar campesinos armenios, pero la tentativa abortó porque el príncipe armenio de Cilicia pidió para sus compatriotas ventajas superiores a las de los otros campesinos del Oriente latino, lo que el rey de Jerusalén rehusó),[4] que hubo despoblación rural por el estado de guerra; esto es posible, pero este movimiento pudo comenzar con ocasión de los desórdenes anteriores a los francos; por otra parte, como consecuencia de las técnicas agrícolas sin abonos y sin un ciclo de cultivos bien establecido, a menudo se abandonaba un sitio por otro vecino, sin que esto significara una pérdida. Los francos estaban habituados a una práctica que no pudieron importar a Oriente, y que, por otro lado, no trataron de importar. En Occidente existía la reserva señorial, cultivada por campesinos que prestaban mano de obra forzosa; en Oriente los campesinos sólo estaban obligados a colaborar en pequeños trabajos vecinales de interés público.[5] Por otra parte, cualquiera que fuese la importancia de los castillos para los señores francos, éstos vivían a menudo en la ciudad, como sus congéneres italianos, lo cual disminuía su interés en una reserva rural. Ciertamente hubo menos emigración y fugas entre los campesinos que entre los citadinos, quienes podían reacomodarse más fácilmente.

Todo el mundo sabe que en el siglo XIII se redactaron las obras jurídicas transmitidas bajo el título común de *Audiencias de Jerusalén*. Se sabe también que se distinguen entonces dos grandes organismos, la Corte de los Barones y la Corte de los Burgueses (dirigidas por el vizconde). Se puede pensar que la Corte de los Barones creció en tamaño e importancia a consecuencia de la "Corte Ligia" (o de los Feudos), que hacía de todos los señores ligios directos del rey; llegó a ser el organismo principal en los

periodos de eclipse de la monarquía. No es mucho más difícil comprender la historia de la Corte de los Burgueses; es evidente que los nobles francos, agrupados en las ciudades, junto a los nativos, pero separados de ellos, tenían necesidad de un estatuto especial; no sabemos si este estatuto fue acompañado desde el principio por un organismo autónomo.[6] Occidente no presentaba entonces ningún ejemplo de eso que se llamaría más tarde asambleas de Estado, y hay aquí, entonces, una originalidad del Oriente latino, impuesta por las circunstancias. Que esta especificidad burguesa se remonta a una época muy antigua se desprende de los autores árabes de la primera mitad del siglo XII, que aunque conocían a las poblaciones citadinas movedizas, y que tenían milicias con un jefe que hacía el papel de alcalde frente al príncipe extranjero, no encontraron sin embargo otro medio de designar a los burgueses francos que transcribir el mismo término de "burgués".

Es probable —aunque la documentación anterior a las cruzadas es demasiado pobre para permitir afirmarlo— que los dominios y circunscripciones de la nueva estructura correspondan de hecho, con frecuencia, a los dominios y circunscripciones de los regímenes precedentes, excepción hecha de la proporción de las tierras conservadas por el poder central. En la medida de la mengua del territorio y del crecimiento de las necesidades militares, se hará necesario asignar o sustituir a los feudos fundamentales de la región llana el ingreso de las zonas urbanas. Esta concepción de feudos-rentas se presenta también en Occidente, pero el carácter más urbanizado de Oriente permitió desarrollarla, y sabemos que la concesión de rentas sobre los oficios o las tasas urbanas fue usual en los estados de Oriente.

En el Oriente latino se desarrolló, quizá más amplia y rápidamente que en Occidente, el "feudo de soldada". La evolución condujo a él, en una región urbanizada donde los territorios rurales, siempre insuficientes, se reducían más ante la reconquista musulmana: se concedía entonces al beneficiario la renta de un

obraje, de un oficio, de un puesto comercial, etc. Para darse cuenta de esto no es necesario imaginar alguna influencia de los estados musulmanes periféricos, aunque hay una clara similitud con quienes, por vivir en las mismas condiciones, habrían practicado forzosamente costumbres paralelas. Sin hablar de la casta militar, los civiles notables podían escoger recibir la propiedad o el usufructo de ciudades o de dominios rurales; pero se vio a menudo que era más simple darles de manera menos durable la renta de un molino, de un horno, etc. De todos modos, la percepción de las tasas sobre los oficios y el comercio era frecuentemente concedida por el Estado en una especie de arriendo, *qabala* (de donde viene nuestra palabra gabela), de la que los beneficiarios sacarían un apreciable beneficio.[7]

Se ha preguntado en ocasiones si hubo influencias del feudo del Oriente latino sobre la evolución del *iqta'* en la vecina Siria musulmana. En efecto, los oficiales del ejército musulmán eran pagados en todo o en parte por las concesiones fiscales y territoriales llamadas *iqta'*. Primitivamente estas concesiones fueron temporales, conforme al deseo de los beneficiarios, que pedían cambiarlas a la menor disminución de la renta, pero también del Estado, que salvaguardaba así su derecho de vigilar, ya que, no importa lo que se haya dicho, seguía estando bajo el poder de los grandes selyúcidas. Sin embargo, los gobernadores de distrito o de provincia o los pequeños señores (nativos o no) de plazas fortificadas aspiraban a la perennidad y a la herencia: los segundos, porque se trataba de una verdadera propiedad familiar; los primeros, porque deseaban constituirla. Cuando el poder central era fuerte, se oponía a ello, pero cedía cuando tenía necesidad de obtener ayuda contra sus rivales. Un texto nos señala que Nur al-Din, queriendo reavivar el ardor de sus tropas en una expedición contra los francos, les prometió la heredabilidad de sus *iqta'*; como se está en la proximidad del Oriente latino, y las dimensiones y la estructura tanto del pequeño feudo como del pequeño *iqta'*, que permitían vivir a un caballero, se asemejaban, se ha podido hablar de influencia del primero sobre el segundo. Esta

hipótesis parece inútil: la evolución fue paralela; además, de hecho estuvo limitada en el lado musulmán porque a diferencia del sistema feudal occidental, donde la función militar era hereditaria, el Oriente musulmán, para mantener el carácter étnicamente segregativo del ejército, evitaba transmitir a los hijos, más asimilados que sus padres, la obligación del servicio militar, y prefería que tuviesen las ocupaciones civiles de todo el mundo. La existencia del ejército estaba asegurada por la contratación de nuevos mercenarios y, sobre todo, por la compra de nuevos esclavos.[8]

Por laico que haya sido el régimen político que se está definiendo, nadie pone en duda que la santidad de la tierra reconquistada debió estar señalada por la implantación de establecimientos religiosos, encargados, entre otras cosas, de asegurar la gestión de los lugares sagrados; en Palestina, desde luego, pero también en algunos otros lugares, como la Montaña Admirable en Siria del norte. Ciertamente existían establecimientos de este género, provenientes de las iglesias griegas y oriental, sobre todo los monasterios, en la Siria tanto musulmana como bizantina mucho tiempo antes de la cruzada. Pero los latinos quisieron no sólo asociarse con ellos sino, sin suprimirlos, marcar su supremacía. Al principio éstos se instalaron sin duda al lado de los griegos, puesto que se consideraban pertenecientes a la misma Iglesia; muy pronto tendieron a poseer sus establecimientos propios, y el primer medio siglo de su presencia se vio acompañado, seguramente, por una actividad constructiva cuyo parentesco con el estilo de los edificios de Occidente garantiza la cronología aproximativa. Los fondos necesarios se obtuvieron sin esfuerzo, al parecer, por la piedad occidental.

Estos establecimientos fueron organizados de maneras diversas. La iglesia santa por excelencia, la del Santo Sepulcro, que era la del patriarcado de Jerusalén, era regida por un capítulo de canónigos regulares que pronto se encontró a la cabeza de bienes raíces dispersos por toda la cristiandad, cuyas rentas había que hacer llegar a Oriente. La gran mayoría de los monasterios fue-

ron, sin embargo, benedictinos; hay que subrayarlo, porque esto implica la ausencia de una organización común, fuera de cierta dependencia de la Iglesia secular, y una actividad ajena a toda idea de predicación o de proselitismo, como en la evolución militar que pronto sería la de los hospitalarios, para no hablar de los templarios. Las órdenes nuevas que hacen eclosión en Occidente en esta época tardaron en llegar al Oriente latino: los cistercienses, a pesar de su desempeño en el origen de la segunda cruzada y de las relaciones con los infieles en Europa Oriental, no se introdujeron en Oriente sino a principios del siglo XIII, a iniciativa de los obispos llegados de Europa; su papel será muy breve, como consecuencia de la aparición, de procedencia europea directa, de las órdenes mendicantes.[9]

Se hablará más adelante del papel militar de las dos órdenes que aparecen en el segundo cuarto del siglo XII. Una de ellas, sin embargo, la de los hospitalarios, existió bajo una primera forma desde inmediatamente después de la conquista. Es comprensible que la afluencia de peregrinos exigiera una renovación completa de las instituciones hospitalarias anteriores a la cruzada. Aquí también la piedad de los fieles, tanto como el favor de los príncipes, proporcionaron rápidamente los medios a la comunidad religiosa especializada, que fue dotada de una regla particular. Desde el punto de vista eclesiástico, lo esencial en esto es, como lo será también en el caso de los templarios, una autonomía casi completa, bajo la sola autoridad lejana del papa. No sabemos bien cómo llegaron los hospitalarios a tomar una actividad militar que debía eclipsar, en la vida política y en la opinión pública, el papel caritativo que, no obstante, sin tener la exclusividad, nunca abandonaron en el Oriente latino; sin duda —pero ésta es una hipótesis gratuita—, esta evolución tuvo en su origen la necesidad de garantizar la seguridad de los convoyes de peregrinos.

Casi nada hemos dicho del clero secular, análogo al que había seguramente en todo el Occidente cristiano. Precisamos tan sólo que el mapa de los obispados fue el de la Iglesia griega tradicio-

nal, comprendidos en ella dos patriarcados, el de Antioquía y el de Jerusalén, de los que en Occidente no hubo equivalente, pero que no tuvieron ante Roma la casi autonomía de sus antecesores griegos melkitas. El rey tiende a ser consagrado por el patriarca de Jerusalén, que no obtiene de ello poder efectivo, como tampoco en el resto del Occidente cristiano.

Resulta paradójico, frente a la escasez de información sobre las llanuras siriolibanesas antes de los cruzados, que la documentación latina, si sabemos interpretarla, sea nuestra mejor fuente. En los suburbios, los oasis hortícolas y probablemente en la parte mayor del plano costero libanés, la explotación se hizo por parcelas individualizadas. Como esta región es la mejor conocida, la mayoría de los investigadores tiende a suponer que este tipo de explotación era casi general.[10] En realidad, lo que sabemos del conjunto de Siria deja poca duda de que la mayor parte de las zonas cultivadas en campos abiertos de cereales, de legumbres, etc., haya sido cultivada colectivamente, y responsable de manera solidaria de la inversión de los impuestos recaudados y de las utilidades. Visto en detalle, hubo sin duda mucha diversidad, y cada pequeña comunidad tuvo su régimen tradicional, como habría de ocurrir todavía en la época de los mamelucos. Los cultivos eran variados, y se puede suponer que los francos, sobre todo las comunidades religiosas, trataron de desarrollar algunos productos comerciales (caña, oleaginosas, lino, vino, algodón), pero a decir verdad, no sabemos nada de esto ni, *a fortiori*, cómo se aclimataron allí esos cultivos.

La comunidad aldeana tiene a su cabeza un *ra'is*, al que los francos no tenían razón para tocar. Éste es un pequeño noble que se ocupa de asuntos locales, y es responsable frente al propietario o señor, particularmente en materia de prestaciones. Con este título puede suceder que el señor franco lo asocie a su pequeña corte.[11]

En las ciudades, la interpretación de los grupos étnicos y de sus instituciones es más compleja. Los señores francos tuvieron

en Occidente vizcondes, que representaban su autoridad ante los burgueses; los llevaron a Oriente, con algunas diferencias regionales en la denominación. Pero se encuentran junto a ellos instituciones de denominación nativa, en particular las del *ra'is* y del *mathessep/muhtasib*. Se ha querido ver en ellas órganos "inferiores" de la administración franca.[12] Ésta es una concepción un poco ambigua: desde luego, están subordinadas a los organismos francos, y se les ha dado, en las nuevas estructuras, funciones menos oficiales. Pero hay que comprender que se trata de instituciones, de hecho o de derecho, que preexistieron a la cruzada y que los francos conservaron bajo formas un tanto reducidas.

En Siria y en la alta Mesopotamia musulmana, antes y durante el periodo de las cruzadas, el *ra'is* era una especie de jefe de la población civil, y en ocasiones de una milicia, que representaba la opinión citadina, es decir, un conato de organización municipal frente al príncipe, con frecuencia extranjero, y a su ejército.[13] La función existía, de hecho, pero como se oponía a la de cadí (éste también a menudo un notable local), por ser extracanónica, no se menciona nunca en los tratados de derecho musulmán. La función existía también en las comunidades cristianas y no fue, pues, específicamente musulmana, carácter que la hizo más aceptable para los francos que la del cadí, o la de cualquier otro personaje estrechamente ligado al poder político y religioso del islam. Queda excluido que los francos hayan hecho del *ra'is* un jefe de milicia: sólo los francos llevaban las armas y aseguraban el orden. Pero el *ra'is* puede conservar frente a ellos la representación responsable de su grupo social, y frente a sus congéneres el ejercicio de una justicia interna y civil.

Según la doctrina corriente, que se apoya esencialmente en un texto de Juan de Ibelin ilustrado por otro de las Cortes de los Burgueses,[14] el "tribunal de los *ra'is*" habría sido una organización primitiva de justicia inferior entre los nativos, organizada a petición de éstos inmediatamente después de la conquista, partiendo de su organización tradicional. Después, como los asun-

tos comerciales en el sentido más amplio (ventas de bienes raíces, deudas, etc.) pasaron a ser atribución de los nuevos tribunales de la Fonda *(funduq, fondaco),* interconfesionales, el "Bailío de la Fonda" habría actuado como *ra'is* para todos los asuntos nativos corrientes, y el tribunal del *ra'is* habría desaparecido. Pero no se organizó el tribunal de la Fonda más que en los grandes centros de comercio activo; y esta teoría debe matizarse, parece, en el sentido de que los *ra'is*, rodeados de algunos jurados adjuntos, subsistieron en todas las aldeas en las que no había tribunal de la Fonda. Es verdad que el número de *ra'is* de las grandes ciudades cuya huella documental puede encontrarse es muy escaso, y concierne esencialmente a los primeros tiempos del Oriente latino. Sin embargo, si se recuerda que se trata de un personaje que no tiene sino razones excepcionales para aparecer en los documentos latinos, que son los únicos que se conservan en número importante, y si, por otra parte, se considera que en el territorio griego su nombre puede ser remplazado —lo cual está igualmente confirmado— por el de juez (en el sentido mediterráneo usual de notable, jefe local) o de *nomikós* (jefe de barrio; en efecto, es posible que en Trípoli haya habido tres *ra'is*), esta escasez parecerá poco demostrativa. A la inversa, es un hecho que en Chipre la institución fue adoptada, bajo su nombre árabe, y conservó su vitalidad hasta la caída de la dominación latina en el siglo XVI. También, admitiendo que conociera allí un desarrollo específicamente chipriota, se estará inclinado a admitir que el régimen de los Lusignan la tomó, en los alrededores del año 1200, del reino de Jerusalén, donde ya debía existir.

La función de cadí, juez, específicamente musulmana, no podía, en cambio, subsistir en la organización franca, sino en el caso excepcional de una comunidad musulmana que gozara de un estatuto privilegiado. Es en este sentido, guardándose de toda generalización, que hay que interpretar la mención de un cadí de Djabala (Gibel), en el principado de Antioquía, de una familia notable de la región.[15] Sólo se trata, en vísperas de la conquista

de Saladino, de un esfuerzo para asegurar la legalidad de una región musulmana que —se sabe— era de una fidelidad inconstante.

La historia del *mathessep* no es mucho más clara que la del *ra'is* urbano. En tierras del islam el *muhtasib* era un funcionario coránico, que tenía, en principio, el deber de preservar la moralidad pública y la religión, y de hecho ejercía esencialmente el control de los oficios y del comercio local: podía requerir el concurso de la fuerza armada, pero ningún policía dependía de él. Es evidente que entre los francos este aspecto propiamente islámico del *muhtasib* no podía subsistir; el orden público, incluido el control del comercio, aparece en los textos en general como de la competencia del vizconde. El único texto que menciona un *mathessep* en el reino de Jerusalén es el inventario de los bienes venecianos en Tiro en 1243, en el que se habla de él como de un personaje del pasado, que no existe ya. También se estaría inclinado a pensar que el *mathessep* es en el reino una ocurrencia excepcional y sin desempeño real, si esta vez también la documentación chipriota no nos vuelve circunspectos. En Chipre, en efecto, en el siglo XIV, el *mathessep* es un personaje al que el *Compendio de las Audiencias* atribuye una importancia real como contralor general de los oficios; y ahí dispone también, bajo la responsabilidad superior del vizconde, de una pequeña tropa de funcionarios. Como es poco verosímil que los chipriotas hayan tomado la institución directamente de sus contemporáneos musulmanes, es necesario concluir que había *mathesseps* en el reino de Jerusalén, aunque no sepamos nada de ellos, y que Chipre pudo desarrollar la institución de manera autónoma.[16] Desgraciadamente no hay ya *mathesseps* en Antioquía, donde la tradición bizantina le atribuía sin duda esas tareas a un "pretor", subordinado ahora al vizconde y al duque francos.

No vemos claramente qué lugar ocupó en el Oriente latino la esclavitud. Se sabe que no fue desconocida en Occidente, sobre todo en Italia; sin embargo, estuvo poco desarrollada y debió

decrecer aún más después que la conversión de los eslavos y húngaros al cristianismo impidió reclutar esclavos entre estos pueblos.[17] Fue mucho más importante en la sociedad musulmana, que reclutaba a sus esclavos entre los turcos, los eslavos, los negros, etc. Hay que considerar que sólo en Occidente los esclavos eran empleados en el trabajo de la tierra, efectuado en Europa por los siervos, en Oriente por los campesinos teóricamente libres, pero de hecho ligados también a la tierra por la obligación colectiva de satisfacer las contribuciones y gabelas. La esclavitud era pues, sobre todo, una esclavitud doméstica; en un nivel superior, los esclavos eran los agentes de la autoridad de sus amos, privados o públicos. No parece que este último caso haya podido estar muy extendido en el Oriente latino. Es poco dudoso, sin embargo, que la esclavitud estuviera más extendida que en Occidente, donde a los esclavos se los obtenía a través del comercio pero con más frecuencia, probablemente, entre los prisioneros de guerra que no podían pagar el rescate. Las fugas de esclavos debían ser bastante frecuentes, pues la frontera nunca estaba demasiado lejos y recobraban la libertad en territorio del islam.

Es aún más difícil hablar, entre los nativos, de los beduinos nómadas. Éstos, por otra parte, no eran numerosos más que en las zonas interiores, cada vez más reducidas por la reconquista musulmana. Se puede admitir que debían satisfacer, al pasar a territorio franco, los mismos derechos en especies o en bestias que en los países musulmanes; a decir verdad, nada sabemos al respecto.

XIII. LOS NATIVOS

Se ha visto que los cruzados consideraron a la mayor parte de los nativos, aun de los cristianos, como herejes poco dignos de interés, y que no titubeaban en despojarlos, en su propio beneficio, de sus iglesias y de sus notables. Sin embargo, la necesidad y la convivencia los condujeron poco a poco a un comportamiento más benigno.[1] Ciertas creencias locales, ciertas devociones, pasaron de una comunidad a otra.[2] Desde el siglo xii se vio en los medios monásticos a algunos altos eclesiásticos percatarse del provecho que los préstamos mutuos podían procurar a sus iglesias.[3] Se vio también al patriarca monofisita Miguel el Sirio dirigir un mensaje a un concilio romano. En su origen el clero latino no se sintió impedido para intervenir en los asuntos interiores de los cleros nativos; parece haberlo hecho mucho menos en lo sucesivo y éstos apreciaron en él, a diferencia del clero bizantino, la indiferencia por las querellas teológicas.[4] En el siglo xii los cristianos latinos parecen haber ignorado toda idea de reunión de las iglesias; la excepción del caso maronita, negociado por el hombre poco ordinario que fue el patriarca de Antioquía Aimery, presenta caracteres que no debilitan esta regla.[5] *A fortiori* se ignoraba toda idea de conversión de los musulmanes: ella debía nacer más tarde en Occidente, en el siglo xii, con Pedro el Venerable,[6] en relación con los medios españoles. Entre cristianos y musulmanes en Oriente hubo discusiones en el pasado que no se conocían aún en el tiempo de las cruzadas,[7] por ejemplo, en el entorno del pequeño ayúbida de Alepo, al-Zahir Ghazi, pero no se ve que nunca involucraran a los latinos; es muy excepcional que los polemistas musulmanes, cuando hablan de las iglesias cristianas, mencionen a los latinos.[8] Los cruzados, salvo en algunos lugares favorecidos, cerraron las mezquitas[9] ("mahomerías"), pero no bastó para obtener conversiones.[10]

Los musulmanes estaban, pues, privados, con gran frecuencia, de sus cuadros sociorreligiosos oficiales y tradicionales, sin que

podamos darnos cuenta si eran juzgados según el derecho musulmán en lo que se refiere a los asuntos internos (naturalmente no por el derecho público). Es posible que se arreglaran entre ellos para los asuntos de familia, y que sus estructuras sociales no fueran trastornadas. El estatuto de los no musulmanes en los estados musulmanes, y más generalmente el de todas las comunidades extranjeras reconocidas en los Estados medievales, les concedía una especie de autonomía interna. Así era el estatuto en particular de los miembros de las iglesias orientales en el Oriente latino. Pero los musulmanes no eran verdaderamente una comunidad reconocida. Además, sucedía con frecuencia que, en caso de conflictos internos, los interesados apelaban a las autoridades francas, civiles o religiosas, o que éstas, por sí mismas, se encargaban de hacerlo. Lo mismo ocurría, en sentido inverso, en los estados musulmanes frente a sus súbditos no musulmanes. Como se había dado el papel de la Iglesia en la Edad Media en los asuntos familiares, la diferencia entre Oriente y Occidente a este respecto no debió ser muy grande.

Publiqué hace tiempo en la revista *Syria* un artículo en el que llamaba la atención sobre la necesidad de revisar la interpretación corriente del famoso pasaje en el que el viajero musulmán Ibn Djubayr describe la condición de los campesinos de su fe en el Oriente latino. Lo que dije entonces sigue siendo, en general, cierto y, si acaso, está apoyado por nuevas observaciones; pero uno de los textos sobre los que me basé, de Imad al-Din citado por Abu Shama, otorgándole una juvenil confianza a la traducción dada en el *Recueil des Historiens des Croisades*, requiere una nueva traducción que invierta la significación, como ha mostrado D. S. Richards.[11] El pasaje de Ibn Djubayr se separa de su contexto en la edición del *Recueil*, y en la euforia de la era colonial, se interpreta como si mostrara sin matices la calidad de la administración franca, también para las poblaciones musulmanas. En mi artículo yo insistía sobre la necesidad de confrontar el texto en cuestión con otros, entre ellos algunos del mismo Ibn Djubayr. Por otra parte, hay que comprender el texto de éste en

función de su actitud político-religiosa favorable a la guerra santa, que lo llevó a avergonzar a sus correligionarios por su desidia. También hay que recordar —lo cual yo no hice—, que la condición de los musulmanes en la provincia de Tiro, por donde pasaba Ibn Djubayr, era, quizá, mejor que en otras partes, debido a las cláusulas particularmente favorables que fue necesario concederles en 1124 para obtener la rendición de la ciudad.[12] De manera general se tiene la impresión de que, salvo en algunas regiones, la población rural, habituada a doblar la espalda bajo tantos amos sucesivos, la dobla todavía bajo los francos mientras éstos parecen los más fuertes, y que dejó progresivamente de hacerlo cuando los príncipes musulmanes retomaron la preeminencia y se esforzaron por desarrollar, mediante espías, una red de propaganda subterránea.

Los especialistas en la arquitectura militar de los cruzados no han puesto, quizá, atención suficiente en el significado de los castillos que estudian. Implícitamente, consideran que todos están destinados, desde luego, a la defensa del territorio contra los enemigos exteriores. Éste es, evidentemente, el caso de los que se encuentran en los puntos estratégicos de las fronteras sucesivas. Pero muchos no pudieron haber tenido otra función (como ocurre también en Occidente) que la de vigilar los distritos del interior. Algunos textos muestran que esta vigilancia no era superflua.[13]

Para una sana apreciación de las cosas, hay que comparar la situación en el Oriente latino y en los Estados musulmanes vecinos. En el caso en que, en estos últimos, la condición de los cristianos les pareciera claramente más dura que entre los francos, se debería constatar si hubo una emigración, ya sea del común de la gente, ya sea siquiera de los clérigos. Ahora bien, hubo viajes ocasionales, pero no emigración. Hubo relaciones entre algunos dignatarios de las iglesias monofisita o armenia y los francos, pero fue nada menos que una carta del catholicos armenio la que anunció a Saladino la muerte de Barbarroja, y Miguel el Sirio se

ufanaba de sus buenas relaciones con Qilidj-Arslan, a quien felicitó por sus éxitos contra los griegos. Sabemos poco acerca de las iglesias cristianas de la alta Mesopotamia, pero éstas subsistieron, encabezadas por obispos y siendo frecuentemente visitadas por su patriarca. La situación fue la misma para los nestorianos de Irak, aunque su número probablemente disminuyó.

Las colonias judías[14] en Asia eran también muy poco densas pero permanecían vivas, como lo probará en la época de los mongoles el papel de los visires Sa'd al-Din y Rashid al-Din. Quizá los judíos tenían una tendencia, que habría que explicar, a convertirse al cristianismo, como el padre del polígrafo e historiador Bar Hebraeus. Pero en el siglo precedente Egipto había sido siempre el paraíso de los judíos y, a este respecto, Saladino no difirió de los fatimitas. Como en la administración no se desempeñaban ya los coptos, no provocaban los mismos celos ni las mismas sospechas de alianza con los francos. Fue en Egipto donde pasó la segunda mitad de su vida el gran doctor Maimónides, llegado de Occidente, quien redactó mitad en hebreo y mitad en árabe sus obras más conocidas.

Además, por definidos que estuvieran los límites confesionales, no entrañaban el comportamiento de carácter "nacional" de los tiempos modernos. El médico cristiano Abu Ghalib, sobre el cual ya he llamado la atención, sirvió primero a Amaury I y después a Saladino, sin considerarse ni ser considerado como traidor.

En la parte norte de Siria, reocupada durante un siglo y medio por los bizantinos, la lengua usual continuó siendo el árabe, como de ello se lamentaba, en vísperas de la cruzada, Nicon de la Montaña Negra,[15] y como en pleno siglo XIII lo testimoniará la redacción en árabe de documentos destinados a los cristianos melkitas nativos.[16] Sucedía lo mismo en Trípoli, como muestra una carta de Jacobo de Vitry, quien ahí predicaba, dice él, y aun confesaba, mediante intérprete.[17] No se ve que el latín o el francés hayan impresionado mucho a los nativos. En Jerusalén, y

después en Acre, donde se hacinaron los latinos tras la caída de la Ciudad Santa, el latín conquistó quizá un mejor lugar, sin abolir nunca la necesidad de intérprete. Cuando una palabra franca se imponía para designar en árabe una cosa nueva, originalmente franca, se arabizaba; prueba de ello es la divertida historia de la raíz "f.s.l." procedente de la palabra *vassal* (vasallo), de la cual se hace el participio pasado *mafsul* = *vassalisé* (vasallizado).[18] Los maronitas mismos, los más próximos a los latinos y a la Iglesia romana, hablaban y escribían (incluidos sus libros religiosos) en árabe, aunque uno de ellos, que entró a la Iglesia latina, se hizo hacer su epitafio en latín.[19] En general, parece que los francos, bajo reserva del caso dudoso de Acre, fueron siempre demográficamente minoritarios. Es difícil creer que no haya habido alguna unión mixta, legítima o no; pero como los hijos quedaban integrados en la familia franca, no se produjo un afrancesamiento de las familias nativas.

Se han visto los comienzos particularmente difíciles de los judíos en el Oriente latino; se constata por consiguiente que esto llegó también de Occidente, sin que podamos saber cuáles fueron sus relaciones con sus correligionarios locales, ni de unos y otros con los de países musulmanes.[20]

XIV. LOS EJÉRCITOS

En Oriente los ejércitos habían llegado a ser de reclutamiento extranjero; en Asia, sobre todo turco. Una evolución más tardía había hecho también del ejército bizantino un ejército heterogéneo de mercenarios, turcos de Europa, normandos (en el siglo xi), armenios (súbditos éstos del imperio), etc. Las fuerzas militares del Oriente cristiano se apoyaban, como en los dos casos precedentes, en una caballería aristocrática, pero "nacional". Mas transportados los francos a Oriente, fueron señalados, en relación con la población indígena, sobre todo cuando ésta era musulmana, como especialmente extraños, es decir, como enemigos, sin apoyo nativo posible. Del ejército musulmán la parte esencial eran los esclavos de origen extranjero, y los mercenarios libres cuando se trataba de reclutas musulmanes. Es difícil ver, por otra parte, en qué difería concretamente el estatus de los esclavos del de los mercenarios. En el ejército selyúcida se mezclaban esclavos de tipo tradicional y turcomanos.

Bajo los zénghidas, como ocurrió con otros dominios mesopotámicos anteriores a ellos, al reclutamiento turco fundamental se agregó una notable utilización de los kurdos vecinos. Hasta entonces los kurdos habían sido sobre todo combatientes montañeses a pie, mientras que los turcos eran jinetes particularmente aptos para los combates en las llanuras. Pero en el ejército zénghida los kurdos parecieron estar entrenados para los combates a la turca, aunque los egipcios, cuando tuvieron trato con ellos, casi no los distinguían. Las dos categorías de tropas experimentaban a veces ciertos celos una frente a la otra, pero los zénghidas supieron, en conjunto, mantener el equilibrio. Los ayúbidas, que eran kurdos, pero emplearon fuertes contingentes turcos, también habían de mantener mucho tiempo un equilibrio. Los kurdos, más o menos arabizados, son tal vez menos sentidos como extranjeros que los turcos por la población nativa; recíprocamente, los turcos sienten menos desconfianza o desprecio hacia

las aptitudes militares de los kurdos que de los árabes y, como se ha dicho, se dedicaron a roer los restos de los señoríos árabes en Siria y Mesopotamia. Es cierto que el sentimiento persistente de la guerra santa creaba, en los momentos de peligro o en ocasión de hazañas particularmente valerosas, un acercamiento entre los nativos y las tropas extranjeras encargadas de su defensa. Por otra parte, a estos extranjeros se los arabizaba o se los iranizaba, y cuando era posible se los islamizaba; sus hijos, nacidos frecuentemente de madres nativas, o que en todo caso vivían en un ambiente nativo, eran más o menos asimilados; pero precisamente por esta razón no se quedaban más que de manera muy excepcional en la carrera militar, y el carácter especial del ejército se mantenía por el enrolamiento de nuevos extranjeros. No se prohibía a los nativos enrolarse para la guerra santa, pero no se los empleaba sino en los cuerpos libres, para tareas subalternas y sin sueldo regular.

El ejército fatimita de Egipto, por largo tiempo compuesto sobre todo por magrebinos, se abrió progresivamente a los turcos, a los negros y aun a los armenios; en el siglo XII, cuando se desconfiaba de los turcos, recurrió sobre todo a los árabes beduinos de la región, aunque éstos no tuviesen las cualidades militares de los turcos.

La situación militar de los francos era difícil. Si bien los nativos los soportaron, no los ayudaron, y los musulmanes obraban a menudo contra ellos como espías y como enemigos. Los francos, simultáneamente, tuvieron que afirmar su dominio en el interior y combatir casi solos para la defensa de sus fronteras. En el condado de Edesa, como se ha visto, hubo al principio una cierta alianza de fuerzas armenias y francas (los armenios eran también emigrados relativamente recientes). Pero aquí tampoco reinó la confianza; los francos despojaron progresivamente a los señores armenios y se quedaron solos para defender sus posiciones (a excepción de la participación de la población de Edesa en la defensa, cuando el último sitio).

Acaso hay que matizar un poco, en ciertas épocas, las afirmaciones precedentes, puesto que en ocasiones se señala, en el siglo XII, que junto a los francos luchan los *turcoples*. A menudo se ha considerado a los turcoples como auxiliares nativos que combaten a la manera turca en destacamentos ligeros. No parece que esto sea exacto. En el Imperio bizantino, desde los siglos XI y XII, el ejército hizo gran uso de *turcópuli* y *francópuli*; se trataba de turcos conversos y de francos casados con mujeres griegas, o de sus hijos; un paralelo existirá más tarde bajo la dominación latina, con los mestizos llamados *gasmules*. En el Estado selyúcida de Asia Menor se encuentran igualmente, bajo el nombre de *igdish* (literalmente mulo), mestizos de nativos conversos al islam y de mujeres turcas, a los que se emplea, entre otros oficios, en la policía.[1] Cabe entonces admitir que los turcoples de Oriente latino, imitación de los turcópuli bizantinos, se agregaron a este tipo de institución extendida en todo el Oriente mediterráneo. Sin duda se trataba de nativos y aun de turcos prisioneros o tránsfugas casados con las mujeres libres y conversas al cristianismo latino. Los textos no precisan si tenían una especificidad militar bien definida; parece que eran poco numerosos y que su desempeño militar sólo fue episódico.

La insuficiencia de las fuerzas permanentes del Oriente latino entrañó, entre otras consecuencias, y paralelamente a lo que pasaba en España,[2] la creación de las órdenes militares; una, la de los templarios, sobre una iniciativa occidental, la otra, del Hospital, por una evolución local, quizá influida por la precedente. A partir del segundo cuarto del siglo XII se encuentran, pues, en Oriente, dos milicias clericales, sostenidas por la generosidad de los fieles europeos y las concesiones, más calculadas, de los jefes francos de Oriente. Los recursos así obtenidos, superiores a los de los señores laicos, condujeron a estos últimos, para desarrollar y sostener la red de las principales fortalezas, a transferir la propiedad de éstas a las órdenes militares.[3] No es necesario recordar cómo el poder así adquirido, más estable que el de los príncipes

cambiantes, condujo a las órdenes a llegar a ser Estados dentro del Estado, con frecuencia tan perniciosas como útiles, por sus pretensiones y sus querellas, para aquellos a los que tenían la misión de defender. No se ve claramente si hubo en esto otras causas, además de las rivalidades en las concesiones principescas o en las alianzas locales. La diferencia de origen entre las órdenes ¿entrañaba oposiciones de concepción? El enigmático proceso de los templarios en Occidente, después de la caída del Oriente latino, tiene pocas oportunidades de poder ilustrarnos.[4] Al lado de estas órdenes, los peregrinos occidentales podían participar ocasionalmente en las expediciones, sobre todo en la época del reino de Acre. A medida que se emancipaban, sobre un modelo más o menos comunal, algunas grandes ciudades, se encuentran también milicias urbanas, pero que sólo tienen desempeño defensivo.[5]

En el mundo musulmán la distinción entre el estado laico y el estado clerical no es tan precisa como en el mundo cristiano, y la organización comunitaria de la vida religiosa, que se puede aproximar al monaquismo cristiano, apenas comienza, sobre todo en Siria, en el siglo XII; incluso más tarde, cuando se desarrolle, no tomará sino excepcionalmente un carácter militar. En cambio se reclutaban en la población ordinaria voluntarios de la fe para combatir o vigilar en las fronteras a los infieles, paganos o cristianos. Se los llamaba habitualmente *ghazis*, a veces *mudjahid* (*-un*) o, por el nombre de los puestos fortificados en donde residían, los *ribats*, *murabit* (*-un*), sobre todo en Occidente (de ellos, a través del español, se ha formado el nombre de la dinastía de los almorávides, salidos del grupo más ardiente y más estructurado de los confines arabesudaneses). En la época de las cruzadas subsiste el nombre *ghazi*, pero no el oficio, aun en el caso de la "guerra santa". El repliegue de las fronteras del islam en Siria y su avance en Anatolia hicieron desaparecer los establecimientos permanentes, constituidos poco a poco en el curso de los siglos. Es verdad que los turcos de Anatolia se llaman *ghazis*, pero no se

trata aquí de grupos especializados sino de toda la población en estado de llevar las armas.

La Iglesia habría condenado —y los príncipes musulmanes evitado— el empleo de soldados francos para combatir a otros francos. No se sigue que el servicio de francos bajo las órdenes de jefes musulmanes fuera imposible. Muchos príncipes prefirieron apoyarse, contra los partidos autóctonos, en milicias extranjeras, y aún en el tiempo de las cruzadas y de la reconquista no había razón para hacer de este uso una excepción en el caso de los francos, particularmente apreciados. Éstos eran entonces numerosos —con la aprobación oficial hasta de los grandes papas del siglo XIII— en los ejércitos de los almohades, no en España ciertamente, pero sí en el Magreb. Lo mismo sucedió, quizá a imitación de los ejércitos bizantinos, en el Estado selyúcida de Asia Menor en el siglo XIII. Esto fue excepcional en Siria y en el interior arabemusulmán; es posible sin embargo indicar uno o dos casos, sobre todo, quizá, en la batalla de Hattin.[6]

Se han consagrado bellos estudios a la arquitectura militar de los cruzados y a algunas fortalezas musulmanas. Empero, no se puede decir que los autores, que escribían unos desde un punto de vista occidental, otros desde un punto de vista oriental, se tuvieron en cuenta entre sí. No existe una síntesis de los trabajos relativos al lugar que ocupa la arquitectura militar del Oriente latino frente a la de Occidente, ni a las influencias mutuas a este respecto de Bizancio, del Cercano Oriente y del Oriente latino.

Los castillos de los francos sirvieron, se ha visto, tanto para asegurar su posesión de los territorios interiores como para la defensa de las fronteras. Citemos, entre otros famosos, los de Sahyun (Saone), Safed y Marqab (Margat). A menudo aprovechaban simplemente los castillos que, como vimos, se multiplicaron en el periodo precedente. Más tarde fueron recuperados por los musulmanes. A pesar de las inscripciones árabes que datan de este tercer periodo, no siempre es fácil distinguir las tres fases ni, *a fortiori*, caracterizarlas. Sólo es posible afirmar que el grueso de

los esfuerzos fue hecho por los cruzados para reforzar lo que encontraron al llegar. A principios del siglo XII estos esfuerzos, todavía modestos, fueron realizados por señores laicos; pero pronto éstos debieron reconocer que no contaban con los medios necesarios. Los más importantes castillos se concedieron entonces a las órdenes militares, o fueron construidos para y por éstas, algunos casi enteramente de nuevo, como el célebre Crac de los Caballeros. Los templarios fueron quizá menos innovadores: Baghras, una de sus principales plazas, parece que no fue muy diferente de la que la precedió. En el siglo XIII, en el reino de la Pequeña Armenia, los castillos se construyeron siguiendo el ejemplo y con el auxilio de las órdenes militares francas, para reforzar las antiguas redes fronterizas bizantinas; ejemplo de ello es Anazarbe, construido por los teutones.

Los progresos realizados, muchas veces a ambos lados de la frontera, consisten en la amplitud de las proporciones, el espesor de los muros, el empleo de revestimientos de grande y bello aspecto, a menudo en alto relieve, la frecuencia de torres redondas con la base en pendiente (como la de las murallas), las entradas acodadas, los antemuros, etc. Muchas veces las máquinas de sitio eran construidas sobre el lugar por el asaltante. Las influencias recíprocas, al menos en los detalles, se vieron facilitadas por el hecho de que tanto de un lado como del otro la mano de obra la constituían los prisioneros de guerra. Pero esto que acaba de decirse no puede aplicarse, de momento, más que bajo beneficio de inventario.

Nada nos permite saber si en el Oriente latino se intentó mejorar la red de caminos, siquiera de los de interés estratégico, o los cruces tradicionales en el vado de los ríos.

En general las técnicas militares, tanto del lado franco como del musulmán, siguieron siendo las mismas a lo largo de todo el periodo aquí considerado. La única invención testimoniada es, entre los francos, la del *trébuchet*, especie de catapulta a la cual su contrapeso confería una potencia particular, y del cual el empe-

rador Federico II encargó algunos ejemplares para llevarlos a Italia. Entre los musulmanes, la necesidad de combatir a los francos es sin duda la responsable de la adopción de pesados y grandes escudos cuyos nombres de *tariqa* (targa) y de *djanawiya* (genovés) denuncian su origen. Es verosímil también que los turcos, como los francos, hayan desarrollado la arquería pesada y la ballesta. Por otra parte la evolución parece haber sido sobre todo cuantitativa: los efectivos puestos en línea en las grandes ocasiones aumentan de una parte y de la otra, y en la artillería de sitio se eleva el número de máquinas, tendencia que los mongoles desarrollaron utilizando como mano de obra a sus prisioneros. Quizá se aprendió a usar el fuego griego no sólo en los asedios o en los combates navales, sino en las batallas campales; así lo dice un autor —tardío, es cierto— a propósito de la batalla de Ayn Djalut (1260). Pero no habrá ningún cambio fundamental con la introducción, muy posterior, de las armas de fuego llegadas de Europa.

Es probable que hubiera, en ambos lados, un problema del cual, desgraciadamente, nada sabemos: el de la obtención de caballos de combate, ya que el tradicional caballo árabe no se adaptaba al armamento pesado. En el Oriente latino se importaban caballos de Europa, quizá de Rusia a Bizancio, y en los países musulmanes y en Asia Menor, gracias a los turcomanos, pronto se desarrolló la cría, pero no sabemos de qué razas. No tenemos pruebas, para el periodo de las cruzadas, de que hubiera exportación de caballos del Cercano Oriente hacia la India, como la hubo en otros tiempos.[7]

XV. EL PERIODO AYÚBIDA

El siglo xiii se inicia para todos los países del Cercano Oriente —Imperio bizantino, sultanato de Asia Menor, Siria y Mesopotamia musulmanas, Oriente latino, Armenia-Cilicia— en condiciones nuevas. Los ayúbidas, sucesores de Saladino (hijo de Ayyub), forman, como los principados anteriores (a diferencia de los califatos), una especie de federación familiar, la cual, a pesar de las discordias intestinas, sobre todo entre los descendientes de Saladino mismo, y de su hermano y sucesor al-Adil, reconstituye hasta mediados del siglo, para bien y para mal, una unidad, bajo el primado del señor de Egipto. Es inútil relatar aquí la historia, acerca de la cual disponemos de una documentación particularmente rica, pero que ha sido objeto recientemente de una buena síntesis y de muchos trabajos de calidad.[1] Baste subrayar ciertos caracteres. En el plano sociocultural los ayúbidas continúan la política de sus predecesores, excepto porque, habiendo logrado ya la victoria sobre los no sunnitas, podían mostrarse más blandos, desarrollando *madrasas* en ayuda de los inmigrados sirios o iranios en Egipto, y reanudar también las tradiciones administrativas que Saladino, en ocasiones, había combatido o descuidado. Las luchas de clanes en el seno del personal gubernamental indujeron a las personalidades notables a emigrar a Alepo, que hace un poco el efecto de un puerto de paz.[2] Los ayúbidas, como la mayor parte de los egipcios y los kurdos, eran shafeítas, lo cual podía facilitar el acercamiento; pero los turcos eran hanefitas, lo que podía provocar ciertas tensiones en el ejército kurdoturco, y, por lo tanto, entre los matrimonios mixtos políticamente necesarios en el seno de la familia misma. Veremos que, al final de la dinastía, el equilibrio acabará por romperse en beneficio de los mamelucos turcos, sin que sepamos claramente si esto provino, en parte al menos, de las dificultades en el reclutamiento de los kurdos.

No tenemos la intención de iniciar, como tantos, una discusión sobre los orígenes de la desviación de la cuarta cruzada[3] y el papel que en ella desempeñaron el papado y los venecianos. La toma de Constantinopla por los latinos es el resultado de malentendidos y de agravios progresivamente crecientes entre griegos y latinos, agravados en Bizancio mismo por las luchas entre partidos. La desconfianza con la cual el gobierno de los Ángel acogió el anuncio de la preparación de la cruzada se explica, entre otras razones, por el hecho de que la Iglesia romana, después de las conquistas normandas en Italia del sur, y de la cruzada en Oriente, siempre consideró que las iglesias griegas que caían en manos de aquéllos pasaban a ser automáticamente suyas. Aun recientemente se había abstenido de manifestar objeción alguna a la conquista de Chipre y a la latinización de su iglesia.[4] Es inútil insistir, por otra parte, sobre los intereses de Venecia en Constantinopla, y su voluntad de garantizarlos sin arriesgar la repetición de dramas como los de los últimos decenios.[5] Esto no quiere decir que los jefes de la cruzada[6] no tuvieran en un principio el designio sincero de presentarse en Palestina, pero sí explica que se detuvieran en Constantinopla. Acaso algunos pensaron que la Tierra Santa misma ganaría con la neutralización del mal humor de los bizantinos respecto a las cruzadas. Se sabe que no hubo nada de esto: el Imperio latino no pudo abarcar todos los territorios del Imperio griego; estuvo, casi desde sus inicios, amenazado de aniquilación por sus vecinos; acaparó[7] para su defensa una parte de las energías occidentales que habrían podido servir en Siria y, naturalmente, no hizo sino enconar el odio de los griegos contra los latinos, con lo que no sirvió de nada la unión de las iglesias deseada por el papado. En cuanto a los intereses comerciales de Venecia, veremos más adelante lo que sucedió.[8]

Políticamente, para no referirnos aquí sino a la parte asiática del ex Imperio bizantino, casi todo lo que de él se conservaba en el oeste de Asia Menor, frente a los turcos y a los selyúcidas, constituyó el Estado griego de Nicea.[9] En la orilla más alejada

del Mar Negro la larga provincia costera de Trebisonda se hizo también autónoma. El Imperio latino estableció a sus espaldas algunas relaciones con los turcos,[10] pero la defensa de las fronteras griegas estaba en conjunto mejor asegurada por los poderes más cercanos que por Constantinopla, y los selyúcidas, como veremos, dirigieron su atención hacia el este. La soberanía que Bizancio ejerciera sobre Antioquía no tenía ya sentido. Sobre el tablero internacional, Federico II, en lucha contra el papado, padrino del Imperio latino, fue aliado de los soberanos griegos de Nicea. No causará sorpresa que en las iglesias orientales la caída de la Constantinopla griega fuese saludada con alegría, y los latinos considerados como los sucesores de los romanos, dueños legítimos de la ciudad.[11]

El Oriente latino, reducido a una franja costera cortada por el enclave musulmán de Lattaquieh, ganaba, quizá, en concentración de su población franca (volveremos a hablar de su papel en el comercio). El principado de Antioquía y el condado de Trípoli se encontraban reunidos en las manos de los mismos príncipes, pero, separados por el enclave musulmán, no estaban verdaderamente unificados. Antioquía, enemiga de los armeniocilicianos antes de llegar a ser más tarde su vasalla, no se preocupaba de los asuntos del sur, ni, por lo tanto, de las cruzadas; la realeza de Jerusalén, reivindicada por Federico II, no le concernía directamente. El reino de Chipre pertenecía a dos ramas distintas de la familia de los Lusignan, pero, mientras en la isla se conservaba una monarquía relativamente fuerte por encima de los feudatarios inmigrados, en el reino los azares de la sucesión entrañaban un deterioro de la institución monárquica: la toma del poder por Federico II, al que la mayoría de la nobleza local se oponía, no pudo detenerlo. De cualquier manera, la importancia de las concesiones hechas a ciertas grandes familias, a las órdenes militares y a los italianos dejaba pocos recursos al gobierno real, ahora privado del interior. Las luchas entre estos diversos poderes impidieron toda acción coordinada. Un reflejo de resistencia a los pe-

ligros exteriores provocó en Antioquía la formación de la única comuna perdurable que conoció el Oriente latino; las tentativas ulteriores en Acre y otras partes, más próximas al modelo italiano seminobiliario, semiburgués, fueron más o menos efímeras, ligadas, como estaban, a la lucha de los partidos.

Su debilidad hizo que el Oriente latino dependiera crecientemente de las potencias europeas. Sin embargo, esta misma debilidad incitó también a la mayor parte de los francos de Oriente a buscar un *modus vivendi* pacífico con sus vecinos musulmanes, en pro de la seguridad militar y del desarrollo del comercio. Esta situación se complicó con otros factores: Occidente estaba desgarrado por sus propios conflictos, en particular, en el segundo y tercer cuartos del siglo XIII, por la nueva lucha del papado contra el imperio (o sus aliados y herederos), conflicto este que iba a tener repercusiones sobre el Oriente latino. Por otra parte, el papado no había admitido el fracaso de las cruzadas, de las cuales tomó ahora la iniciativa, pero la voluntad de cruzada seguía siendo un hecho occidental, que el Oriente latino acogió con tanta más tibieza cuanto que se le escapaban la concepción y la dirección. De hecho, se tratase del papa o de Federico II, los cruzados son sobre todo meridionales. Estamos en la época en la que se desarrollaban la monarquía francesa y la inglesa, pero, ocupadas en su política europea, se desinteresaron de Oriente.

Al mismo tiempo, sin embargo, se constata también la creciente dependencia del Oriente latino frente a Occidente. En el siglo XII el clero se reclutaba en gran medida allí mismo; en el XIII todos los obispos fueron enviados por Roma,[12] con la diferencia de mentalidad que esto implicaba: se conoce el desprecio de Jacobo de Vitry por los *poulains*, "potros".[13] Se trataba, es verdad, de la política del papado, que suscitaba reacciones en diversos países, pero las consecuencias eran graves en el Oriente latino, cuya dependencia se enfatizaba y donde, llevando al plano local la guerra entre el papa y el emperador, se acrecentaban el desor-

den y la debilidad, que tenían ya suficientes razones. Ésta habría de ser después cuestión de los misioneros.

Los armenios fueron los únicos cristianos de Oriente que aprovecharon las circunstancias para constituirse progresivamente en un poder regional autónomo: en 1197 León I encontró modo de hacerse otorgar en Cilicia una corona real, bendecida simultáneamente por los dos emperadores, el alemán y el bizantino, y por el papado, al que hizo esperar una unificación de su Iglesia en Roma. La situación era delicada: León y sus sucesores, aunque sin participar en ninguna cruzada, se sabían atados a la suerte del Oriente latino. Los barones francos se habían establecido en la planicie ciliciana; las órdenes militares, en particular la nueva orden teutónica, contribuían a la defensa del país, y la aristocracia armenia aspiraba, a pesar de su nacionalismo, a hacerse reconocer como miembro de la sociedad feudal del Cercano Oriente latino. Al igual que Chipre, ofrecía a los mercaderes italianos una base más segura, en caso de ataque musulmán, que los puertos sirios. Sin embargo, la masa armenia estaba fuertemente apegada a una Iglesia nacional sin compromisos: era difícil no tener en cuenta a los armenios de la Gran Armenia, aunque el reino ciliciano, desde el punto de vista eclesiástico, se hubiera separado de ellos; difícil sobre todo era no tomar en consideración a todos aquellos que seguían siendo numerosos en la región del Éufrates medio y temían la hostilidad de sus amos musulmanes si parecían inclinarse del lado franco. El conflicto que durante medio siglo opuso a los armenios de Cilicia y a los francos de Antioquía pudo complicar el juego sin modificar los datos fundamentales. La reconciliación obtenida *in extremis* por san Luis entre los dos estados confería una preeminencia oficial a la dinastía armenia sobre Siria del norte, al mismo tiempo que la penetración del derecho franco en suelo ciliciano provocaba la traducción armenia de las *Audiencias de Antioquía*, ordenada por el condestable Sempad, hermano del rey, y que por una paradoja de la historia es la única forma en la que este texto ha llegado hasta nosotros.

No cabe insistir aquí sobre el reino georgiano, pero se puede recordar que estamos en la época en que alcanza su mayor poder, extendiéndose también sobre una parte de la Armenia tradicional, y buscando seguridad a la vez del lado ruso, en Trebisonda, entre los selyúcidas del Asia Menor y otras partes. No tenía relaciones directas con el Oriente latino, donde no se oía hablar de los georgianos más que a propósito de los monasterios que su Iglesia sostenía en Jerusalén.

Los selyúcidas de Rum están entonces en el apogeo de su poder. Tienen una política de expansión sobre los confines musulmanes sirio-djezirenos que culmina con la toma de Amid en 1236; pero su actitud en las otras fronteras, en general cristianas, es de neutralidad o de paz. Las razones que los impulsan a poner el acento sobre la política del este son poco claras. ¿Se trata de una voluntad de expansión normal en todo Estado fuerte incitado a aprovechar las divisiones de sus rivales? Habían unificado en beneficio propio el Asia Menor oriental; ¿querían incorporar a todos los países que tenían una parte de población turca o neutralizar las intrigas que podían allí anudarse? ¿Pensaban que cuanto mayores fueran sus flancos mejor romperían las ofensivas que se perfilaban en el horizonte? Sea lo que fuere, se constata a principios del siglo una política agresiva sobre el Tauro occidental, en otro tiempo bizantino y ahora armenio, política que reducen en el segundo cuarto de siglo pero que los había comprometido, de acuerdo con el pequeño ayúbida de Alepo, a apoyar a los francos de Antioquía contra los armenios más o menos aliados de los grandes ayúbidas. Conquistaron las salidas del mar: al norte Sínope y Samsun y al sur Antalya,[14] a expensas de las provincias antes bizantinas, pero que no pertenecían ya al Estado de Nicea, heredero de la tradición bizantina. Con éste, las relaciones oficiales fueron correctas, en ocasiones cordiales, aunque en sus fronteras noroccidentales los turcos mantuvieron una cierta tensión. Se mantienen buenas relaciones, por precaución, con los francos de Constantinopla, pero sin llegar a ayudarlos; quizá no se tiende a cambiar de vecinos sacrificando a los griegos concen-

trados en el Estado de Nicea, que han organizado la defensa de manera más eficaz de lo que estaba en tiempos del Imperio balcano-anatolio. La memorable expedición de Crimea podía perjudicar a los griegos de Trebisonda, que habían sucedido a los de Constantinopla después de 1204 como potencia protectora, y podía, quizá, dañar a algunos italianos, pero ciertamente no afectaba a los griegos de Nicea. Con los italianos mismos, sobre todo los venecianos, como con los chipriotas, se buscan acuerdos comerciales fructíferos. La emoción suscitada en 1231 por la invasión khwarizmena no hace sino reforzar esta política; si bien provoca momentáneamente una alianza selyúcida-ayúbida, esta alianza cede su lugar, en el momento en que pasa el peligro, a una ruptura más grave, que refuerza la voluntad de paz en las otras fronteras. Las dificultades interiores del reinado de Kay Khusrau II acentúan esta política, y una alianza matrimonial inaugura una colaboración con los georgianos; otras uniones estrechan los lazos de los turcos de Qonya y de los griegos de Nicea.

El desarrollo del Estado y las desgracias de Irán atrajeron hacia los selyúcidas de Rum un número creciente de iranios que contribuyeron a la organización de un sistema administrativo y a la elevación cultural del país, con la excepción de los turcomanos fronterizos que permanecen al margen.[15] El territorio selyúcida se convierte así, con sus características propias, en una rama de la civilización iranoturca musulmana, más que del mundo árabe; se mencionarán, sin embargo, dentro de un momento, sus lazos privilegiados con el califato, y quizá, hasta cierto punto, con el Occidente musulmán.

Ningún texto nos explica la actitud de los ayúbidas al-Adil y al-Kamil hacia los francos. No es menos evidente, a juzgar por los hechos, que desearon la coexistencia pacífica: la política de Saladino había costado cara y bien se sabía que no podrían suprimirse los apoyos obtenidos por él, con gran esfuerzo, de los príncipes circundantes. Sus rivalidades mutuas, agravadas según

se aproximan los khwarizmenos, y después los mongoles (véase *infra*), les impedían desviarse en expediciones azarosas, y los llevaban incluso a desear el apoyo de los francos o de un partido franco. De cualquier manera estos últimos ya no eran peligrosos y parecía que el resurgimiento de Europa permitía hacer con ellos negocios fructíferos. Más tarde esto provocaría inconvenientes para la economía del Cercano Oriente; pero no era posible percatarse de ello en la primera mitad del siglo XIII. Esta política coincidiría, por cierto, con los deseos de una gran parte de los francos de Oriente, tanto como de los mercaderes italianos,[16] pero se vio contrariada por el hecho de que fue precisamente entonces cuando las potencias cristianas de Occidente organizaron las cruzadas.[17] Éstas, se sabe, difieren en sus motivaciones, su organización y sus resultados.

La de 1200, aunque confiada a los señores laicos, por la prematura muerte del emperador Enrique VI, fue impulsada por el papado. Culminó, de hecho, con la toma de Constantinopla a principios de 1204. Los cruzados que llegaron hasta Siria fueron demasiado poco numerosos como para ejercer alguna influencia allí. Por otra parte, los venecianos se habían apropiado, en el Imperio bizantino, de la parte del león, en detrimento de las otras ciudades mercantiles, de lo cual resultó, particularmente con los genoveses, una tensión que, aunque no nueva, se vio agravada. Se sabe que los genoveses, con la ayuda de sus compatriotas, los condes de Malta, intentaron disputar a los venecianos Creta, principal escala en el Mediterráneo oriental sobre la ruta de Egipto; menos énfasis se ha hecho en que enviaron una embajada extraordinaria ante al-Adil, que la retuvo muchas semanas y paseó al embajador a través de Egipto, con gran escándalo de sus súbditos. Se recuerdan los lazos privilegiados que los ayúbidas, y especialmente al-Adil, establecieron con los genoveses; es difícil escapar a la impresión de que se había concretado una negociación contra los venecianos entre el sultán y la república de Génova. Militarmente, nada resultó de ello, por razones que ignora-

mos. Políticamente esta situación habría de perdurar, aunque el anuncio de la quinta cruzada llevó a al-Adil a reconciliarse con Venecia, mientras los genoveses se resignaban a hacer lo mismo en el Imperio latino. Es posible que Pisa también haya tenido una política mediterránea; es la época en que los aventureros pisanos se apoderan momentáneamente de Siracusa en Sicilia, y de Antalya en el Asia Menor ex bizantina.[18]

La quinta cruzada, comandada por el legado del papa, presenta la originalidad de ser, si no el primer ataque contra Egipto, al menos la primera cruzada directamente dirigida contra este país, considerado desde luego como el centro del poder musulmán en Cercano Oriente. Sin duda, ni los cruzados ni los mercaderes pensaban conquistar Egipto. Pero la ocupación de los puertos egipcios constituía una base de intercambio para la recuperación de toda Siria-Palestina o parte de ella. La cruzada terminó en un desastre, parcialmente a causa del retraso del joven Federico II, a quien el papa presionó a participar.[19]

Algunos años más tarde Federico II hizo una expedición que la historiografía clásica numera como la sexta cruzada. Su objeto era aprovechar lo único que quedaba de la familia real de Jerusalén, una joven heredera, para unir a sus coronas del Imperio y del reino de Sicilia la muy prestigiada de Jerusalén. Retomó así, en nuevas condiciones, la política de sus antepasados normandos.[20] Pero Federico II, que entre tanto se había indispuesto con Roma, partió excomulgado para esta expedición, la cual tomó entonces un carácter antirromano y no pudo contar con recursos cristianos.[21] No tenía Federico otro recurso para alcanzar el éxito que recurrir a la vía diplomática. Esto coincidió con los deseos del sultán al-Kamil (véase *infra*) y se firmó la paz con algunas reservas, mediante la restitución de Jerusalén al reino. Aunque la motivación de ambos soberanos fue política, implicó un comportamiento de mutua consideración y tolerancia que escandalizó por igual a los francos y a los musulmanes de Siria.[22] Por lo que toca a Federico, con frecuencia se ha querido explicar su ac-

titud por su largo contacto de juventud con la sociedad de civilización mixta de Sicilia. Es verdad que esta experiencia le facilitó comprender ciertas cosas, y se puede admitir que las relaciones científicas que supo establecer con algunos sabios musulmanes no tuvieron exclusivamente una intención de propaganda. Sin embargo, no hay que olvidar que el mismo Federico II, para tener paz en Sicilia, deportó a los musulmanes a Lucera, en Italia meridional, donde, rodeados por todas partes de cristianos, quedaron condenados a extinguirse. El realismo político le hizo aplicar en Oriente su política musulmana, la que prosiguió aún en el tiempo de la cruzada de san Luis,[23] y que su sucesor Manfredo habría de continuar.[24] Es posible también que haya esperado reanimar el comercio de los puertos italianos meridionales con Oriente;[25] pero allí las plazas estaban ya tomadas y los italianos del norte, aunque atracaran en sus puertos, siguieron siendo los amos del comercio. Sobre el tablero político general, Federico, como los musulmanes, fue el aliado del "Imperio" griego de Nicea contra el Imperio latino de Constantinopla.[26]

Durante ese tiempo se habían producido en Oriente acontecimientos que, aunque en el origen no guardaban relación con los del Cercano Oriente, habrían de tener consecuencias para éste. Sobre las ruinas del Imperio selyúcida se había constituido, a partir de la provincia del Khwarizm (Amu-Daria), un vasto estado que englobaba el Asia Central musulmana y una parte de Irán. Tenía un fuerte ejército de turcos llamados khwarizmenos que en realidad eran los qiptchaqs de la estepa euroasiática. Más lejos, Tshingiz-Kan (Gengis Kan) comenzó a confederar a las tribus mongolas y turcas orientales. La matanza de una caravana de mercaderes sospechosa de contener espías provocó la ruptura entre las dos potencias. En 1217 el Khwarizmshah Muhammad resultó derrotado y fue a morir en una isla del mar Caspio, mientras los invasores devastaban atrozmente el país. Su hijo Djalal al-Din Manguberti alcanzó a reunir las tropas khwarizmenas y durante una docena de años obtuvo a punta de espada, siempre

acosado por los mongoles, posesiones del Irán central y después del occidental, antes de acabar aplastado por haber querido invadir el Asia Menor selyúcida; fue muerto en su huida por un campesino kurdo. El terror que había inspirado y el poder regional que representara condujeron a los pequeños príncipes ayúbidas y a otros a buscar una alianza entre sí, y la conciencia de este peligro fue una de las razones que incitaron a al-Kamil a entenderse con Federico II. Ninguno de estos príncipes pareció considerar que la invasión mongola, que no sobrepasaba todavía Irán, podía merecer atención.

Éstas fueron sin embargo las consecuencias de estos acontecimientos que perjudicaron aún más las relaciones entre francos y musulmanes. Muerto al-Kamil (1238), sus herederos disputaron. Al-Salih se apoyó en los temibles khwarizmenos, quienes, reagrupándose cada vez más al oeste, se buscaban un empleador. Contra ellos los otros ayúbidas, mediando cesiones territoriales menores, solicitaban la ayuda de los francos. Los coaligados se dejaron batir, y Jerusalén fue retomada (1244); la noticia provocaría la cruzada de san Luis. Pero los khwarizmenos se debilitaban, y al-Salih, en Egipto, optó por aumentar su ejército de mamelucos turcos mediante compras masivas. Era necesario emplearlos en algo y, en vísperas de la llegada de los nuevos cruzados, se le ocurrió hacerlo en las operaciones de la guerra santa. En esos días sucedieron a la vez la muerte de al-Salih y el desembarco de los franceses. El ejército de los mamelucos tomó el poder por su cuenta, dando inicio a un régimen original que resultó perdurable.[27]

La cruzada de Luis IX se presenta como un paréntesis anacrónico en un desarrollo histórico que apenas modifica. Diremos de ella algunas palabras. Se sabe que si el iniciador y el jefe de la expedición es en este caso un soberano, su motivación es una piedad comparable a la de los primeros cruzados, aun si se tiñe con el espíritu misionero que comenzaba entonces a salir a la luz. La cruzada no pertenece menos al siglo XIII por las transacciones fi-

nancieras a las que dio lugar con los transportistas italianos, esta vez los genoveses, como en tiempos de Felipe Augusto, y por el destino egipcio que tomó, casi sin participación militar del Oriente latino. Se sabe que acabó en un desastre, con la captura del rey y sus caballeros. Liberado mediante rescate y demorado cuatro años en Oriente, Luis IX debió convencerse de que, por el momento, no tenía nada mejor que hacer que intentar aprovechar las discordias musulmanas (entre mamelucos de Egipto y ayúbidas de Alepo, entre otras), y tratar de conciliar a los partidos francos enemigos;[28] llegó a restablecer la paz entre la monarquía armeniociliciana y Antioquía (véase *supra*), pero no entre genoveses y venecianos. Una cosa es cierta: Luis IX no se comportó ni como soberano ni como señor feudal, en lo que difiere de Federico II y desde luego de su propio hermano Carlos de Anjou.[29]

Se constata que la mayor parte de las comunidades cristianas de Oriente tuvieron entonces una especie de renacimiento cultural, en el cual, por otra parte, sería vano atribuir un papel al Oriente latino o a los misioneros. En el caso de la Iglesia monofisita el instrumento de este renacimiento fue la lengua siriaca, aunque los fieles utilizaban el árabe como idioma corriente. Las *Crónicas* de Miguel el Sirio y del Anónimo de Edesa son buenos testigos de ello. El apogeo lo alcanza en el ambiente del Imperio mongol Gregorio abu'l-Faradj, llamado Bar Hebraeus, cuya producción es muy variada y su información políglota; por otra parte, para hacer su gran crónica accesible a un amplio público, la tradujo, un poco compendiada, al árabe. Las otras confesiones cristianas de Oriente se expresan todas en árabe; éste es el caso, en Irak, de Mari b. Suleimán, nestoriano, y de algunos autores melkitas de Siria, para no hablar de los maronitas. La comunidad más intensa es la de los coptos de Egipto. Seguían teniendo un considerable papel en la administración y el comercio interior del país, con lo que se destacan de la decadencia de los cristianos en los Estados de Asia. Resultó de esto una animosidad creciente

contra ellos —de la que dan testimonio, sin esperar la época mameluca, los panfletos de Nabulsi—, que en el tiempo de las cruzadas los hacía a veces sospechosos de complicidad con los francos.[30] Produjeron entonces una obra histórica (al-Makin) y jurídica importante (los Banu 'Assal),[31] aunque, paradójicamente, éste sea el momento en que se interrumpe la historia de los patriarcas de Alejandría.

Por el contrario, según Maimónides, está en decadencia la actividad intelectual de los judíos de Oriente, que no encuentran ya, en las nuevas actividades del mundo musulmán, el favorable ambiente de los tiempos clásicos. Su orientación sigue una curva un poco comparable a la de los musulmanes, pero será más bien en el lado de Europa, e independientemente del islam, donde se desarrollen las corrientes paralelas.

También, en otro plano, la iniciativa llega de Occidente. Con frecuencia se ha presentado el movimiento misionero, que se desarrolla en el siglo XIII, como una especie de apéndice de las cruzadas. Desde luego, como ellas, se vincula con la atención prestada al islam y a las iglesias de Oriente, y algunos han podido concebir que la cruzada tuvo por objeto permitir a los infieles oír la palabra de Cristo. Pero se ha visto que toda idea de evangelización parece haber sido ajena a los latinos de Oriente en el siglo XII. Ni la orden de los benedictinos, a la cual se vinculan los establecimientos latinos importados de Occidente, ni, por otra parte, las órdenes nativas se propusieron jamás una misión de conversión, que en territorio musulmán habría sido impedida. En Europa Oriental los cistercienses desarrollaron una actividad de este género, pero la orden no puso pie en el Oriente latino sino hasta principios del siglo XIII, con representantes puramente occidentales. Una verdadera idea misionera apareció con las órdenes mendicantes de los franciscanos y los dominicos. Al principio, el anhelo de difundir la fe los puso en contacto con los musulmanes de España y del Magreb, y la inspiración llega siempre de Occidente, hasta Ramón Lulio y más allá. Un relato se-

milegendario muestra a san Francisco yendo a visitar al sultán al-Kamil. Pero el verdadero trabajo de su orden en Oriente comenzó después de su muerte, cuando la voluntad de que así se hiciera llegó al papa Inocencio IV. En las misiones entonces enviadas hay que distinguir dos categorías. Unas estuvieron provocadas por la aproximación de los mongoles que hacían manifiestas sus victorias sobre los selyúcidas de Asia Menor en 1243; los mongoles, como en el siglo precedente los qarakhiteses, combinaban todas las religiones de Asia Central, incluido el cristianismo, y refiriendo a ellos la historia del Preste Juan, se puede pensar que las negociaciones político-religiosas eran posibles. Pero para el papado se trataba ahora menos de convertir a los musulmanes que de intentar lograr la unión de las iglesias de Oriente, mediante una especie de frente común ante el islam, forma de predicación que los Estados musulmanes podían tolerar. La inocente ingenuidad de los misioneros, convencidos de que bastaba predicar la verdadera fe para hacer evidente la verdad y ganarse a quienes la habían ignorado, chocó con la decepción de la experiencia, aun en los países en los cuales los mongoles, convertidos en amos, permitían a los misioneros dirigirse a los musulmanes. Estos misioneros irían abriéndose poco a poco a la idea de que podía haber cualidades reales en el islam. En cuanto a las iglesias orientales, se habría podido pensar que los misioneros encontrarían un apoyo ante los latinos de Oriente, demasiado debilitados para triunfar por sí solos sobre el islam. De hecho, su papel consistió exclusivamente en procurar una base territorial a ciertas misiones, y sucedió incluso que, ante la dificultad de encontrar allí un número suficiente de clérigos, se designaban franciscanos o dominicos, que se veían llevados a considerar el Oriente latino mismo como territorio de misión. La idea de unión de las iglesias era utópica y se malogró. La mayoría de los cristianos orientales eran ajenos al Oriente latino, y además de que estaban apegados a sus características peculiares, podían temer provocar el malhumor de sus amos musulmanes si se acercaban a los latinos. Incluso cuando se trataba, como en el caso de los melkitas, de

cristianos que vivían en los límites del Oriente latino, fue el mismo clero latino el que hizo naufragar los proyectos del papa. Éste había deseado que la Iglesia griega de Oriente fuera asimilable a las otras iglesias, a las cuales se podía dotar de un estatuto autónomo, de manera de poner fin, en Antioquía sobre todo, a la interminable querella entre griegos y latinos. Pero cualquiera que fuese la Iglesia de que se tratase, la unión esperada por el papa habría tenido por consecuencia práctica un golpe al predominio del clero latino y la obligación de una partición más equitativa de las rentas. Los proyectos zozobraron, pues, y las catástrofes del Oriente latino en la segunda mitad del siglo no pudieron favorecer su renovación. Es también, por otra parte, la época en que naufragan las esperanzas nacidas de las negociaciones directas entre Roma y Constantinopla, recuperada por los bizantinos.[32]

Se ha visto que el califato se había desinteresado casi por entero de la lucha contra los cruzados, aun en tiempos de Saladino, a pesar de los esfuerzos de este príncipe, y aunque la desintegración del sultanato selyúcida le había proporcionado algunos medios. En política exterior, Bagdad se interesaba siempre más por el peligro llegado de Irán que por otros, y la época de la tercera cruzada era también la de la expansión khwarizmena. La situación sigue siendo la misma *a fortiori* durante los momentos de paz entre los ayúbidas y los francos. Después, cuando el califato se encontró enfrentado a la formación del sultanato de Djalal al-Din Manguberti, y esperando a los mongoles, hubo quienes acusaron al califa al-Nasir de haberlos llamado contra los khwarizmenos. Peligros éstos ante los cuales, hay que reconocerlo, los príncipes sirios y egipcios parecían tan completamente indiferentes como lo estaba el califa ante los de ellos. No es que el califa al-Nasir en particular (1180-1222) no se preocupara por el poder y la gloria del califato: los buscaba de otra manera. A falta de una reunificación política del mundo musulmán en torno a sí, procuró al menos restituir a la institución que representaba una

nueva autoridad moral[33] y empezó por Bagdad, para aglutinar a su alrededor a todas las capas de la sociedad, sin distinción de secta religiosa. Anteriormente se dijo ya algo acerca de esas organizaciones populares llamadas *futuwwa;* a diferencia de sus predecesores, que las combatieron —en vano, por otra parte—, se adhirió a ellas e hizo entrar a la aristocracia. Después se aplicó a convencer a todos los príncipes musulmanes del Cercano Oriente de que se incorporaran personalmente a esta especie de orden que había así instituido, a fin de que realizasen entre sí el mismo proyecto social. En este aspecto la cosa fracasó, pero de ella quedó en la aristocracia una especie de organización informal privilegiada, que dio al primer orientalista que la descubrió en el siglo XIX la impresión de que abarcaba a las órdenes de caballería de la baja Edad Media occidental. Sucedió, por otra parte, que las reformas de al-Nasir correspondieron cronológicamente a la organización, por los selyúcidas del Asia Menor, del Estado musulmán que el siglo XII no pudo sino esbozar. Los selyúcidas eran completamente indiferentes, igual que el califa, a toda idea de solidaridad musulmana ante las nuevas cruzadas, y también se ocuparon muy poco de combatir a los bizantinos. Hacia el exterior volvieron primero los ojos a Irán, que sus antepasados habían atravesado y de donde afluían ahora los cuadros civiles y religiosos que les ayudaban a estructurar su régimen. Es así como se desenvolvió entre ellos una forma de *futuwwa* inspirada en la de al-Nasir, que confirió a este califa un prestigio al que, sin embargo, pronto pondría fin la conquista mongola.

En estas condiciones se comprende que el sentido de la comunidad (*umma*), si bien subsistía, no se organizó ya en torno al califato. Irán vivía de su vida propia, lo cual pronto acentuó la conquista mongola. En los países árabes es Siria, además de Egipto, y a pesar de la cruzada, la que representa en adelante el polo de atracción. Entre los soberanos, se ha visto que Saladino no llegó a interesar en la lucha común contra los francos a los musulmanes de Occidente; los de Oriente tenían otras preocupaciones

más inmediatas que la reiniciación de las ofensivas cristianas en España, que van a reducir el dominio del islam al reino de Granada, o las consecuencias de la caída de los almohades en el Magreb. A través de las cartas y de los sabios se ha visto, desde el siglo XII, lo que fue la diáspora siciliana; en el XIII, es en el Oriente ayúbida donde van a acabar su vida el místico Ibn Arabi, el botánico Ibn Baytar y el polígrafo Ibn Said. Volveremos sobre este papel que desempeña Siria.

XVI. LA ORGANIZACIÓN COMERCIAL Y MONETARIA

Las condiciones del comercio en la primera mitad del siglo XII no son idénticas a las del periodo precedente. La importancia relativa de Egipto disminuye, quizá como consecuencia, por una parte, del descenso de su producción aurífera[1] y del descubrimiento en Anatolia de un alumbre rival del suyo,[2] y, por otra, del control más estricto, impuesto por el papado, sobre la exportación occidental de interés militar, madera y hierro incluidos[3] (el que quizá no impidió a los italianos llevarlos al Asia Menor). Por otro lado, la caída de Constantinopla había desorganizado en gran medida el mercado bizantino. Venecia se había reservado la parte del león en los beneficios negociados, pero ¿cuáles eran esos beneficios? La corte de los emperadores bizantinos había desaparecido y no eran los pequeños sucesores latinos ni tampoco sus epígonos griegos los que podían remplazarla comercialmente. Es verdad que la cruzada había hecho saltar el cerrojo del Bósforo, y los venecianos podían ahora entrar en el Mar Negro, en lugar de los griegos. Pero esto no bastó para aumentar la demanda comercial, y si bien siempre hubo comercio de pieles, de esclavos, etc., procedentes de los territorios rusos, los griegos y los nativos de Crimea lo orientaron, en adelante, ya hacia Trebisonda, ahora su protectora, ya, cuando los selyúcidas se abrieron una salida al mar por Samsun y Sínope,[4] hacia su Estado bien organizado, procurándole así una cierta clientela.[5] Siwas, el principal nudo caminero del Asia Menor central, es desde entonces un gran centro comercial, y es difícil creer que las caravanas no lo hayan aprovechado para la Siria musulmana.[6]

Es verdad que los artífices de estas relaciones, al menos en el Mediterráneo, son todavía los italianos y de manera secundaria

los provenzales,[7] los de Ragusa, los de Ancona, etc., que son los artesanos. Los veremos frecuentar, sin duda para sus compras, un número creciente de pequeños puertos, y pronto, convencidos de la insuficiencia de los territorios grecolatinos de Europa, no tienen escrúpulos para tratar con los griegos de Nicea,[8] y con los selyúcidas, quienes acaban de arrebatarle en las costas meridionales el puerto de Antalya a un aventurero pisano.[9] A través de Chipre llegan al joven reino armenio de Cilicia. Y regresamos así al Oriente latino y al Cercano Oriente musulmán.

El reagrupamiento de los francos sobre el litoral, y en particular en Acre, hizo de esta ciudad un mercado comercial importante, y no es casual que fuese entonces cuando se estableció la tarifa aduanera que nos han conservado las *Audiencias de los Burgueses*, y de la cual hablaremos después. Sin embargo, el principado musulmán de Alepo tiene ya acceso al mar por el buen puerto de Lattaquieh, y los italianos se hacen otorgar el derecho de comerciar con él, con la ventaja, sobre los puertos francos, de que las caravanas interiores lo alcanzan sin atravesar fronteras. Como en el antiguo Imperio bizantino, los italianos mismos entran ahora hasta las capitales interiores, Alepo, Damasco (donde son conocidos los florentinos)[10] y Qonya, en Asia Menor, donde un genovés y un veneciano llegados del Oriente latino se reparten el monopolio de la exportación del alumbre.[11]

Estos hechos no reducen la importancia de los puertos del Oriente latino.[12] La repetición de las cruzadas, aunque ciertos italianos participen en ellas haciéndose pagar, obliga a los mercaderes a tener refugios seguros en países cristianos. Y aun en tiempo de paz los barcos que hacen el circuito triangular Occidente-Siria-Egipto suelen preferir hacerlo en este orden, y no pasando primero por Egipto, donde podrían quizá retener las mercancías destinadas a los francos. Después de la tercera cruzada poseen en Acre y en Tiro verdaderos pequeños territorios autónomos, cuyo equivalente no hubiesen podido encontrar en Egipto, aunque las disposiciones les hubieran sido favorables. Pe-

ro esto acentúa evidentemente la rivalidad entre ciudades que envenena al Oriente latino.[13] En la guerra llamada de San Saba (1255-1259) se produce una especie de contradanza: los venecianos expulsados de Tiro se instalan en Acre, de donde expulsan a los genoveses.

No sabemos bien si la invención de la brújula transformó rápidamente las condiciones de la navegación. Y tal vez nunca se pueda concluir la discusión sobre el origen de la brújula: el aumento de la circulación marítima incitó, ciertamente, a mejorar el uso de la aguja magnética, conocida por los chinos; el primer testimonio preciso parece ser el de un autor musulmán, Qibtshaqi,[14] refiriéndose a un navío franco en Trípoli, hacia 1240.

Conservamos, acerca de Acre, una lista (en dos partes) de tarifas aduanales; algunos artículos se remontan al siglo XII, pero el conjunto, incrementado sin duda por adiciones sucesivas en la medida de las circunstancias y de las necesidades, refleja la situación en la primera mitad del siglo XIII.[15] Esta lista tiene la particularidad de que no figura en ella ningún artículo importado de Europa, ni siquiera aquellos que, según sabemos con toda seguridad, llegaban en cantidades apreciables. Sin duda esta ausencia se debe a que casi siempre los bienes en cuestión eran importados con franquicia en los distritos italianos.[16] Se alude a algunos productos llevados por mar (el único ejemplo explícito es una partida de azúcar), esencialmente de Egipto, y a diversas "especias" de Oriente cuyo camino de llegada no se precisa, y que pudieron tanto haber sido transportadas en caravanas, por tierra, del interior de Siria o de Egipto, como por mar, también de Egipto; en conjunto, sin embargo, debe tratarse casi exclusivamente de comercio terrestre y nativo, y los otros productos son todos del territorio franco mismo o de la "paganía", entendiendo con esto sobre todo la cercana Siria musulmana. Una parte considerable son pequeños objetos de consumo local, que debían interesar poco a los mercaderes italianos; sin embargo, las especias, y algunos otros artículos, azúcar, lino, algodón, seda, alumbre, podían in-

teresarles aunque encontrasen su equivalente en otras partes, sin que se pueda saber en qué medida lo que entraba al mercado de Acre excedía el consumo o la reexportación local.

Hemos dicho que las colonias mercantiles en el Oriente latino habían llegado a ser casi pequeños Estados autónomos, y lo mismo, si no más, se aplica a los venecianos del Imperio latino. La situación era diferente en los Estados musulmanes, pero la evolución se produce en el mismo sentido: los distritos italianos tienen cada uno su *funduq*, que en adelante rigen ellos mismos, y se ocupan de las operaciones de desembarco, almacenaje, etc., que en el siglo precedente habían dependido de las autoridades del país. En lo sucesivo no es ya el *waqil* quien se ocupa de los intereses de los mercaderes, sino que cada colonia tiene uno o varios cónsules. Si las renovaciones de privilegios se hacen menos frecuentes, es porque nada hay en ellos que agregar o modificar.

No se encuentran casi en los puertos de los francos, ni tampoco en Damasco o Alepo, mercaderes procedentes del lejano Oriente, pero sí muchos del interior mesopotámico. Dos ciudades parecen destacar a este respecto: Harrán y Mosul. Los mosulitanos no eran conocidos como tales en los textos árabes, y aparecen en cambio como una categoría confesional o profesional en los textos francos del siglo XIII;[17] como su confesión (fracción oriental de los monofisitas) no estaba representada en las comunidades nativas de Siria, son sin duda los mesopotamios llegados por negocios, como aquellos a los que Ibn al-Athir[18] encargaba que hicieran fructificar una parte de su capital. Acaso se contaban también entre ellos ciertos famosos artesanos del cobre, a los cuales se debe, por ejemplo, la gran pila llamada "bautisterio de San Luis" del Museo del Louvre (que pudo ser adquirida en otra parte).

En cuanto a la ciudad de Harrán, en el corazón del gran meandro occidental del Éufrates, importante escala de la ruta de Mosul a Alepo, fue en otro tiempo el centro de la secta original de los sabiens, pero, después de tres siglos, estaba islamizada, y

de ella habría de proceder, poco antes de su destrucción por los mongoles, la familia del gran doctor Ibn Taymiya, establecido en Egipto. Pero el papel de Harrán parece haber sido en ese momento sobre todo mercantil, a juzgar por el número de comerciantes harranios que se encuentran en Bagdad y en Siria, e incluso en Adén y en China; el historiador de la ciudad, Hamad b. Hibatallah abul-Thana había comerciado de Khurasán a Egipto.[19]

Los artesanos-artistas, que grababan escenas sobre los objetos de cobre, asocian a los temas musulmanes otros temas, admisibles para los musulmanes, pero tomados de las Escrituras judeocristianas, ya sea porque estos artesanos eran cristianos (quedaban muchos cristianos en la alta Mesopotamia), ya sea, simplemente, para que los objetos pudieran ser ofrecidos indiferentemente a clientelas de diversas confesiones, incluidos los francos.[20]

La importancia de Mosul, centro cultural (el historiador Ibn al-Athir, etc.), industrial y comercial se debió, en parte, a la existencia de una dinastía autónoma, pero ciertamente también porque, bajo los turcos (y muy pronto los mongoles), concentrados en Irán noroccidental, se desplazaron hacia el norte las rutas que atraían menos a Bagdad.[21]

El fin del siglo XII y la primera mitad del XIII contemplan profundas transformaciones en el mercado monetario que, a decir verdad, todavía comprendemos mal. Al final del régimen fatimita el oro tuvo tendencia a desaparecer casi por entero de Egipto, quizá, en parte, pero no únicamente, debido a los gastos militares. En tiempos de Saladino la plata desempeñaba en la vida corriente del país el papel capital, pero Saladino intentó remplazar el *waraq* fatimita por un dirham nuevo, más en relación con el sistema sirio, pero que, de hecho, se mostró menos adaptado a las condiciones egipcias; las dos monedas circulaban lado a lado. En el Asia ayúbida el oro conservó un importante puesto y quizá se recobró un poco en Egipto mismo, bajo al-Adil y al-Kamil.

Este último príncipe es el autor de una reforma monetaria a la cual el historiador posterior Maqrizi dio cierta notoriedad y que fue la ocasión del precioso pequeño tratado de Ibn Ba'ra.[22] El significado de esa reforma es discutible. Parece que se trata, más que de una reforma del sistema monetario, de una simple transformación de la forma del dinar. En esa época, por otra parte, circulaban simultáneamente en el Cercano Oriente muchas clases de monedas de oro, con tasa de cambio casi oficial, entre ellas la moneda franca llamada *suri*[23] (del nombre de la ciudad de Tiro, centro de acuñación que se remonta al tiempo anterior a la cruzada).[24]

Sin embargo, se ha visto, la plata reaparece en Bagdad y sin duda recobra su difusión en todo el Cercano Oriente.[25] En los alrededores de 1240 el contemporáneo al-Nabulsi,[26] sin comprender la razón de ello, señala una reducción vertical de la acuñación de oro en Egipto. Doce años más tarde Génova y Florencia inician la primera acuñación de oro que Occidente conoció en cinco siglos (salvo en Italia meridional, donde el "augustal" de Federico II continúa, con una definición nueva, la tradición normanda); ésta se reveló definitiva, y pronto fue imitada por Venecia y por las monarquías europeas.[27] También la plata, en el Oriente no mongol, declinó, obligando al Estado de los mamelucos a orientarse hacia las monedas de cobre. No se ven claramente las condiciones de esta transferencia. Sabemos que los yacimientos auríferos del alto Egipto se agotaban o, al menos, que su explotación costaba ahora más de lo que producía. Pero si esto puede explicar la baja del oro en Oriente, no explica su presencia en Occidente, e ilustres ejemplos muestran que el oro no queda forzosamente a la disposición de quienes fueron los primeros en explotarlo. En Europa pudieron explotarse los yacimientos auríferos hasta entonces descuidados. Todo esto implica que lo que hay que considerar prioritariamente debe proceder del mercado internacional. Los europeos, cuyas necesidades hubieron de aumentar, habían puesto en circulación, para la comodidad de los

pagos, grandes piezas de plata que resultaron ser insuficientes. Aunque durante el siglo siguiente sus nuevas piezas de oro invadieron los países de Oriente, nunca hubo hemorragia de oro en Europa. No podemos medir el lugar que en esto ocupó el oro del Sudán. En el plano local, las nuevas monedas europeas significaron que se podía prescindir en adelante de las de la ciudad de Acre, cuya decadencia, por otra parte, no esperó la caída de las últimas ciudades latinas. En el panorama general se vuelve al problema ya considerado del equilibrio en el comercio de Levante.[28] Nos parece difícil creer, en el cuadro general aquí esbozado, que Occidente tuviese una balanza deficitaria.

XVII. EL PERIODO MONGOL

El periodo mongol es casi un *post-scriptum*, y no se pueden dar aquí más que sus lineamientos, como conclusión de lo que se ha dicho precedentemente, y sin que se considere de alguna manera la fecha de 1292, cuando se produjo la caída de la última ciudad franca en Siria, como indicio de límite alguno, ni siquiera para los francos, puesto que éstos permanecieron en Chipre durante tres siglos más.

La formación del Imperio mongol, uno de los acontecimientos más impresionantes de la historia, es en su origen completamente extraña al Cercano y Medio Oriente, y de ella no tenemos aquí nada que decir. Baste recordar que precisamente porque eran desconocidos, llegados de "detrás de la muralla de Gog y Magog", esos hombres, de aspecto y nombres desconcertantes (mucho más de lo que lo fueron los turcos), aparecen como seres aterradores, lo cual supieron manejar magistralmente para aumentar por el efecto moral[1] las oportunidades de victoria material.[2] ¿No se cuenta, acaso, que un principillo armenio, para asegurar la victoria sobre un rival, vistió a sus soldados como mongoles, y que esto bastó?[3] Comoquiera que sea, en 617/1220 destruyeron el Estado de los khwarizmenos e inundaron el Asia Central;[4] en el curso de los cuatro decenios siguientes ocuparon una parte de Irán, con el Asia Menor (1243), al mismo tiempo que Rusia, y presionaron hasta Silesia (1242) y China. En el primero de estos países aniquilaron el poder terrible de los "asesinos" de Alamut; y en 1258 pusieron fin al cinco veces centenario califato de Bagdad; en 1260 invadieron la misma Siria y llegaron a la frontera egipcia. Las razones de estas victorias, las más grandes que la historia haya registrado, residen, en parte, en el terror que inspiraban, pero también en su notable disciplina, en el arte de utilizar, para espiar y desintegrar al enemigo, todos los recursos del comercio y la oposición de sectas y confesiones; en la combinación de una crueldad despiadada contra los oponentes

(aunque hay que desconfiar de las cifras, fueron los más grandes masacradores de la historia medieval) y de promesas y garantías para los delatores y sumisos; en fin, en cierto arte para organizar, en la medida de las posibilidades restantes, a los regímenes resultados de sus conquistas.[5]

Los mongoles —legítimamente, ya que éstos fueron el medio y el centro organizador— no abarcaron menor número de poblaciones que las que llevaron entre ellos, la mayor parte de cepa turca. Al mismo tiempo que éstos, fueron alcanzados por diversas propagandas religiosas, y se guardaban de apegarse demasiado a una a expensas de las otras. Con el budismo, el cristianismo nestoriano continuaba entre ellos la carrera que había comenzado 700 años antes en Asia Central, y proseguía entre los turcos no musulmanes. También las esperanzas semiapocalípticas expresadas en el siglo XII en la leyenda del Preste Juan[6] tuvieron un nuevo auge entre las poblaciones cristianas del Cercano Oriente, en beneficio ahora de los mongoles; su carácter mismo ayudaba a imaginar que anunciaban, con el fin del mundo, el próximo avasallamiento del islam. Durante más de medio siglo los antiguos territorios del islam tradicional estuvieron dirigidos por jefes que, ciertamente, no perseguían a los musulmanes, pero que, como trataban por igual a todas las confesiones, les retiraron ciertos privilegios, y políticamente se apoyaron sobre quienes se quejaban de los regímenes anteriores, devolviendo las esperanzas a los cristianos y a los shiítas. Las consecuencias se hicieron sentir hasta las orillas del Mediterráneo. Mientras que en el medio musulmán los llamados aislados al *djihad* antimongol se diluían en el espanto, ciertos medios cristianos en territorio musulmán, en particular los armenios de Cilicia, pero también los cristianos de Damasco,[7] se consideraron como los furrieles de los nuevos amos, para recoger algunos beneficios.[8] También los francos, sobre todo los de Antioquía, ligados a los armeniocilicianos, se adaptaron a ellos, lo cual unos y otros pronto debían pagar caro. Otros, es verdad, no llegaron a superar el temor y la confusión

causados por quienes aparecían como los bárbaros absolutos, negadores de toda civilización, frente a un mundo en el que cristianos y musulmanes, por enemigos que fueran, representaban por igual las dos ramas de una civilización de la cual, oscuramente, se sentían salidos por igual. La distancia acabó por permitir que en Egipto se organizara una resistencia en la que los portadores de la esperanza musulmana fueron esos mamelucos, turcos de Rusia meridional, por esta razón quizá menos amedrentados que los árabe-iranios. En 1260 el pequeño ejército mongol que se aventuró en Palestina fue destrozado por ellos; triunfo militar mediocre, por la desproporción de las fuerzas, pero inmenso moralmente. Se cae en la cuenta de que se puede vencer a los mongoles, o por lo menos resistirse a ellos. Los mongoles no desaparecieron, pero Siria fue reconquistada y se estableció una frontera perdurable entre la alta Mesopotamia y el desierto que la protegía. La decadencia de Irak, su ruptura con Irán, por una parte, y con el grueso del mundo árabe, por otra, evolución iniciada bajo los selyúcidas, se acentuó y llegó a ser irrevocable. En adelante la civilización arabemusulmana quiere decir, no ya Bagdad, sino El Cairo y Damasco; el conocimiento del árabe desaparece de Irán; el del persa, lengua de cultura del Irán gobernado por los mongoles, acaba de extenderse al Asia Menor turca.

Políticamente la expansión mongola culmina en la constitución de cuatro Estados: el de Asia Central (Shaghatay) resultará frágil, y más sólidos los de China, Irán (con Irak y el protectorado del Asia Menor) y de la Horda de Oro u *Ordou*[9] (Rusia meridional con protectorado sobre los principados eslavos). Estos dos últimos se levantaron uno contra el otro sin llegar a destruirse. El Estado de Irán (los ilkhans) duró hasta 1335, pero con muchos epígonos; el de la Horda de Oro, después de muchos desmenuzamientos, desapareció sólo a principios del siglo XVI. Los bizantinos en general mantuvieron buenas relaciones con los mongoles de Irán, para resistir mejor a los turcomanos fronterizos (pero en vano) y a la Horda de Oro aliada con los mamelucos que re-

clutaban su ejército sobre su territorio. El aporte étnico y lingüístico fue, en conjunto, débil, y en Rusia los pueblos que se han llamado "tártaros", sinónimo medieval de mongoles, son todos de lengua turca. Religiosamente, el intermedio multiconfesional no duró, pues los mongoles se convirtieron a la religión del islam, que era la de sus súbditos mayoritarios, sedentarios y nómadas; simplemente, mantuvieron el equilibrio entre shiítas y sunnitas. El cristianismo de Mesopotamia y de Asia Menor se redujo; no a consecuencia de las persecuciones, sino de la ruina de las comunidades agrícolas en las que era todavía la religión dominante.

Éste fue en efecto uno de los peores y menos discutibles efectos de la conquista mongola. A diferencia de los nómadas anteriores, ellos, cuyo hábitat ancestral los había habituado poco a esta simbiosis entre economía agrícola y pastoral familiar al Cercano Oriente, se apoderaron, de hecho, aunque quizá sin espíritu de sistema, de las poblaciones campesinas.[10]

¿Qué llega a ser con todo esto el Cercano Oriente: musulmán, franco, armenio? Los mamelucos no vivían sino por y para la guerra. Los ayúbidas pudieron dejar subsistir algunos islotes francos poco peligrosos, pero la experiencia había demostrado que su presencia, a menudo acompañada de complicidad con los mongoles, constituía un peligro grave, y que esta complicidad no podía ser perdonada. La actividad exterior del nuevo régimen se encaminó entonces a liquidar despiadadamente las últimas fortalezas y ciudades francas; algunos puertos fueron, quizá, perdonados de momento en beneficio del comercio. Más allá de los francos, los mamelucos se vinculan a los armenios de Cilicia e intrigan con los elementos antimongoles de Asia Menor.[11]

Se ha dicho ya que por un momento la cristiandad creyó poder aprovechar a los mongoles para encontrar distraído al islam; a eso se debió el envío de misioneros franciscanos y dominicos, a quienes debemos tan preciosos relatos de viajes, pero que no obtuvieron resultado alguno. Entre sociedades tan diferentes, los

malentendidos eran inevitables, y aun del lado cristiano la opinión estaba lejos de ser unánime. Los ilkhans, menos seguros ya de su poder, se sorprendieron al considerar los proyectos combinados de intervención militar occidental y de ofensiva mongola en Siria, en los cuales el Oriente latino no desempeña ningún papel. La desconfianza y, simplemente, la distancia impidieron que los esfuerzos llegaran a sincronizarse. Los mongoles siguieron estando al margen del Estado mameluco, y sin servir para nada a los francoarmenios. Ciertos historiadores modernos, con una nostalgia anacrónica, parecen lamentar que la Europa cristiana no haya sabido aprovechar mejor la ocasión que se le brindó, y olvidan que los mongoles de Europa, prontamente convertidos al islam, no estaban maduros para los cristianos. ¿Y quién habría osado acudir a esos marcianos en busca de auxilio?

La aparición de los mongoles en el Cercano Oriente coincide, en un panorama regional pero importante, con la recuperación de Constantinopla por los griegos. Recuperación de consecuencias limitadas, en el sentido de que no se sigue de ella una reconstitución territorial del Imperio bizantino antes de 1204; limitadas también porque se hizo con la participación de los genoveses; que éstos hayan dejado luego a los venecianos volver al Mar Negro no impidió que los italianos excluyeran más y más a los griegos de un comercio cuya importancia, se volverá a ver, está creciendo.

Por otra parte el papado, inflexible, perseguía en Italia a la descendencia de Federico II, y entregó la herencia del reino de Sicilia y de Italia meridional a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX.[12] No hablaremos aquí acerca de si Carlos retomó inmediatamente las opiniones antibizantinas de sus predecesores y se declaró el vengador de los latinos expulsados. Los desórdenes en el seno de la dinastía de Chipre y de Acre lo condujeron, al mismo tiempo, a retomar por su cuenta en el Oriente latino las antiguas pretensiones de los emperadores. Sus adversarios volvieron los ojos hacia el rey de Aragón-Cataluña, cuya flota a la vez mercan-

til, militar y corsaria iniciaba entonces su desarrollo, nuevo en el Mediterráneo oriental. El conflicto desembocó, en 1285, en las Vísperas Sicilianas, las que, reduciendo a los angevinos a Italia meridional, sin Sicilia, aniquilaron sus ambiciones orientales, al mismo tiempo que la esperanza de auxilio que los francos de Acre pudieron concebir. Los mamelucos, en estos asuntos, no tenían razón para preferir a unos u otros; se contentaron en general con sacar provecho del comercio con quienes, sucesivamente, mendigaban su alianza, sin preocuparse en absoluto por los restos del Oriente latino.[13] De éste se puede decir que, con excepción de Chipre, no tiene existencia propia, y se bambolea en el juego de las grandes políticas. De no ser por los recuerdos que evoca, casi se podría decir que lo que va a desaparecer no era más que una apariencia.[14]

Lo que más nos interesa es la incidencia de estos acontecimientos sobre las relaciones comerciales, culturales y de otra índole entre Oriente y Occidente. Desde el punto de vista religioso, la tolerancia mongola facilita la penetración de los misioneros en las rutas de los mercaderes y la organización, durante algunas décadas, de obispados *in partibus infidelium* (habrá también uno en el otro extremo del mundo mongol, en Pekín).[15] Resultará de esto un mejor contacto, por un tiempo, con las comunidades cristianas orientales, y hasta una mejor apreciación del islam,[16] pero no hay que exagerarla: los textos originales no hablan de esta tolerancia, y todo esto, por otra parte, se desplomará en la ruina del Estado ilkhánida en el primer tercio del siglo XIV. En lo que se refiere al comercio, la opinión corriente es que la paz mongola, en el periodo limitado en que existió, fue la edad de oro de las relaciones entre Europa y Asia. Esta opinión, vista desde Europa, está reforzada por la existencia del notable relato de viaje que nos legó el veneciano Marco Polo, en contraste con el silencio habitual de los mercaderes. Que los europeos pudieran integrarse a las caravanas asiáticas es, evidentemente, capital para la ampliación de los horizontes de Occidente. Pero no hay que sacar

conclusiones extremas.[17] Recordemos primero que todo esto no duró sino un tiempo, apenas más de medio siglo. Además, la diversificación de los orígenes étnicos de los participantes no significa un crecimiento del volumen del comercio, del cual ciertos beneficios, en manos de los italianos, son quizá simplemente retirados de las manos de los orientales. Por otra parte, el crecimiento del comercio, aun si es real, no significa forzosamente prosperidad económica. La aristocracia, mongola u otra, enriquecida con los despojos de los pueblos subyugados, pudo recurrir al comercio para suplir las deficiencias de las economías regionales. Por último, el progreso de ciertas rutas puede hacerse en detrimento de otras.

En conjunto los mongoles, tanto los de Eurasia como los de Irán, establecidos sobre todo en el noroeste del país, se interesaron seguramente más por las caravanas continentales que por el comercio marítimo. Es verdad que en cierto momento los ilkhans tuvieron la idea de desarrollar, con la ayuda de algunos italianos, la flota del golfo Pérsico, quizá para tomar por la retaguardia a los mamelucos y sus aliados yemenitas. La tentativa abortó, pero era necesario que fuesen los mercaderes genoveses cuyas huellas se han reencontrado recientemente en la India, y esto no ocurrió, ciertamente, por Egipto.[18] Los mongoles de China extendieron sin duda sus actividades marítimas hacia el Cercano Oriente y hasta África Oriental, pero probablemente sin intención hostil para los mamelucos, y sin que esto perjudicara a los *karimis* ni a otros mercaderes musulmanes.[19] (Aquí ya no se trata de cristianos ni de judíos.) Hay en conjunto dos grandes itinerarios: unos marítimos, que culminan en Egipto, y otros continentales, que culminan en los puertos del Mar Negro y del Mediterráneo oriental no árabe. Los productos, evidentemente, difieren.

En efecto, las rutas han cambiado una vez más. Las del Mar Negro tienen como punto de origen Trebisonda al sureste, Kaffa y secundariamente Tana en Crimea y el mar de Azov. Otra ruta

atraviesa Anatolia oriental y se dirige en diagonal hacia Cilicia armenia, vasalla de los mongoles, donde el nuevo puerto de Ayas ofrece en lo sucesivo a los italianos un puerto de retirada más seguro que los puertos sirios.[20] Hay, por otra parte, un comercio intenso entre Rusia meridional y Egipto, para el aprovisionamiento en éste de esclavos. Aunque estos esclavos fueron el núcleo del ejército mameluco que combatió a los francos de Siria, comprendidos los genoveses, eran los genoveses quienes tenían ahora la virtual exclusividad de este comercio.[21] No se ve que el Imperio bizantino, no en tan buenos términos con los mongoles del norte como con los de Irán y Asia Menor,[22] haya querido o podido obrar contra los navíos que atravesaban el Bósforo: las colonias italianas de Constantinopla eran demasiado poderosas.

Los genoveses, como vimos, y los otros occidentales, venecianos[23] y ahora catalanes, sabían asegurarse sin escrúpulos buenas posiciones en los diversos Estados, aunque éstos fuesen enemigos entre sí. Génova concluyó un tratado con el sultán mameluco Qala'un algunos meses antes de que éste atacara Acre.[24] Cabe preguntarse, ante el caos del interior, de qué podían aún servir los puertos francos, puesto que ninguna ruta mercantil grande podía atravesar Siria, y puesto que los italianos tenían las posiciones aseguradas en los puertos más favorecidos. Hay que creer que estos puertos francos, además de ofrecer abrigo en caso de guerra (aunque Chipre valía más), ofrecían otra ventaja, puesto que vemos a los mercaderes egipcios postular la recuperación de un puerto tan secundario como Lattaquieh,[25] que la presión mongola permitiera a los antioquianos recobrar. Es claro, sin embargo, que desde el punto de vista de los mercaderes, cuando el Oriente latino acabó de desaparecer de las costas sirias, no tenían ya ningún interés. Y sin ser la causa única de su caída, es de cualquier manera uno de sus factores. A pesar de los anatemas eclesiásticos, el comercio de Levante no conoció ninguna interrupción.[26]

No podemos aquí más que hacer alusión a las transformaciones introducidas por la conquista mongola en el régimen monetario, pues no son efectivas sino en el siglo siguiente; digamos tan sólo que el sistema en vigor en la zona mongola es en adelante completamente autónomo en relación con el sistema mediterráneo.

Por una aparente paradoja ésta es, quizá, la época en la que la actividad cultural, de tipo puramente occidental, alcanza su punto máximo, en particular en Acre. En efecto, investigaciones recientes permiten encontrar (cualesquiera que puedan ser los documentos sobre algunos casos particulares) un número importante de manuscritos, algunos iluminados, escritos en Acre, y que comprueban la existencia de un verdadero *scriptorium*.[27]

En lo que se refiere al comercio de Egipto, su importancia en el Mar Rojo, que no podemos medir estadísticamente, es testimoniada por la mención cada vez más frecuente de la organización de los *karimis*, que hemos visto aparecer en el siglo precedente.[28] Sería interesante saber si el comercio de tránsito de los artículos del Lejano Oriente no comienza a tomar allí una parte poco sana. Las relaciones terrestres con Mesopotamia están comprometidas por las guerras entre mamelucos y mongoles y la desertificación parcial que de ellas resulta.[29]

En el Cercano Oriente árabe el Egipto de los mamelucos es en adelante el polo político y cultural. Baybars, el verdadero fundador del régimen, logró instalar en El Cairo el califato destruido en Bagdad; califato ciertamente sin poder, pero que legitima el poder del gran sultán mameluco, por lo menos ante los ojos de sus súbditos, y le confiere cierto prestigio (a pesar de una tentativa rival de los hafsidas de Túnez). A Egipto afluyen los emigrados de todos los países, que van a acentuar el movimiento de integración cultural iniciado bajo los ayúbidas. Siria forma parte del nuevo Estado al que los mongoles sirvieron involuntariamente al hacer desaparecer las pequeñas dinastías autónomas. En ocasiones la situación fronteriza animará las revueltas, pero no

será ya nunca asunto de intrigas con los francos o los armenios; también acontece a veces que algún pequeño señor franco, asustado, haga el papel de espía de los mamelucos.

En Asia Menor la invasión mongola destruyó poco a poco el régimen selyúcida en beneficio de los turcomanos fronterizos. Será por éstos que se producirá pronto la caída del Imperio bizantino, pero sobre el frente meridional su actividad, aun contra Cilicia, es moderada: el golpe fatal contra el pequeño reino armenio, en el siglo XIV, no procederá de ellos sino de los mamelucos.

CONCLUSIÓN

Dos sociedades, la occidental y la del Cercano Oriente, coexistieron sin relaciones profundas (excepción hecha del intermediario bizantino) durante tres o cuatro siglos; la que dominó el islam tuvo una experiencia de pluriconfesionalidad que le faltó a la otra. En los alrededores del año 1000 las zonas meridionales de Occidente comenzaron a extender sus relaciones comerciales con Oriente; pero pronto, por un sincronismo fortuito, al mismo tiempo que un espíritu de guerra santa renacía en los dos extremos del mundo musulmán, un impulso sociorreligioso recorría vastos sectores de Occidente, enfrentando una guerra santa con otra, sin que resultara de ella ningún verdadero conocimiento mutuo. Por amplio que fuera, este movimiento no suprimió ninguno de los otros elementos políticos o económicos de la vida occidental. Los contactos entre la cristiandad y el islam habrían de reforzarse, pero tomando características diversas según los lugares y los momentos. Las cruzadas y el Oriente latino representan elementos que no hay que negar ni exagerar.

Los árabes, en los primeros siglos del islam, ocuparon territorios impregnados de la cultura antigua, de la cual asimilaron los elementos más comunicables, los mismos que Occidente, más tarde, tomaría a su vez.[1] Occidente los tomó sobre todo en España, es decir, en un país en el que durante algún tiempo las dos culturas coexistieron, y al cual su proximidad daba un acceso fácil. Para los pueblos musulmanes el contacto con España fue, en cambio, excéntrico y de pocas consecuencias. Las visitas de mercaderes occidentales, y la vecindad de los latinos que no representaban más que los elementos de Occidente, fueron insuficientes para inducir a los orientales a averiguar si tenían algo que obtener en este Occidente. Se tiene aún la impresión de que casi no lo intentaron, y que conservaron la idea, verdadera sólo durante algunos siglos, de una Europa "bárbara" de la que nada se podía tomar. De hecho no se ve qué podía recibir el islam de Europa

en la Edad Media, fuera del plano militar. La reacción parece haber sido de repliegue defensivo sobre sí mismo.[2]

Cabe preguntar si, en el plano regional, las poblaciones siriopalestinas experimentaron alguna influencia, positiva o negativa, de la vecindad de los latinos. No podemos más que esbozar ciertas respuestas.

Una constatación paradójica, pero cierta, es que la Siria musulmana, que se habría podido considerar afectada por el frecuente estado de guerra con los francos, conoció por el contrario, durante este periodo, sobre todo en el siglo XIII, un intenso desarrollo. Es difícil comprender bien sus causas. La guerra santa condujo sin duda a reunir fuerzas militares importantes, pero cuesta trabajo creer que esto haya podido tener tales consecuencias, y cuando más hay que admitir que no puso obstáculo a un desarrollo que tuvo otras razones. La intensificación del comercio con los francos pudo haber desempeñado un papel, pero Damasco no tuvo, como mercado, la importancia de El Cairo o de Alejandría, desde la reorientación de las rutas que ya se trató más arriba.[3] Hay que mirar más lejos en el mundo musulmán. Bagdad, progresivamente, había dejado de ser la gran metrópoli del tercer o cuarto siglo de la Hégira; mantenía su prestigio, pero sólo desempeñaba un papel a escala regional. Irán, por el efecto combinado del despertar lingüístico persa y de la conquista turca, olvidó el árabe, evolución que alcanzará su punto máximo a partir de la irrupción mongola. También por esta razón, Bagdad llegó a ser, para el mundo semítico arabófono, un lugar excéntrico. La primera ciudad del islam era, ahora, El Cairo, pero la escisión entre el Estado fatimita y los Estados sunnitas del Cercano Oriente limitó su papel cultural; la conquista ayúbida, que fue para Egipto, en cierta medida, una conquista extranjera, no pudo reinsertar rápidamente al país en la comunidad musulmana del Cercano Oriente. Esta reinserción no culmina sino con los mamelucos, sin hacer perder, durante mucho tiempo, su lugar a Damasco. Esta ciudad era ahora la segunda del Oriente islámico

desde el punto de vista demográfico, y el principal centro de cultura. Junto a ella, Alepo también se había desarrollado notablemente[4] e incluso centros pequeños como Hama tenían una indiscutible vitalidad.[5] Las guerras entre príncipes rivales parecieron haber podido dañar su prosperidad. Por inciertas que sean estas consideraciones, a las que deben quizá añadirse otros factores, el hecho es éste: las cruzadas parecen interferir poco.

Una consecuencia del primado sirio, después sirio-egipcio, es que el Oriente latino ocupa en la literatura documental un lugar tal vez desproporcionado a aquel —bastante limitado— que le corresponde en el conjunto del Cercano Oriente musulmán. Este hecho puede generarnos ciertas ilusiones, pero les ha conferido hasta hoy a las cruzadas y a la lucha que les opuso Oriente una resonancia que la política contemporánea no contribuye a disminuir.

Visto desde Oriente, el establecimiento de los francos fue una conquista efectuada en nombre de una ideología que, aunque era en ciertos aspectos la respuesta al *djihad* musulmán, permaneció extraña a la región.[6] El movimiento, sin ser exclusivamente "franco", quedó circunscrito a las fronteras de la Iglesia latina; los húngaros participaron en determinado momento, pero ellos pertenecían a esta Iglesia y sus príncipes estaban vinculados con las familias principescas occidentales. Los bizantinos, y algunas poblaciones en torno al Mar Negro, combatieron contra los musulmanes, pero esto no fue verdaderamente en las cruzadas, y no contribuyeron a poblar el Oriente latino. Fue, por otra parte, en nombre de una idea de cruzada que ellos mismos fueron atacados por los latinos. Éstos, aun en las regiones de Grecia donde moraron por mucho tiempo, no se asimilaron más que en Oriente, al punto de que numerosos griegos llegaron, un día, a preferir a los turcos.[7]

A pesar de dos siglos de convivencia, los francos no se fusionaron con la población local, evidentemente debido a sus lazos con Occidente, y quizá también por algunos rasgos de carácter.[8]

El Cercano Oriente, en el curso de su larga historia, siempre encontró manera de hacer que los grupos étnicos o religiosos vecinos, pero distintos, se aceptaran mutuamente y se integraran hasta cierto punto entre sí. Esta vez nada de esto se produjo, sin que podamos saber si habría sido de otra manera al cabo de una estancia más larga.[9] Sin embargo, los francos estaban arraigados y vivieron en la región durante dos siglos; no tenían previsto irse. Quienes pudieron hacerlo se replegaron a Chipre, hasta donde no podemos seguirlos en este trabajo. Otros murieron, y no sabemos qué sucedió con los restantes. Éstos no regresaron a Europa, y no se fueron tampoco, a pesar de algunos contactos, a los principados francos de Grecia.[10] No hablamos, naturalmente, ni de los mercaderes de paso, que continuaron frecuentando el Oriente, ni de algunos miembros de órdenes religiosas.

Se encuentran hoy, en el Cercano Oriente, individuos rubios con ojos azules, que se complacen a veces en decir que descienden de los cruzados. Sería paradójico pretender que nunca sea éste el caso; pero muchas otras aportaciones "arias" pudieron producirse en el curso del tiempo, desde los filisteos a los esclavos eslavos de la Edad Media. Estas especulaciones son gratuitas, y no se las puede hacer intervenir en el juego de las influencias socioculturales.

Las cruzadas existieron, y no se podría cuestionar el ardor y la sinceridad de las convicciones que albergaron muchos hombres, incluidos aquí aquellos para los cuales existían también otras preocupaciones. Las causas son, en ocasiones, más grandes que los hombres que de ellas se ufanan. El espíritu de cruzada, en este sentido, duró hasta san Luis y aún más; el prestigio y la celebridad de las cruzadas, desde que concluyeron hasta nuestros días, el hecho mismo de que la palabra haya acabado por rebasar su propio sentido, atestigua a su manera el eco suscitado en las almas.[11] Todo esto es verdad, pero no obsta para que haya también otras verdades.

Se ha dicho durante mucho tiempo que con el sentimiento rudo y puro de los cruzados, entre ellos mismos y algunos de sus compañeros, se mezclaban otros sentimientos y comportamientos que lo eran mucho menos. Pero ésta no es, quizá, la mejor manera de plantear el problema. El prestigio mismo de las cruzadas ha hecho cubrir con su nombre, bajo pretexto de sincronismos aproximativos, muchas cosas que, aun si interfirieron con ellas, no les deben nada. Las cruzadas sobrevienen en un mundo en el cual se mezclan muchos otros intereses, otros objetivos, y es el modo en el que éstos se combinan (o combaten) lo que constituye el problema principal y, en un sentido, lo trágico de su historia. La evolución, perceptible en la primera expedición, se dibuja cada vez más claramente a través de las cruzadas siguientes, de las cuales algunas, como se ha visto, se desviaron, pero que, no obstante, traducen exactamente la realidad histórica. En cuanto al Oriente latino, si nació de la primera cruzada, si las otras cruzadas llegaron a perturbarlo, si la idea de guerra confesional se impone a él, a veces a pesar suyo, no se podría decir que su historia sea principalmente una historia de cruzada: está compuesto por Estados como otros cualesquiera.

Todo esto se dice mirando las cosas desde Europa. Este punto de vista es legítimo, puesto que se trata de iniciativas llegadas de Europa Occidental, pero tienen su efecto en el mundo del Cercano Oriente, el cual amerita igual consideración. Este otro ángulo de visión ha preocupado a pocos, aun en Oriente, donde simplemente se han traducido en victorias las derrotas conocidas por los historiadores cristianos. Todavía conviene mirar esto más de cerca, en el mundo musulmán en general, y en particular en la zona de reencuentros con los francos.

Sorprende constatar cuán ignorada es la idea de cruzada en el Oriente latino. Es verdad que allí se combate a los musulmanes, pero no se ve que los teólogos ni los canonistas hayan pensado en integrar a los combatientes de Oriente en el estatuto de cruzados que elaboraron para Occidente. Sin duda, las estipulaciones jus-

tificadas por la duración de la ausencia (por ejemplo para las deudas) no tenían razón de ser en Oriente; pero no parece que en este periodo, cuando el *djihad* conducía a los musulmanes al paraíso, se hayan extendido a los combatientes cristianos de Oriente, ni en el ambiente templario y hospitalario, los privilegios que Dios otorgaba a los cruzados para la absolución de sus pecados.[12] Desde el punto de vista material, una cruzada no podía partir sino de Occidente, pero sobre el plano espiritual la falta de vinculación es notable. Si las guerras cristianas hubieran sido llevadas al Oriente en el ambiente de las cruzadas, se habría visto surgir en el reino de Jerusalén algunas figuras de santos; pero la Iglesia no ha canonizado personalidad alguna del Oriente latino, ni siquiera al pobre reyecito leproso. Ningún sermón nos ha llegado que exhorte al pueblo cristiano a la guerra contra los musulmanes.

En otro plano, ninguna novela, ninguna leyenda concerniente a las cruzadas nació en el Oriente latino. En Occidente la distancia impedía reducir las hazañas de los cruzados a sus dimensiones humanas, y las cruzadas alimentaron durante siglos canciones de gesta y romances épicos.[13] No hubo nada de esto en Oriente, y en la historia general del reino de Jerusalén compuesta por Guillermo de Tiro hacia 1183, lo que éste sabe de la primera cruzada está tomado casi por entero de la obra del occidental Alberto de Aix; conoció también el relato de Foucher de Chartres, cruzado que se quedó en Oriente, pero en ese Oriente nadie tomó la estafeta de Foucher. Se objetará el caso muy particular de la *Canción de los miserables*, compuesta por Raimundo de Antioquía; ya expuse por qué este poema me parece relacionado con la literatura de la dinastía de Poitiers, de la que provenía Raimundo.[14] De cualquier manera, una golondrina no hace verano, y el contraste no deja de ser sorprendente.

Las cruzadas, como se ha mostrado suficientemente, no tuvieron sobre el comercio occidental de Levante sino una influencia secundaria. Ese comercio existía antes de ellas y sigue existiendo

después. En ciertos aspectos las cruzadas pudieron animarlo, pero también se perjudicaron mutuamente, y si bien las cruzadas modificaron algunos itinerarios, algunas modalidades, sería osado afirmar que son responsables del incremento del comercio. A decir verdad, tenemos que tratar con dos formas del expansionismo europeo.

Es difícil saber qué consecuencias económicas pudo entrañar para Oriente el principio del despegue europeo. Modernamente, es evidente que la invasión económica europea comprometió la economía tradicional de Oriente. Desde el fin de la Edad Media se tiene la impresión de que Europa vende a Oriente más productos fabricados de los que son compatibles con un sano equilibrio y que también le impone algunas de sus monedas. ¿Puede descubrirse en el siglo XII, y sobre todo en el XIII, un detonador de esta evolución? Sólo cabe esperar que las nuevas investigaciones nos lo aclaren. El crecimiento de la demanda europea pudo también tener consecuencias que, de momento, sólo podemos suponer: contribuyó quizá a un incremento del comercio de tránsito a partir del Extremo Oriente en proporciones que el porvenir habría de mostrar peligrosas.[15]

Es posible preguntar cuál es, cuando llega a su fin el Oriente latino y las cruzadas alcanzan una evolución ulterior, el balance de las relaciones de las familias cristianas entre sí, y con los musulmanes. Se ha visto que desde hacía mucho tiempo existía hostilidad entre cristianos de la Iglesia griega y los de las iglesias orientales, y estos últimos llegaban a preferir en ocasiones el dominio árabe o turco al de Bizancio. Entre cristianos romanos y griegos, sin que el abismo fuera tan antiguo ni el origen tan grave, constatamos, en los países griegos, una hostilidad comparable, en la que la actitud de Occidente y de Roma tiene, desde luego, su parte de responsabilidad. De modo menos marcado, estos sentimientos perturbaron en el Oriente latino las relaciones entre melkitas y latinos. Con los cristianos de Oriente, una vez pasada la generación de la primera cruzada, las relaciones de los

latinos fueron correctas, sin que se llegara, excepto en el caso de los maronitas y de los armenios de Cilicia, y a pesar de la acción de los misioneros, a un verdadero acercamiento.[16] Los sentimientos de los orientales hacia los griegos no han cambiado. En los conflictos entre francos y musulmanes permanecen neutrales. Los melkitas, cuyo número quizá decrece, son vistos por los poderes musulmanes como súbditos seguros. Los judíos, aunque los haya en el Oriente latino, se consideran procedentes de los Estados musulmanes, y son tratados como tales por éstos. Es verdad que las relaciones interconfesionales, sobre todo en Egipto, van a suavizarse, pero se trata de un movimiento general que aparece también a fines de la Edad Media tanto en el mundo cristiano como en el musulmán, y cuyas causas son de orden socioeconómico más que doctrinal. El efecto de las cruzadas (como en ciertos momentos de la reconquista española) fue regional, pero seguramente negativo: la dificultad de distinguir a comerciantes de combatientes hizo recaer sospechas sobre los coptos, de quienes se celaba su desempeño administrativo; y la persistencia de la amenaza franca en el Mediterráneo hizo tomar medidas, fundadas o no, contra los maronitas del litoral sirio. Momentáneamente las repercusiones de la invasión mongola fueron más fuertes; pero la amenaza mongola duró menos y cambió de carácter cuando los mongoles se convirtieron al islam.

En cuanto al conocimiento mutuo de musulmanes y cristianos[17] se puede decir ya que ni los musulmanes ni los cristianos de Oriente parecen haber puesto atención en la cristiandad romana.[18] Por otra parte, a pesar de una o dos excepciones, el conocimiento del islam por los latinos de Oriente siguió siendo nulo.[19] Los progresos hechos a este respecto en Europa se deben mucho más al movimiento misionero nacido en Occidente, y a la vecindad de España. Hubo alguna influencia de los misioneros sobre los ambientes cristianos de Oriente, pero en un nivel que se podría calificar de folclórico.[20]

Una cierta forma de simbiosis entre "sabios" musulmanes y nativos judíos o cristianos es atestiguada por las biografías interconfesionales compuestas por Ibn al-Qifti, hacia 1200, y las de los médicos de Ibn abi Usaybiya, alrededor de 1250, las primeras en Alepo, las segundas en Damasco. Es quizá como un eco de las discusiones de fines del siglo XII que vemos aparecer en esa época la leyenda según la cual los árabes, al conquistar Alejandría, destruyeron la famosa biblioteca de esta ciudad, cuando está demostrado que no existió.[21] Cosa extraña, es entre los autores musulmanes donde la encontramos por primera vez, aunque evidentemente debe corresponder a acusaciones cristianas. Los cruzados, sin embargo, no obraron mejor, según se ha visto, en Trípoli, pero no parece que ellos, en este caso, sean elemento de la discusión. Por otra parte, se continúa la redacción de los tratados dogmáticos, que el adversario no lee jamás, y en Alepo prosiguen los reencuentros académicos cuyo resultado está decidido de antemano.[22]

El contraste con Sicilia y España, por muy real que sea, no debe exagerarse.[23] En Sicilia, se ha dicho, los árabes son rechazados progresivamente o se van por sí mismos; en la España reconquistada la convivencia durará más tiempo, debido a los efectivos mucho más numerosos y a un pasado de interpretación profunda, pero culmina en los dramas del siglo XVI. Es decir, que en ningún caso se pudo edificar una sociedad definitivamente pluralista.

¿Influencia? El Oriente latino conoció sobre todo, parece, una intensa actividad de construcción religiosa, pero se trata de artesanos europeos llegados en peregrinación con su cuaderno de modelos y la esperanza de obtener provecho, y que nunca habían visto una iglesia oriental. Sin duda, los monjes y canónigos latinos debieron instalarse en construcciones que ya existían a su llegada. Es posible que hayan hecho arreglos, pero nada indica que naciera de esta vecindad alguna síntesis. Menos aún cuando, a la caída del Oriente latino, los cristianos de Oriente o los mu-

sulmanes recobraron la posesión de sus antiguos templos. Los latinos enviaron a Occidente objetos de arte como señal de devoción a la iglesia de su ciudad natal; éstos constituyen aún hoy tesoros en algunas de ellas o en los museos que los han heredado, pero no se ve que hayan inspirado a los artesanos de la región.

Quizá pueda matizarse este juicio respecto a las artes menores: parece que en esta época se desarrollaron por doquier fábricas de loza corriente llamadas a veces *mina*; se las ha encontrado en todo el Cercano Oriente, incluso en el Oriente latino, y se las encuentra también en Italia. En cuanto a las influencias técnicas, quizá haya que acreditar al Oriente latino una cierta difusión de la industria tradicional siria de la vidriería, extendida a Venecia y después a todo Occidente.[24] Es posible que también haya habido influencia recíproca en la iluminación de manuscritos entre los monjes latinos y cristianos nativos, en particular armenios; pero no hay que tomar como prueba de esto el evangeliario de la reina semiarmenia Melisenda, obra única que no parece haber dejado sucesores.[25] En otros dos órdenes de ideas, fue acaso del Oriente latino que se llevaron plantas o semillas de especies vegetales nuevas. Y fue, *quizá*, también en el Oriente latino donde se aprendió a jugar ajedrez…

En todo estudio acerca de las influencias, cuando existen diversas posibilidades que atañen a vastos dominios, hay que intentar precisar los itinerarios (algunos pueden combinarse). Ciertos objetos, ciertos productos tienen más oportunidad de provenir de una región que de otra, pero para muchos más, la elección es imposible. Los estudios del vocabulario pueden ser significativos; pero cuando Italia tomó las palabras *diwan* (aduana) y *gabala* (gabela),[26] pudo hacerlo de cualquier país arabófono, incluso del Oriente latino.[27]

No se ve que ni los orientales ni los latinos se hayan interesado por estudiar sus regímenes políticos y sociales respectivos. Dos sociedades vecinas se encuentran en general, como ha dicho G. E. Grünebaum, "en la misma edad mental", y éste fue el caso de

las sociedades del Cercano Oriente, e incluso, en cierta medida, de la cristiandad medieval y del islam de la misma época. Esto no basta para probar que tuvieran entre sí relaciones profundas.

Aparte de los problemas religiosos específicos, se conoce la aversión de los conservadores musulmanes por toda clase de *bid'a* (innovación). ¿Pero hay alguna diferencia entre esta actitud y la de la cristiandad apegada a la "costumbre"? Desde luego, los parentescos existen primero entre medios socioculturales correspondientes. Los caballeros francos, después de la desaparición de los señoríos árabes, se acercan a los turcos o a los kurdos semiaturcados. También es acercamiento al ejemplo turco, a decir verdad muy tardío, la adopción de blasones nobiliarios por Occidente. Los blasones de los mamelucos son conocidos, pero la cuestión debe ser profundizada: hay que evitar las conclusiones extraídas a partir de comparaciones superficiales y sin prestar suficiente atención a la cronología.

La influencia del islam de España sobre el Occidente cristiano no puede negarse; tampoco hay que ignorar que no se ejerció sino cuando éste fue por sí mismo a buscarla, y hay que recordar que se realizó a través de intérpretes y que los europeos no pudieron o no quisieron comenzar a aprender el árabe sino en el ambiente misionero, a finales del siglo XIII.[28] En el Oriente latino se cita a algunos individuos capaces de expresarse en árabe,[29] pero fueron la excepción,[30] y nunca se manifestó, que sepamos, alguna actividad de traducción.[31]

Con frecuencia se ha querido explicar la desigualdad entre los préstamos occidentales y orientales por la superioridad de la civilización musulmana. Esto, evidentemente, no puede negarse si se lo ubica en la época de Carlomagno o de Hugo Capeto. Pero en tiempos de las cruzadas las cosas habían evolucionado. La filosofía y la ciencia antiguas ya no interesan mucho a los nuevos Estados musulmanes, que se repliegan sobre los aspectos más místicos de la religión, y sólo subsisten verdaderamente, hasta el siglo XII, en España. Por su parte, Occidente ha progresado, pero las

condiciones son muy diferentes en España o en Sicilia y en el Cercano Oriente. En Sicilia, Rogerio II le encarga su gran *Geografía* al musulmán al-Idrisi; nada semejante hay en el Oriente latino. En Sicilia misma la tendencia, después de él, se invierte, y ni ahí ni en España hubo reciprocidad en el sentido que no se notan huellas de influencia franca en territorio musulmán. Un problema que podemos sólo señalar de paso es el de comprender por qué el islam, que se había mostrado tan abierto a las civilizaciones circundantes, parece ahora querer ignorarlas, aun cuando numerosos mercaderes extranjeros frecuentan sus puertos. Si se me permite dar un salto de varias generaciones, es un hecho que, a fines del siglo XIV, Ibn Jaldun mismo sabrá precisamente que hay en Occidente una vida cultural, pero de la que él nada conoce.

Para volver al Cercano Oriente, donde las dos culturas son vecinas, en adelante con muchas semejanzas, sorprende que no tengan ningún contacto. Se ha hablado ya del arte. Tomemos al azar algunos ejemplos en otros campos. Se ufana Guillermo de Tiro de haber conocido un poco de árabe y de historia musulmana, pero si acaso, pues esto tampoco es seguro, conoció la historia sumaria de Eutiquio (Sa'id b. Bitriq), es decir, la de un cristiano de dos siglos antes, que no implica contacto con los musulmanes. Recíprocamente Ibn al-Athir, el más inteligente y mejor informado de los historiadores de su tiempo, no conoció a los francos más que como adversarios, y nunca oyó hablar de Guillermo de Tiro, que sin duda era su igual intelectual. También hay ignorancia mutua entre los grandes juristas, Felipe de Novara, Juan de Ibelin y sus homólogos arabófonos. Asimismo en el medio más interconfesional de los médicos, en el ambiente latino ninguno ha oído jamás hablar de la "pequeña circulación de la sangre" descubierta a algunos kilómetros por Ibn Nafis. Los pocos tratados médicos por los que sienten quizá interés son los de los grandes antepasados, lo cual no implica contacto alguno.[32] Un poco más tarde, en el imperio mucho más ecuménico de los

mongoles, Rashid al-Din, queriendo hablar de los francos, encuentra muy atinado citar la pequeña crónica de Martín el Polaco, probablemente un emigrado armenio.[33]

El diagnóstico se hace aún más claro si se advierte que no hay casi más contacto, en todo caso que haya dejado huellas, entre los cristianos de Occidente y los de Oriente. Es en España y no en Oriente donde nacen los problemas filosóficos que han sacudido a la cristiandad, de Abelardo a Santo Tomás. Es en el Magreb donde Leonardo Pisano aprende a conocer las cifras árabes. Recíprocamente, Pablo de Antioquía, obispo de Sidón, habla del cristianismo como si la Iglesia latina no hubiera existido jamás (pero no se puede asegurar con certeza que él no date del siglo XI).[34]

Sin que ningún historiador de Europa medieval haya considerado al Oriente latino como la principal fuente de influencia de Oriente sobre Occidente, los historiadores de las cruzadas tienen tendencia a magnificar el papel desempeñado a este respecto por el Oriente latino y, en consecuencia, por las cruzadas. Hay que tratar de no confundir.

Sería paradójico pretender que los cruzados y sus sucesores establecidos en Oriente no se hayan adaptado ahí. Habitaron en las casas que encontraron, comieron los alimentos que la región les brindaba, se vistieron en función del clima. Ningún texto nos dice si, por ejemplo, las diferencias en materia de mobiliario o de vestidos les ocasionaron problemas. Pero no podemos hablar de influencia en un sentido general si la que fue adquirida en Oriente no pasó a Europa. Luego, por definición, los francos establecidos en Oriente no regresaron a Europa, y se puede preguntar si los peregrinos de paso tuvieron tiempo de asimilar lo suficiente como para llevarlo a sus lugares de origen. La mentalidad del tiempo era la que era, y lo que ellos llevaron o lo que sus compatriotas de Oriente enviaron a las iglesias del terruño consistió en reliquias, verdaderas o que tenían por tales, y en tejidos y obras de arte procedentes del botín de guerra. No nos corresponde de-

cir lo que indirectamente habrían podido enseñarle a Europa. En todo caso, lo que los francos de Oriente adquirieron para sí mismos allí quedó con ellos, o cuando mucho, con los sobrevivientes, llegó a Chipre y a algunas iglesias de Italia meridional.

Poniendo el problema en una perspectiva más general, hay que distinguir, entre todas las influencias, las que provenían del medio cristiano arabizado u, ocasionalmente, de algunos medios judíos. Hay que señalar que los francos no ocuparon ninguno de los grandes centros culturales de Oriente ni de Siria musulmana o cristiana (Jerusalén no era uno de ellos). Cuando ocupaban una localidad que tenía cierta tradición cultural, destruían las bibliotecas y orillaban a los "sabios" a emigrar. Una sociedad no toma de otra sino aquello que necesita, y la cristiandad como tal nada tenía que pedir al islam como tal. Los problemas filosóficos, más interconfesionales, no estaban ya a la orden del día en Oriente, y aunque se hubieran necesitado intérpretes calificados para que ambas sociedades pudieran comunicarse, se los podía encontrar en Oriente. Además la guerra no estimuló los contactos culturales, que le son inútiles y aun perjudiciales; cuando mucho, puede propiciar el intercambio de técnicas militares (véase *supra*).

De todo lo que precede hemos considerado sólo los préstamos culturales de los occidentales a Oriente, no los de los orientales a los occidentales, implícitamente considerados demasiado bárbaros. De hecho, no se ha señalado hasta aquí ninguna influencia intelectual de Occidente sobre Oriente, al margen de algunas leyendas piadosas esparcidas por los misioneros en los medios cristianos, y ajenas por entero a las cruzadas.[35]

Tomemos el problema en sentido inverso. Si pasamos revista a las más importantes aportaciones de Occidente en general al mundo musulmán, la cuestión es saber de dónde provienen, y qué papel desempeñó en esto el Oriente latino. Porque hay dos o tres zonas de contacto posibles. Por un lado España, y de manera secundaria Sicilia, reconquistada por los cristianos pero donde subsistían numerosas poblaciones islámicas o judeocristianas, in-

tegradas a la civilización ambiente, y muchos intérpretes, en particular judíos. A quien, como Pedro el Venerable y luego numerosos intelectuales de Occidente,[36] deseaba saber de la civilización "árabe", lo más fácil le resultaba, evidentemente, volver los ojos hacia la contigua España. Sucede que la evolución espiritual indicada más arriba para Oriente casi no alcanzó a España: Averroes es del siglo XII, y lo que quedará en la España musulmana, de donde emigraron quienes buscaban la luz en Oriente, es, en adelante, demasiado reducido como para tener importancia internacional. De hecho, la casi totalidad de las obras científicas traducidas del árabe al latín, en ocasiones por intermediación del hebreo, llegaron de España; dos o tres, cuando mucho, del Oriente latino, a lo largo de dos siglos, lo cual, aun si se admiten las pérdidas en el desastre final, es elocuente.

Un terreno donde la influencia es evidente y se manifiesta en la difusión de un vocabulario mediterráneo, y también internacional, de origen árabe, es el del comercio. Cualquiera que haya sido el comercio de los italianos en la Siria franca, es evidente que no hay necesidad de él para dar cuenta de las experiencias tenidas en las grandes metrópolis del comercio en los países árabes, en ocasiones desde antes de las cruzadas. En breve, el lugar del Oriente latino, difícil de precisar en cada caso particular, es a este respecto secundario, al punto de que se puede pensar que, de no existir, las adquisiciones de Occidente no habrían sido menores. En cuanto a las de Oriente, aun en los medios cristianos, son insignificantes.

Muchas veces se ha intentado, desde diversos puntos de vista, situar a las cruzadas en una perspectiva comparativa de historia colonial,[37] y por la identidad de los vínculos se ha llegado, en ocasiones, a la iniciativa contemporánea de Israel. Hay que desconfiar de la interpretación del término "colonia". Si se hace referencia al modelo griego antiguo, hay colonia cuando un grupo de hombres va a establecerse y a organizarse políticamente sobre un territorio extranjero más o menos lejano. La colonia no es

verdaderamente una dependencia de una metrópoli o, si lo es, no perdura por mucho tiempo. Puede responder a las necesidades sentidas por ésta, pero no le aporta otro beneficio. Ése fue el caso de Cartago para los fenicios. Desde luego, la iniciativa expresa la existencia de un excedente demográfico (salvo en el caso del exilio político). No parece que se pueda, aunque los hechos se rodeen de un aura mitológica, hablar de motivaciones ideológicas.

Modernamente la colonización europea es algo por entero diferente. Supone todavía posibilidades demográficas e incluye, a veces, exilios religiosos (los *pilgrim fathers*). Pero en general se trata de una voluntad imperialista ligada a la búsqueda de ventajas económicas. Los territorios ocupados dependen de una metrópoli, que los conserva aun si la experiencia resulta ser más costosa de lo previsto. Puede suceder que la empresa se vele con consideraciones ideológicas (en el siglo XVI la difusión de la fe en América), pero no siempre ocurre así; además, aunque haya convencidos sinceros, no es ésta la motivación exclusiva ni principal, al menos no después del siglo XVIII, cuando es remplazada por la idea de una misión civilizadora, que, aunque sea sincera, se acompaña, de todos modos, de intereses distintos.

Colocadas entre estos dos polos, las cruzadas no corresponden ni a un tipo de colonia ni al otro. Suponen posibilidades demográficas (que no hay que exagerar) y algunas desdichas sociales (pero no exilios religiosos). Su primer jefe tuvo una motivación ideológica, cualquiera que fuera su pureza. Es difícil ver, en el punto de partida, el interés político o económico que pudieron albergar los dirigentes laicos; en cuanto al papado, contaba sin duda con una ventaja religiosa, susceptible, de rebote, de servir políticamente a Europa. En la mayoría de los casos las estructuras sociopolíticas impedían concebir y, *a fortiori*, realizar, una subordinación de los territorios ocupados a una "metrópoli": la excepción del Estado italonormando y de Federico II confirma la regla. Hablar de una dependencia global respecto de una Europa a la que esta experiencia habría llevado a tomar una más

clara conciencia de sí misma tiene, en el mejor de los casos, un sentido muy vago. Económicamente el Oriente latino nunca brindó a Europa otros provechos que las reliquias y las obras de arte procedentes de un botín ocasional. Es verdad que los mercaderes occidentales pudieron lograr grandes beneficios, pero esto fue en el Oriente en general, y no específicamente en el Oriente latino. De cualquier manera estas ganancias se alcanzaron con los clientes europeos, y lo que redituaron a Occidente nunca equilibró, salvo para ellos mismos, lo que ese Occidente, por piedad o por política, debió gastar para tener al alcance de su brazo al Oriente latino. Muerto éste, los beneficios continuaron, ya sin gastos, para mayor ventaja de aquellos que, después de haber sacado provecho de él, lo habían abandonado. Lo propio de una ideología, aunque por un momento eleve a los hombres por encima de sí mismos, es revestirse de inmediato de una realidad muy diferente.[38]

Para volver a nuestras cruzadas, es evidente que se pueden insertar en una historia general, pero sus características son demasiado específicas como para que su confrontación con otros fenómenos ayude a comprenderlas.

DOCUMENTOS

Los textos que siguen han sido escogidos entre muchos otros que habrían tenido las mismas razones para figurar en la presente obra, porque son, unos inéditos, otros inéditos en traducción española, otros, en fin, de difícil acceso. El lector no debe sorprenderse, entonces, si no encuentra ciertos textos famosos que legítimamente podría esperar.

I

EXTRACTO DE UN TRATADO DE *DJIHAD* COMPUESTO HACIA 1105

por al-Sulami en Damasco (ed. Sival, *Journal asiatique*, 1966)

… Una partida de infieles asaltó de improviso la isla de la Sicilia, aprovechándose de las diferencias y rivalidades que ahí reinaban; de esta manera los infieles se apoderaron también de una ciudad tras otra en España. Cuando informaciones que se confirman una a otra les llegaron sobre la situación perturbada de ese país (Siria), cuyos soberanos se detestaban y se combatían, ellos resolvieron invadirla. Y Jerusalén era la cumbre de sus deseos.

Examinando el país de Siria, los francos constataban que los Estados reñían, sus opiniones divergían, sus relaciones reposaban sobre deseos latentes de venganza, que reforzaban su avidez, animándolos a aplicarse (al ataque). De hecho, todavía conducen con celo el *djihad* contra los musulmanes; éstos, en cambio, dan pruebas de falta de energía y de unión en la guerra, y cada uno trata de dejar esta tarea a otros. Así los francos llegaron a conquistar territorios mucho más grandes de lo que planeaban, exterminando y envileciendo a sus habitantes. Hasta este momento, prosiguen su esfuerzo para agrandar su empresa; su avidez crece sin cesar en la medida en que constatan la cobardía de sus enemigos, que se contentan con vivir a salvo del peligro. También esperan ahora, con certeza, adueñarse de todo el país y ha-

cer prisioneros a sus habitantes. Plazca a Dios, en su bondad, frustrarlos en sus esperanzas restableciendo la unidad de la comunidad. Él está cerca y oye nuestros votos.

Vuestras dudas están disipadas. Debéis ahora estar seguros en cuanto a vuestra obligación personal de guerrear por la fe. Esta tarea incumbe más especialmente a los soberanos, puesto que Alá les ha confiado los destinos de sus súbditos y prescribe vigilar por sus intereses y defender el territorio musulmán. Conviene absolutamente que el soberano se emplee cada año en atacar los territorios de los infieles y en expulsarlos de ellos, así como que comande a todos los jefes (musulmanes) para exaltar de hoy en adelante la palabra de la fe y humillar la de los incrédulos, y, en fin, para disuadir a los enemigos de la religión de Alá de querer emprender de nuevo una expedición semejante. Una sorpresa profunda sobrecoge a la vista de esos soberanos que continúan llevando una vida tranquila y fácil cuando sobreviven a tal catástrofe, a saber, la conquista del país por los infieles, la expatriación forzada (de unos) y el camino de humillación (de otros) bajo el yugo de los infieles, con todo lo que esto implica: carnicería, cautividad y suplicios que continúan días y noches.

II

LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA CRUZADA VISTOS POR EL HISTORIADOR MUSULMÁN IBN AL-ATHIR (S. XIII)

(*Kamil*, Tornberg, comp., x, año 497)

La primera manifestación de los francos, de su poder y de su expansión a expensas de los países musulmanes, fue, en 478/1085, la toma de Toledo y de otras ciudades españolas. De esto ya hemos hablado. En 484/1091 terminaron la conquista de Sicilia, que también hemos relatado ya; atacaron también las costas de África, ocuparon ahí algunos puntos, pero fueron retomados; más tarde, se verá, llegan a ocupar otros. En 490/1097 invadieron Siria, y de aquí la razón de esto:

Su rey Balduino[1] había reunido un gran ejército franco. Era pariente de Rogerio el Franco[2] que había conquistado Sicilia y le mandó decir que, habiendo reunido un gran ejército, iba a ir a su país, pasar de ahí a África (Túnez), conquistarla y así llegar a ser su vecino. Rogerio convocó a sus compañeros y les pidió consejo sobre este caso. "Por el Evangelio, dijeron ellos, he aquí que es excelente para nosotros como para ellos; mañana África será tierra cristiana." Entonces Rogerio levantó el pie, echó un gran pedo y dijo: "A fe mía, vosotros tenéis aquí nodrizas, con vuestras palabras. ¿Cómo? Si ellos vienen de mi lado, voy a tener que hacer grandes gastos, a equipar navíos para transportarlos a África, a reforzarlos también con mis ejércitos; y si conquistaran el país, será de ellos y a ellos irá el reabastecimiento producido por Sicilia, y yo dejaré de percibir el beneficio de la venta anual de sus cosechas; y si no conquistaran el país, volverán a mis Estados y yo sufriría grandes perjuicios. Tamim (el príncipe musulmán de Túnez) dirá que yo he violado el tratado y que yo lo he engañado, y será a costas de las buenas relaciones y de las relaciones mercantiles que duran entre nosotros desde que hemos tenido la fuerza de conquistar Sicilia". Y Rogerio hizo venir al embajador de Balduino y le dijo: "Si tenéis la intención de hacer la guerra santa contra los musulmanes, será mejor conquistar Jerusalén, vos la liberaréis de sus manos y vos recibiréis la gloria de ello. En cuanto a África, hay entre yo y sus habitantes fe y tratados". Entonces ellos hicieron sus preparativos y se pusieron en marcha hacia Siria.

Se ha dicho también que los señores alidas de Egipto, cuando vieron crecer el poder de los selyúcidas y presenciaron su conquista de Siria hasta Gaza, aunque no quedaba ya entre Egipto y ellos otro Estado para protegerlos y Atsiz había invadido Egipto, tuvieron miedo e hicieron pedir a los francos que invadieran Siria[3] para que tomaran posesión de ella y se interpusieran entre los musulmanes y estos enemigos.[4,5]

Los francos se pusieron en camino…

(sigue el relato de la cruzada).

III

EL ÚNICO RELATO CONSERVADO DE UN TESTIGO OCULAR NATIVO DE LA TOMA DE ANTIOQUÍA POR LOS CRUZADOS

(Traducido del latín de la traducción hecha sobre el texto armenio por el padre Peeters, *Miscellanea historica Alberti de Meyer*, Lovaina, 1946, p. 376)

Relato del monje armenio Hovannes (Juan) al final de un manuscrito copiado por él en el monasterio de San Barlaam en la ciudad alta de Antioquía, durante las operaciones militares de 1098.

… Este año el Señor visitó a su pueblo,[6] como está escrito: "Yo no os abandonaré ni vosotros me dejaréis".[7] El brazo todopoderoso de Dios se hizo su guía. Ellos llevaron el signo de la Cruz de Cristo, y habiéndolo enarbolado en mar, mataron una multitud de infieles, y pusieron a los otros en fuga sobre tierra. Tomaron la ciudad de Nicea a la que asediaron durante cinco meses. Después vinieron a nuestro país, en las regiones de Cilicia y de Siria, y le pusieron cerco, extendiéndose en torno a la metrópolis de Antioquía. Durante nueve meses infligieron sobre ellas mismas y sobre las regiones vecinas considerables pruebas. Por último, como la captura de un lugar tan fortificado no estaba en el poder de los hombres, Dios, poderoso consejero, procuró la salvación y abrió la puerta de la misericordia. Ellos tomaron la ciudad y con el filo de la espada mataron al arrogante dragón con sus tropas. Y después de uno o dos días, una inmensa multitud fue reunida, que aportó socorros a sus congéneres; a consecuencia de su gran número, despreciando el pequeño número de los otros, eran insolentes por el ejemplo del faraón, lanzando esta frase: "Yo los mataré con mi espada, mi mano los dominará". Durante quince días, reducidos a la más grande angustia, eran aplastados por la aflicción, porque faltaban los alimentos necesarios a la vida de los hombres y de las yeguas. Y gravemente debilitados y espantados por la multitud de infieles, se reunieron en

la gran basílica del apóstol San Pedro y con un poderoso clamor y una lluvia de abundantes lágrimas, todos, a un tiempo, pedían: "Nuestro Señor y Salvador Jesucristo en quien esperamos y por el nombre de quien en esta ciudad somos llamados cristianos.[8] Tú nos has conducido a este lugar. Si hemos pecado contra ti, tienes muchos medios de castigarnos; no quieras entregarnos a los infieles a fin de que alzados de orgullo no digan '¿Dónde está su Dios?' "[9] Y tocados por la gracia de la oración, se animaban los unos a los otros diciendo: "El Señor dará la fuerza a su pueblo; el Señor bendecirá a su pueblo en la paz".[10] Y lanzándose cada uno de ellos sobre su caballo se echaron sobre los amenazantes enemigos: los dispersaron, los pusieron en fuga y los mataron hasta la puesta del sol. Éste fue un gran día para los cristianos y hubo abundancia de trigo y de cebada, como en el tiempo de Eliseo en las puertas de Samaria.[11] Por ello se aplicaron a sí mismos el cántico profético: "Yo te glorifico, Señor, porque Tú te encargaste de mí, y Tú no diste por mi causa alegría a mi enemigo".[12,13]

IV

LA OCUPACIÓN DE TRÍPOLI POR LOS FRANCOS

(Ibn abi Tayyi en Ibn al-Furat)

Había en Trípoli un Palacio de la Ciencia que no tenía en país alguno paralelo en riqueza, belleza o valor. Mi padre me contó que un shaykh de Trípoli le había dicho que estuvo con Fakhr al-Mulk b. 'Ammar[14] cuando éste se encontraba en Shayzar[15] y que acababa de llegarle la noticia de la toma de Trípoli. Se desmayó, luego volvió en sí llorando lágrimas ardientes. "Nada me aflige, dijo, como la pérdida del Palacio de la Ciencia. Había allí tres millones (?) de libros, todos de teología, de ciencia coránica, de *hadith*[16], de *adab*[17] y, entre otros, cincuenta mil coranes y veinte mil comentarios del Libro de Dios Todopoderoso." Mi padre añadió que ese Palacio de la Ciencia era una de las maravillas del mundo. Los Banu 'Ammar tenían en todos los países agentes que les compraban los libros selectos. A decir verdad, en su tiempo,

Trípoli entera fue el Palacio de la Ciencia; los grandes espíritus de todo el país ahí acudían; todas las ciencias eran cultivadas ante estos príncipes y a esto se debe que llegaran ahí, en particular, los adeptos de la ciencia imamiana[18] a la que ellos amaban y a la cual se adherían. Cuando los francos entraron en Trípoli y conquistaron la ciudad, incendiaron el Palacio de la Ciencia porque uno de sus sacerdotes malditos, habiendo visto estos libros, se había aterrorizado de ellos. Ocurrió que dio con el Tesoro de los Coranes; extendió la mano hacia un volumen, era un Corán, hacia otro, también un Corán, hacia un tercero, también lo mismo y vio de ellos veinte en hilera. "No hay sino coranes de los musulmanes en esta casa", dijo él, y ellos la incendiaron. Se arrebataron sin embargo algunos libros, los cuales pasaron a territorio de los musulmanes.

También destruyeron todas las mezquitas y estuvieron a punto de matar a todos los habitantes musulmanes. Pero un cristiano les dijo: "Esto no es prudente, ésta es una gran ciudad; ¿de dónde tomaréis la gente para habitarla? Lo que se debe hacer es imponerles una capitulación, después de haber confiscado sus bienes, y obligarlos a habitar la ciudad, sin permitirles salir de ella, de manera que sean como prisioneros y que su estancia os sea favorable". Ellos… después de haber matado a veinte mil.

En cuanto al gobernador y algunas tropas, se refugiaron en el palacio del emirato y se defendieron allí algunos días: después pidieron el *aman* y lo obtuvieron; fueron expulsados de la ciudad y partieron a Damasco. Después los francos tomaron a los notables y a los cristianos que confesaron ser ricos, y los golpearon y torturaron hasta que entregaron su fortuna; muchos murieron por la tortura. La ciudad fue repartida entre los francos en tres partes, una para los genoveses, las otras dos para Balduino, rey de los francos en Jerusalén y para Saint-Gilles el maldito.

La toma de Trípoli y las desdichas de su población consternaron a todo el mundo. Hubo reuniones en las mezquitas para el duelo por los muertos; todo el mundo se entristeció y se persua-

dió de la ventaja de una emigración; y un gran número de musulmanes partieron para Irak y Djezira. Dios sabe mejor… Se supo que la flota egipcia había llegado a Tiro ocho días después de la caída de Trípoli, para detener al destino. Nunca una flota semejante había salido de Egipto, y contenía los refuerzos, los víveres, el dinero para abastecer a Trípoli durante un año. Cuando el comandante de la flota supo de la caída de Trípoli, repartió las provisiones y el dinero que traía entre Tiro y Saida,[19] Beirut y las otras plazas fuertes musulmanas, y llevó de regreso la flota a Egipto.

Fakhr al-Mulk b. 'Ammar, el señor de Trípoli, cuando la toma de la ciudad, se encontraba con el emir Ibn Munqidh que le ofreció hospitalidad. Él se presentó en Djabala' y se estableció ahí después de haber hecho llevar provisiones y armas. Tancredo llegó a atacarlo y le libró duros combates. El cadí Fakhr al-Mulk apeló al socorro de los príncipes de los alrededores, haciéndoles temer la perfidia de los francos y que, si ellos ocupaban esta plaza, ganarían otra, y su poder crecería, quizá lo bastante para permitirles apoderarse de toda Siria y expulsar de ella a los musulmanes. La carta era larga, hizo sangrar los corazones y llorar los ojos, pero ninguno le respondió…

V

FRAGMENTOS DE DOS CARTAS JUDÍAS ESCRITAS INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE LA TOMA DE JERUSALÉN POR LOS CRUZADOS

(según D. S. Goitein, "Contemporary Letters on the Capture of Jerusalem", en *Journal of Jewish Studies*, III/1952, pp. 162-1977)

I. (…) Os acordáis, Señor, que hace muchos años abandoné mi país[20] para buscar la misericordia de Dios, subvenir a mi pobreza, contemplar Jerusalén y luego volver. Sin embargo, cuando fui a Alejandría, Dios provocó circunstancias que entrañaron un cierto retraso. Después "el mar se hizo tempestuoso" y numerosas bandas armadas aparecieron en Palestina (…). A duras

penas un sobreviviente de todo un grupo pudo volver aquí desde Palestina para decirnos que casi nadie podía salvarse, porque esas bandas eran muy numerosas y encerraban a todas las ciudades. Y aún faltaba el viaje a través del desierto entre los beduinos, de manera que si alguno escapaba a los unos caía en las manos de los otros.[21] Además los motines estallaron por toda la región y alcanzaron incluso Alejandría, si bien nosotros mismos fuimos asediados muchas veces y la ciudad quedó arruinada.[22] (…) El final sin embargo fue bueno, pues el sultán[23] —Dios glorifique sus victorias— retomó la ciudad e hizo reinar una justicia hasta aquí sin precedentes en la historia de ningún rey del mundo: no hubo un dirham robado a nadie. Yo llegué pues a esperar que, por razón de su justicia y de su fuerza, Dios le devolvería el país y yo podría ir a Jerusalén; por esta razón fui, pues, de Alejandría a El Cairo, para emprender de ahí el viaje. Pues los francos llegaron y mataron a todo el mundo en la ciudad, ya se trate de Isma'il o de Israil; los pocos sobrevivientes fueron hechos prisioneros. Algunos han sido rescatados desde entonces, pero otros están todavía en cautividad en otras partes del mundo.[24] Ciertamente, nosotros todos dábamos por descontado que nuestro sultán[25] —Dios glorifique sus victorias— se pondría en campaña contra los francos y los expulsaría. Pero una y otra vez nuestra esperanza quedó frustrada. Sin embargo, precisamente en este momento,[26] esperamos firmemente que Dios va a librarlo de sus enemigos, pues es inevitable que los ejércitos se enfrenten en este año. Y si Dios nos concede por él la victoria y que conquiste Jerusalén, así sea si ésta es la voluntad de Dios, yo no seré de los que languidezcan; iré a contemplar la ciudad y regresaré directamente ante vos. Si —que Dios no lo permita— esta vez, como las precedentes, es imposible hacer la peregrinación, Dios me dispensará, pues a mi edad no puedo ya demorarme. Yo deseo retornar a mi casa en cualquier situación, ya sea que haya visto Jerusalén, ya que haya debido renunciar a esta esperanza; dos eventualidades igualmente posibles. Vos sabéis evidentemente,

Señor, lo que nos ha sucedido sin interrupción durante cuatro años; los ricos se han vuelto pobres, mucha gente ha muerto por la epidemia, familias enteras han perecido, y yo mismo me vi afligido por una grave enfermedad, de la cual no me había terminado de curar, al cabo de un año, cuando atrapé otra enfermedad (…)

II. (…) Agradecemos al Todopoderoso que nos dio ocasión de cumplir este acto piadoso y os ha permitido participar con nosotros. Hemos aprestado el dinero para el rescate de algunos prisioneros, tras haber considerado las instrucciones contenidas en vuestra carta, es decir, de enviar lo que estuviera disponible a los que han sido ya rescatados (?). No hemos dejado de atender a lo que nos habéis escrito, pero buscamos a quien pueda llevaros nuestra respuesta. Después se abatirán sobre nosotros estas enfermedades: epidemia, peste, lepra, que nos llenan de ansiedad, por temor de ser alcanzados por ellas nosotros mismos o quienes nos rodean. Un hombre en quien tenemos confianza se ha ido de aquí y os explicará qué ha ocurrido con la suma que enviásteis (…) Nos llegan noticias de que entre los hombres por los que los francos pagaron rescate, y que estaban en Ascalón,[27] algunos corren el riesgo de morir de miseria. Otros siguen en cautiverio y a otros los mataron, frente a algunos que luego fueron muertos también, en medio de todo tipo de torturas (…) Finalmente, todos aquellos por los que se pudo pagar rescate fueron liberados, con ciertas excepciones, y entre ellos, se dice, figuraba un muchacho de nueve años al que los francos desean convertir libremente al cristianismo, pero (que se rehúsa) (…) Hasta el día de hoy los cautivos siguen estando en manos de los francos, así como un pequeño número de ellos hechos prisioneros en Antioquía, y sin contar a los que abjuraron, desesperados ya de ser rescatados o dejados en libertad. —No hemos oído decir que los malditos alemanes[28] hayan violado a las mujeres, como hacen otros—. Entre los que pueden recuperar la salud se cuentan algunos que se salvaron el segundo o el tercer día después de la ba-

talla, o a los que se dejó con el gobernador, que había obtenido un salvoconducto. Otros, después de haber sido aprehendidos por los francos, se quedaron un tiempo, y encontraron después manera de salvarse. Pero la mayoría corresponde a aquellos por los que se pagó rescate. Desgraciadamente, muchos terminaron su vida entre toda clase de sufrimientos y de aflicciones. Las privaciones que tuvieron que soportar los obligaron a abandonar la región sin alimentos ni protección contra el frío, y murieron en el camino. Otros, asimismo, murieron en el mar. (…) (El resto de la carta explica que el precio normal del rescate era de cien dinares por tres prisioneros,[29] pero que muchas pobres personas pudieron ser rescatadas por menos. Sin embargo, es preciso contratar bien los préstamos, e incitar a todas las comunidades a enviar fondos para esta obra pía.)

VI

LUCHA DE JOSELINO[30] Y DE SUS ALIADOS MUSULMANES CONTRA TANCREDO Y SUS ALIADOS MUSULMANES

(Relato árabe contemporáneo conservado por Ibn al-Furat) *Cf.* Cahen, *Syrie*, pp. 249 y ss.

(…) He aquí que hubo, entre Joselino el Franco y Tancredo, señor de Antioquía, muchos combates y gran enemistad, debido a circunstancias que habían provocado disensiones y guerras. Tancredo era el más fuerte, gracias a la posesión de Antioquía; Joselino era el más débil, a causa de la inferioridad de su dominio y de su tesoro. Y cuando Joselino vio que no podía derrotar a Tancredo, confió a su hijo el cuidado de la región, guarneció sus plazas fuertes y se presentó ante el rey de Rum, a cuyas plantas se arrojó pidiéndole apoyo. Obtuvo quince mil dinares y regresó; no pasó por ninguna ciudad cristiana sin pedir y obtener auxilios. Y el maldito regresó junto a su madre con el traje con el que había partido, lleno de agujeros, porque nunca se lo había cambiado. Distribuyó la plata entre las tropas, y reunió un gran ejército de francos y de otros.

Entretanto el maldito Balduino hijo de (…? = de Burgos) acababa de ser liberado. Joselino se unió a él con un gran ejército, y se dedicó a asolar los confines de las tierras de Tancredo. Cuando Tchavli (Djawali)[31] se vio obligado a refugiarse junto a Joselino, saqueó una aldea (de Tancredo), quien hizo sus preparativos guerreros y salió de Antioquía. Fue seguido por los refuerzos de Rudwan,[32] del que hemos hablado,[33] y libró batalla cerca de Tell Bashir, en un lugar llamado A'(b)r. Tancredo tuvo miedo de los musulmanes que se encontraban en ambos ejércitos y, avanzando entre las filas, llamó a Joselino, con el cual habló. Tchavli lo veía, y no sabía que era costumbre franca que el enemigo se encontrara con el enemigo, definiera la situación, hablara con él, sin que ninguno de los dos temiera recibir daño del otro. Pero Tchavli concibió temor, y se dijo que a lo mejor estaban entendiéndose contra él. Tancredo, mientras tanto, le habló a Joselino de la cuestión de los musulmanes, pero Joselino no aceptó nada, y Tancredo fue a reunirse con los suyos. Lanzaron entonces el grito de combate.

Joselino vio a Tchavli, que se mantenía separado del ejército. Fue a buscarlo y le dijo: "Maestro, ésta es nuestra costumbre, no imagines otra cosa". Pero Tchavli no cedió a sus palabras, y siguió manteniéndose a un lado. Sin embargo ordenó a su amigo Sonqor Deraz que se arrojase al fragor de la batalla. Los francos lo ubicaron en el ala derecha. Tancredo cargó contra Joselino, se produjo un revuelo tras esa primera carga, una de las más violentas, y Sonqor Deraz mató a buen número de francos. Después los dos ejércitos se alejaron, cada uno regresó a su campamento y se prepararon para la segunda carga; cada uno de los dos jefes cargó contra su adversario, seguido por su ejército, y Joselino no buscaba más que a Tancredo, y Tancredo sólo buscaba a Joselino. Se dieron golpes de lanza y sable, y cada uno procuró demostrar al otro su valor. Después las tropas volvieron a sus campamentos y Tancredo dijo: "Falta una carga; es necesario que me mates o que yo te mate". Cambió de caballo, tomó una lanza nueva, gri-

tó la orden de ataque y cargó; Joselino hizo lo mismo; se encontraron y cada uno golpeó al otro, pero el golpe de Tancredo se anticipó al de Joselino, al que derribó del caballo. Luego el señor de Mar'ash[34] cargó contra Tancredo y lo derribó, a su vez, a tierra. Pero creyeron que Joselino había muerto; y como el señor de Mar'ash era su portaestandarte, y el golpe que le había dado a Tancredo se lo había asestado con el estandarte, los hombres de Joselino, al ver no sólo a su señor en tierra, sino también caída su bandera, se enfurecieron. Ningún franco mataba a otro franco, pero intervinieron los musulmanes, y mataron a los francos.

En cuanto a Joselino, se levantó y se dirigió a su fortaleza. Pero su madre le impidió entrar: "¿De dónde vienes? —le preguntó—. Quisiera Dios que no te hubiera proporcionado nada (?)" "Por Dios —respondió él— no he huido; Tancredo me dio un verdadero golpe de lanza y lo afronté en verdadero combate: he aquí mi mano, testigo de la sinceridad de mis palabras." Pero ella repuso: "Hubiera preferido saberte muerto que saberte vencido. No quiero dar fe de tus palabras antes de haber ido a buscar a Tancredo, para preguntarle si dices la verdad". Y se dirigió ella al campamento, y se aproximó a Tancredo, quien la recibió con grandes miramientos, y le dijo: "¿Sabes por qué vengo?" "No." "Hubiese preferido que Dios lo hiciese morir, antes que verlo huir." "Pero, tía, él no huyó, no le tuvo miedo al golpe de la lanza, y cayó por tierra, y los suyos fueron vencidos. Me golpeó en las tres cargas, y yo le di sus buenos golpes." Otros caballeros confirmaron lo dicho por Tancredo, y la madre de Joselino se fue…[35]

VII

CARTA IMAGINARIA, EXTRAÍDA DE UNA RECOPILACIÓN DE MODELOS EPISTOLARES COMPUESTA HACIA 1135

(Comp. W. Wattenbach en *Archiv für Kunde österreichischer Geschichtsquellen*, XIV/1855)

G., hijo de Guillermo Embriacho[36] a F…, su asociado y compatriota…

Los mercaderes regresaron de Alejandría y no trajeron de ti otras nuevas más que te habían dejado en buena salud; estoy un poco sorprendido de que no me hayas querido saludar a través de cartas o de simples palabras, y que hayas omitido u olvidado enviarme saludos. No quiero regresar ahora (a Alejandría), pero te visito por carta, como fiel amigo y buen asociado, al no poder ir corporalmente.

Has de saber de manera clara que tu mujer gobierna su casa con pudor y sabiduría, como conviene a una buena matrona; que todo va bien, sin accidentes, y que tus hijos tienen buen carácter y buena salud, y que me regocijo de su prosperidad. No tienes qué temer; ocúpate con esmero de tus asuntos y espérame el próximo otoño en Constantinopla, adonde iré a buscarte al barco de Bari. Respóndeme por intermedio de Vital el Veneciano, hijo de Pierre Gerardi, dedícate a los negocios que pueden sernos de provecho y con los cuales podamos obtener el mejor beneficio.

Aquí tu mujer y tus hijos te saludan; ella te pide que de inmediato le envíes un *xamit* y dos *xendata* de la isla de Andros, junto con *species* y un peine de marfil.

Respuesta:

A G… hijo de Guillermo Embriacho, de F…, su asociado y fiel amigo…

Te inquietas porque no te saludo por carta ni por meras palabras, pero de haber sabido las razones no te habrías inquietado. En efecto, me fui a medio día de marcha de Alejandría por asuntos útiles, y esperé tres días a los mercaderes egipcios con los cuales pude por fin arreglar todo exitosamente. Luego, al regresar, no pude encontrar a los asociados, porque habían partido con los enviados del emir de Babilonia (El Cairo), con los cuales hubiera podido ir de manera segura a Constantinopla.

Además, estuve casi un mes acostado con una gran fiebre, pero, por la gracia de Dios, fui atendido por un médico competente y me puse bien. Arreglé con absoluta seriedad todos los asuntos, ya que vendí todas las mercancías importadas al precio que habíamos convenido juntos, y adquirí aquellas que sabía que podrían venderse con utilidades en Italia.

Ven a buscarme en la fecha indicada en tu carta; tráeme una buena *scarlate*, *scalphantas* recientes, de buen tinte, *bulelli* de Ludria y *pignolata* de Plasencia, de buen tinte, ya que todas estas cosas nos serán útiles en Constantinopla y en Alejandría si nos quedamos un tiempo.

Saluda a mi mujer, que es parte de mi cuerpo, y a la cual envío todas las cosas mencionadas en tu carta. Además, le mando un hermoso anillo de oro para que lo use todos los días en el dedo, y para que cuando lo mire me recuerde en su corazón. A mis hijos transmíteles mi bendición paterna.

VIII

CARTA DE AL-ABBAS, VISIR DEL CALIFA FATIMITA AL-ZAFIR, A LOS PISANOS

(Amari, *Diplomi Arabi*, I, pp. 241 y ss.)

… Cuando vuestro embajador, Rainerio Botaccio, vino a nuestra presencia, nos trajo dos cartas de parte del arzobispo Villano y de los cónsules y notables de la ciudad de Pisa, por las cuales nos hacéis saber que vuestros mercaderes, vuestros hermanos y padres, a los que nos habéis enviado como un hijo a su padre, habían sido detenidos el año pasado y despojados de muchos de sus bienes, lo que no conviene a tan grande reino, más prestigioso que todos los reinos de la tierra. Por esta razón nos habéis enviado a este embajador, en condiciones que reserváis para los grandes asuntos, en una galera, cuando usualmente vienen en un navío, a fin de que arregle todo de acuerdo con su juicio; y demandáis que nos ocupemos de la cuestión a la mayor brevedad y os lo enviemos de regreso, y precisáis que ninguno de vuestros mercaderes vendrá aquí hasta su regreso, y que os declaráis de

acuerdo (por adelantado) con todo lo que vuestro embajador suscriba.

Ya hemos expuesto a vuestro embajador que el daño cometido contra vuestros mercaderes, aunque es lamentable, no es exacto. Y he aquí la verdad. Nos hemos enterado de que nuestros mercaderes de Alejandría, que se habían subido con los vuestros, con toda confianza, a un mismo barco, fueron traidoramente asesinados; les dijeron que habían avistado piratas francos, por lo cual los hicieron bajar a la sentina, y de allí los arrojaron al mar a uno tras otro, después de lo cual los vuestros se apoderaron de sus esposas, sus hijos y sus bienes. La ley ordena que los culpables y sus padres sean detenidos, conforme al tratado que existe entre vosotros y nosotros, y que tengamos prisioneros a vuestros mercaderes que se encuentran aquí hasta que nos enviéis a los culpables con una indemnización y con las familias de las víctimas; aquellos a los que liberamos nos prometieron ir donde vosotros a prender a los culpables y enviárnoslos, junto con una indemnización y con las familias de las víctimas. Por otra parte, vuestro embajador ha expuesto que muchos de vuestros conciudadanos habían sido detenidos por nosotros, y le respondimos que se trataba de pisanos a los que habíamos sorprendido en tren de hacernos la guerra con los francos y llevándole a éstos ayuda y víveres;[37] cuando el tratado que existe entre vosotros y nosotros estipula que, si encontramos a pisanos y francos en el mismo barco, los primeros serán tratados como los segundos.

Tras lo cual hubo una larga negociación entre nosotros y vuestro embajador (…) y él, junto con sus asociados, prometió (…) conservar hacia nosotros una lealtad perfecta y tratar sin artimaña alguna a aquellos de nuestros sujetos a los cuales se encuentre. No se pondrán de acuerdo con los francos ni con ningún otro de nuestros posibles enemigos, ni en tierra ni en el mar ni en nuestros puertos; no librarán hostilidad alguna contra nuestro ejército, ni solos ni mezclados con otros, y ninguno de

vuestros comerciantes conducirá a nosotros, a sabiendas, a un franco de Siria disfrazado de mercader. Tampoco dañaréis a nuestro reino por alguna gran promesa hecha por otro pueblo, sea cristiano o musulmán… y los pisanos a los que encontramos en las galeras de los bandidos o en los navíos de los combatientes serán aprehendidos y muertos (…) Si alguna vez ocurre que uno de los vuestros vuelve a cometer un crimen análogo a éste de que se trata, debéis entregárnoslo en la primera ocasión posible, con toda la indemnización requerida; vuestro embajador ha demandado que os concedamos un año de plazo para la reparación, pero transcurrido el año, todos los pisanos que lleguen aquí serán detenidos, y retendremos sus bienes y derechos de todo tipo.

Y ahora os concedemos privilegio para el oro y la plata y todos vuestros asuntos en Alejandría, y os autorizamos a habitar en vuestro *funduq* de Alejandría. Todo lo que tenéis para vender, una vez pagados los derechos de aduana, podéis llevarlo a donde queráis en nuestro reino, y también de regreso con vosotros, si así lo queréis, con excepción de la madera, el hierro y la pez, ya que estos tres artículos son adquiridos por nuestra aduana al precio del día. Si uno de vosotros muere entre nosotros, entregaremos sus bienes a uno de sus progenitores, si está aquí, y en su defecto a aquellos de sus asociados a los que podamos encontrar, mediante recibo. Por otra parte vuestro embajador Rainerio Botaccio nos ha pedido que reprodujéramos, en el documento que dirigimos al tema del restablecimiento de esta paz, los favores que ya hemos acordado, y que son los siguientes: como es costumbre, sobre el (bastasus), los (parate) y la (terra), exención completa; sobre las pequeñas embarcaciones con las cuales desembarcáis y embarcáis (exención); y sobre las subastas, que el navío que llegue primero venda primero. Que todo lo que vendéis en la aduana se os pague cada sábado. Os concedemos asimismo un *funduq* en Babilonia (El Cairo), y la exención de derechos sobre la plata. Y vuestro embajador ha solicitado que si un pisano se dirige al Santo Sepulcro en un navío que no sea de bandidos, y es apresado por nuestra flota, a la recepción de vuestra carta lo li-

beraremos con sus bienes. Autorizamos a vuestros mercaderes a venir a El Cairo cuando lo deseen, y vuestros mercaderes deberán ser bien tratados en todo nuestro reino (…).

Vuestro embajador ha prometido, en su propio nombre y en el de toda la comuna de Pisa, que buscará a los autores del crimen contra nuestros sujetos; si no podéis encontrarlos, enviad los bienes, las familias y el (precio de la) sangre.[38]

[A esta carta, dirigida al arzobispo, se anexó otra dirigida a la comuna de Pisa, que reproduce más o menos los mismos términos, pero que precisa, además, que los pisanos podían vivir, en Alejandría, "según su ley"; que después de mucho tiempo el gobierno egipcio había acordado a los pisanos reducciones de derechos superiores a las que tenían los Rum y los mismos musulmanes; que un antiguo embajador había jurado que los pisanos tratarían lealmente a los mercaderes egipcios con los que pudieran encontrarse en tierra o en mar; que estaba mal exigir el cambio de las costumbres; que el derecho de aduana era del 12 por ciento, y que el autor de la carta mandaba a los pisanos una ampolleta de bálsamo. Los pisanos a los que había que liberar eran diecinueve, había diez que habían muerto, nueve que dijeron ser genoveses, tres a los que capturó Abdalá incorporados al ejército, once eran inencontrables, y 25 le habían sido descontados a Rainerio *(sic)*. 17 de febrero de 1154.]

IX

EL PERSONAL DE SUBASTAS DE LA ADUANA DE ALEJANDRÍA Y SUS SALARIOS

(Según al-Makhzumi, en *JESHO* 1965 = *Makhzumiyat*, p. 283)

Se le *exige yadjibu* a los mercaderes sicilianos sometidos al diezmo, sobre todos los artículos, etc.; por 100 dinares el diezmo es de 10 dinares, sin *quf* ni otra imposición.

La *tarh*, fijada por los *hilaq* (plural de *halqa)* de las aduanas de los khum, cada día que se lleva a cabo una subasta, se le retiene a

los compradores, según se ha precisado en función del negocio *mubashara* y de la puesta en venta *mabi*, de lo cual se informa al comprador y vendedor después del contrato de subasta *halqa*. Se indica la *tarh* retenida por cada venta, y la que así se reúne es afectada *yutlak* a las personas de la subasta *arbab alhalqa*, según el detalle que sigue: 1 dinar 2/3 al anunciador, *munadi* 1/4, y agentes 1 1/4, 1/6, que se reparten como sigue: los que reciben 2 *qirats*, en total 1 dinar, a saber:

El portador de la llave del taller;

el que pesa en la báscula;

los mensajeros *raqqas* que reúnen [a los participantes en la] *halqa*;

los manejadores que van pasando las mercaderías y las exponen al sacarlas de sus recipientes;

los perceptores;

los tenderos de las tiendas, de las cajas, etcétera;

los hombres de confianza *umana* de los barcos;

los portadores del sello, que administran el sello de las tiendas cuando abren y cierran;

los inspectores de la puerta del taller;

los muchachos de la tienda (?) que cuidan las mercancías;

los muchachos de la barca que van y vienen en bote trayendo las mercancías de los barcos al taller; a cada uno de los cuales le corresponde 1/8 de dinar; es (en conjunto), 1/4;

el guardián del taller;

los cargadores durante la *halqa*, en razón del transporte de mercancías, a 1 *qirat* por cabeza, es 1/6 de dinar;

el guardián de la mezquita del taller;

los débiles y los deudores (?);

el pregonero que anuncia los tipos de mercancía sobre los cuales se lleva a cabo la *halqa*.

X

EXTRACTO DE UN COLOFÓN DE UN MANUSCRITO SIRIACO, JERUSALÉN 1184

(comp. y trad. inglesa en *The Annual of the American Schools of Oriental Research in Jerusalem*, núm. 11, 1931, W. R. Taylor)

El año en que se produjeron estos acontecimientos, es decir, en 1495 de la era de los griegos (1148), Jerusalén estaba llena de una infinidad de personas pobres; faltaban alimentos y todo lo necesario (…) Muchos pobres de Jerusalén murieron de hambre y muchos otros atacaron los monasterios para encontrar de qué vivir. En la misma época, nuestros monasterios no eran lo bastante ricos como para satisfacer las demandas de estos pobres, ya que sus recursos bastaban apenas para atender a las necesidades de los monjes. Pero los pobres persistían en sus demandas. La gente de Edesa,[39] derrotada, y que tenía que ocuparse también de sus prisioneros de guerra, vino en particular a Jerusalén, puesto que no tenía ningún otro refugio que nuestros monasterios, donde eran felices de ayudarlos, ya fuera en oro para el rescate de prisioneros, ya en pan para sus necesidades o en vestimentas para cubrir su desnudez.

Nuestro santo padre Ignacio atendió con alegría sus necesidades, porque sentía compasión por todos los pobres, ya fuesen de nuestra propia comunidad o de la de los francos, pero estaba triste y preocupado por no poder hacer más. Y cuando Nuestro Señor vio su buena voluntad, le recordó que había una aldea llamada Deyr Dakarieh,[40] que antes de las conquistas musulmanas había pertenecido al monasterio, pero que los musulmanes habían tomado, y que estaba ahora en manos de los francos, que eran señores de la región. Depositando su confianza en Dios, su Salvador, fue a buscar al rey Señor Balduino, hijo de Foulque, y a su madre la reina Melisenda, y les expuso el problema. Como estaban inspirados por Dios y sentían un gran respeto por Ignacio, le prestaron gran ayuda. Ordenaron al poseedor de la aldea que la devolviera al monasterio de Santa María Magdalena, y el rey le dijo a nuestro padre que le devolviera la plata al poseedor, que

rescatara la aldea y que obtuviera un acta legalmente atestiguada y sellada. Obedeciendo estas instrucciones, Ignacio rescató la aldea por la gran suma de casi mil dinares de oro amarillo, y recibió un acta, debidamente atestiguada y sellada con el sello real.

Como Ignacio buscaba en el amor de Dios el medio de obedecer sus órdenes de alimentar a los pobres, Dios le procuró el precio de la aldea de fuentes inesperadas. También con la ayuda de Dios comenzó a construir un castillo y una iglesia, y, en torno a ellos, algunas casas. Le rogamos a Dios que nos permita completar estos proyectos, como siempre nos ha favorecido en todo. Dios bendiga nuestra diócesis y su vida, y humille a sus enemigos.

XI

CARTA DE UN PRISIONERO MUSULMÁN DE LOS FRANCOS

(Texto de la Geniza comunicado por S. D. Goitein. Comp. y trad. de C. Cahen en *Mélanges Labande*, 1974)

En nombre de Dios Clemente y Misericordioso.

Hago saber (al qa'id Mu'izz), que Dios lo proteja y lo tenga bajo su guarda y en su amistad y no… (y me constituyo) por él en rescate de los males, que he cesado de tener noticias de vos… mi corazón está angustiado, no sé quién vive y quién ha muerto, no he recibido (ni la más pequeña) carta que me informe de vuestras novedades y de lo que os concierne, y por lo tanto mi corazón está con vos; cuando esta carta llegue, despachad vuestra respuesta con el primero que llegue, para reconfortarme el corazón, pues el hombre tiene su familia en la cual se levanta y se prosterna y que lo preserva, y habéis dejado de enviarme noticias vuestras. No os lo reprocho, pues no hay nada que pueda reprochároos, pero el hombre se levanta y se prosterna, y la gente de Egipto es numerosa como lo son los hombres que dan limosna y se dirigen por el camino de Dios el Muy Alto. No me descuidéis por entero, sabéis qué pruebas y cautiverio estoy pasando, y apresuraos a responder a esta carta pronto, por los vivos y los

muertos, y hacedme saber (qué ha ocurrido) con Murhad, y no me ocultéis nada de vuestros asuntos, saludad a Mu'izz al-Dawla y sus hijos y hay para todos vosotros un saludo particularmente completo y saludos a todos los que abraza vuestra solicitud, y respuesta a la carta pronto, sin impedimento ni razón, con el primero que llegue.

Al dorso:

De parte de su hermano Samsam que está prisionero en Nabulus.[41] Que llegue a Egipto, a El Cairo —Dios la preserve— a al-Batiliya[42] [bajo el pasaje] a la casa de Mu'izz al-Dawla… el árabe y que la transmita a los herederos de Sarim al-Dawla al-Qu…[43]

XII

UN CASO DE PRISIÓN POR DEUDAS

(Carta de la Geniza según una traducción inglesa comunicada por S. D. Goitein sobre la base de su artículo en hebreo en *Ierushalaim* 2/5, 1955, pp. 60-62)[44]

En tu nombre, oh Misericordioso.

"Bendito sea el hombre que tiene confianza en el Señor, etcétera." (Jeremías 17-7.)

El propósito de estas líneas para mi querido hijo, Dios prolongue su vida, lo guarde, y cuide de él, es informarte de la impaciencia y la ansiedad con que esperamos volver a verte. Pluga a Dios reunirnos pronto, en la más feliz de las circunstancias.

Ahora, si hubiéramos sabido que podías olvidar a tu hijo y a tu mujer y los anhelos de tu corazón, jamás te hubiéramos puesto en estado de viajar, pero teníamos en el corazón tus más caros intereses y pensamos que regresarías pronto. En lugar de lo cual sigues dando vueltas por lugares extranjeros. ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Quién no piensa en su mujer y su niño? ¿Has visto a algún otro que, portándose como tú, te haya inducido a actuar como él? Mira a Sa'id, un extranjero:[45] escribe en su carta —y la gente atestigua que es cierto— que ayuna la mayor parte del

tiempo, a la espera de reunir los fondos que le permitan liberar a su mujer y su niño; pero tú, que sabes bien cómo terminará, permaneces frío en tu corazón y tu espíritu.

Ahora, después de haber leído estas líneas, acelera tu regreso. Dios no te abandonará ni abandonará a los tuyos. La gente[46] de Damasco, de Tiro y de Acre se conduce mal con los extranjeros. No pensamos verdaderamente que fuera necesario escribir todo esto. Ven en cualquier circunstancia. Cuando estés aquí, podremos hacerle promesas al conde y a la dama, señora de Tiberíades,[47] de pagarles un adelanto de 20 dinares para que los liberen, y tú completarás más tarde lo que debes.

Este tratamiento duro te ha sido infligido sólo porque sigues ausente tanto tiempo. Aunque hubieses estado en la India hubieras podido regresar. Sin duda la compañía de los egipcios, su comida, sus bebidas y su música te fascinan. ¿No habíamos convenido contigo que no te quedarías más de dos meses? ¿Qué te ha retenido tanto tiempo? Jamás nos has dicho exactamente qué haces, jamás hemos recibido una carta tuya dándonos un informe satisfactorio o diciendo qué suma has reunido, sino que has dejado a tu mujer y a tu hijo en prisión sin prestarles atención. Por lo tanto regresa de inmediato, y los dos cooperaremos para salir de esto.

Dios, en su misericordia, los salvará, aunque me vea obligado a ir a buscarte adonde estés. No pierdas la esperanza, Dios no te abandonará. Perfectas congratulaciones a ti y a tus amigos.

"Pluga al Señor darle fuerza a su pueblo, pluga al Señor darle a su pueblo la bendición de la paz" (Salmos 29-11) y salud.

Dirigida: a Misr (Fustat), a Abu'l-Husayn b. abi'l-Khayr al-Akkawi (= de Acre), Dios lo guarde.

De parte de su tío materno Zadoc, hijo de R. Namer, miembro de la academia, que descansa en el Edén.

Confiada (al portador)[48]

XIII

UN MÉDICO DE AMAURY Y DE SALADINO

(Según Ibn abi Usaybiya; trad. de C. Cahen en *Indigènes et Croisés*, reproducido en *Turcobyzantina*)

[Después de haberse vanagloriado en términos generales de su capacidad médica, nuestro autor prosigue:] "Originario de Jerusalén, llegó a Egipto en tiempos de los califas, y se volvió célebre por su habilidad astrológica. Tenía cinco hijos. Cuando el rey Amaury llegó a Egipto, maravillado de su ciencia médica, le pidió al califa que se lo diera, y se lo llevó a Jerusalén con sus cinco hijos. Amaury tenía un hijo que se volvió leproso. Abu Suleimán le preparó un ungüento adecuado. Un poco más tarde se hizo monje, y dejó la sucesión de su puesto a su primogénito, al-Muhadhdhab abu Sa'id, conjuntamente con sus hermanos. Y ocurrió que el rey de Jerusalén en cuestión hizo prisionero al *faqih* Ysa (amigo personal de Saladino); aquél cayó enfermo, y el rey hizo llamar a al-Muhadhdhab para que lo atendiera. Nuestro médico, que encontró al prisionero vestido con un manto cargado de trozos de hierro, fue a buscar al rey y le dijo que ese hombre debía obtener un favor; el rey le hizo dar de beber, pero no era eso lo que realmente necesitaba. '¿Qué debo hacer por él?', preguntó el rey. 'Librarlo de ese manto y quitarle los hierros.' 'Pero tememos que huya y que se pierda su rescate.' 'Entregádmelo y me constituiré en garantía de su rescate.' 'Llévatelo, y cuando llegue el pago, que haya mil dinares por ti.' Le quitó entonces al *faqih* el manto y los hierros, y el médico le dio una habitación particular en su casa, donde se quedó seis meses." [Nuestro autor detalla cómo, a la llegada del rescate, al-Muhadhdhab le dio al *faqih*, en presencia del rey, sus mil dinares para que pudiera reinstalarse en Egipto junto a Saladino.]

"Luego —continúa— Abu Suleimán había predicho, por la lectura de los astros, que al-Malik al-Nasir (Saladino) se apoderaría de Jerusalén tal día de tal mes de tal año, y que entraría por la puerta al-Rama. Uno de sus cinco hijos, el jinete Abu'l-Khayr, tenía a su cargo la educación del hijo leproso del rey de Jerusa-

lén, y le enseñaba equitación. Cuando el rey fue armado caballero (…) Abu Suleimán le dijo a Abu'l-Khayr que fuera de su parte a anunciarle a al-Malik al-Nasir su profecía. Obedeció, llegó a Gaza en 580, fue calurosamente recibido por el *faqih*, y fue a llevarle a al-Malik al-Nasir el mensaje de su padre. El sultán, encantado, le hizo un magnífico regalo y le dio un estandarte de oro, prometiéndole que, si Dios le concedía que se cumpliera esa predicción, plantara el estandarte sobre su casa, y que toda la calle que llevaba a ella se salvaría. Cuando llegó la hora, todo ocurrió como había predicho el médico, y el *faqih* se fue a la casa que habitaba para protegerla: cautivos o muertos, o sujetos a tributo, de nada se salvaron los habitantes de Jerusalén, excepto los de la casa del médico, a cuyos hijos les dio el doble de lo que habían tenido en tiempos de los francos. Luego mandó a todos sus lugartenientes, en tierra y en mar, una circular recomendándoles la más grande benevolencia hacia los cristianos, de la que se benefician aún hoy. Abu Suleimán murió después de haber sido llamado junto a Saladino y de haberse quedado con él cierto tiempo." [El sultán, concluye nuestro autor, le había prometido, en recompensa por su profecía, que iba a interesarse por sus hijos; los recomendó a su sucesor; sus biografías, que se reproducen en el documento, los muestran, efectivamente, al servicio de los ayúbidas.]

XIV

CARTA DE INOCENCIO III AL PATRIARCA DE ANTIOQUÍA

(5 de enero de 1199)

(extraída del Registro de Inocencio III, año I, carta 512, según Migne, *Patrologie Latine*, t. 214, col. 274)

El cuidado de impedir que sea disminuida la libertad eclesiástica, o que hombres perversos opriman a los ministros de la Iglesia, nos llega con una atención especial a nosotros que, debido a nuestra función —servir—, somos particularmente responsables de todo. Ha llegado a nuestros oídos que, si bien hubo cierta ne-

cesidad de hacer dispensas en la ciudad de Antioquía, la comuna de esta ciudad[49] impuso a las iglesias, a los clérigos y a sus hombres, de cualquier condición o lenguaje, la exacción de un impuesto, contrariamente a la antigua costumbre, y pretenden percibirlo y dispensarlo según su voluntad. Además, maltratando también a tus iglesias, quieren obligar a todos los clérigos de Antioquía a someterse al juicio de cualquier laico, so pretexto de su voto (comunal). Al procurar también tratar las posesiones eclesiásticas de acuerdo con los juicios y costumbres de los clérigos,[50] transforman abusivamente los derechos de la Iglesia de los latinos en costumbres. Nosotros, negándonos a tolerar con paciencia semejantes excesos, por la autoridad de los presentes prohibimos formalmente que persona alguna ose dirigir tal daño y tales prejuicios contra ti ni contra las iglesias, los clérigos o tus hombres. Y que sin embargo si alguien tuviera la temeridad de hacerlo, que sea lícito promulgar contra él, con la autoridad apostólica, la censura del rigor eclesiástico. Que quede nulo, etcétera.

Dado en Letrán, el quinto día de enero.

XV

LA ÚNICA ACTA ÁRABE CRISTIANA DE ANTIOQUÍA QUE SE CONSERVA

(Cusa, *I diplomi ed arabi si Sicilia*, 1-2, pp. 645-649;
C. Cahen, "Un document concernant les Melkites",
Revue d'Études Byzantines, 19, 1971, pp. 285-292.
Cf. Jean Richards, "Église latine et Églises orientales
dans les États des Croisés", *Mélanges, Dauvilliers*, 1979)

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Yo, Juan, diácono del santuario sagrado de San Pedro, digo que, cuando el prior de Nuestra Señora de Getsemaní era Arnoldo, me dio la iglesia en ruinas llamada de la Chabuba, con todas sus dependencias en tierras y otras cosas, e hizo un diploma en latín. El lugar quedó en mis manos hasta este momento. Pero siempre estuve endeudado debido a la ruina del lugar que era una iglesia. Enton-

ces… un sacerdote bien visto por Dios, Kyr Mari hijo de Ibriqili (?) y le pidió que tomara posesión del lugar y que derribara la iglesia, a lo cual le ayudé por mi parte con el propósito de que mencionara para el futuro mi nombre y el de mis hijos. Pero no aceptó recibirla en plena propiedad perpetua en las mismas condiciones en que yo lo hiciera, y el asunto quedó así porque no encontré a ningún otro que quisiera ocuparla, debido a su ruinoso estado y su mala condición.

Luego supe que el noble prior, el hermano Bayan, de Santa María Latina, había ocupado los bienes de Nuestra Señora de Getsemaní en Antioquía, llevando una orden del prior hermano Adam de Nuestra Señora de Getsemaní y de todos los hermanos del convento citado, estipulando que todo lo que hiciera por los asuntos del monasterio tenía valor definitivo. Por lo tanto fui a buscarlo y le hice conocer la situación; acudió al lugar, lo encontró en ruinas, y vio que para el monasterio no podía resultar provecho alguno, grande ni pequeño; entonces hice venir al sacerdote susodicho y le entregué el diploma en latín que estaba en mi posesión, y el sacerdote susodicho labró un acta del lugar por intermedio del magistrado del santuario sagrado de San Pedro, el señor Simón, que Dios prolongue su protección, estipulando que esos bienes serían, a partir de entonces, propiedad perpetua suya y de sus herederos, y que pagaría anualmente al dicho monasterio una suma de 2 1/2 dinares, contando cada año en el mes de agosto, después del pago de *dimus* (impuesto), durante dos años a partir del presente año, a saber, el primer año en fecha, y el segundo, para que le sirviera como ayuda para la reconstrucción del mencionado santuario, ya que el comienzo del rembolso de derechos de N. S. de Getsemaní era en el mes de agosto del tercer año. Se impuso al sacerdote la obligación de reconstruir la iglesia, de comenzar de inmediato y de encargarse de su servicio, de su restauración y de su *dimus* anual… según se precisó, y siempre ser responsable de su *dimus*. Y ni el monasterio ni yo, Bayan el prior mencionado, ni ninguno de mis sucesores en la administración de N. S. de Getsemaní, te impondremos

el aumento de un solo *dirham* ni su equivalente; en lo sucesivo tú y quienes te remplacen tienen la disposición plena de este lugar, de manera tal que todos los cargos registrados de *dimus* administrados se convierten en nuestro *dimus* perpetuo y continuo, con pleno dominio y autoridad eficaz, que prospere y aumente para tus derechos y tus necesidades como lo desees y escojas, sin obstáculo alguno de ningún tipo que recaiga sobre ti o tus remplazantes. Si te tardas en la entrega del *dimus* en el momento indicado, y transcurre un año, que ése sea el año, y que al cabo de un año y quince días el monasterio podrá requerir el lugar y percibir el *dimus* íntegro, después de lo cual el lugar regresará a tus manos. Si alguna vez un presuntuoso (Dios nos guarde), destruyera este escrito, que te asigna este lugar a ti, a tus remplazantes o a cualquiera que haya recibido copia de este escrito, corresponderá al monasterio sagrado presentar oposición, reposesionarlo y defenderte a ti o a tus remplazantes puestos en manos de la justicia, y asegurar el lugar en tus manos o en las de tus remplazantes, sin afectar las rentas.

Este lugar está limitado por los cuatro costados como sigue: al este por la calle contigua; al oeste, la plaza y la ruina bajo… el monasterio; al sur las casas y el jardín de Yani al-Kamidari y el jardín de Yari hijo de Mardala; al norte, por último, también la calle y la tierra del señor… que hoy está en manos de su heredero el *nomikus* Romanus, y es de este lado que está la puerta que da acceso para entrar y salir de la calle contigua a este lugar.

En fe de lo cual ha sido escrito este documento para ser tuyo exclusivamente después de haberme sido leído a mí, el prior Bayan y a mí el diácono Juan, que fue traducido, y que lo hemos entendido, y hemos puesto una cruz de nuestra propia mano en su parte superior, y solicitamos testigos. Y yo el prior Bayan lo he confirmado con mi sello de cera en un extremo. Escrito en la última decena del mes de *adar* (marzo) del año corriente del mundo 6271 (1213). Con ayuda de Dios.

Lugar del sello:

En el original mencionado en letras latinas arriba y al fin testimonio de al-Numilus, escrito por el sacerdote (?)… Yo Esteban hijo de… el latino he comparado este documento con el original y lo encontré conforme en texto y en sentido, sin añadidos ni supresiones, en fe de lo cual firmé. Yo el sacerdote Jorge hijo del sacerdote Gregorio he comparado etcétera. Yo Jirjir (?)… hijo de… hijo de… he comparado este documento con el original y encontré que ambos son idénticos en texto y en sentido, en fe de lo cual firmé.

Yo Samuel hijo de Numilus… este documento con el original, etcétera.

XVI

ASUNTOS MONETARIOS EN EGIPTO BAJO LOS AYÚBIDAS

(Extractos del tratado de al-Nabulsi, comp. C. Becker y C. Cahen en *BEO*, XVI/1958-1960; trad. *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1948, p. 113)

Otro asunto anormal: el de la Casa de la Moneda. En tiempos de su buena administración salían mensualmente tres mil dinares, y, en los dos años de 636 y 637/1239-1240, se hicieron más de 80 mil; hoy ha caído a menos de cien dinares por mes. Lamentable descuido: el hábito reinante en los talleres de acuñación de que todo mercader u otro vendedor[51] que llevara oro a la Moneda escribía su nombre y la suma de su entrega en las piezas, en el desperdicio, en los lingotes, etcétera, y ponía lo que era para tal cosa con lo que era para la misma cosa, con precisión, y lo fundían. Los vendedores recurrían a una combinación notable que, por Dios, no se concretaba con las mujeres de cerebro liviano sino solamente con los inspectores del diwan: estos vendedores, pues, pidieron que el diwan no inscribiera el nombre de los propietarios de la plata, por temor de que el diwan de las Limosnas legales los tasara en consecuencia, como si el diwan de las Limosnas no dependiera del mismo jefe de la Moneda. Pero ocu-

rre que el mercader le entrega al vendedor tres mil dinares aproximadamente para convertirlos en monedas,[52] luego se va a comerciar con seda a Alejandría y allí muere; los vendedores dilapidan la suma, inscribiendo tan sólo un pequeño incremento en esta operación. Es una combinación que no puede autorizar ningún hombre avisado, porque les pagan para que oculten lo que deben saber. No se ha oído hablar de nada parecido en el mundo, de una operación que concluye con el mismo hombre encargado de controlarla.

Otra carencia de las personas de la Moneda es que los vendedores toman el oro pero su valor no es siempre el mismo: cien dinares de Tiro[53] valen sesenta, los dinares *djuqi*[54] valen un poco más, y otras clases de oro egipcio y de otros valen ochenta dinares el ciento. Cuando nuestros hombres reúnen seis o siete mil, más o menos, de diversos géneros, los calientan y hay una pérdida de unos diez dinares por cada cien, que es para los otros una ganancia de cien por mil, o sea por seis mil dinares una ganancia de seiscientos dinares obtenida en tres o cuatro días. Nadie sabe lo que estos vendedores han ganado en esas operaciones sucesivas, con excepción de Dios (gloria a Él); aunque la muerte se ha llevado ya a la mayor parte de ellos, y su fortuna ha desaparecido.

XVII

COMERCIO ILÍCITO CON LOS CRUZADOS

(extraído de Maqrizi, *Histoire des Sultans mamlouks*, trad. de Quatremére, pp. 93-94)

Año 687 (1288)

(…) Nedjib, más conocido por el nombre de Katib[55]-Bekdjiri, uno de los *mustavfi*[56] del imperio, de común acuerdo con el cadí Taki-eddin-Nasr-allah-ben-Fakhr-eddin-Djudjeri, osó atacar y denunciar al visir Shudjai. Le informó al sultán de muchos hechos en contra de su adversario, con el cual había sostenido una discusión jurídica en presencia del príncipe. Le reprochó, entre otras cosas, que hubiera vendido a los francos una cantidad de

lanzas y otras armas que se conservaban en los arsenales del sultán. Shudjai no negó haberlo hecho; y dijo: "Hice esta venta con gran suerte y una manifiesta ventaja. En lo referente a la suerte, les vendí lanzas, armaduras, que estaban viejas, degradadas, y eran de poca utilidad; y recibí de ellos un precio muy superior al valor de los objetos. En cuanto a la ventaja, los francos reconocieron que, si les vendíamos armas, era por desprecio a ellos, por desdén hacia sus esfuerzos, y por lo tanto por la poca ansiedad que nos inspiraban sus asuntos." El sultán pareció acoger esta excusa con benevolencia, pero Nedjib respondió: "Infortunado, se te escapó algo de mayor importancia que todo lo que acabas de exponer. Este discurso es producto de tu imaginación y creíste que lo aceptaríamos como respuesta adecuada. Los francos y nuestros enemigos no ven como tú supones la venta de armas. En las conversaciones que sostienen entre sí, y en los informes que nuestros enemigos dirigen a sus semejantes, afirman airosos que el soberano de Siria y de Egipto se ve reducido a un estado tal que está forzado a vender sus armas a sus enemigos." El sultán, que no podía soportar tal idea, montó en cólera contra Shudjai y lo destituyó el jueves, segundo día del mes de *rebi* primero. Ordenó una seria investigación contra él, a fin de obligarlo a pagar una considerable suma de oro. Exigió que, para saldar esa deuda, no vendiese ninguno de sus caballos, de sus muebles, o de sus armas, sino que pagase todo en oro.[57]

XVIII

RECUPERACIÓN DE ASCALÓN POR LOS MUSULMANES (1247)

(según el testimonio de Sa'd al-Din; trad. de C. Cahen, *Peuples musulmans*, pp. 472-473)

(Después de la toma de Tiberíades) nos dirigimos todos, llevando nuestras máquinas de guerra, a Ascalón, adonde nos había precedido el emir Shihab al-Din ibn al-Gharz. Nuestras tropas rodearon la plaza. Al pie se encontraba la flota franca; nuestros navíos habían sido anclados en la orilla. Ascalón es una hermosa

fortaleza con dieciséis torres que se suceden al borde del mar. Acampamos y les arrojamos piedras con nuestras catapultas. La flota franca vino a atacar a la nuestra; el mar se puso inquieto, con agitadas olas, y nuestros navíos fueron arrojados sobre la orilla, en número de veinticinco; mientras que los barcos francos, que estaban anclados al largo, salieron sanos y salvos de la tempestad. Cargamos la madera de nuestros navíos e hicimos parapetos para los asaltos. Teníamos en total catorce catapultas que arrojaban piedras contra la ciudadela; las catapultas enemigas no cesaban ni una hora; los francos quemaron los parapetos protectores de nuestras catapultas; lanzaron sobre ellos grandes flechas de *ziyar*[58] incandescentes y destrozaron dos catapultas. Después realizaron una salida que nos costó un gran territorio. Al cabo de algunos días, nos pusimos a llenar lo más rápidamente posible el foso del costado de la mina. Luego recibieron doce navíos de socorro (les llegaron más, pero también nos llegaron a nosotros), e hicieron nuevas salidas. El diez de *djumada* primero (13 de septiembre de 1247) atacamos por todos los costados; los musulmanes libraron un combate implacable y se apoderaron de la primera muralla; hubo una sesentena de muertes y una multitud de heridos. Pasamos la noche en los fosos y comenzamos a minar una torre y un talud; al cabo de dos días nos lanzamos al asalto. Por un momento volvieron a tomar la mina en que se refugiaban nuestros hombres, pero de inmediato la recuperamos; el 16 incendiamos la mina de la torre, pero el enemigo la había contraminado y apagó el fuego. Luego, al día siguiente, la torre se derrumbó y sepultó a doce de sus jinetes a los que nuestros hombres sacaron para tomar lo que tenían sobre ellos. Luego les llegó un séptimo barco más grande. La piedra de catapulta que poseo pesa un quintal sirio y un cuarto. El sitio se prolongó sin más incidentes. Dos caballeros francos se pasaron a nosotros y recibieron vestiduras de honor de Fakhr al-Din.[59] Informaron que se había desatado la discordia entre los hospitalarios y los templarios. La primera muralla se derrumbó y ocho de los nuestros murieron entre los escombros. La noche del jueves 22 *djumada*

segundo (25 de septiembre), nuestros hombres treparon por la torre minada y se apoderaron de ella: lanzaron un fuerte grito, sonaron los timbales en la noche, se elevó un gran estruendo, la multitud lo coreó, los francos, presa del estupor, huyeron hacia sus barcos o a las torres, donde se fortificaron; y los musulmanes, siempre de noche, entraron a la ciudadela. Masacraron a más y mejor, y es posible que algunos se mataran entre sí. Hasta que acabó la noche no cesaron de apoderarse de objetos valiosos y de armas. Al día siguiente el emir Fakhr al-Din hizo su entrada y concedió salvoconducto, sin sus bienes, a los francos que estaban refugiados en las torres. Entre ellos se encontraban tres jefes venerados. Tenían doscientos sesenta prisioneros. Encontramos en el mar ahogados y manos cortadas, porque los francos se habían colgado de sus barcos para huir, y los que estaban en ellos, temiendo hundirse, les cortaron las manos con las espadas. Luego nos dedicamos a demoler la ciudadela, luego nos fuimos y dejamos que la ciudad sirviera de abrevadero a las lechuzas y de morada a los antílopes y las gacelas. Gloria a Dios que perdura y retribuye.

XIX

LA CRUZADA DE SAN LUIS Y FEDERICO II VISTA POR LA HISTORIOGRAFÍA MUSULMANA

(Qirtay al-Izzi, Gotha, Ms. árabe 1655-39r-40r, trad. de C. Cahen, *Journal asiatique*, 1970, pp. 9-10)

"Después que el emperador, príncipe de los francos, dejó la Tierra Santa y recibió permiso de salida de al-Malik al-Kamil, los dos soberanos en Ascalón se abrazaron y se prometieron amistad mutua, asistencia y fraternidad.[60] Pero la única vía por la cual los francos podían llegar a Egipto atravesaba las tierras del emperador. Éste fue entonces ante él, se encontró con él y le ofreció ayuda en caballería, en plata y en ganado. Pero luego los dos soberanos sostuvieron una entrevista y el emperador le dijo al francés: '¿Adónde pretendes ir?' 'Por Dios, absolutamente a Egipto y a Jerusalén.' Y el emperador le respondió, entre otras

palabras: 'Eso no te conviene, no vayas a Egipto, considera la cosa en ti mismo, en tus príncipes, quiénes te son adictos y quiénes no (?). Estuve antes que tú, en el año tanto más cuanto, bajo el reinado de al-Malik al-Kamil, le arrebaté a los musulmanes Jerusalén y todas las ciudades situadas entre esa ciudad y Acre, y estipulé con al-Malik al-Kamil que esas localidades serían propiedad de los francos y que ninguna fuerza musulmana quedaría en Jerusalén. Si me limité a eso fue porque me di cuenta de la imposibilidad de combatir contra los príncipes, los emires y todas las tropas que se encontraban en el territorio, y de mi impotencia frente a ellos. Y tú ¿cómo vas a tomar Damieta, y Jerusalén,[61] y Egipto?' Pero cuando el francés oyó estas palabras se escandalizó y le dijo al emperador: 'No continúes. ¡Por Dios, por Dios y la verdad de mi fe, nada me impedirá atacar Damieta, Jerusalén y Egipto, y nada me detendrá, más que mi muerte y la de los míos!'[62]

''Irritado por esta obstinación, el emperador le escribió una carta a al-Malik al-Salih, en la cual, entre otras cosas, le decía: 'En tal año llegó a mi territorio el rey de los francos acompañado de una multitud infinita.' Y después: 'Señor Nadjim al-Din,[63] cuídate bien; has de saber que la intención de tus asaltantes es tomar Jerusalén, y por allí reducir a Egipto'. Y también: 'El rey de Francia está convencido de que se apoderará de Egipto en unas horas', y 'Ese francés es el más poderoso de los príncipes de Occidente, una fe celosa lo anima, y la importancia de su acción de cristiano, el apego que tiene a su religión, lo oponen a todos los demás'. Y terminaba con estas palabras: 'Sobrino mío (designando con estas palabras a al-Malik al-Salih), en vano he combatido sus proyectos, he querido ponerlo en guardia contra el peligro que corría al atacaros; para impresionarlo, he insistido en el número y la fuerza de los musulmanes, y en la imposibilidad de tomar Jerusalén si no se ha controlado antes Egipto, lo cual es irrealizable. El francés no se atuvo a mi consejo, el número de sus seguidores aumenta constantemente, son más de sesenta mil,

y en el transcurso de este año van a descender sobre la isla de Chipre'."[64]

XX

TRATADO DE PAZ ENTRE EL SULTÁN MAMELUCO QALA'UN Y LA REPÚBLICA DE GÉNOVA (13 DE MAYO DE 1290)

(*Liber Jurium Republicae Januensis*, II, 243-248, trad. algo condensada; *cf.* Holt, cap. XVII, p. 23)

I. Que todos los genoveses estén garantizados en sus personas y sus bienes en los territorios que posee y poseerá el sultán, así como en caso de naufragio.

II. Que tengan libre circulación, lo que comprende Siria, así como las expediciones militares del sultán.

III. Todos los genoveses dependerán judicialmente del cónsul de Génova en Alejandría, ante el cual deberán presentarse las quejas de los musulmanes o de otros sujetos del sultán; las quejas de los genoveses contra los sujetos del sultán deberán presentarse al diwan, ante el emir.

IV. De sus posesiones de oro y plata, los genoveses deberán pagar 6 besantes (dinares), 16 quilates por ciento por el oro. Y 4 besantes, 12 quilates por ciento por la plata; si tienen monedas, 4 besantes, 12 quilates por ciento por el oro y la plata. No se pagará nada por las pieles y cueros ni por las piedras preciosas.

V. Habrá en la aduana un escriba que será responsable de sus deudas.

VI. Que ningún genovés pueda ser detenido por las faltas de otro, a menos que se haya constituido en su fiador.

VII. Que toda transacción concluida en la aduana en presencia de testigos o del dragomán se cumpla.

VIII. Los genoveses deberán pagar a la aduana de Alejandría, por las mercancías pesadas, 12 por ciento, y esto sólo después de realizada la venta y acordado el precio.

IX. Sobre los tejidos de todos colores (se enumera una serie) de seda y de lana, sobre el oro hilado y sobre la madera, 10 por ciento.

X. Toda mercancía depositada en la aduana para ser vendida en subasta debe anotarse, así como el precio de venta obtenido; pagarán los derechos sobre las cantidades vendidas y no más, y una vez acordado el precio; el comprador no tiene nada que pagar; si no quieren venderlo todo, pueden hacerlo sin pagar derechos.

XI. Ningún genovés será obligado a vender las mercancías traídas; si alguno desea llevárselas, puede hacerlo sin pagar derechos.

XII. Si un genovés vende oro o plata a un musulmán, éste debe pagarle al contado, y no a plazos.

XIII. Los agentes de la aduana deben dejar los asuntos en buen estado.

XIV. Si un genovés vende ante testigos o a través de corredor (*simsar*) de la aduana, éste le responde del comprador; por lo que se venda afuera y sin testigos, toda disputa debe someterse al cadí.

XV. Si un genovés es deudor ante la aduana, pero acreedor de un musulmán, puede irse a informar al acreedor de la responsabilidad de su deuda.

XVI. Si un genovés quiere disponer, para su propio uso en el territorio, de queso y otros víveres, que los haga llevar al *funduq*, y no tiene nada que pagar.

XVII. Que los genoveses tengan suficientes tiendas, que se cierren con llave, y que la aduana les asigne guardianes.

XVIII. La aduana no tiene ningún (otro) impuesto que hacerles pagar, ni tampoco los agentes encargados de visitar los navíos.

XIX. Los genoveses son libres de hacer cargar y descargar sus mercancías por sus propios botes, sin obstáculos.

[XX a XXIV.]

XXV. Que ningún genovés sea obligado a comprar otras mercancías que las que desee.

XXVI. Si ha vendido algo en la aduana, el pago debe ser hecho en oro o en plata.[65]

XXI

Nota sobre el "Vado de la Ballena"

Es ésta una cuestión de la que no he tenido ocasión de hablar. Los textos en francés antiguo hablan de un Vado de la Ballena en algún lugar de Siria del norte, donde no se ve muy bien, a decir verdad, qué puede hacer una ballena. En realidad, la expresión viene del latín *Vadum Balaneae*. En mi tesis sobre la *Syrie du Nord* establecí que se trata de un paso sobre el bajo Ifrin, afluente del Orontes, cerca del pueblo llamado en la actualidad al-Hammam. Mi conclusión era correcta, pero se me escapó un argumento: Hammam, como es bien sabido, significa baño. Y en griego baño se dice *Balaneia* (en plural), forma del pasado aparentemente latina, y que los árabes conservaron quizá agregándola a la raíz *bll*. La región había sido bizantina, y los armenios conocían la localidad por su nombre griego. No hay otro origen posible para nuestra ballena.

CRONOLOGÍA SUMARIA

631 Muerte de Mahoma

634 Comienzo de las conquistas árabes

712 Conquista árabe de España

969 Recuperación de Antioquía por los bizantinos

Ocupación de Egipto por los fatimitas

1054 Cisma entre Roma y Constantinopla

1055 Ocupación de Bagdad por los selyúcidas

1071 Derrota de los bizantinos en Mantzikert

1078 Conclusión de la conquista de Sicilia por los normandos

1080 Los normandos atacan Bizancio

1082 o 1084 Privilegio de Alejandro Comneno para los venecianos

1092 Muerte del selyúcida Malikshah

1095 Concilio de Clermont

1097-1098 Sitio y toma de Antioquía

1099 Toma de Jerusalén

1123 Toma de Tiro

1128 Instalación de Zenghi en Alepo

1135 Saqueo de Amalfi por los pisanos

1144 Toma de Edesa por Zenghi

1146 Advenimiento de Nur al-Din en Alepo

Toma de Trípoli de África por los normandos

1148 Segunda cruzada

1153 Toma de Ascalón por los francos

1154 Tratado de Pisa con los fatimitas

1157 Manuel Comneno en Antioquía

1169 Ocupación de Egipto por Saladino

1171 Matanza de los mercaderes italianos en Constantinopla

1174 Muerte de Nur al-Din

1176 Derrota de los bizantinos en Myriokephalon

1187 Derrota de los francos en Hattin y conquistas de Saladino

1190-1192 Tercera cruzada; 1192 Muere Saladino

1197 Coronación real de León I en Armenia-Cilicia

1202-1204 Cuarta cruzada y fundación del Imperio de Constantinopla.

1217-1220 Quinta cruzada

1228 Cruzada de Federico II

1243 Invasión de Asia Menor por los mongoles

1244 Toma de Jerusalén por los khwarizmenos

1248 Cruzada de san Luis

1258 Toma de Bagdad por los mongoles

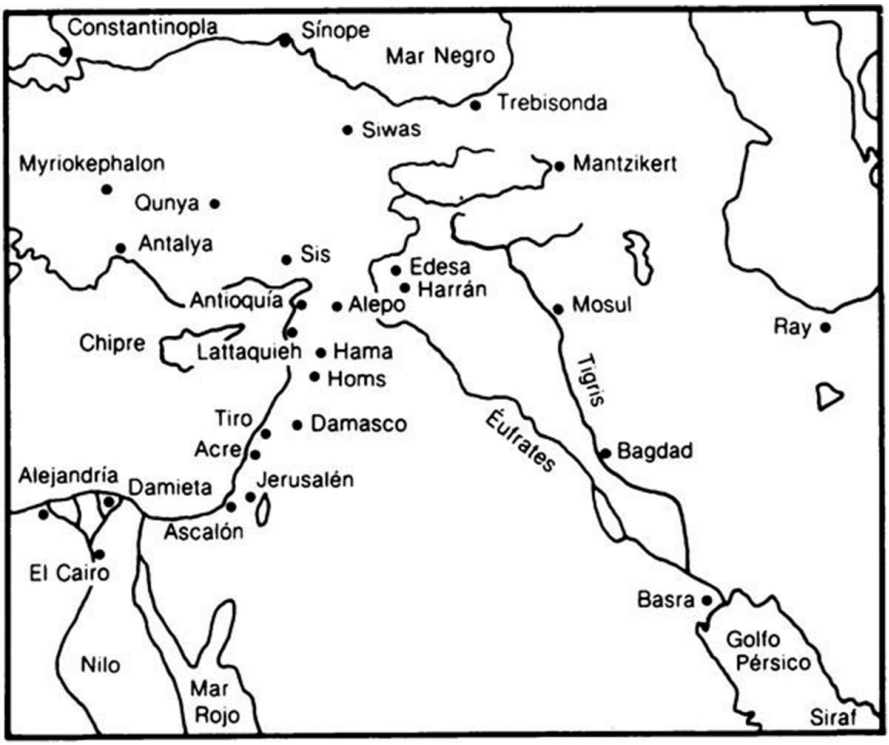
1260 Invasión de Siria por los mongoles, y derrota de éstos por los mamelucos

1261 Recuperación de Constantinopla por los bizantinos

1268 Toma de Antioquía por Baybars

1291 Caída de Acre

Anazarbe (Cilicia), el castillo de los caballeros teutones. (Foto del autor.)


Constantinopla
Sínope
Mar Negro
Trebisonda
Siwas
Myriokephalon
Mantzikert
Qunya
Antalya
Sis
Edesa
Harrán
Antioquía
Alepo
Mosul
Ray
Chipre
Lattaquieh
Hama
Homs
Tigris
Éufrates
Tiro
Damasco
Acre
Bagdad
Alejandría
Damieta
Jerusalén
Ascalón
El Cairo
Basra
Golfo
Pérsico
Nilo
Mar
Rojo
Siraf

BIBLIOGRAFÍA

No es necesario alargar este libro con una bibliografía completa que, vista la amplitud de las cuestiones tratadas, tendería a la desmesura. Resulta fácil consultar las obras generales aquí citadas acerca de las cruzadas, el mundo musulmán y el Cercano Oriente, el comercio internacional, etc. Lo que desde mi punto de vista resulta esencial aparece en las notas de cada capítulo.

Conviene hacer aquí algunas observaciones.

Por tratarse de las relaciones entre Oriente y Occidente, o entre el Cercano y el Lejano Oriente, es natural que las fuentes de nuestra documentación procedan de numerosas lenguas. Por lo que se refiere a Europa, en el periodo considerado, el latín sigue siendo único, pese a la adición progresiva de las lenguas vulgares. Para el Oriente se nos presenta un mosaico más complejo: además del griego y el árabe, existen literatura y documentos en siriaco, en hebreo, en armenio, en georgiano, en persa, en turco, en chino, etc. No se le puede exigir a ningún especialista el dominio de todas estas lenguas, pero tampoco puede admitirse que no conozca ninguna de ellas. Cuando utilice traducciones, debe saber cómo han sido hechas y controlar, con la ayuda del caso, los puntos que requieran precisión. Es necesario decir que, pese a su reputación, el *Recueil des Historiens des Croisades* es, desde cierto punto de vista, poco satisfactorio; muchos contrasentidos podrían haberse evitado, las ediciones mismas son de calidad desigual, y algunas obras importantes permanecen inéditas.[1] Por otro lado, hay que ser consciente de que, de una lengua a otra, no se corresponden con exactitud el esquema conceptual y el vocabulario. Es preferible no traducir que traducir ambigua o vagamente.[2]

Aun en una misma lengua, y *a fortiori* cuando se pasa de una lengua a otras, las diversas fuentes no cubren el mismo campo, ni geográfica, ni cronológica ni, sobre todo, socialmente. Por lo

tanto es necesario complementarlas entre sí, y tener conciencia del desequilibrio que puede resultar de su desigual repartición.

El historiador, naturalmente, se ve llevado a considerar las fuentes narrativas.[3] Es evidente que también tiene que saber abrevar en las fuentes jurídicas, administrativas, religiosas, científicas,[4] etc.; no puede contentarse con consultar un solo capítulo de repertorios y catálogos.[5]

Todo lo anterior se entiende, *mutatis mutandis*, de las fuentes de archivo. Aunque no son tan escasas para el Oriente como en ocasiones se ha dado a entender,[6] existe, sobre todo para la baja Edad Media, un desequilibrio: con frecuencia los campos sobre los que tenemos mejor información para los diversos Estados no se corresponden bien entre sí. Incluso dentro de una misma zona pueden surgir grandes problemas de la conservación desigual de los fondos documentales.[7]

Para la bibliografía actual, digamos tan sólo que acaba de crearse (o de recrearse)[8] una *Société pour l'histoire de l'Orient latin*, que publica un boletín. El presidente de la nueva sociedad es ahora el profesor Jean Richard, de Dijon. En Estados Unidos, en las universidades de Ann Arbor y Kalamazoo, se llevó a cabo, en 1981, un congreso internacional consagrado a las cruzadas, al Oriente latino y a las relaciones entre Oriente y Occidente (aparecerán las *Actas*).

El estudio de las condiciones de vida de las regiones, y en particular de las regiones llanas, puede resultar beneficiado, hasta cierto punto, por las investigaciones diacrónicas a través de los siglos. Pero éstas presentan dificultades porque, en los territorios sometidos durante el curso de los siglos a señores que utilizaban lenguas diferentes, no siempre se han identificado bien las mismas localidades que aparecían con nombres distintos.[9]

La transcripción de palabras de otras lenguas —y en particular del árabe— a caracteres latinos presenta problemas, puesto que los sonidos expresados por las letras de los diversos alfabetos no siempre se corresponden. Lamentablemente, no existe un siste-

ma único de transcripción. El más difundido internacionalmente es ahora el de la *Encyclopédie de l'Islam*; como este libro se dirige a un público amplio, utilizamos este sistema y lo simplificamos más suprimiendo los signos ajenos al alfabeto latino normal.

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS*

No existe ninguna historia global del Cercano Oriente medieval. Por lo tanto, es necesario estudiarla en la historia de los grandes conjuntos políticos y, de manera secundaria, en la de algunos pueblos en particular.

Para la historia del Imperio bizantino, las obras principales son: Georg Ostrogorsky, *Geschichte des Byzantinischen Staates*, Múnich, 1952, 496 pp., del cual existe traducción al francés, *Histoire de l'État byzantin*, París, 1954; y Zakythinos, *Histoire de l'empire byzantin*, vol. 1 hasta 1071, en griego, trad. al inglés y al alemán; vol. 2 en preparación. Se cuenta con una *Histoire de l'Arménie*, 1982, de Gérard Dédéyan; para Georgia, K. Salta, *Histoire de la Nation géorgienne*, 1979.

Respecto al mundo musulmán, disponemos, después de bastante tiempo, de múltiples ejemplos de obras de diversos espíritus; Robert Mantran, *L'Expansion musulmane*, en la colección Nouvelle Clio, París, 1968, es un buen texto, actualizado, de iniciación para los estudiantes. Claude Cahen, *L'Islam*, París (Bordas), 1970, se esfuerza por dar a la historia socioeconómica del mundo musulmán un lugar semejante al de la historia europea; Dominique y Janine Sourdel, *La Civilisation de l'Islam classique*, París, 1968, es notable sobre todo por los capítulos excelentemente ilustrados relativos a la historia del arte. Es forzoso decir que Maurice Lombard, *l'Islam dans sa première grandeur*, publicación postuma, París, 1971, pese a su estimulante introducción, no está bien actualizado. Dominique Sourdel, *L'Islam médiéval*, París, 1979, es una obrita útil para la reflexión de los lectores ya informados.

El repertorio fundamental de conocimientos lo proporciona *L'Encyclopédie de l'lslam*, edición en francés y en inglés, 2a. ed.,

cuatro grandes volúmenes en cuatro entregas (en la actualidad llega a la letra L; para la información que sigue, se puede recurrir a la primera edición). Se cita, en lo sucesivo, como *EI*, I, y *EI*, II.

Acerca de la historia judía existe la excelente *History of the Jews*, de S. Baron, 8 vols., que es la única obra que concede el lugar correcto a los judíos en Oriente.

La historia de las cruzadas y del Oriente latino padece las carencias que a continuación se indican. La obra más conocida en Francia, la de René Grousset, *Histoire des Croisades et du Royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., París, 1934-1937, es, lamentablemente, la más peligrosa, debido a la insuficiencia de los conocimientos, la fragilidad metodológica y los prejuicios que la afectan. La mejor exposición en francés es ahora la traducción del hebreo del libro de Josuah Prawer, *Histoire du Royaume latin de Jérusalem*, 2 vols., París, 1969-1970. En inglés se cuenta con una buena síntesis del bizantinista Steven Runciman, *A History of the Crusade*, 3 vols., Cambridge, 1952-1954, y con la obra colectiva *History of the Crusades*, dirigida por K. Setton, de la que han aparecido cuatro volúmenes: I, 1955; II, 1962; III, 1975, y IV, 1977 (están previstos dos más); esta obra rectifica las fechas de publicación de la historiografía tradicional, sin un verdadero esfuerzo de renovación. Es necesario recomendar Hans E. Mayer, *Geschichte der Kreuzzüge*, Stuttgart, 1965, traducción inglesa *The Crusades*, Oxford, 1972.

Respecto al comercio de Levante, nos vemos obligados a remitirnos una vez más a Wilhelm Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, 2 vols., Leipzig, 1885, notable en su época pero obligadamente atrasada acerca de la documentación moderna, y retrasada en su espíritu; un poco más moderno es Hans Schaube, *Handelsgeschichte der Romanischen Völker des Mittelmeergebiets bis zum Ende der Kreuzzüge*, Múnich, 1906. El trabajo de Robert S. López, en *Cambridge Economic History of Europe*, M. Postan, comp., vol. II, Cambridge, 1952, si bien muy inteligente, es un poco apresurado y no siempre está al día.

I. FUENTES

Muchos textos relativos a las cruzadas y al Oriente latino aparecen publicados y traducidos en *Recueil des historiens des Croisades*, de la Académie des Inscriptions (sobre la cual puede verse C. Cahen, en *Journal des savants*, 1970). La recopilación comprende cinco secciones: Historiadores occidentales, 5 vols.; historiadores orientales (= árabes), 5 vols.; historiadores griegos y armenios, y leyes. No hay una serie siriaca ni hebrea.

Abu Shama, "K. Rawdatayn", *R. H. Cr. Or.*, IV; *Al-dhayl… Ta- radjimr*, ed. El Cairo, 1947.

Ibn abi Tayyi, fragmentos citados en Ibn al-Furat y Abu Shama, *cf.* C. Cahen, *Syrie du Nord*.

Ibn al-Adim (Kamal al-Din), *Zubda*, comp. Sami Dahan, 3 vols., Institut français de Damas, 1954; trad. franc. *R. H. Cr. Or.*, III, hasta 1135, y Blochet en *Revue de l'Orient latin*, III-IV, 1895-1898.

Ibn al-Athir, *Al-Kamil*, numerosas ediciones; trad. franc. de las partes referentes a las cruzadas, *R. H. Cr. Or.*, I, II.

Ibn al-Djawzi, *Al-Muntazam*, comp. Hyderabad, 5 vols.

Ibn al-Djubayr, *Rihla* ("Viajes"), trad. Godefroy-Demombynes, 4 vols., 1952-1967.

Ibn al-Furat: la obra, que comprende los siglos xii, xiii y xiv, no está conservada íntegramente; se han hecho ediciones parciales en Oriente. Fragmentos traducidos por Lyons y Riley-Smith, 1971. La parte concerniente a la primera mitad del siglo xii, que contiene los extractos más importantes de Ibn abi Tayyi, deberán traducirse y publicarse próximamente.

Ibn al-Mudjawir, *Description d'Aden*, comp. Löfgren, 1951-1954.

Ibn al-Qalanisi, *Histoire de Damas*, trad. de la segunda mitad por H. A. R. Gibb, *The Damascus Chronicle of the Crusade*, 1932, y Roger Le Tourneau, *Damas de 1075 a 1155*, 1952.

Ibn Muyassar, *Annales d'Égypte*, comp. Massé, 1921; nueva comp., A. Fuad Sayyid, 1981.

Ibn Shaddad (Beha al-Din), "Vie de Saladin", en *R. H. Cr. Or.*, III.

Ibn Shaddad ('izz al-Din), *A 'laq al-Khatira*, comp. Sami Dahan, 3 vols., Damasco, Institut français, trad. de la parte

relativa a Alepo por Dominique Sourdel, y del resto de Siria del Norte, por Anne-Marie Eddé-Terrasse; la parte relativa a la Djazirah, analizada por C. Cahen en la *Revue Études islamiques*, 1934, acaba de ser publicada *in extenso* en Damasco, 1978.

Ibn Wasil, Historia de los ayúbidas conocida con el título de *Mufarrij al-Kurub*, comp. Shayyal, luego Rabie, 5 vols., hasta 1248, la parte hasta 1262 está manuscrita.

Idrisi, *Géographie*, edición completa en proceso en Italia, trad. provisional por Jaubert, 1820.

'Imad al-Din al-Isfahani, *Barq al-Sham*, extractos traducidos y publicados en Abu-Shama, *La prise de Jérusalem*, trad. Massé, 1970.

Makhzumi, *Al-Minhadj*, extractos traducidos y comentados en C. Cahen, *Makhzumiyyat*, 1978.

Maqrizi, "Historie des Fatimides" (*Itti'az*), comp. Shayyal, luego: *Histoire des Ayyubides et des Mamluks*, trad. Blochet en *Rev. Or. lat*., 10-12, y para los primeros mamelucos, Quatremère, 1837-1845 (importante anotación); "Description de l'Égypte et du Caire" (*Khitat*), comp. Bulaq, 2 vols., 1890; la edición crítica realizada por G. Wiet no rebasa el primer cuarto de la obra.

Mardi (Murda) al-Tarsusi, *Un traité d'armurerie composé pour Saladin*, comp., trad. y coment. C. Cahen, 1949, Institut français de Damas.

Qalqashandi, *Subh al-A 'sha*, ed. El Cairo, 14 vols, y un índice, 1920.

Sibt ibn al-Djawzi, *Mi'rat al-zaman*, comp. Hyderabad.

Sulami, véase capítulo VI.

Usama ibn Munqidh, *K. al-I'tibar*, trad. A. Miquel, 1982.

Yaqut, *K. al-Buldan*, varias ediciones, sin traducción.

TEXTOS LATINOS Y FRANCESES

Albert d'Aix, "Liber Christianae expeditionis pro ereptione, emundatione Sanctae Hierosolimitanae Ecclesiae", *R. H. Cr. Occ.*, IV; Peter Knoch, "Studien für Albert von Aachen", des *Stuttgarte Beotrage fur Geschischte und Politik,* I, 1966; *cf.* también *Syrie du Nord*.

Foucher de Chartres, "Historia Hierosolymitana", *R. H. Cr. Occ.*, III.

Guibert de Nogent, "Gesta Dei per Francos", *R. H. Cr. Occ.*, IV.

Guillermo de Tiro, nueva edición crítica, por R. B. C. Huyghens, en preparación; "Continuation de Guillaume de Tyr", en *R. H. Cr. Occ.*, II, cont. lat. 1183-1193, Marianne Salloch, "Die Lateinische Fortsetzung Wilhelms von Tyrus", 1934; cont. franc. manuscrito D, comp. M. R. Morgan 1982; *cf. The Chronicle of Ernoul and the Continuations of William of Tyre*, Oxford, 1973.

Marco Polo, *Le devisement du monde*, útil presentación francesa, 2 vols., Maspero, 1980.

Raimundo d'Aguilers, "Hist. Francorum Hierusalem", *R. H. Cr. Occ.*, III; nueva edición Hill en los documentos para la historia de las cruzadas de l'Académie des Inscriptions.

Robert le Moine, *R. H. Cr. Occ.*, III.

Wilbrand Oldenburg, en *Peregrinatores medievi quator*, 1880.

—*Assises de Jérusalem, R. H. Cr.*, Lois, 2 vols.

—*Assises d'Antioche*, comp., trad., Venecia, 1876.

—*Chanson d'Antioche*, I, II, comp. Suzanne Duparc-Quioc, París, 1977-1978.

—*Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanorum* (Historia anónima de la cruzada), comp. Louis Bréhier, 1928; sobre el problema de las interpolaciones en este texto, *cf.* H. J. Witzel; obra provenzal presentada por Tudebode, comp. Hill, en *Documents* para la historia de las cruzadas.

—*Gestes des Chyprois*, Société de l'Orient latin, 1887.

Textos armenios

Matthieu d'Edesse, en *R. H. Cr. Arm.*, I, y su continuación por Gregorio el Sacerdote, *ibid*.

—*La Chronique attribuée au Connétable Smbat*, comp. Dédéyan, 1979.

Textos sirios

Bar Hebraeus (Abul Faraj), *The Chronography*, comp. y trad. Budge, 2 vols., 1932.

Miguel el Sirio, *Chronique*, comp. y trad. J. B. Chabot, 4 vols., 1910.

—*Chronique anonyme syriaque*, comp. J. B. Chabot, 1935, trad. Abuna, Lovaina, 1974.

Texto hebreo

Benjamín de Tudela, comp. y trad. Adler, 1907.

Quienes deseen conocer las traducciones de los textos orientales pueden encontrarlos en *Recueil des historiens des Croisades* y en las obras particulares citadas más adelante en la *Bibliothèque des Croisades* de Michaud y Raynaud, y en el reciente volumen de F. Gabrieli, *Storici arabi delle Crociate* (trad. fr., 1976).

Recopilación de documentos de archivo

—Geniza, véase Goitein y S. Shaked, *A Tentative Bibliography of Geniza Documents*, 1970.

—Röhricht, *Regesta regni Hierosolimitani*, un volumen y un anexo, Oeni Ponti 1893-1904, reprod. Nueva York.

—Notarios genoveses: Johannes Scriba, *R.C.I.*, 19/20, Roma, 1935.

A partir de fines del siglo XII, los cartularios conservados se multiplican; cierto número de ellos ha sido publicado; véase:

—documentos venecianos: Morozzo y Lombardo, *Documenti del commercio veneziano nei secoli XI-XIII*, Roma y Turín, 1940.

Morozzo, *Famiglia Zusto*, 1900.

—documentos pisanos: Amari, *I diplomi arabi del Reale archivio fiorentino*, Florencia, 1863, 2 vols.

Jins-Müller, *Documenti sulle relazioni delle città toscane Coll'Oriente cristiano et coi Turchi fino all'anno 1531*, Florencia, 1879.

Principales cartularios de las órdenes religiosas

—Hospital: Delaville-Le Roulx, *Cartulaire général de l'Ordre des hospitaliers de Saint-Jean-de-Jérusalem*, París, 1894-1906.

—Nuestra Señora de Josafat: H. F. Delaborde, *Chartes de la Terre sainte provenant de l'abbaye de Notre-Dame-de-Josaphat*, París, 1880.

—Santo Sepulcro: el cartulario incompleto publicado por Rozière, en 1849, será remplazado próximamente por la edición de Geneviève Bresc-Bautier.

No se conservan cartularios de los templarios; el que publicó el marqués d'Albra no es más que una recopilación de textos encontrados en otros lugares.

Hay que conceder particular importancia a la correspondencia de los papas, que está bien conservada desde Inocencio III; a partir de Gregorio IX está publicada y analizada bajo los auspicios de la Escuela Francesa de Roma.

Documentos arqueológicos, cf. Histoire de l'Art, y Salina de Salvadi, *Corpus Inscriptiorum*… Jerusalén, 1974, etcétera.

II. OBRAS MODERNAS

No damos más que una bibliografía selectiva, limitada a los aspectos esenciales de la historia tratada. Damos preferencia a las obras recientes, que no figuran en bibliografías previas y en las cuales pueden encontrarse referencias a trabajos más antiguos.

F. M. Abel, *Géographie de la Palestine*, 1967.

Abulafia, *Two Italies: Economic Relations Between the Norman Kingdom and the Northern Communities*, 1977.

H. Ahrweiller, *Byzance et la mer. La marine de guerre, la politique et les institutions maritimes de Byzance aux VII^e^-XV^e^ siècles*, París, 1966.

—, *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance* (Varioruin Reprints), Londres, 1971.

Karl H. Allmendinger, *Die Beziehungen zwischen der Kommune Pisa und Äegypten im hohen Mittelalter*, Wiesbaden, 1967.

P. Alphandery y A. Dupront, *La Chrétienté et l'idée de Croisade*, 2 vols., París, 1954-1959.

B. Altaner, *Die Dominikaner Missionen*, 1924.

Michael Angold, *A Byzantine Government in Exile. Government and Society under the Laskarids of Nicaea, 1204-1261*, Oxford, 1975.

H. Antoniadis-Bibicou, *Recherches sur les douanes à Byzance*, París, 1963.

E. Ashtor, *Histoire des prix et des salaires dans l'Orient médiéval*, París, 1969.

—, *A Social and Economie History of the Near East in the Middle Ages*, Londres, 1972.

Aziz S. Atiya, *A History of Eastern Christianity*, Londres, 1968.

Derek Baker, comp., *Relations Between East and West in the Middle Ages*, Edimburgo, 1973.

Michel Balard, *La Romanie génoise*, 2 vols., París, 1978.

Rashid al-Barawi, *Halat Misr al-Iqtisadiyyat fi, ahd al-Fatimiyin* (*La vida económica en Egipto en la época de los fatimitas*), El Cairo, 1948.

M. Benvinisti, *The Crusaders in the Holy Land*, Jerusalén, 1970.

B. Blumenkrantz, *Juifs et Chrétiens dans le monde occidental, 960-1096*, 1960.

T. S. R. Boase, comp., *The Cilician Kingdom of Armenia* (recopilación de artículos), Edimburgo-Londres, 1978.

H. Buchtal, *Miniature Painting in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Oxford, 1957.

C. Cahen, *La Syrie du Nord à l'époque des Croisades*, París, 1940.

—, *Turco-Byzantina et Oriens Christianus* (Variorum Reprints), Londres, 1974.

—, *Introduction à l'histoire du monde musulman médiéval*, París, 1983.

Marius Canard, *Histoire de la dynastie des Hamdanides*, vol. I, Argelia, 1954 (el volumen II no ha aparecido).

—, *Byzance et les musulmans du Proche-Orient* (Variorum Reprints), Londres, 1973.

P. Chalmeta, *El señor del Zuoco en España*, Madrid, 1972.

M. A. Cook, comp., *Studies in the Economic History of the Middle East*, Oxford, 1970.

Norman Daniel, *Islam and the West*, Edimburgo, 1958.

—, *The Arabs and Medieval Europe*, Londres, 1975.

Paul Deschamps, *Les Châteaux des Croisés en Terre sainte*, I-II-III, París, 1934-1973.

R. Dussaud, *Topographie historique de la Syrie antique et médiévale*, París, Damasco, 1932.

A. Ducellier, *Le Miroir de l'Islam*, París, 1971.

A. S. Ehrenkreutz, *Saladin*, Nueva York, 1972.

Ekkehard Eickhoff, *Friedrich Barbarossa im Orient*, Tubinga, 1977.

N. Elisseeff, *Nur-ad-Din*, 3 vols., Damasco, 1967.

C. Erdmann, *Die Entstehung des Kreuzzügsgedankens*, Stuttgart, 1937, recientemente traducido al inglés.

A. Fattal, *Le Statut des non-musulmans en pays d'Islam*, Beirut, 1958.

Folda, *The Crusaders' Manuscripts Illuminated at Acre, 1275-1291*, 1976.

S. D. Goitein, *A Mediterranean Society*, vol. I, 1967 (los vols, II, III, IV se refieren más estrictamente a la historia judía).

Hans Gottschalk, *Al-Malik al-Kamil von Egypten*, Wiesbaden, 1954.

A. Grabois, "Banyas et Subaïda pendant les Croisades", *Cahiers de civilisation médiévale*, 1970-1971.

René Grousset, *Histoire des Croisades et du royaume latin de Jérusalem*, 3 vols., París, 1933-1938.

Bernard Hamilton, *The Latin Church in the Crusader States*, Londres, 1980.

Angelica Hartmann, *Al-Nasir li-Din Allah*, Berlín, 1975.

Hansgerd Hellen-Kamper, *Burgen der Kreuzritterzeit in der Grafschaft Edessa und im Königreich Lein-Armenien*, Bonn, 1976.

D. Herlihy, *Pisa in the Early Renaissance, A Study of Urban Growth*, New Heaven, 1958.

Wilhelm Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, trad. franc. mejorada, 2 vols., París, 1885.

P. K. Hitti, *History of Syria*, Londres, 1951.

P. M. Holt, comp., *The Eastern Mediterranean Lands in the Period of the Crusades*, Warminster, Inglaterra, 1977.

G. F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton, 1971.

Stephen Humphreys, *From Saladin to the Mongols*, Nueva York, 1977.

Kalervo Huuri, *Zur Geschichte des Mittelalterlichen Geschützwesens aus orientalischen Quellen*, Helsinki, 1941.

H. R. Idris, *La Berbérie orientale sous les Zirides*, 2 vols., París, 1959.

A. T. Khoury, *Les Théologiens byzantins et l'Islam*, Lovaina, París, 1969.

James Kritzeck, *Peter the Venerable and Islam*, Princeton, 1964.

Subhi Labib, *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschafts-geschichte*, Wiesbaden, 1965.

John La Monte, *Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, E. U., 1932.

Ira Lapidus, *Muslim Cities in the Later Middle Ages*, Cambridge, E. U., 1967.

A. Lewis, *Naval Power and Trade, A. D. 500-1100*, Princeton, 1951.

A. Malvezzi, *L'Islamismo e la cultura europea*, Florencia, 1956.

Hanz E. Mayer, *Bibliographie zur Geschichte der Kreuzzüge*, Hanover, 1960; suplemento "Literaturbericht über die Geschichte der Kreuzzüge" en un Beiheft de *Historische Zeitschrift*, Sonderheft 3, Múnich, 1969.

___, Bibliografía selecta preparada para *History of the Crusades*.

___, *Geschichte der Kreuzzüge*, Stuttgart, 1965, trad. ing., Oxford, 1972.

R. Menéndez-Pidal, *La España del Cid*, 2 vols., Madrid, 1947.

Hannes Möhring, *Saladin und der Dritte Kreuzzüge*, Wiesbaden, 1980.

Michel Mollat, comp., "Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'océan Indien" (*8° Colloque d'histoire maritime)*, Beirut, París, 1966-1970.

Alfredo Morabia, *La Notion de gihad dans l'Islam médiéval des origines à al-Gazali*, Lille, 1975.

V. J. Parry y M. F. Yapp, comps., *War, Technology and Society in the Middle East*, Oxford, 1975.

Josuah Prawer, *Histoire du Royaume latin de Jérusalem*, 2 vols., París, 1969-1970 (trad. del hebreo).

___, *Latin Kingdom of Jerusalem*, Londres, 1972.

___, *Crusader Institution*, Londres, 1980.

H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, Berlín, 1883.

Maureen Purcell, *Papal Crusading Policy*, Leiden, 1975.

Y. Renouard, *Les Villes d'Italie de la fin du x^e siècle au début du xiv^e*, nueva edición por P. Braustein, 1976.

Jean Richard, *Le Royaume latin de Jérusalem*, París, 1947, trad. ingl. actualizada, 1980.

___, *La Papauté et les missions d'Orient au Moyen Âge (xiii^e-xv^e siècles)*, École française de Rome, 1977.

___, *Le Comté de Tripoli*, París, 1943.

___, *Orient et Occident au Moyen Âge: contacts et relations* (Variorum Reprints), Londres, 1976.

D. S. Richards, comp., *Islam and the Trade of Asia*, Oxford, 1970.

___, *Islamic Civilisation, 950-1150*, Oxford, 1973.

Jonathan Riley-Smith, *The Feudal Nobility and the Kingdom of Jerusalem, 1174-1277*, Londres, 1973.

___, *The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus, 1050-1310*, Londres, 1967.

___, *What Were the Crusades*?, Londres, 1977.

R. Röhricht, *Geschichte des Königreichs Jerusalem (1100-1291)*, Berlín, 1897.

G. Rossi-Batini, *L'espansione di Pisa*, Florencia, 1924.

S. Runciman, *A History of the Crusades*, 3 vols., Cambridge, 1951, 1952 y 1954.

___, *The First Crusade*, Cambridge, 1951, 2a. ed., 1980.

Adolf Schaube, *Handelsgeschichte der romanischen Völker des Mittelmeergebietes bis zum Ende der Kreuzzüge*, 1906.

Ulrich Schwartz, *Amalfi im frühen Mittelalter*, Tubinga, 1978.

Khalil Semaan, comp., *Islam and the Medieval West*, Nueva York, 1980.

Emmanuel Sivan, *L'Islam et la Croisade*, París, 1968.

R. C. Smail, *The Crusaders*, 1973.

___, *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge, 1956.

R. W. Southern, *Western Views of Islam in the Middle Age*, Harvard, 1961.

B. Spuler, comp., *Handbuch der Orientalisk*, 1953 y ss.

W. B. Stevenson, *The Crusaders in the East*, 1907.

P. A. Throop, *Criticism of the Crusade*, Ámsterdam, 1940.

A. L. Udovitch, *The Islamic Middle East, 700-1900, Studies in Economic and Social History* (Coloquio, 1974), Princeton, 1981.

O. van der Vat, *Die Anfänge der Franziskanermissionen…,* 1934.

A. A. Vasiliev, *Byzance et les Arabes*, 3 vols., Bruselas, 1935-1968.

Giulio Vismara, *Impium Foedus. La illiceità delle Alleanze con gli infideli nella Republica Christiana medioevale*, Milán, 1950.

John Wilkinson, *Jerusalem Pilgrims before the Crusaders*, Warminster, Inglaterra, 1977.

Cambridge History of Islam, 2 vols., 1970.

Cambridge History of Iran, vols. IV y V, 1968-1975.

Index Islamicus, Pearson, comp., vol. I, 1906-1955, suplementos hasta 1975 y ss.

La Navigazione mediterranea nell'alto medioevo, 2 vols., Espoleto, 1977.

L'Occidente e l'Islam nell'alto medioevo, Espoleto, 1964-1965.
Septième Centenaire de la mort de Saint Louis, París, 1970.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abbas, 18
Abd al-Latif al-Baghdadi, 268*n*
Abdalá, 362
A'(b)r, 355
Abelardo, 335
Abraham, 24, 70, 77
Abu Ghalib, 256
Abu Salih, 215*n*, 282, 282*n*
Abu Shama, 184*n*, 204*n*, 217, 219*n*, 253, 283*n*, 293*n*
Abu'l-Ala al-Ma'arri, 20
Abu'l-Fadl al-Dimashqi, 19*n*
Abu'l-Fida, 320*n*
Abu'l-Khayr, 371
Abu'l-Husayn b. abi'l-Khayr al-Akkawi, 369
Abu Suleimán, 370-371
Acre, 116, 159, 164, 189, 194-196, 202, 229, 230, 256, 257, 262, 271, 292, 292*n*, 293, 293*n*, 294, 295, 299, 307, 308*n*, 312, 312*n*, 313, 313*n*, 368, 382
Adam, prior, 373
Adelaida, 143, 151
Adelardo de Bath, 172*n*
Adén, 167, 168, 296, 314*n*
Adhemar de Puy, *véase* Adhemar de Monteil
Adhemar de Monteil, 86, 87, 92, 103
Adriático, mar, 49, 52, 55, 165
África, 15, 16, 33, 54, 55, 57, 59, 81, 101, 169, 183, 205, 287*n*, 310, 310*n*, 343, 344
Agar, 71

Aimery, 252
al-Abbas, 359, 386*n*
al-Adil, 220, 230, 267, 27*n*, 276, 277*n*, 278, 297
al-Afdal, 129, 188*n*
al-Amir, 162, 218*n*
al-Aqsa, 216*n*
al-Azimi, 47
al-Batiliya, 367
al-Buni, 174*n*
al-Hakim, 45
al-Hammam, 386
al-Hariri, 122, 123
al-Hafiz, 145, 218*n*
al-Idrisi, 73, 168, 184, 184*n*, 333, 329*n*
al-Madjusi, 172
al-Makin ibn al-Amid, 160*n*, 284, 290*n*, 303*n*
al-Malik al-Kamil, 276, 279, 281*n*, 282, 285, 290*n*, 297, 382
al-Malik al-Nasir, *véase* Saladino
al-Malik al-Salih Ayyub, 381*n*, 383, 383*n*
al-Mayruqi, 229*n*
al-Muhadhdhab abu Sa'id, 370
al-Murabitun, 33
al-Musta'li, 351*n*
al-Mustansir, 351*n*
al-Nabulsi, 268*n*, 284, 298, 298*n*, 376
al-Nasir, 231, 288, 289
al-Numilus, 375, 376
al-Qazwini, 73
al qa'id Mu'izz, 366

al-Rama, 371
al-Sulami, 341
al-Udhri, 186
al-Zafir, 359
al-Zahir Ghazi, 252
Alberto de Aix, 156, 156*n*, 325
Albón, marqués de, 262*n*
Alejandría, 20, 31, 34*n*, 38, 40*n*, 117, 146, 277*n*, 285, 290*n*, 293, 293*n*, 313*n*, 319, 329, 350, 351, 357-359, 361-363, 384
Alejandría, golfo de, 136, 162, 164, 164*n*, 185, 186, 187*n*, 189, 194, 195, 200, 208, 219, 220*n*
Alejandro II, 83, 84, 151
Alejandro III, 226
Alejandro Comneno, 86, 90-92, 104, 104*n*, 108, 136, 148, 180, 345*n*
Alejandro du Pont, 325*n*
Alejandro Magno, 333*n*
Alemania, 49, 50, 98, 151
Alepo, 17, 19, 22, 27, 37, 121, 123-125, 132-135, 137, 142, 149, 159*n*, 176, 215, 152, 168, 275, 283, 292, 295, 296, 319, 329, 354*n*
Aleramici, marqués de Montferrat, 151
Alí, 18
Alí al-Harawi, 216
Alí Munqidh, 121
Alí ben Jafar al-Sicili, 184*n*
Almería, 165
Alp Arslan, 35, 36, 43
Alpes, 63, 70

Amalfi, 47, 50, 56*n*, 57, 61, 67, 101, 118, 119, 142, 142*n*, 147, 162, 163, 165, 252

Amaury I, 188, 189, 189*n*, 193, 197, 203, 235, 256, 360*n*, 370

América, 339

Amid, 274

Amr bar Sliba, 44

Amu Darya, 174-175, 281

Ana Comneno, 96

Anastasio el Bibliotecario, 67

Anatolia, 35, 39, 41, 106, 127, 136, 166, 178, 179, 207, 210, 222, 263, 290, 290*n*, 303, 311, 311*n*

Anazarbe, 264

Ancona, 291

Andalucía, 187*n*

Andrónico, 151, 223

Andros, 358

Ángel, dinastía de los, 223, 269

Anjou, 139

Anjou, casa de, 144, 144*n*

Anónimo de Córdoba, 69, 70

Anónimo de Edesa, 284

Antalya, 196*n*, 275, 278, 292

Antar, 172

Antilíbano, 135, 251*n*

Antioquía, 20, 38, 41, 47, 63, 86, 88, 91, 97, 107, 108, 112, 115, 135, 136, 139, 140, 142, 143, 143*n*, 144, 149, 150, 153, 154, 157, 164, 181, 181*n*, 182, 193, 194, 213*n*, 223, 229*n*, 230, 233, 234, 244, 247, 249, 252, 256*n*, 270, 271, 274, 278, 283, 287, 354, 353, 354, 356*n*, 372, 373

Apame, 133*n*

Apolo, 71
Apulia, 101, 141
Apulla, 61
Aquitania, 50
Árabe-Persa, golfo, 167, 169, 191
Arabia, 15, 24
Aragón, 84, 171
Arancel de Acre, 202
Arculfo, 70
Arezzo, 46*n*
Aristóteles, 333*n*
Armenia, 17, 39, 51, 80, 104, 127, 227*n*, 264, 267, 273, 274, 303*n*
Arnoldo, prior, 373
Arnoldo de Brescia, 157
Arnulfo, patriarca de Antioquía, 153*n*
Artuq, 42, 45
Ascalón, 131, 151, 187, 340*n*, 352, 360*n*, 379, 382
Asia, 16, 17, 35, 51, 91, 92, 104, 130, 169, 215, 258, 284, 297, 309
Asia Central, 15, 17, 20, 25, 27, 28, 35, 37, 39, 59, 174, 176, 208, 255, 281, 286, 287*n*, 302, 304
Asia Menor, 16, 35-42, 45, 51, 52, 64, 81, 90, 91, 104, 105, 108, 110, 129, 131, 132*n*, 136, 137, 157, 174, 176, 179, 180, 191, 196*n*, 198, 205, 205*n*, 218, 226, 227, 260, 263, 266, 267, 270, 274, 278, 281, 286, 289-292, 302, 303*n*, 304-306, 311, 314
Atlántico, 25
Atsiz, 42, 45, 54*n*, 344, 344*n*
Audiencia Ligia, 235, 238, 239
Audiencias de Antioquía, 274

Audiencias de Jerusalén, 9, 196, 238
Audiencias de los Burgueses, 196*n*, 202, 235-236, 238, 239, 246, 292
Averroes, 120*n*, 170, 337
Ayas, 311
Aydhab, 166, 314*n*
Ayn Djalut, 266
Ayyub, 218, 267
Azov, mar de, 311
Baalbek, 283*n*
Babilonia, 358, 361
Badr al-Djamali, 129, 351*n*
Bagdad, 16-18, 122, 123, 169, 179, 28, 209, 224*n*, 229, 288, 296, 296*n*, 297, 298, 298*n*, 302, 314, 319
Baghras, 264
Bahram, 145*n*, 146, 147
Bailío de la Fonda, 246
Balcanes, 59
Balduino I, 107, 108, 111, 115, 117*n*, 138, 139, 143, 148, 151, 343, 343*n*, 344, 349, 356*n*, 365
Balduino II, 131*n*, 135*n*, 143, 144, 148, 159*n*, 354, 354*n*
Balduino III, 149, 188, 189, 193, 235, 360*n*
Balduino IV, 149, 151, 216
Balduino V, 151
Balduino de Bolonia, *véase* Balduino I
Balduino de Burgos, *véase* Balduino II
Balduino de Flandes, 150, 269*n*, 279*n*
Baleares, 15*n*, 53, 190, 206
Báltico, 49
Banu 'Ammar, 347*n*, 348

Banu 'Assal, 284
Banu Ghaniya, 190, 217, 217*n*, 229*n*
Banu Hamawayh, 381*n*
Bar Hebraeus, 251*n*, 255, 284, 335*n*
Barbastro, 83
Barcelona, conde de, 84
Bari, 46*n*, 50, 61, 141, 163, 357
Barletta, 141
Bartolomeo de Edesa, 252*n*
Bautisterio de San Luis, 296
Bayan, 373, 374, 375
Baybars, 314, 314*n*
Beda el Venerable, 70
Beirut, 116
Bejaia, 54
Benevento, 49, 141
Benjamín de Tudela, 186
Bernardo de Clairvaux, *véase* san Bernardo
Bernardo de Corbie, 70
Bernardo el Monje, 67
Berta de Toscana, 67
Bienvenido de Jerusalén, 334*n*
Bizancio, 12, 16, 28, 37, 39, 42, 49, 52, 52*n*, 53, 55, 56, 58, 61, 64, 74, 80, 82, 84, 86-88, 88*n*, 89-91, 100, 102-104, 108, 110, 115, 116, 123, 126, 127, 135*n*, 136, 137, 139, 149, 157, 164, 166, 172*n*, 176, 180, 182, 183, 183*n*, 190, 193, 203, 205, 220, 221*n*, 223, 226, 226*n*, 227, 264, 266, 269, 270, 287*n*, 318*n*, 326, 337*n*, 345*n*
Bohemundo de Tarento, 72, 99, 100, 103, 109, 110, 115, 135*n*, 139, 140, 141, 143, 145*n*, 147*n*, 148, 152, 180
Bohemundo II, 143-144

Bohemundo III, 164, 229*n*
Bolonia, 92
Bonifacio de Montferrat, 152, 269*n*
Bósforo, 291, 312
Branas, 152
Brienne, 150
Brindisi, 61
Brujas, 148*n*
Bujía, príncipe de, 68, 81
Bulgaria, 287*n*
Burkhardt de Estrasburgo, 226*n*
Burns, 223*n*
Cadena, 202
Calabria, 50, 90, 141
Capadocia, 41, 136
Capua, 141
Carlomagno, 24, 72*n*, 333
Carlos de Anjou, 283, 307, 307*n*
Carlos de Flandes, 148, 149
Cartago, 339
Castilla, 84
Cerdeña, 15*n*
Cesárea, 116
Chabuba, 373
China, 52*n*, 169, 296, 302, 304, 310, 317*n*, 333*n*
Chipre, 181*n*, 223, 224, 227, 227*n*, 232, 234, 247, 248, 248*n*, 269, 271, 273, 292, 292*n*, 301, 307, 308, 312, 322, 336, 383
Chittick, 311*n*
Chota Roustaveli, 173

Cid, *véase* Díaz de Vivar, Rodrigo

Cilicia, 107, 126 , 144, 146, 182, 223, 227, 233, 238, 251*n*, 267, 273, 274, 292, 299*n*, 303, 306, 311, 315, 327, 345

Clermont, 92

Clermont, Concilio de, 23, 93

Cluny, 171

Cluny, orden de, 82-83, 84, 99*n*

Concilio de 1179, 195*n*

Conrado, conde de Luxemburgo, 46*n*, 152

Conrado de Montferrat, 152, 227-229

Conrado III, 152, 157, 181

Constantino el Africano, 53*n*, 170

Constantinopla, 19, 20, 38, 39, 41, 47, 51, 55, 57, 68, 71, 86-88, 90-92, 96, 101, 102, 104, 126, 131, 150, 150*n*, 151*n*, 152, 157, 162, 166, 175, 182, 189, 191, 194, 199, 220, 223, 227, 268, 269, 270, 275, 277, 279*n*, 281, 287, 290, 291, 307, 308*n*, 312, 321*n*, 357, 358

Córdoba, 23

Corte de los Barones, 235, 238, 239

Corte de los Burgueses, *véase* Audiencias de los Burgueses

Corte Ligia, *véase* Audiencia Ligia

Courtenay, 150

Crac de los Caballeros, 264

Creta, 34*n*, 152, 182, 277

Crimea, 275, 291

Dagoberto, 71

Daimberto, 115, 142

Dahlak, 167

Damasco, 19, 27, 37, 69, 93, 117*n*, 123, 125, 132-135, 149, 158, 177, 197, 204, 204*n*, 251*n*, 280*n*, 283*n*, 292, 293*n*, 295, 303, 303*n*, 304, 319, 329, 332*n*, 341, 344*n*, 349, 368

Damieta, 163, 187*n*, 194, 200, 279*n*, 283*n*, 290*n*, 293*n*, 382, 383

Danishmend-nameh, 105

Dante, 328*n*

Danubio, 51, 90

Dar al-Islam, 74

Dar al-Wikala, 160

David de Sassoun, 173

Deyr Dakarieh, 365

Díaz de Vivar, Rodrigo, 65

Digenis Akritas, 27*n*

Diógenes, 35

Diyar Bakr, 41, 134, 297*n*

Djabala', *véase* Gibel

Djalal al-Din Manguberti, 281, 288

Dejawali, 354, 355

Djazira, 218, 349

Djebail, *véase* Gibeleto

Djedda, 167

Djerba, 146

Djezira, *véase* Djazira

Djihab, 341

Dubays, 124

Duqaq, 37, 133

Edesa, 37, 107, 111, 111*n*, 122, 127, 135, 136, 143, 150, 176, 233, 260, 354*n*, 356*n*, 364, 364*n*

Egeo, 34*n*, 51, 104

Egipto, 15, 19, 19*n*, 20, 23, 34,-36, 38, 39, 41, 43, 53, 54*n*, 56, 56*n*, 57, 59-62, 71, 94, 101, 110, 112, 117, 118, 120, 127, 129, 130, 130*n*, 133*n*, 142, 145-147, 149, 159, 159*n*, 160, 16*n*, 161-164, 166-169, 178, 179, 182-184, 184*n*, 185-190, 192-195, 195n, 197, 203-206, 209, 210, 210*n*, 211*n*, 215, 215*n*, 217-222, 224*n*, 228, 229*n*, 255, 256, 259, 278, 282-284, 284*n*, 285, 289, 290, 29*n*, 291*n*, 293, 293*n*, 294, 297-299, 304, 310, 311, 311*n*, 313, 314, 314*n*, 319, 327, 344*n*, 349, 366, 367, 370, 371, 376, 379, 382, 383

El Alamut, 36, 302

El Cairo, 18, 19, 23, 56, 117, 146, 160, 182, 200, 205, 219, 240*n*, 304, 314, 319, 351, 358, 361, 362, 367, 367*n*

Elba, 49

Elías de Nizibe, 252*n*

Eliseo, 347

Embriachi, 116*n*, 164, 357, 357*n*, 358

Embrico de Mayenza, *véase* Hildeberto de Lavardun

Enrique II, 226

Enrique IV, 89, 90, 99

Enrique VI, 221, 226, 277

Enrique de Champaña, 229

Enrique el León, 226*n*

Erzindjan, 303*n*

Esgiva, 368*n*

España, 15, 23, 33, 50, 55, 59, 60, 63, 65, 66, 68-70, 72, 73, 81-85, 87, 88*n*, 92, 99, 141, 170, 185, 190, 206, 208, 212, 229, 252*n*, 261, 261*n*, 263, 267, 268, 268*n*, 285, 289, 296, 317*n*, 318, 328, 329, 332, 332*n*, 333, 333*n*, 335, 336, 338,341

Esteban de Antioquía, 172

Esteban de Sicilia, 184*n*
Esteban Orpelian, 44
Eudes de Deuil, 157
Éufrates, 41, 107, 122, 135, 227*n*, 274, 296
Eugenio III, 157
Eulogio, 68-70
Eurasia, 310
Europa, 15, 21, 40, 50, 51, 55, 63, 66, 70, 73, 74, 95, 97, 103, 127, 138, 138*n*, 148, 153, 155, 158, 170, 197, 199, 208, 209, 211, 212, 227, 243, 249, 258, 266, 277, 290*n*, 292, 294, 297, 299, 306, 309, 318, 322, 323, 326, 328, 329*n*, 333*n*, 335, 336, 339, 340
Europa Central, 47, 59, 75, 94, 102
Europa Occidental, 49, 63, 73*n*, 323
Europa Oriental, 59, 243
Eustaquio de Bolonia, 148
Eutiquio, 171, 334
Fakhr al-Din b. Hamawayh, 280*n*, 381, 381*n*
Fakhr al-Mulk b. 'Ammar, 347, 349
Fars, 169
Fátima, 18
Federico II, 140, 143, 221, 265, 270-272, 279, 279*n*, 280, 280*n*, 281, 281*n*, 282, 283, 299, 307, 340, 382, 382*n*
Federico Barbarroja, 226, 226*n*, 227, 255
Felipe I, de Francia, 99*n*
Felipe Augusto, 150, 227, 230, 283
Felipe de Alsacia, 149, 150
Felipe de Novara, 334
Felipe de Trípoli, 333*n*
Felipe el Hermoso, 262*n*, 309*n*

Fidencio de Padua, 290*n*
Flandes, 50, 60, 147, 148, 279*n*
Flandes, casa de, 140, 150
Florencia, 293*n*, 298
Fonda, 202, 246, 247
Foucher de Chartres, 155, 325
Foulque de Anjou, 139, 139*n*, 144, 148*n*, 149, 365
Foulque Nerra, conde de Anjou, 47
Francia, 7, 8, 49, 50, 59, 65, 71, 72, 83, 98, 99, 101, 102, 112, 128, 139, 141, 144, 147*n*, 149, 151, 226, 229, 233, 234*n*
Fredegario, 71
Fustat, *véase* Misr
Gabriel, ángel, 69
Garde-Freinet, 15*n*, 70
Gautier de Brienne, 151*n*
Gautier de Compiègne, 325*n*
Gaza, 344, 371
Gengis Kan, 281
Geniza, 56, 58, 60-62, 117, 127, 162, 164*n*, 195, 366, 367, 367*n*
Génova, 53, 62, 101, 116, 161, 164*n*, 165, 185, 194, 195, 278, 298, 298*n*, 312, 384
Geoffroy de Ash, 108*n*
Georgia, 173
Gerardi, Pierre, 357
Gerardo de Cremona, 337*n*
Geroh de Reichensberg, 158
Getsemaní, *véase* Nuestra Señora de Getsemaní
Gharb, 321*n*

Ghazali, 207, 252*n*
Gibel, 116, 247, 349
Gibeleto, 116*n*
Gilberto de Nogent, 67, 72, 154*n*
Gilberto el antipapa, 99
Glaber, Raoul, 70
Godofredo de Bouillon, 46*n*, 72, 98, 99, 138, 138*n*, 148, 353*n*
Godofredo de Malaterra, 68
Godofredo de Viterbo, 171
Graindor de Douai, 156
Granada, 289
Grecia, 55, 89, 101, 102, 232, 298*n*, 321, 321*n*, 322
Gregorio abu'l-Faradj, *véase* Bar Hebraeus
Gregorio VII, 44, 53*n*, 54, 68, 79, 81, 84, 89, 90, 99*n*
Gresham, ley de, 213
Guillermo I de Sicilia, 183
Guillermo II de Sicilia, 221, 221*n*
Guillermo IV de Tolosa, 46*n*
Guillermo V, 151, 152
Guillermo de Apulia, 144
Guillermo de Tiro, 144*n*, 154*n*, 156*n*, 171, 270*n*, 325, 334
Guillermo de Trípoli, 309*n*
Guillermo el Conquistador, 84, 99*n*
Guillermo Embriacho, *véase* Embriachi
Guillermo Espada Larga, 151
Gur Kan, *véase* Preste Juan
Hakim, 19, 28, 31, 65, 70, 91
Halladj, 32

Hama, 296*n*, 320, 320*n*
Hamad b. Hibatallah abul-Thana, 296
Hamdan b. Abd al-Rahim, 48, 120, 121, 356*n*
Harrán, 176, 295, 296
Hattin, 152, 198, 225, 263
Hedjaz, 167
Heraclio, 69, 71
Hildeberto de Lavardun, 71, 72n
Hispania, 72
Homs, 37
Horda de Oro, 304, 305
Hospital de San Juan, orden de, 141, 261
Hovannes, *véase* Juan, monje armenio
Hrotswitha, 38*n*
Hugo Capeto, 333
Huyghe-Baert, Nicolás, 148*n*
Ibelinos, 150, 235
Ibn 'Asakir, 216*n*
Ibn abi'l-Dam, 320*n*
Ibn abi Tayyi, 121, 184*n*, 217*n*, 347
Ibn abi Usaybiya, 329, 370
Ibn al-Athir, 101, 123, 123*n*, 225*n*, 229*n*, 277*n*, 296, 296*n*, 297, 334, 343, 343*n*
Ibn al-Djawzi, 169, 179
Ibn al-Furat, 121, 121*n*, 347, 354
Ibn al-Fuwati, 298*n*
Ibn al-Khashshab, 123
Ibn al-Qalanisi, 121, 127*n*
Ibn al-Qatta, 184*n*
Ibn al-Qifti, 329

Ibn Arabi, 289
Ibn Assa'i, 298*n*
Ibn Ba'ra, 268*n*, 298
Ibn Baytar, 289
Ibn Djubayr, 185, 204, 207*n*, 253, 254
Ibn Hawqal, 57*n*, 168, 169*n*
Ibn Hubayra, 179
Ibn Jaldun, 334
Ibn Mudjawir, 168
Ibn Muhriz, 58*n*
Ibn Munqidh, *véase* Usama ibn Munqidh
Ibn Muyassar, 145*n*, 218*n*
Ibn Nafis, 334
Ibn Natif, 320*n*
Ibn Qalaqis, 184*n*, 187*n*
Ibn Qudama, 328*n*
Ibn Rushd, *véase* Averroes
Ibn Sa'bin, 281*n*
Ibn Said al-Andalusi, 73, 289
Ibn Taymiya, 296
Ibn Tuwayr, 197, 197*n*, 198
Ibn Wasil, 280*n*, 314*n*, 320*n*
Ibriqili, 373
Ifrin, 386
Ifriqiya, *véase* Túnez
Ignacio, 365
Ilghazi, 134, 134*n*, 178*n*
Imam al-Din al-Isfahani, 214*n*
Imad al-Din Kharida, 187*n*, 253
Imperio alemán, 88

Imperio balcano-anatolio, 275

Imperio bizantino, 35, 38, 47, 51, 52, 57, 63, 71, 86, 88, 90, 100, 105, 112, 131, 165, 183, 190, 195, 206, 207, 260, 267, 270, 277, 292, 307, 315

Imperio carolingio, 49, 57

Imperio de Constantinopla, *véase* Imperio romano de Oriente

Imperio griego, 270

Imperio latino, 270, 270*n*, 278, 279*n*, 295

Imperio mongol, 73, 284, 301

Imperio romano de Occidente, 50, 52, 89, 165

Imperio romano de Oriente, 16, 150, 150*n*, 151*n*, 281

Imperio selyúcida, 45, 281, 344*n*

India, 17, 52*n*, 93, 168, 266, 287*n*, 310, 317*n*, 318*n*, 369

Índico, 58, 166-169, 201, 204*n*, 218, 221, 290*n*, 314*n*

Inglaterra, 50, 84 , 226, 229, 337*n*

Inocencio III, 100, 100*n*, 226, 372

Inocencio IV, 286

Irak, 15-17, 19, 20, 21, 35, 38, 39, 43, 124, 136, 175, 178, 230, 231, 255, 284, 304, 349

Irán, 15-17, 20, 26, 35-38, 43, 131, 173, 178, 179, 208, 231, 276, 281, 281, 288, 289, 301, 304, 304, 310, 311, 318*n*, 319

Irbil, 328*n*

Isaac Ángel, 152

Isabel, 152

Isma'il, 351

Israel, 338

Israil, 351

Italia, 21, 49, 50, 52, 54, 55, 57, 57*n*, 59, 60, 63, 66-68, 70, 72*n*, 77, 81-83, 89, 92, 98, 101, 102, 113, 118, 128,

139-144, 148*n*, 151, 157, 162, 165, 170-173, 185, 188, 190, 193, 195, 199, 203, 209, 212, 223, 233, 249, 265, 269, 280, 298, 306, 308, 321*n*, 330, 331, 334*n*, 336

Itti'az, 117*n*, 127, 130*n*, 159*n*

Jacobo de Vitry, 256, 272-273

Jaffa, 151, 194

Jerusalén, 15, 20, 31, 37-39, 42, 44, 58*n*, 67, 75-77, 80, 86, 88, 91-93, 97, 100, 102-105, 107-113, 122, 126, 127, 131, 139, 140, 142-145, 150, 150*n*, 151, 153, 153*n*, 154, 158, 164, 181*n*, 184*n*, 187, 193, 202, 203, 212, 214-216, 216*n*, 222, 224*n*, 225, 225*n*, 228, 230, 233, 234, 238, 242, 244, 247, 248, 256, 271, 274, 279, 279*n*, 282, 322, 324, 325, 336, 341, 343*n*, 344, 344*n*, 349, 350-352, 360*n*, 364, 365, 370, 371, 382, 382*n*, 383

Jesús, 24, 346

Johannes Scriba, 185, 194, 195

Joinville, 321*n*

Jónico, 52

Jorge de Antioquía, 146

José, padre de Jesús, 69

Joselino I, 135*n*, 354, 354*n*, 355, 356

Joselino II, 135*n*, 227*n*

Joselino de Courtenay, *véase* Joselino I

Joseph de Canterbury, 46*n*

Juan, diácono de San Pedro, 373, 375

Juan, monje armenio, 345

Juan Comneno, 136, 137, 180, 181, 181*n*

Juan de Brienne, 150, 279*n*

Juan de Ibelin, 246, 334

Juan de Ptanidjoit, 284*n*

Juan, patriarca de Antioquía, 44

Juan Tzimisces, 51*n*, 56*n*, 80, 91
Kaffa, 311
Kairouan, 21, 34
Kamal al-Din ibn al-Adim, 121
Karak, 224
Katib-Bekdjiri, *véase* Nedjib Kawar, 219
Kay Khusrau II, 276
Kerbogha, 108-109
Khaiber, 25
Khalaf ibn Mola'ab, 133*n*
Khurasán, 37, 296
Khwarizm, *véase* Amu Darya
Khwarizmshah Muhammad, 281
Kirkman, 311*n*
Kirmán, 169
Kirtay, 280*n*
Kogh Vasil de Mar'ash, 127
Kyr Mari, 373
La Meca, 15, 79, 77, 167, 205, 216
Langres, obispo de, 46*n*
Languedoc, 85, 232
Laodicea, 116, 164
Lattaquieh, 124, 164, 230, 271, 292, 313
León I, 273
Leonardo Pisano, 335
Leonora, 139*n*
Letrán, 373
Letrán, Concilio de, 175, 219*n*
Líbano, 19-20, 39, 107, 125, 135
Lovaina, 148*n*

Lucera, 280
Ludria, 358
Luis VII, 139*n* 157, 181
Luis IX, 274, 280, 280*n*, 282, 283, 283*n*, 298*n*, 307, 321*n*, 322, 381*n*, 382, 383*n*
Luis XIV, 340*n*
Lusignan, 150, 227, 229, 247, 271
Ma'arrat al-No'man, 109, 122, 177*n*
Maghazi, 171
Magreb, 15, 17, 23, 33, 34, 53, 53*n*, 56*n*, 60, 77, 90, 120, 145, 146, 167, 183, 184, 186, 190, 198, 203, 204*n*, 206, 212, 217, 263, 289, 335, 345*n*
Mahdi, 218*n*
Mahdiya, 53, 54, 81
Mahoma, 15, 18, 24-26, 66-69, 71, 72, 76, 224*n*, 325*n*, 328*n*
Mahon, 71
Maimónides, 256, 285
Makhzumi, 162*n*, 195*n*, 200, 220
Malasia, 317*n*, 333*n*
Malatya, *véase* Melitene
Malikshah, 36, 37, 43, 44, 92, 129
Malinas, 293*n*
Mallorca, 229*n*
Malta, 145, 277
Manfredo, 280
Mansura, 381*n*
Mantzikert, 35, 81
Manuel Comneno, 151, 181, 191, 193, 222, 223
Maqrizi, 117*n*, 127, 130*n*, 218*n*, 297, 297*n*, 378

Mar Jaballaha, 309*n*
Mar Negro, 51, 166, 270, 291, 311, 312*n*, 321
Mar Rojo, 19, 58, 166, 191, 204, 224, 313
Mar'ash, 41, 107, 356*n*
Marco Polo, 174, 295*n*, 309
Mardala, 375
Mardi al-Tarsussi, 216
Margat, *véase* Marqab
Mari b. Suleimán, 284
María Comneno, 151, 222
Marqab, 264
Marruecos, 23, 33
Marsella, 206*n*, 291*n*
Martène, 293*n*
Martín el Polaco, 335
Mas'udi, 73
Matilde, condesa de Toscana, 84
Mateo de Edesa, 44
Mawdud I, 177*n*
Medialuna de las Tierras Fértiles, 38, 112
Medina, 15, 25, 77, 216
Mediterráneo, 12, 49, 51, 53, 55, 57*n*, 58, 62, 77, 123, 131, 140, 142, 165, 167, 176, 200, 206, 208, 220, 229, 278, 291, 303, 311, 313*n*, 327
Melgueil-Montpellier, vizconde de, 84
Melisenda, 330, 365
Melitene, 37, 39, 41
Meloria, 293*n*
Melusina, 125
Mesina, 163, 185

Mesopotamia, 15, 36-39, 41, 43, 131, 133, 134-136, 138, 210, 211*n*, 218, 245, 255, 259, 267, 285, 297, 297*n*, 304, 305, 314

Miguel VII, 89

Miguel el Sirio, 26*n*, 44, 251, 251*n*, 255, 284

Minhadj, 52, 62, 62*n*, 162*n*, 163*n*, 169, 195*n*, 197, 200, 200*n*

Misr, 369

Mleh, 182

Mohamed, 132*n*

Moisés, 24

Montaña Admirable, 242

Montferrat, 193

Montpellier, 340*n*

Mosul, 22, 37, 134, 135, 176-178, 295-297

Mu'izz al-Dawla, 367, 367*n*

Munqidhitas, 347*n*

Murhad, 367

Myriokephalon, 193, 222

Nablusa, *véase* Nabulus

Nabulus, 367, 367*n*

Nadjim al-Din, 383

Namer, 369

Nápoles, 50, 141

Nasir al-Din Tusi, 94

Nasir-i Khusrau, 58, 58*n*

Nedjrán, 25

Nedjib, 378

Nicea, 105, 270, 275, 276, 279*n*, 281, 292, 345

Nicéforo Botaniate, 89, 90

Nicon de la Montaña Negra, 107*n*, 256, 256*n*

Nilo, 117, 187, 290*n*

Nizam al-Mulk, 36, 43

Nizar, 36, 351*n*

Normandía, 50

Nuestra Señora de Getsemaní, 142, 363, 374

Nuestra Señora de Josafat, 141

Nur al-Din, 149, 158 , 176, 177, 177*n*, 178, 180, 182, 183, 189, 190, 192, 211, 211*n*, 214, 215, 215*n*, 222, 241, 364*n*

Nuwari, 308*n*

Nuwayri, 209*n*

Nuwiri, 257*n*

Obadia, 78, 78*n*

Omán, 167, 169

Omar, 216

Orleans, 70

Orontes, 112, 124, 149, 182, 386

Otranto, canal de, 89, 140, 141

Pablo de Antioquía, 252*n*, 335

Palacio de la Ciencia, 347, 348

Palestina, 11, 36, 42, 45, 81, 86, 87, 101, 110, 115, 116, 120, 127, 130, 136, 140, 148, 187, 189, 192, 242, 269, 278, 330, 350, 350*n*, 351*n*

Pamplona, 69

Pantaleoni, 165, 185

París, 309*n*

Pascual II, 113

Pedro Alonso, 171

Pedro el Ermitaño, 46*n*, 98

Pedro el Venerable, 66, 171, 252, 337
Peeters, 345
Pegolotti, 196*n*
Pekín, 309
Pérsico, golfo, 18, 58, 310
Philareto, 41
Pibon, obispo de Toul, 46*n*
Piedra Negra, 77
Pirineos, 63, 70, 82, 84
Pisa, 53, 62, 101, 116, 161, 165, 185-189, 194, 195, 204, 278, 293*n*, 359, 362
Plasencia, 358
Poitiers, casa de, 144, 325
Poitou, 139
Preste Juan, 174, 175, 286, 302
Provenza, 50, 85, 138
Qadi al-Fadil, 192
Qala'un, 312, 384
Qaraqush, 217, 217*n*
Qibtshaqi, 294
Qilidj-Arslan II, 182, 222, 226, 227, 255
Qirtai, 306*n*
Qonya, *véase* Qunya
Qudama, 252*n*
Quds, 216
Qulzum, 166
Qunya, 157, 276, 292
Qush, 167
Qutuz, 314*n*
Ragusa, 291

Rahba, 314*n*

Raimundo I de Trípoli, *véase* Raimundo de Saint Gilles

Raimundo III, 368*n*

Raimundo de Antioquía, 137, 139, 139*n*, 144, 325

Raimundo de Poitiers, *véase* Raimundo de Antioquía

Raimundo de Saint-Gilles, 46*n*, 72, 84-87, 92, 99, 100, 103, 109, 111, 112, 138, 139, 141, 349

Raimundo, conde de Provenza, *véase* Raimundo de Saint-Gilles

Raimundo, conde de Tolosa, *véase* Raimundo de Saint-Gilles

Rainerio Botaccio, 359, 361, 362

Ramón Lulio, 285

Rashid al-Din, 73, 255, 334, 335*n*

Reinaldo de Antioquía, 135*n*, 181*n*, 188, 224, 224*n*

Reinaldo de Chatillon, *véase* Reinaldo de Antioquía

Renier, 151

Ricardo Corazón de León, 150, 227, 230

Ricardo el Peregrino, 156

Rin, 93

Roberto, conde de Flandes, 46*n*, 72*n*, 87, 104, 147, 148, 149

Roberto el Frisón, 148

Roberto el Monje, 156

Roberto Guiscardo, 52, 88*n*, 89, 90, 100, 145*n*

Rodas, 222

Roeskild, 46*n*

Rogerio I, 82, 90, 141, 143, 151, 343, 343*n*, 344

Rogerio II, 143, 145, 146, 151, 162*n*, 163, 183, 184, 220, 333, 343*n*

Rogerio el Franco, *véase* Rogerio I
Rolando, 27
Roma, 38, 39, 68, 73-75, 80, 82-85, 87-90, 113, 126, 153, 157, 244, 272, 272*n*, 273, 279, 287, 327
Romania, 232
Romano Diógenes, 89
Rorgo Fretellus, 155*n*
Roseta, 187*n*
Roum, *véase* Rum
Rudwan, 37, 133, 146
Rudwan de Alepo, 108, 159, 354
Rum, 35, 57, 58*n*, 159*n*, 178, 274, 276, 354
Rusia, 21, 166, 266, 302, 304, 305, 311
Sa'adi, 120*n*
Sa'd al-Din, 255, 379
Sa'id, 368
Sa'id b. Bitriq, *véase* Eutiquio
Sacro Imperio, *véase* Imperio romano de Occidente
Safed, 261*n*, 264
Sahara, 28, 60, 183*n*
Saida, 349
Sahyun, 264
Saidnaya, 251*n*
Saint Guillaume-Firmat, 46*n*
Saladino, 96, 133*n*, 177*n*, 192, 193, 195*n*, 197, 205, 211*n*, 214, 215, 215*n*, 216, 217, 217*n*, 218-225, 227*n*, 226, 226*n*, 227, 227*n*, 229, 229*n*, 230, 231, 247, 252*n*, 255, 256, 267, 268, 268*n*, 276, 277*n*, 287, 289, 290*n*, 297, 325*n*, 367*n*, 368*n*, 370, 371
Salah al-Din, *véase* Saladino

Salerno, 49, 53*n*, 142, 147, 163, 170
Samaria, 347
Samsam, 367
Samsun, 275, 291, 311*n*
Samuel de Ani, 44
san Barlaam, 345
san Bernardo, 66, 156, 157
san Francisco de Asís, 285
san Jorge, 337*n*
san Juan Damasceno, 27
san Luis, *véase* Luis IX
san Mayolo de Cluny, 70
san Pedro, apóstol, 346
San Pedro, santuario de, 373, 374
san Saba, 292*n*, 293
san Simeón, 116, 164
san Víctor de Marsella, 84
Sandjar, 174
santa María Latina, 141, 373
santa María Magdalena, 365
Santa Sede, 82-84, 86, 153
Santiago de Compostela, 75
Santiago, orden de, 261*n*
Santo Sepulcro, 31, 42, 45, 91, 141, 242, 361
santo Tomás, 335
Saone, *véase* Sahyun
Sara, 71
Sarcavag, 44
Sarim al-Dawla al-Qu, 367
Sarudj, 122

Sassoun, 173
Sayf al-Dawla, 27
Sayyid Battal Ghazi, 27*n*, 173
Sempad, 274
Sergio IV, 31
Shaghatay, 304
Shaqwar, 189
Shayzar, 124, 347
Shayzari, 268*n*
Shihab al-Din ibn al-Gharz, 379
Shiraz, 169
Shirkuh, 192, 195*n*
Shudjai, 378, 379
Sibila, 151
Sibt b. al-Djawzi, 280*n*
Sicilia, 15, 23, 49, 52-54, 61, 62, 65, 73, 77, 81, 82, 87, 90, 101, 127, 136, 140-143, 145, 151*n*, 163, 168, 184, 209*n*, 226, 235, 278, 279, 279*n*, 280, 307, 308, 329, 333, 337, 341, 343, 343*n*, 344
Sidón, 335, 349*n*
Silesia, 302
Silvestre de Sacy, 297*n*
Simeón, 42, 44
Simón, 374
Sinán, 224
Sínope, 275, 291, 311*n*
Sir Daria, 15
Sira, 171
Siracusa, 278
Siraf, 167

Siria, 11, 15, 17, 19, 20, 28, 36-39, 42, 47, 51, 58, 59, 62, 80, 86, 104-108, 110, 116, 118, 120, 122-124, 126-128, 131, 132, 132*n*, 133, 133*n*, 134, 135, 135*n*, 136-138, 140, 146, 158, 159, 160*n*, 162, 172, 176-180, 183*n*, 192, 194, 197, 204, 206, 210*n*, 212, 215, 217, 221, 240, 242, 244, 245, 256, 259, 261*n*, 262, 263, 267, 270, 274, 277, 278, 280, 289, 291, 293, 294, 296, 301, 302, 304, 306, 308*n*, 311, 312, 313*n*, 314, 318, 321*n*, 336, 338, 341, 343, 344, 344*n*, 345, 350, 356*n*, 360, 367*n*, 379, 384, 386

Solimán de Salerno, 185

Somme, 93

Sonqor Deraz, 355

Sudán, 212, 219, 298*n*, 299

Suez, 166

"Suhrawardi Maqtul", 215, 215*n*

Sulami, 122

Suleimán ibn Qutlumush, 41, 63

Suluk, 218*n*

Tafur, 107*n*

Taki-eddin-Nasr-allah-ben-Fakhr-eddin-Djudjeri, 378

Talai b. Ruzzik, 183

Tamim, 344

Tana, 311

Tancredo, 143, 151, 151*n*, 279*n*, 349, 354-356

Tarento, 139, 141, 143

Tauro, 37, 41, 106-108, 112, 126, 131, 135, 179, 181, 182, 227, 275

Tchavli, *véase* Djawali

Tell Bashir, 127, 354*n*, 355

Temple, orden del, 141, 153, 262*n*

Teodora, 152

Teodora de Bizancio, 46*n*
Teodoro Lascaris, 281*n*
Teófano, 67
Teofilacto de Ocrida, 102
Tervagante, 71
Tesalónica, 151, 152
Thoros, 181*n*
Thierry, obispo de Verdún, 46*n*
Thierry de Alsacia, 149
Tiberíades, 368, 368*n*, 379
Tierra Santa, 28, 40, 75, 90, 152, 201, 269, 283*n*, 322*n*, 382
Tigris, 37, 173
Timutash, 178*n*
Tinnis, 117*n*, 130*n*, 187*n*, 189, 200, 290*n*
Tiro, 131, 131*n*, 145, 152, 153, 159, 194, 195, 213*n*, 228, 248, 254, 293, 298, 349, 368, 377
Tirreno, 49, 165
Toghroul-Beg, 35, 43
Toghtegim, 133, 133*n*
Toledo, 343
Tolomeo, 73
Tolosa, 50, 85, 138
Tortosa, 116
Transjordania, 224
Trebisonda, 270, 274, 275, 291, 311
Trípoli, 36, 37, 58, 110-112, 116, 122, 133*n*, 139, 153, 159, 164, 172, 183, 183*n*, 184, 194, 213*n*, 229*n*, 232-234, 247, 256, 271, 294, 329, 335*n*, 347, 349, 368*n*
Troia, 141

Tshingiz-Kan, *véase* Gengis Kan

Túnez, 54, 81, 145, 209, 307, 314, 343, 344, 350*n*

Tutush, 45

Ultramar, 194, 195

Urbano II, 46*n*, 84, 85, 85*n*, 86, 87, 88*n*, 90, 92, 99, 99*n*, 100*n*, 103, 113, 147*n*, 152, 226

Usama ibn Munqidh, 121, 124, 124*n*, 133*n*, 240*n*, 347*n*, 349

Ustadh Djawdhar, 56*n*

Vado de la Ballena, 386

Vado de Jacob, 261*n*

Valencia, 65

Van, 218

Venecia, 49, 52, 55, 56*n*, 58, 61, 67, 101, 114, 115, 161, 162, 165, 194, 195, 220, 269, 270, 278, 290, 293*n*, 298*n*, 299, 330

Venosa, 141

Venus, 68

Víctor II, 46*n*

Víctor III, 46*n*, 54, 90

Viejo de la Montaña, 125

Villano, 359

Virgen María, 69

Vital el Veneciano, 357

Volta, congreso de, 246*n*

Wadi al-Taym, 19, 125

Wadi'l-Taym, *véase* Wadi al-Taym

Wilibaldo, 70

Worms, concordato de, 165

Yaghi-Siyan, 108

Yani al-Kamidari, 375
Yaqut, 184*n*, 296*n*
Yari, 375
Yathrib, *véase* Medina
Yemen, 17, 19, 166, 168, 187*n*, 204*n*, 218, 219
Ysa, 370
Zacarías, 69
Zaccaria, Benedetto, 312*n*
Zadoc, 369
Zait, 69
Zenghi, 135, 135*n*, 137, 176, 183, 230
Zvonimir de Croacia, 84

[1] La *Bibliographie* de H. E. Mayer, en 1962, contaba ya 5 362.

[2] *Saeculum*, 1957.

[3] René Grousset, *Histoire des Croisades*, tres vols., 1933-1938. El autor, cuyos méritos por la vulgarización de los estudios sobre el Medio y Extremo Oriente son innegables, pues trabajó en relación con los especialistas, ha creído poder escribir, él solo, y sin conocer ninguna de las lenguas necesarias, esta obra cuya gran difusión en Francia y también en el extranjero hace particularmente lamentable, aunque en algunos pasajes es agradable de leer.

[4] Trabajos de Maurice Grandclaude (véase Mayer, núms. 1614 y 4227), John La Monte, después, sobre todo, Jean Richard, Josuah Prawer, Hans E. Mayer, un poco yo mismo y ahora algunos jóvenes; *cf.* Franco Cardini, "Gli studi delle Crociate dal 1945 ad oggi", *Riv. St. It.*, 1968. Soy el primero en saber que mi tesis de 1940 sobre *La Syrie du Nord a l'époque des Croisades* no debe ser ya reproducida tal cual está hoy, por lo cual, a pesar de diversos requerimientos, prohibí finalmente su reproducción; no niego los servicios que pudo prestar en su tiempo, pero contiene lagunas y vicios de concepción de los cuales el lector de este libro, si por ventura la ha conocido, podrá darse cuenta fácilmente.

[5] Me permito subrayar un poco la extrañeza que puede causar el que este esfuerzo de reconsideración de Oriente sea emprendido por un occidental. Los orientales, hasta hoy, no han hecho casi más que utilizar los trabajos occidentales cambiando el signo: las victorias se convierten en derrotas, y viceversa. Estoy obligado por ello a rendir homenaje a los trabajos de Norman Daniel, consagrados a la historia de la comprensión del islam por Occidente, pero con un conocimiento insuficiente de Oriente. Más en general, se ha tenido con frecuencia la impresión de que los historiadores creían poder contentarse, cuando hablaban de Oriente, con aproximaciones que serían los primeros en criticar si se tratara de su propio campo.

[1] Los moros de la Garde-Freinet, que son ahora objeto de estudios susceptibles de renovar la cuestión; las Baleares, y las posiciones que conocemos extremadamente mal en Cerdeña (véase P. Martini, *Storia delle invasioni degli arabi e delle piraterie dei Barbareschi in Sardegna*, Bolonia, reimp. 1963).

[2] Véase el artículo "Fatimides", *l'Encyclopedie de l'Islam*, II, en adelante abreviada *EI*.

[3] Es probablemente en esta época cuando se escribió el precioso pequeño tratado de Abu'l-Fadl al-Dimashqi, *Mahâsin al-tidjâra*, "Las bellezas del comercio", sobre el cual véase H. Ritter, *Der Islam*, 1927, y C. Cahen, *Oriens*, 1967. Abu'l-Fadl es un ejemplo de esos sirios e iraquíes que toman una importancia creciente en el comercio de Egipto.

[4] Sobre el problema de los mercaderes llamados "rahdanitas" se ha escrito mucho en estos últimos tiempos; véanse, entre otros, C. Cahen, *Revue des Études juives*, 1963, y E. Ashtor, *Revue suisse d'Histoire*, 1977.

[5] Pueblos turcos más o menos convertidos al judaísmo; *cf.* Dunlop, *History of the Jewish Khazars*, Princeton, 1954.

[6] Véase A. Morabia, *Djihad*; véase también, aunque en ocasiones es discutible, Albrecht Noth, *Heilige Krieg im Islam und Christentum*, Bonn, 1966, y también Khad-duri, *War and Peace in the Law of Islam*, 1941.

[7] *EI,* II; A. Fattal (véase la bibliografía); N. Edelby, "L'Autonomie législative des chrétiens en terre d'Islam", *Arch. d'Hist. du Droit oriental*, V, 1950-1951.

[8] Miguel el Sirio, comp. Chabot, vol. III.

[9] Mi artículo, "L'accueil des Chrétiens à l'Islam", *Revue d'histoire des Religions*, 1963.

[10] Véase *EI*, II, artículo *Dhat al-Himma* (Canard); sobre Sayyid Battal Ghazi, véase *infra*, p. 115. Del lado bizantino la principal obra es el poema de Digenis Akritas, que significa "mestizo fronterizo".

[11] Esta polémica ha sido objeto de más literatura de la que amerita su importancia real; entre los trabajos más valiosos, citemos los de Armand Abel; más generalmente se encontrará una bibliografía casi al día en la revista del Vaticano *Islamica Christiana*, 1975.

[12] Véase Khoury, *Theologiens*, y Ducellier, *Miroir*.

[13] La encíclica del papa Sergio IV, que vivía en tiempos de la persecución, fue fabricada ulteriormente para la propaganda de la cruzada, como ha demostrado Giesztor, *Medievalia et Humanistica*, V, VI, 1948-1950. Para la resonancia en Occidente, véase Raoul Glaber, comp., ed. Prou, 3-7; Adhémar de Chabannes, 149; "Chronique de Saint Martial", Bouquet, *Hist. France*, X, 262.

[1] Los españoles a principios del siglo IX habían hecho correrías en Alejandría, y durante un siglo ocuparon Creta. Según las *Medieval Jewish Chronicles*, I, 67, los piratas españoles habían saqueado en el mar Egeo y la costa palestina aún en 972.

[2] Véase Goitein, *Mémorial Levi-Provençal*, 1960.

[3] Zotenberg, *Cat. Mss. syr. Bibl. Nat.*, 12.

[4] C. Cahen, *Turcobyzantina*.

[5] Véanse mis artículos de *Past and Present*, 1954, y del *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1951, reproducidos en mi recopilación *Turcobyzantina*.

[6] *Ibidem*.

[7] *Monumenta Germ. Hist., Scriptores*, VII, 497.

[8] Podemos citar las peregrinaciones de Roberto, conde de Flandes, en 1088, de Guillermo IV de Tolosa hacia 1092 (confundido por la tradición posterior con Raimundo de Saint Gilles: L. Lalanne, "Des pélegrinages en Terre Sante avant les Croisades", *Bibl. Esc. Chartres*, VII, 1845), del normando Saint Guillaume-Firmat (*Acta Sanctorum*, 24, abril, p. 336), del obispo de Verdún, Thierry (M. G. H. S., X, 495), del obispo de Toul, Pibon, con el conde de Luxemburgo Conrado, hacia 1085 (M. G. H. S., VIII, 647), del obispo sueco Roeskild en 1086 (Riant, *Les Scandinaves en Terre Sainte*, 126), de un grupo de italianos de Arezzo (Muratori, *Antiquitates*, V, 219), del monje Joseph de Canterbury (Leib, *Rome, Kiev et Byzance*, 84; Haskins, "A Canterbury monk at Constantinople", *Eng. Hist. Rev.*, 1910), y quizá de Godofredo de Bouillon y de Pedro el Ermitaño, éste por Bari y Alejandría. Una carta de Urbano II desliga de un voto de peregrinación a un grupo de españoles obligados a combatir a los almorávides (Riant, *Inventaire*, 68); la carta de Víctor III, citada *ibid.*, en "Lettres historiques des Croisades", *Arch. Orient Lat.*, 1881, es en realidad de Víctor II a Teodora de Bizancio a mediados del siglo XI; es por error que Leib ubica en 1075 la peregrina-

ción de un obispo de Langres, que el relato de los AASS, 17 de agosto, 443, da como contemporáneo de la segunda cruzada.

[9] Véanse mis artículos citados *supra*.

[1] Para la campaña del emperador Juan Tzimisces se ha querido ver en ocasiones una especie de precruzada; el estudio más reciente es de P. E. Walker, "The Cruzade of John Tzimisces in the light of new Arabic evidences", *Byzantion*, 1977, pp. 301-327; véase también *infra*, p. 80.

[2] Sobre estas fechas, véase Francès, *Byzantinoslavica*, 1968. No parece que haya tenido precedente ni en Bizancio ni en el islam. No pienso, aunque lo haya dicho López, que esté justificado para considerar una filiación con hechos análogos en China, y posiblemente en India: la analogía de las situaciones basta como explicación.

[3] Quedan, todavía en esta época, algunos cristianos africanos, sobre los cuales se verá después la carta de Gregorio VII. Los médicos judíos y cristianos del Magreb están en el origen de la escuela médica de Salerno, a la cual está ligado el nombre de Constantino el Africano.

[4] *Past and Present*, 1954, reproducido en mis *Turcobyzantina*, 2 B.

[5] *Ibid*.

[6] C. Courtois, "Gregoire VII et l'Afrique du Nord", *Revue Historique*, 195, 1945; López, "El factor económico en la política africana de los papas", *Revue Historique*, 198, 1947. Habrá, y hay quizá desde esta época, mercenarios francos, no solamente en los ejércitos bizantinos sino también en ciertos ejércitos musulmanes; una crónica hebrea parece sugerir la presencia de éstos en las mismas filas del turcomano Atsiz de Jerusalén, en ocasión de su ataque a Egipto en 1075.

[7] Véase el estado reciente de la cuestión en C. Cahen, *Islam and the Medieval West*, K. Semaan, comp., Nueva York, 1980 (coloquio de 1975); véase también E. Ashtor, *Revue Suisse de Histoire*, 1977.

[8] Véase *supra*, cap. I, n. 4, la cuestión de los "rahdanitas".

[9] Véase C. Cahen, *Archivio Storico Napoletano*, 1954, reproducido en *Turcobyzantina*, 2 A.

[10] Desde antes de la conquista de Egipto sabemos, por la correspondencia de Ustadh Djawdhar, que los fatimitas comandaban los navíos de Amalfi; recíprocamente, el emperador bizantino Juan Tzimisces prohibió, en 971, a sus súbditos, entre los cuales contaba teóricamente a Amalfi y Venecia, vender madera y hierro a los musulmanes (no se trata aquí sino de los del Magreb).

[11] Armando Citarella, "Patterns of Medieval Trade: the Commerce of Amalfi before the Crusade", *Journal of Economic History*, 1968; Michel Balard, *Travaux et Mémoires*, VI, 1976; C. Cahen, "Le commerce d'Amalfi avant, pendant et après la Croisade", *Comptes rendus des seances Acad. Inscriptions*, 1978; nuevas referencias de Goitein en su prefacio a la reedición de Jacob Mann, *Jews in Fatimid Egypt*, 1977, p. XXVIII. J. Starr, *Jews and the Byzantin Empire*, p. 182, cita un amalfitano cristiano para sus relaciones orientales. Sobre las condiciones generales de las comunicaciones en el Mediterráneo, véase el Coloquio de Espoleto, 1976, publicado en 1977. Un testimonio de las relaciones mercantiles entre África del Norte e Italia meridional es ofrecido por la presencia en esta última región de los nombres de monedas: *mancus* (árabe *manqush* = *dinar*) y *tari*. Sobre el progreso general del comercio mediterráneo, véanse las notas de C. F. Beckingham sobre los mapas del manuscrito revisado de Ibn Hawqal, "Iran and Islam", *Memorial Minorsky*. Según Ibn Hawqal los tejidos italianos eran reputados desde su época en Oriente.

[12] Nasir-i Khusrau (hacia 1040), trad. de Schefer, 66 y 107, hace alusión a las peregrinaciones de cristianos y judíos de Rum y de otras partes a Jerusalén.

[13] S. D. Goitein, "Mediterranean Trade Preceding the Crusades", *Diogene*, 1957, y *Mediterranean Society*, I, 1967.

[14] "Risala de Abu Salt", tesis de Bou Yahya, p. 268; Idris, *Zirides*, II, 714, n. 5, según el jurista Ibn Muhriz.

[15] M. Lombard, "Arsenaux et bois de marine", *Le Navire…* coloquio de historia marítima, París, 1958, reproducido en sus *Espaces et Réseaux*, 1978.

[16] C. Cahen, "L'alun avant Phocée", *Revue d'histoire économique*, 1963; Dirk Lange, "L'alun du Kawar, une exportation africaine vers l'Europe", coloquio sobre *Le commerce caravanier a travers le Sahara*, Trípoli, 1979, en prensa, Louis A. Christopher, "L'alun d'Egypte", *Bul. de la Soc. de Géographie d'Egypte*, XXXVII, 1964.

[17] El *Minhadj* (véase la bibliografía) menciona a los sardos, de los cuales nosotros no podemos decir nada más.

[18] Véase en la p. 65 lo que se dice del Cid.

[19] Julia Gauss, "Toleranz und intoleranz zwischen Christen und Muslimen in der Zeit for der Kreuzzüge", *Saeculum*, 19, 1968, pp. 362-389.

[20] A. Sharf, *Byzantine Jewry*, 1971.

[21] El artículo de Levi della Vida, "La corrispondenza di Berta di Toscana col callifo Muktafi" (según un documento descubierto por M. Hamidullah), *Rivista Storica Italiana*, LXVI, 1954.

[22] M. T. d'Alverny, *Settimane di Spoletto*, 1964 (publicado en 1965); Rodinson, artículo retomado en *La fascination de l'Islam*, 1981; Norman Daniel, *Islam*.

[23] Véase p. 30.

[24] Los mártires de Córdoba fueron conocidos por la poetisa sajona Hrotswitha; véase E. Cerulli, *Studia Islamica*, XXXII, 1970, pp. 69-76.

[25] C. Cahen, "Frédégaire et les Turcs", *Mélanges Perroy*, 1973; S. Runciman, en su artículo "Europe and the Turcs in the Early Middle Ages", *Asiatic Review*, 1932, no se ocupa de esta cuestión.

[26] Hildeberto de Lavardun = Embrico de Mayenza; sobre éste, véase Cambier, *Latomus*, XVI, 1957.

[27] *Hispania* se encuentra en la carta de Roberto de Flandes y en las *Gesta Francorum* anónimas.

[28] No parece, por otra parte, a pesar de la presencia de religiosos armeniobizantinos en Italia (Dédéyan, coloquio de Dijón, *Occident et Oriente au x^e siècle*, 1978), y a pesar de las peregrinaciones, que los occidentales hayan tenido una idea más clara de las iglesias orientales.

[29] Es en esta época que se desarrolla la leyenda de la peregrinación de Carlomagno.

[30] No se conoce, por otra parte, con excepción de escasas embajadas, nada sobre comerciantes o viajeros bizantinos en Europa Occidental.

[31] La paternidad de los extractos de este viajero, citado con nombres diversos, ha sido establecida por T. Kowalski, *Relacja Ibrahima b. Ja'kūba z podróży do krajów slowiańskich w prekazie al-Bekriego*, Cracovia, 1946.

[32] B. Lewis, "The Muslim Discovery of Europe", *BSOAS*, 1957, XX; I. Guidi, "L'Europa occidentale negli Antiqui geografie arabi", *Florilegium M. de Vogue*, 1909, pp. 263-269.

[33] Entre la bibliografía, véase Labande, "Recherches sur les pèlerins dans l'Europe des XI^e et XII^e siècles", *Cahiers de Civilisation médievale*, 1958, 2/3; Françoise Micheau, ponencia presentada al congreso *Occident et Orient au x^e siècle*, Dijon, 1978, publicado en 1979; G. Constable, "Monachisme et Pèlegrinage au Moyen Âge", *Revue Historique*, 523, 1977, p. 328.

[34] M. Canard, "La destruction de l'Église de la Résurrection par le Califa Hakim et l'histoire de la descente du Feu Sacré", *Byzantion*, 35, 1965, pp. 16-43.

[35] Peregrinaciones orientales: J. M. Fiey, "Le pèlegrinage des Nestoriens et Jacobites à Jerusalem", *Cahiers de Civilisation Médievale*, XII, 1969, núm. 2.

[36] M. Godefroy-Demombynes, *Le pélegrinage à la Mecque*, 1951.

[37] *Saïdnaya*, véase *infra*, cap. XIII, n. 2.

[38] Prawer, "Jerusalem in the Christian and Jewish Perspectives of the Early Middle Ages", *Settimane*... Espoleto, 1978.

[39] Obadia; buena síntesis de las informaciones en Prawer, *Histoire*, I, pp. 526 y ss.

[40] Véase p. 46, n. 8.

[1] Carl Erdmann, *Die Entstehung* (véase la bibliografía); Delaruelle, "Essais sur la formation de l'idée de Croisade", *Bull. des Litteratures Eccl.,* Tolosa, 42-45-54-55, 1941-1944-1953-1954. Hay bases para comparar las recompensas celestiales prometidas a los cruzados cristianos y a los mártires musulmanes del *djihad*. Véase Riley-Smith, *Crusading as an Act of Love*, 1979; E. O. Blake, "The Formation of the Crusade Idea", *Journal of Eclesiastical History*, 21, 1970; Jean Richard, comp., *L'Esprit de la Croisade*, París, 1969; Brundage, "The Army of the First Crusade" (crítica de A. Noth citada en *Medieval Studies*, 33, 1971).

[2] Congreso de Ciencias Históricas, 1955, relación de P. Lemerle.

[3] Courtois, "Gregoire VII et l'Afrique du Nord", *Revue Historique*, 1945.

[4] López, *Rev. Hist.*, 1947.

[5] Défourneaux, *Les Français en Espagne au XI^e et au XII^e siècles*, 1949.

[6] Recientemente se ha escrito mucho sobre Urbano II. Véase R. Somerville, "The Councils of Urban II, Clermont", *Annuario de l'Historia Conciliorum*, supl. I, 1978; H. E. V. Cowdrey, "Pope Urban II's Preaching", *History*, LV, 1970; "Cluny and the First Crusade", *Revue Bénédictine*, LXXXIII, 1973.

[7] Yo he desarrollado esta hipótesis en mi artículo *Past and Present*, 1954, reproducido en mis *Turcobyzantina*, 1974.

[8] El pontificado de Urbano II corresponde a un momento de tranquilidad, después de la muerte de Roberto Guiscardo, en las relaciones entre los normandos y Bizancio, lo cual permite al papa establecer relaciones correctas simultáneamente con zumbos. Hay que señalar que la decisión de la cruzada es tomada en un momento en que la reconquista, en España, dé la pauta, a consecuencia del establecimiento de los almorávides.

[9] *Cf.* mi "Traité d'armurerie composé pour Saladin", *Bull. Etudes Or.*, Damasco, 1949.

[10] Zeki Velidi, "Die Schwerter der Araber", *Zeitschrift Deutschen Morganl. Ges.*, 1936, muy superior a Mazaheri "Le sabre contre l'épée", *Annales*, *ESC*, XIII, 1958. Sobre la prohibición de este comercio, véase *infra*.

[11] La más reciente síntesis: Lynn White, *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962.

[12] He desarrollado estas ideas en dos coloquios, en Londres en 1970 y en la Escuela Francesa de Roma en 1978; las actas de Londres fueron publicadas en 1975, con el título *War, Technology and Society*, Yap y Parrey, comps., y las de Roma, *Structures féodales et féodalisme dans l'Occidente méditerranéen* (*x-xiii^e siècles*), en 1980; W. E. Kaegi, "The Contribution of Archery to the Turkish Conquest of Anatolia", *Speculum*, 39, 1964, pp. 96-108; y D. Sinor, "The Inner Asian Warriors", *J. of the Amer. Orient. Soc.*, 1981. Lindner, "Nomadism, Horses and Huns", *Past and Present*, 92, 1981, precisa sin embargo y con razón que los invasores nómadas no podían seguir siéndolo más que en las regiones aptas para la cría de sus bestias.

[13] Aunque un concilio del siglo IX haya prohibido la ballesta como arma demasiado mortífera.

[14] Que los llaman *agolantes*.

[1] La más reciente exposición es la de Stephen Runciman, *The First Crusade*, 1981, que, para decir verdad, retoma para un público más amplio las exposiciones anteriores. Véanse las historias generales citadas en la introducción de la bibliografía.

[2] C. Cahen *Past and Present*, 1954. Felipe I, débil rey de Francia, fue excomulgado.

[3] Se notará que Cluny, donde había nacido la idea de la cruzada de Gregorio VII y de Urbano II, no parece haber estado representado especialmente en la expedición.

[4] Si bien hay algunos escandinavos, no hay casi, en ese momento, ingleses, como consecuencia de la querella entre los hijos de Guillermo el Conquistador.

[5] Es posible, sin embargo, que la carta a los boloñeses atribuida a Urbano II sea en realidad de Inocencio III.

[6] Véase el apéndice, documento II.

[7] No parece que se haya planteado la pregunta de si fueron influidos por su posición güelfa o gibelina.

[8] Véase *Patrologie grecque*, t. 126.

[9] Véase más abajo lo que decimos de la carta de Alejandro al conde de Flandes.

[10] Mi artículo en *Mélanges Perroy*, 1973, y Runciman, "Europe and the Turks in the Early Middle Ages", *Asiatic Review*, XXXIX, 1943.

[11] Es interesante señalar el relato de un testigo armenio que, sin embargo, ignora el asunto de la Santa Lanza, que emocionó tanto a los francos. Para los melkitas y los griegos hay sin duda una alusión en Nicon de la Montaña Negra, véase *infra*, cap. XIII, n. 15.

[12] Probablemente fue entre los armenios despreciados por su pobreza donde se reclutaron las bandas de tafuros, con su rey Tafur, que se ganaron una reputación legendaria, siniestra, de co-

medores de prisioneros de guerra: Guibert, *R. H. Cr. Occ.*, III, índice, y *Chanson d'Antioche*, S. Duparc-Quioc, comp., índice.

[13] Véase más abajo la historia de Geoffroy de Ash.

[14] La mayor parte de la gente pobre, que no tenía intención de permanecer en el territorio, no arriesgaba nada al saquearlo. Véase W. Porges, "The Clergy, the Poor and the Non-combattants in the 1st. Crusade", *Speculum*, 21, 1946.

[15] Los cruzados tuvieron de la región una impresión de fertilidad.

[16] John France, "The Crisis of the First Crusade", *Byzantion*, XL, 1971.

[17] El condado de Edesa ha sido objeto de dos recientes tesis, en La Sorbona y en Montpellier; véase más generalmente J. B. Segal, *Edessa, the Blest City*, 1970.

[18] Véase A. Lewis, "Northern European Sea Power and the Straits of Gibraltar, 1031-1350 A. D.", *Order and Innovation in the Middle Ages, Essays in Honor of Jos. R. Strayer*, Princeton, 1976.

[19] ¿Y también los otros tres estados figuran como principados ordinarios?

[20] No ha sido suficientemente destacado que, a diferencia de lo que habría de tener lugar más tarde, los italianos no contribuyeron con nada al transporte marítimo de la cruzada; cosa que, es verdad, sobre un mar aún poco explorado, y sin experiencia previa, podría ser difícil.

[21] Véase en la bibliografía general, sobre las relaciones entre Pisa y los fatimitas, Allmendinger.

[22] Habría que estudiar el comportamiento a este respecto, en Génova misma, de los diversos partidos; los más intervencionistas estaban sin duda del lado de la aristocracia nobiliaria, de los cuales la familia de los Embriachi debía recibir, con el feudo de Djebail (Gibeleto), una especie de control sobre los intereses genoveses en Oriente.

[23] A la inversa, es en este periodo, 504/1111, en el que el *Itti'az* de Maqrizi, *infra*, señala la captura por los navíos italianos de una flotilla de mercaderes y viajeros, al parecer de Damasco, que regresaban de Tinnis, y que debieron volver a comprar mediante un fuerte rescate.

[24] Goitein, *Mediterranean Society*, 98.

[25] Véase privilegio de Balduino I en 1113; Rohricht, *Regesta*. La expedición de Balduino I en Egipto ha dejado un recuerdo en la literatura popular árabe: Clédat, *Bull. Inst. Fr. Arch. Or.*, El Cairo, 26, 1926, pp. 71-79.

[26] Mayer, *La inscription de Saint-Sépulcre*, véase *infra*.

[1] ¿El poeta Sa'adi, en el siglo XIII, según él mismo?

[2] El padre de Averroes; comunicación de M. Brunschvig.

[3] C. Cahen, *Syrie*, p. 41.

[4] *Idem,* según Kamal al-Din.

[5] Comp. Amedroz, 1912, trad. ingl. H. A. R. Gibb, *The Damascus Chronicle of the Crusades*, 1932; trad. franc. R. Tourneau, *Damas de 1075 a 1155*, 1952.

[6] Comp. Sami Dahan, 3 vols., Damasco, 1951-1954-1968; trad. franc. en *R. H. Cr. Or.*, III, hasta 1135.

[7] Esta parte de la obra de Ibn al-Furat está todavía inédita. Véase C. Cahen, *Syrie*, p. 85.

[8] Comp. y trad. franc. por H. Derenbourg; hay muchas traducciones en otras lenguas; nueva traducción francesa por André Miquel, 1981.

[9] Véase el apéndice.

[10] Los emigrados eran sobre todo los citadinos; una emigración rural masiva habría provocado una carestía de la cual no hay rastros en los textos. Véase *infra*, p. 86. Véase E. Sivan, "Réfugies Palestins au temps des Croisades", *Rev. des Et. Isl.*, 1967.

[11] Comp. y trad. de Emmanuel Sivan, *JA*, 1966.

[12] Su nombre no figura en el *Grand dictionnaire biographique de Damas*, por Ibn Asakir.

[13] Del género de esa que se leerá un siglo después en la *Grande Histoire* de Ibn al-Athir.

[14] Véase *EI*, II, *al-Hariri*.

[15] Usama, véase la bibliografía.

[16] C. Cahen, *Syrie*, pp. 293 y ss.

[17] *Cf.* las primeras páginas de la *Histoire de Beyrouth* de Salih ibn Yahya, ed. Hours et Salibi, Beirut, 1969. Quizá pudieran hacerse progresos con el estudio de los lugares citados para esta región en la documentación de las cruzadas.

[18] Abate Martin, *JA,* 1889, y art. de Nau, *JA,* 1899; *cf.* el colofón siriaco dado en el apéndice.

[19] Véase *infra*.

[20] Goitein, véase el apéndice.

[21] Del cual hablan los escritos apocalípticos judíos de la época. Véase *infra*.

[22] Ibn al-Qalanisi, véase la bibliografía.

[23] Véase la comunicación de H. E. Mayer a la Académie des Inscriptions, diciembre de 1980.

[24] *Cf. EI*, II, art. *Fatimides* (Canard).

[25] Véanse los privilegios para los genoveses e *infra*; según Maqrizi, *Itti'az*, comp. A. Hilmy, vol. III, p. 46, en 504/1110 los mercaderes y viajeros damasquinos que se dirigían a un puerto sirio a partir de Tinnis, en Egipto, fueron capturados por una flota franca y obligados a pagar considerables rescates.

[26] Las relaciones con los ziridas que, por otra parte, están arruinados, siguen siendo aparentemente frías. Ignoramos si hubo relaciones entre los fatimitas y los almorávides.

[27] La toma de Tiro sin duda era necesaria, sobre todo para reaccionar, en un contexto de política interior, contra los fracasos de la política en el norte (cautividad de Balduino II), que podían resultar peligrosos.

[28] C. Cahen, *Pre-Ottoman Turkey*, 1968. Es posible que el sultán Mohamed haya intentado coordinar la lucha en Asia Menor y en Siria, pero no llegó a nada, y fue la última vez que se realizó una tentativa de este tipo.

[29] Es verdad que, debido a los turcomanos, los francos padecieron muchas desventuras sobre los confines del norte, pero casi no se puede hablar de una política de los jefes.

[30] Véase el apéndice. Esta política había generado tantos choques de opinión que Toghtegin sintió la necesidad de ir a hacer la paz con el califa.

[31] Toghtegin de Damasco se acerca en ciertos momentos a Egipto para salvar los últimos puertos costeros y Trípoli. Se han constatado los esfuerzos del gobierno fatimita para constituirse en aliados en Siria. Justo a principios de siglo, el señor de Apame, en Siria del norte, Khalaf ibn Mola'ab, era ismaeliano de obediencia fatimita, pero parece que los ismaelianos de Siria habían sido pronto absorbidos por los "asesinos". Los shiítas duodecimanos, como Usama ibn Munqidh, dudaban entre el servicio de los turcos vecinos y el de Egipto; pero Usama terminará su larga vida en Egipto, al servicio del sunnita Saladino.

[32] *Cf. EI*, II. Ilghazi, al final de su vida, va a combatir a los georgianos.

[33] El instrumento de esta política de Zenghi, en Siria, era todavía en parte un contingente de turcomanos. Véase C. Cahen, *Syrie du Nord*, pp. 347 y ss. Hay que señalar que las desventuras de Bohemundo, Balduino II, Joselino I y Joselino II, e incluso las de Reinaldo de Antioquía, son debidas a los turcomanos del norte.

[1] Esto está perfectamente establecido en un artículo de H. E. Mayer, en prensa, para las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*. H. E. Mayer subraya en particular que, contrariamente a la versión corriente, Godofredo no había de ninguna manera decidido permanecer en Oriente y no había liquidado sus bienes de Europa, sino que sólo los había empeñado.

[2] Raimundo fue llamado por consejo de Foulque, su vecino en Europa, probablemente para contrabalancear un partido normando; Raimundo era el tío de Leonora, mujer de Luis VII.

[3] Cahen, *Syrie*, p. 357.

[4] Ésta resulta del examen de sus becerros. Riley-Smith, *The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus, 1050-1310*, 1967.

[5] Cahen, "Un acte arabe", *Revue d'Études Byzantines*, 1970; Richard, "Église latine et Églises orientales dans les États des Croisés: la destinée d'un prieuré de Josaphat", *Mélanges Dauvilliers*, 1979.

[6] *Byzantinische Zeitschrift*, 1957, 2, p. 355.

[7] Amalfi guardó lo que tenía antes de la cruzada en Antioquía y en Jerusalén.

[8] Prawer, I, pp. 367-368.

[9] No sabemos en qué condiciones el jefe de la flota siciliana supo cómo el "almirante de Antioquía" llegó de esa ciudad.

[10] Guillermo de Tiro, *R. H. Cr. Occ.,* XIII-21.

[11] Cahen, *Syrie*, pp. 357 y ss. La elección de Foulque de Anjou pudo estar determinada por la larga tradición de peregrinación de los condes de Anjou a Oriente, y de Foulque mismo en 1120, aunque él no haya participado en la primera cruzada.

[12] Ibn Muyassar, año 516.

[13] Qalqashandi, *Subh al-A'sha*, tomo VI. Las familias de Roberto y Bohemundo eran aliadas. Canard, "Une lettre du calife fatimide al-Hafiz (524-544/1130-1149) à Rogerio II", *Atti del Convengo Internazionale di Studi Ruggeriani*, abril, 1954, Palermo.

Igualmente en los *Annales de l'institut oriental d'Alger*, 1956, sobre el visir Bahram.

[14] Debemos recordar que el pontificado de Urbano II y el principio del siglo XII vieron una época de tranquilidad entre los normandos y los bizantinos, permitiendo al papado estar en relación correcta con los unos y los otros. No es por azar que, para su "cruzada" antibizantina de 1107, Bohemundo haya debido ir a reclutar un ejército, no en su comarca original, sino en Francia.

[15] Mi artículo en *Mélanges Abel*. El padre Nicolás Huyghe-Baert (Brujas y Lovaina) me hace resaltar que no existe ningún manuscrito de la carta en Italia.

[16] *Ibid*. Ignoramos lo que pensaban los flamencos por la ausencia de sus condes.

[17] Véase John La Monte, "John d'Ibelin, the Old Lord of Beirut, 1177-1236", *Byzantion*, 12, 1937.

[18] Familia representada en Jerusalén (Juan) y en el Imperio latino de Constantinopla (Gautier); éste fue el heredero del último príncipe normando de Sicilia, Tancredo.

[19] Sobre la familia en general, véase L. Usseglio, *I Marchies di Monferrato*, 2 vols., 1926. Mi artículo en las *Mélanges Perroy* (= *Turcobyzantina*) sobre "el comercio anatolio".

[20] Hasta donde podemos saber, puesto que no tenemos, para el siglo XII, la correspondencia pontificia.

[21] Véase *supra*.

[22] En la tradición del patriarcado bizantino de Jerusalén.

[23] El patriarca de Antioquía, Arnulfo, va, sin embargo, a solicitar su arbitraje hacia 1140.

[24] Alphandéry y Dupront, *La Chrétienté et l'idée de Croisade*, 2 vols., 1954-1959; S. Mähl, "Jerusalem im M.A. Sicht", *Die Welt als Geschichte*, 22, 1962.

[25] Reliquias cuya autenticidad constata Gilberto de Nogent, *De pignoribus sanctorum*.

[26] Sucede en cambio que jóvenes latinos de Oriente van a estudiar a Occidente, como Guillermo de Tiro, y vuelven después a sus lugares de origen.

[27] El más célebre de los *Guías* de peregrinación es Rorgo Fretellus, que puede consultarse en la reciente edición de P. C. Boeren, Ámsterdam, 1980.

[28] Véase mi *Syrie*, pp. 12 y ss. y el prefacio de Suzanne Duparc en su edición de la Chanson d'Antioquie.

[29] De donde la Canción de los Miserables; *cf.* mi *Syrie*, pp. 569 y ss., y la próxima edición por Myers.

[30] Con acentos de jactancia que irritaban a los alemanes; véase Guibert, *R. H. Cr. Occ.*, III.

[31] A juzgar por el número de manuscritos.

[32] Guillermo de Tiro, ampliamente informado, ignora los libros de Alberto de Aix posteriores a la cruzada. Sobre la segunda cruzada véase G. Constable, "Second Crusade as seen by Contemporains", *Traditio*, IX, 1953.

[33] Ningún legado desempeñó un verdadero papel.

[34] Hubo bávaros en la poscruzada de 1101.

[35] Agreguemos que la expedición tuvo un solo cronista, Eudes de Deuil, que, por otra parte, no terminó su obra.

[36] Una buena exposición de estas cuestiones se encuentra en Prawer, I, cap. 5.

[1] Los desórdenes y la ambición de los pequeños príncipes necesitados dañaron lo que podía quedar del comercio sirio terrestre, como lo muestra el episodio del mercader iranio cuyos bienes fueron confiscados en Alepo por Rudwan (Ibn al-Furat, Ms. de Viena, I, 57; Sauvaget, *Alep*, París, 1941, p. 97, citando a Kamal al-Din). Para el episodio del año 504, *Itti'az*, véase *supra*. Todavía en 1142 se oye hablar de un mercader veneciano capturado por los musulmanes (Morozzo, I). El senado veneciano prohibió a sus súbditos ir a Oriente en momentos de peligro, por ejemplo cuando la cautividad del rey de Jerusalén, Balduino II. El año de 1132 es señalado como un año en el que a Egipto acuden pocos mercaderes de Rum; ¿*cf*. Geniza? Me veo obligado a confesar mi incapacidad para encontrar la referencia de este hecho, notado hace numerosos años.

[2] Ibn Muyassar, p. 92. Sin embargo, parecen haber tenido, a mediados de siglo, una organización colectiva para las transferencias de fondos de Egipto a Siria y viceversa. (*Diwan* de Usama ibn Munquidh, 140, y de Ibn Ruzzik, 87.)

[3] La atracción que presentaba Egipto para los mercaderes sirios e iraquíes parece continuar, a pesar de la cruzada; es hacia el principio del siglo XII cuando allí llega el abuelo del historiador cristiano del siglo XIII, al-Makin ibn al-Amid.

[4] Véase *infra*, los acontecimientos a mediados de siglo.

[5] Véase *supra*, la carta a Rogerio II.

[6] Makhzumi, el *Minhadj* con mi análisis comentado, *JESHO*, 1965.

[7] Única lectura posible de la palabra *sartanya*, pero no se conoce alguna otra mención.

[8] *Geniza*, véase apéndice.

[9] Véase *supra*.

[10] *Famiglia Zusto*, Morozzo, comp., doc. 16, año 1144, núm. 38.

[11] Canard, "Une Lettre", citada *supra*.

[12] Véase *supra*.

[13] Véase *supra*.

[14] *Minhadj*, en mis "Douanes et commerce", reproducido en *Makhzumiyyat*, p. 50. H. E. Mayer y Marie-Luise Favreau, "Das Diplom Balduin I für Genua und Genuas Goldene Inschrift in der Grabeskische", *Queellen und Forschungen aus italienischen Archiv*, 55/56, 1976, pp. 22-95. Cahen, *Syrie*, p. 492.

[15] R. Röhricht, *Regesta*; C. Cahen, *Syrie*, pp. 487 y ss.

[16] Heyd, I, 1, p. 13055. E. Bach, "La cité de Gênes au XII^e^ siècle", *Classica et medievalia*, disertación 5, 1955.

[17] *Infra*, pp. 184-185.

[18] En 1131 un navío genovés encalló al volver de Alejandría; el arzobispo de Génova recibía un diezmo sobre los navíos que volvían de Alejandría. (*Atti della Società Ligure*, II, 2, pp. 9 y 365; Heyd, 391, n. 1. Para los acontecimientos de 1102, véase *supra*.) Un documento de la Geniza señala como excepcional el año 1132 en el que fueron pocos Rum a Alejandría. Véase el apéndice, y también la tarifa aduanera de Génova de 1140; John Day, *Les douanes de Gênes, EPHE*, 1963.

[19] Expedición que limita, quizá, momentáneamente, su interés por Oriente.

[20] Benvenuti, *Storia della Repubblica di Pisa*, III, 1968. Herlihy, Rossi-Sabatini; véase la bibliografía.

[21] Silvano Borsari, "Il commercio veneziano nell'impero bizantino nel XII secolo", *Rivista Stor. Ital.*, LXXVI, 1964.

[22] Goitein, *Islamic Culture*, vol. 37, 1963, pp. 188-205; "Letters and Documents on the India in Medieval Times", *Letters of Medieval Jewish Traders*, Princeton, 1973. Yagima (Hikoichi), "The Sirafi Migration in South Arabia", *Journal of Asian and African Studies*, V, 1972, pp. 119-144, en japonés, resumido en inglés.

[23] Goitein, "Two Eyewitness Reports on an Expedition of the King of Kish (Qais) Against Aden", *Bul. SOAS*, XVI/2, 1954; Stern, "Ramisht of Siraf", *Journal of Royal As. Soc.*, 1967, pp. 10-14; Aubin, "La ruine de Siraf et les routes du golfe Persique aux XI^e^ et XII^e^ siècles", *Cahiers de Civilisation Medievale*, julio-septiembre, 1959. Véase también *Repertoire chronologique d'inscriptions arabes*, núm. 099.

[24] Goitein, "New Light on the Beginnings of the Karim Merchants", *Journal Ec. Soc. Hist. Orient.*, vol. I, 1958, pp. 175-184.

[25] Ibn Hawqal, Kramers, comp.; Ibn Mudjawir, Löfgren, comp.

[26] Hirth y Rockhill, trad. ing. en *Chah-Ju-Kua*, Ibn Djawzi, año 570, y J. P. Lo, *JESHO,* 1969.

[27] Interpolaciones de Ibn Hawqal, art. "Ormuz", p. 434. Los destinatarios debían ser iranios más que mediterráneos.

[28] No sabemos prácticamente nada sobre las caravanas mesopotámicas en el siglo XII.

[29] Sobre G. T., en espera de la edición completa de Huyghens, véase R. H. C. Davis, *Relations Between East and West in the Middle Ages*, Derek Baker, comp., 1973.

[30] Haskins, *Studies in the History of Medieval Science*, 1927 (que señala también que Adelardo de Bath visitó Siria). R. W. Hunt, "Stephen of Antioch", *Medieval and Renaissance Studies*, 1950.

[31] Edición en curso de Mayers. Naturalmente las tradiciones legendarias han penetrado en los relatos mismos de la primera cruzada.

[32] Todavía no siempre resulta claro si los francos de quienes se trata son los de las cruzadas, y no mercenarios empleados por Bizancio en los siglos precedentes. Para la bibliografía, véase *supra*, cap. I, n. 10, y en particular los artículos *Antar, Batial y Dhat al-Himma, EI*, II.

[33] Aunque sólo la conocemos por una tradición oral más reciente; comp. trad. Frédéric Feydit.

[34] Véase en *EI*, II el artículo *Alf Layla wa Layla*.

[35] Mi artículo para el *Memorial Berberian*, en prensa.

[36] Al-Buni; *cf*. en particular los relatos de la quinta cruzada.

[37] Sobre los movimientos comparables en el medio judío, tanto de Oriente como de Occidente, véase Prawer, I, pp. 590 y ss.

[38] V. Slessarev, *Prestor John,* University of Minnesota Press, 1959.

[1] Sobre la mayor parte de los aspectos del reino de este príncipe, véase N. Elisseeff, *Nur al-Din*.

[2] Aunque se haya intentado hacer de Mawdud I un precursor de Saladino; *cf*. H. S. Fink, "Mawdud I of Mossul, Precursor of Saladin", *Muslim World*, 1953.

[3] Sucede que este renacimiento regional del *djihad* coincide cronológicamente con el entibiamiento de la idea de cruzada en Occidente, sin que haya relación alguna entre los dos hechos.

[4] La guerra debía ser conducida conforme a las reglas del *djihad*. Esta preocupación aparece con ocasión de la toma de Ma'arrat al-No'man; el derecho decidía en principio que los territorios conquistados estaban a la disposición del Estado; pero en la realidad, la pérdida de la ciudad estaba muy próxima para que los miembros de las familias despojadas viviesen todavía. Aunque el plazo de la prescripción en materia de propiedad había transcurrido, Nur al-Din la devolvió a sus antiguos propietarios, lo cual acrecentó su reputación.

[5] Primera *madrasa* en el tiempo de Timutash, hijo de Ilghazi. Para el llamado a los inmigrantes iranios, véase mi comunicación al Congreso de los Lincei, *La Persia nell'medio Evo*, Roma, 1971.

[6] *Pre-Ottoman Turkey*; los turcos tratan en adelante correctamente a los cristianos, sobre todo a los armenios, que viven bajo su dominación. Bornazyan, *Armenia y los selyúcidas en los siglos* XI *y* XII, 1980 (en ruso).

[7] Hay que notar que el rey de Jerusalén se ocupa poco de Antioquía. Juan Comneno tenía a su servicio francos, que el papa amenaza con retirar si ataca Antioquía.

[8] Los francos tienen la impresión de que los griegos les son hostiles.

[9] El armenio Thoros y el nuevo príncipe de Antioquía, Reinaldo de Chatillon, llevaron a cabo contra el Chipre bizantino una incursión que nadie pareció haber provocado.

[10] C. Cahen, *Byzantion*, reproducido en *Turcobyzantina*.

[11] C. Cahen, *Syrie*, p. 206.

[12] Véase la carta de 1135 en el apéndice. Ignoramos si Bizancio tuvo alguna vez relaciones con los almorávides y los almohades.

[13] Los fatimitas en esta época no reclutan ya turcos en su ejército, considerándolos sin duda como sospechosos de ligas con sus congéneres de Siria.

[14] Los móviles de la toma de Trípoli están poco claros: ¿contener los desmanes de las caravanas del Sahara? ¿Garantizar la seguridad de las rutas marítimas contra los piratas? ¿Responder al llamado de un partido nativo? Véase Idris, *Zirides*, II.

[15] Parece que al poeta Ibn Qalaqis le fue encomendada una *Historia* (sobre la cual véase *infra*).

[16] Rizzitano, "Nouve fonti arabi per la storia dei musulmani di Sicilia", *Riv. Stu. Or.*, 32, 1957. Por otra parte, el canciller del reino de Sicilia, Esteban, se salva en Jerusalén hacia 1168; *cf.* F. Chalandon, *Normands de Sicile*, índice. Ya, según Yaqut, *Irshad*, V, Alk ben Jafar al-Sicili (el Siciliano), dice Ibn al-Qatta, había sido el preceptor del hijo del visir egipcio al-Afdal. Se ignora todo de los últimos años de la vida de al-Idrisi, quizá transcurridos en Oriente. Podría ser uno de sus hijos, Ibn abi Tayyi, a quien el jerife al-Idrisi, a principios del siglo XIII, instruía (según Abu Shama) sobre los últimos tiempos del Egipto fatimita.

[17] Byrne, "Easterners in Genoa", *Journal Am. Or. Soc.*, 38, 1918.

[18] Hay precedentes desde el siglo XI, *cf. supra*.

[19] *Atti della Soc. Ligura*, V, 633. Abulafia, *Two Italies*.

[20] Udhri, comp., Hadj Sadok, *Bull. de'Études Orientales*, 21, 1968, p. 72. Benjamín de Tudela, Adler, comp., 1907.

[21] Amari, *Diplomi*, III, 4.

[22] Schaube. Otros ataques son testificados sobre Tinnis, 1151, 1155, 1175 y 1177; Damieta, 1155; Roseta, 1155; Alejandría,

1155 y 1174; véase Amari, III, 507, y Manfroni, *Rev. Or. Lat.*, VIII, 513. H. E. Mayer, "Ein Deperditum König Balduin III als Zeugnis…", *Deutsches Archiv*, 180, pp. 549-566.

[23] Ibn Qalaqis viaja con un embajador normando en 1163. Ignoramos qué relación pudo haber habido entre estos hechos y el envío como embajador fatimita a Andalucía de un sirio establecido a intervalos en el Yemen: Imad al-Din Kharida, sección Siria, f. 332.

[24] Röhricht, Heyd, Mayer y Favreau, véase *supra*.

[25] Grandclaude, Zeller, véase *infra*.

[26] Heyd, Schaube.

[27] Los pisanos acompañan todavía a Amaury en sus expediciones posteriores, *Annali Pisani, MGSS*, XIX, 25.

[28] Véase en general Allmendinger, *Die Beziehungen* (véase la bibliografía).

[29] J. Danstrup, "Manuel's I coup Against Genoa and Venice in the Light of Byzantine Commercial Policy", *Classica et Medievalia*, X, 1948.

[1] Morozzo della Rocca y Lombardo, *Documenti del commercio veneziano nei secoli* XI-XIII, 1940.

[2] M. Chiaudano y M. Moresco, comps., *Il cartolare de Giovanni Scriba*, 1920-1935.

[3] En ocasión de la toma de Egipto por Shirkuh y Saladino, Guillermo de Tiro preconiza el comercio de Egipto (*cf.* La Monte, *Byzantion*, XV, pp. 200 y ss.)

[4] En particular el *Minhadj* de Makhzumi, véase la bibliografía.

[5] Sintetizado en Goitein, *Med. Soc.*, I.

[6] Concilio de 1179.

[7] No podemos comparar en esta fecha las calidades de los tejidos de Oriente y Occidente, pero Occidente debía de tener muchos más tejidos de lana. Todavía a principios del siglo XIV, Pegolotti precisará que en Antalya, en Asia Menor, hay que vender los géneros obrados porque no hay acabadores en la plaza.

[8] Audiencias de los Burgueses, véase *infra*.

[9] Ibn Tuwayr, en Maqrizi, *Khitat*, I, p. 4444, Boulaq, comp.

[10] P. 620.

[11] Véase mi "Traité d'Armurerie", *BEO*, 1950. El autor del *Lisan al Arab* (principio del siglo XIV), vol. X, p. 220, col. 1, cree que la palabra en este sentido existía al principio del islam, pero no da referencia (véase el artículo de Basher sobre el ejército fatimita en *Der islam*, 1978). Recíprocamente se puede pensar que el "juzerán", hilado de mallas relleno del que hablan entre otras las canciones de gesta, deriva del *khujaghand* iranio-turco (artículo de A. S. Melikian, en prensa).

[12] Véase *infra*, p. 262.

[13] Jean Richard, "An Account of the Battle of Hattin", *Speculum*, abril, 1952.

[14] Misbach, "Genoese Commerce and the Alleged Flow of Gold to the East, 1154-1253", *Revue Internationale de la Banque*,

31, 1970, pp. 67-87.

[15] Véase mis *Douanes et commerce*. Entre los textos egipcios figuran el *quf* y la *arsa*, cuyos nombres latinizados se encuentran en los documentos venecianos.

[16] Parece que, quizá para evitar las dificultades aduaneras, cada navío tenía junto al propietario italiano un asociado musulmán (*Minhadj*).

[17] Zeller, *Das Seerecht in den Assisen from Jerusalem*, Heidelberg, 1916. H. Mitteis, "Schuld- und Handelschreft der Kreuzfahrerstaaten", *Festschrift Heymann*, 1931, con la relación por Latters en *Rivista di Storia del Dirito Italiano*, 1933.

[18] Riley Smith, véase *infra*. B. Patterson, "The Early Existence of Funda and Catena in the XIIth Century Latin Kingdom", *Speculum*, 1964, 3. Respecto a los instrumentos materiales y los organismos institucionales.

[19] Véase *supra*.

[20] Heyd, 51; Schaube, 149.

[21] Ibn Djubayr, trad. de Godefroy-Demombynes.

[22] Mi artículo en *Mémorial le Tourneau*. Se conoce también el caso de un mallorquín muerto en Damasco a finales del siglo XII. A principios del siglo XIII el califa nombra como cadí melkita (escuela poco representada en la población civil) a un comerciante del Magreb (Abu Shama, *Dhayl*, p. 69, año 607).

[23] Sobre un natural del Magreb comerciante del Yemen en el océano Índico, véase Stern, en *Oriens*, IV, 1951, 2, p. 201.

[24] *Supra*, p. 167.

[25] Magrebinos en Asia Menor; *Pre-Ottoman Turkey*.

[26] Ernoul, Mass-Latrie, comp., p. 236.

[27] Ehrenkreutz, véase p. 145, n. 1.

[28] En 1228 los contratos de Marsella señalan entre los pasajeros a los *naserini* = *nasrani*, plural *nasara*, nombre árabe de los cris-

tianos nativos. Hacia 1260, un navío italiano está repleto de pasajeros orientales. Röhricht, *Regesta*.

[29] Maurice Lombard, *Arsenaux et bois de marine*.

[30] Vismara, *Impium Foedus*, Milán, 1950.

[31] Véase *supra*, Ibn Djubayr.

[32] Bibliografía general.

[33] La última síntesis, un poco discutida, es la de Andrew Watson, "Back to Gold and Silver", *European Journal of Economic History*, 1967; véase también C. C. Patterson, "Silver Stocks and Lesses in Ancient and Medieval Times", *Ec. Hist. Rev.*, II, 25, 1972; véase mi artículo en *Annales Isl.*, 1978.

[34] M. F. Hendy, *Coinage and Money in the Byzantine Empire, 1081-1261*, 1969.

[35] Nuwayri citado en Sauvaire. Los recursos de oro en Oriente no parecen haber variado sensiblemente; es en las condiciones del comercio donde se deben buscar las razones de esta evolución. Es sin duda por la insuficiencia de dinero en Ifriqiya y Sicilia que, desde fines del siglo x, se acuñan cuartos de dinar (*ruba'i* o *tari*).

[36] Véanse mis artículos en los *Annales* de El Cairo y *Studies*, Udovitch, comp., 1981 (coloquio 1979). Las monedas de plata, de aleación, son muy utilizadas, y las gastadas suelen volverse a fundir, por lo cual no aparecen en nuestras colecciones.

[37] Y en ocasiones de la demografía.

[38] La palabra *waraq* designaba antes tanto la moneda de plata corriente como *ayn*, la moneda de oro corriente, en oposición a los valores de cuenta. La utilidad de diversificar y multiplicar las especies divisionarias puede conducir a preferir las piezas de aleación de buen tamaño a las piezas de metal puro minúsculas.

[39] Es la opinión expresada en mis artículos de los *Annales*, pero no la de Bates, quien apenas cree que quede algún rastro en las colecciones. Los textos llaman a esta moneda *qirtas*, plural *qaratis*,

que literalmente significa papel (o papiro) y lo significaba quizá todavía en Egipto. Pero en Siria es cierto (véanse los artículos de Bates y mío) que se trata de la denominación popular peyorativa de una moneda metálica.

[40] Inmediatamente después de la muerte de Nur al-Din, sus sucesores amonedaron oro, lo que prueba que lo tenían; sin duda intentaban afirmar una soberanía que se les discutía. Tenemos algunos dinares acuñados a nombre de Nur al-Din en sus primeros años, pero se trata de piezas acuñadas en Egipto por Salah al-Din. Hay algunos dinares de los zénghidas de Mesopotamia de la misma época.

[41] Cahen, *Annales Islamologiques*, y Bates, comunicación a la MESA, en proceso de edición.

[42] Yvon y Balog, "Monnaies à légendes arabes de l'Orient latin", *Rev. Num.*, 6, 1958.

[43] Entonces, a juzgar por los trabajos monetarios, no entraron en Occidente los dinares de Oriente sino a partir de fines del siglo XII.

[44] Yvon y Balog, *op. cit.*

[45] Ehrenkreutz, "Arabic Dinars Struck by the Crusaders", *JESHO*, 1964.

[46] Véase el tratado de Ibn Ba'ra, Fahmy, comp., p. 23. Los latinos consideraban en general al dinario como equivalente al dirham. Igualmente en el siglo XIII el *tahegan* armenio. Los árabes llaman al besante franco "dinar suri"; puede ser que el obraje principal haya estado en Tiro, al igual que para el dinar fatimita antiguo. También se acuñó oro en Antioquía y Trípoli; pero menos regular y menos masivamente. Los francos acuñaron pequeñas monedas de vellón (cobre); véase por ejemplo Metcalf, "Bullion Coinage of the Crusading Principalites of Antioche", *Num. Chrom.*, 7a. serie, 9, 1969, pp. 247-267.

[1] Bajo este título, véanse obras generales recientes de A. S. Ehrenkreutz, 1971, y de Lyons y Jackson, 1979. Véase también en *EI*, II, el artículo *Ayyubides*.

[2] Particularmente Imam al-Din al-Isfahani.

[3] H. A. R. Gibb, "The Achievement for Saladin", *Bull. of the John Rylands Library*, 1952.

[4] Llamado "Suhrawardi Maqtul" para distinguirlo de homónimos. Sobre éste véanse esencialmente los trabajos de Henry Corbin.

[5] Abu Salih testimonia que la conquista de Egipto por Saladino ha sido desastrosa para los armenios, pero no para los coptos. Se trata pues no de un anticristianismo religioso en sí, sino de la complicidad de los armenios, ya sea con los francos, ya con los fatimitas. Abu Salih, *Churches and Monasteries*, comp. y trad. Evetts, 1895.

[6] Un almimbar fue donado por adelantado por Nur al-Din a la mezquita de al-Aqsa para el momento en que Jerusalén fuese retomada; véase la inscripción en *RCEA*.

[7] Sivan, *cf.* la bibliografía.

[8] Un anexo del *djihad* es el rescate de los prisioneros de ambos bandos. *Cf.* Goitein, Ibn Djubayr, etc. Véase el apéndice.

[9] Entre otros por un hijo de Ibn' Asakir. *Cf.* Sivan, p. 212.

[10] Mi comp. y trad., en *BEO*, 1949.

[11] Véase Janine Sourdel, comp. y trad., Ali al-Harawi.

[12] Véase *supra*.

[13] Ehrenkreutz, "The Place of Saladin in the Naval History of the Mediterranean Sea", *Journal of the American Oriental Society*, LXXV, 2, 1955.

[14] No confundir a este Qaraqush con el mameluco célebre de Saladino, sobre el cual véase *EI,* II.

[15] El historiador de los Banu Ghaniya, A. Bell, parece haber ignorado las enseñanzas que da, sobre las campañas de Qaraqush, Abu Shama, según Ibn abi Tayyi.

[16] La secta de los tayybininos, que creían en la sobrevivencia del hijo póstumo de al-Amir, suplantado por al-Hafiz.

[17] A pesar de la tentativa momentánea del segundo ayúbida local (conforme sin duda con la mentalidad de sus súbditos) de hacerse pasar él mismo por *Mahdi*.

[18] Maqrizi, *Suluk*, cuya fuente es desconocida, es, quizá, la parte perdida de la crónica de Ibn Muyassar, que Maqrizi conocía.

[19] Véase *EI*, II, *Karimis*, citado también en Abu Shama, II, 37, 1.21.

[20] Concilio de Letrán, 1179.

[21] Mi artículo, "Les merchants étrangers au Caire au Moyen Âge" en el volumen del *Millénaire du Caire*, 1973.

[22] En Abu Shama, II, 37.

[23] Mi artículo, aquí según Burkhardt de Estrasburgo.

[24] Morozzo, véase la bibliografía.

[25] Véase mi artículo "Alun avant Phocée", *en Revue d'Hist. écon.*, 1962.

[26] Posiblemente hayan ayudado a defender Alejandría en 1174 contra los normandos.

[27] Se conocen, sin embargo, uno o dos a fines de siglo.

[28] Goitein, *Med. Soc.*

[29] B. Lavignerie, "I Normandi di Sicilia a Cipro e a Patmo (1186)", *Bizantino-Sicula*, II, 1974. Esto está ligado al ataque de Guillermo II contra Bizancio (¿1185?).

[30] Sobre todo esto, véase Runciman, *History of the Crusades*.

[31] R. J. Lilie, "Die Schlacht von Myriokephalon und sein Virkung auf das Byzantinischen Reich", *Revue des Études Byzanti-*

nes, 35, 1977, pp. 257-275.

[32] *Pre-Ottoman Turkey*.

[33] W. Hecht, "Byzanz und die Armenien nach dem Tode Kayser Manuels 1180-1196", *Bizantion*, 37, 1967.

[34] *Syrie Nord…,* pp. 420 y ss. Runciman, etcétera.

[35] Colemberg, "L'Empereur Isaac de Chypre et sa fille", *Bizantion*, 38, 1968.

[36] Véase *infra*.

[37] Se pretendía querer exhumar los restos de Mahoma. Gary La Viere Leiser, "The Crusader Raid in the Red Sea", *Studia Islamica*. Reinaldo, por otra parte, no había pedido el acuerdo de algún otro señor franco, ni tampoco del rey de Jerusalén. Los francos escapados de la matanza fueron condenados a muerte en Egipto y en Bagdad. Véase sobre éstos la historia nestoriana de María, Gismondi, comp., pp. 106-107.

[38] Sobre una pretendida tentativa de conversión de los "asesinos" al cristianismo, véase Jerzy Hanzinski, "On Alleged Attempts at Converting the Assassins to Christianity in the Light of William of Tyre's Account", *Folia Orientalia*, XV, 1974, pp. 229-246.

[39] Sobre esta batalla, trabajos de J. Prawer, "La bataille de Hattin", *Israel Exploration Jour*., 14, 1964, Jean Richard, véase *supra*, capítulo x, n. 13, y P. Herde, "Die Kämpfe beiden Hörnern von Hattin", *Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde*, 61, 1966.

[40] Señalemos sobre este tema el artículo reciente de J. G. Rowe, "William of Tyre and the Patriarcal Election of 1180", *Engl. His. Rev*., enero de 1978.

[41] Ibn al-Athir, *Kamil*, 706; Runciman, II, 461.

[42] Contamos con las lamentaciones armenias y sirias sobre la caída de Jerusalén, pero nada se siguió de ellas, y conocemos un médico que, después de haber soñado con el rey de Jerusalén, se

hizo otorgar por Saladino un privilegio para el día de la conquista de la ciudad (mi artículo en *Syrie*, 1934, "Indigènes et Croisés").

[43] A Enrique II no se lo solicitaron hasta 1187.

[44] Es también durante su reinado, pero independientemente de él, cuando hace su peregrinación a Oriente su rival Enrique el León; véase M. L. Favreau, "Zur Pilgerfahrt des Grafen Rudolf V. Pfullendorf, 1180", *Z. f. die Geschichte des Oberrheims*, 123 (n. f. 84), 1975. El embajador de Barbarroja ante Saladino es Burkhardt de Estrasburgo, de quien tenemos un breve relato (*MGSS*, XXI, 235 y ss.). Sin duda se trataba para Barbarroja de volver a tomar Bizancio.

[45] Mi artículo en *WZKM* (reproducido en mis *Turcobyzantina*), y Ekkhard Eickoff, *Friedrich Barbarossa im Orient*, 1977; Hannes Möhring, *Saladin und der dritte Kreuzzung*, Weisbaden, 1980.

[46] El anuncio de ello fue hecho a Saladino por el catholicos de Armenia, quien residía después de Joselino II de Edesa en una fortaleza del Éufrates medio.

[47] Excelente negocio para éstos: 5 800 marcos de plata, o sea, 468 libras.

[48] Sobre Chipre en el siglo XII, véase J. Darrouzes, "Notes pour servir à l'histoire de Chypre (byzantine)", *Spoudai Kypriakai*, 195, 1959, que muestra el interés por esta isla desde esa época para el reaprovisionamiento del Oriente latino. Costas P. Kyrris hizo al Congreso Histórico de Bucarest, 1980, una comunicación sobre "Cyprus as Steppingstone between East and West During the Early Crusades (1099-1291)".

[49] Salvo, naturalmente, durante la cruzada misma. Esta situación no podía sino agravar las rivalidades de estas ciudades en el Oriente latino, sobre las rutas que a ellas conducían. Véase M. L. Favreau, "Die Italienische Levante Piraterie und die Sichereit des Seewegs nach Syrien im 12 und 13 J.", *Viertelj. für Sozial und Wirtschafts Geschichte*, 65, 1978.

[50] La actitud de los soberanos y de las repúblicas mercantes en Oriente estaba, naturalmente, ligada al partido que habían tomado en Occidente. Véase M. L. Favreau, "Graf Heinrich von Champagne und die Pisaner im Königreich Jerusalem", *Bolletino Storico Pisano*, XLVII, 1978, pp. 97-120.

[51] Nótese que Antioquía y Trípoli (que acababan de heredar los hijos de Bohemundo III de Antioquía) no tomaron prácticamente ningún partido en las operaciones; Antioquía había concluido una tregua con Saladino.

[52] Godefroy-Demombynes, "Une lettre de Saladin au Calife almohade", *Mélanges René Basset*, pp. 279 y ss.; Sa'ad Saghloul, "Abd al-Hamid", *Bull. of the Faculty ofArts*, Universidad de Alejandría, VI-VII, 1952-1953. Ibn al-Athir menciona, a fines del año 603, la muerte de un embajador enviado de Egipto a "al-Mayruqi", el príncipe de Mallorca de los Banu Ghaniya.

[53] Monografía casi exhaustiva de Angelica Hartmann, *An-Nasir li-Din Allah (1180-1225)*, 1975. Sivan, "Saladin et le Calife al-Nasir", *Scripta Hierosolymitana* (*Studies in History*), 1972.

[1] El conocimiento de la administración ha sido precisado por los estudios de H. E. Mayer, basados sobre la diplomacia. Véase también del mismo "Das Siegelswesen im der Krüzzerfahrerstaten", *Bayerisch Ak., Phil. Hist. Kl., Abbandlungen*, s. f., 83.

[2] Yo he tratado esta cuestión en mi relación dirigida al Congreso de Volta de 1956, reproducida en mis *Turcobyzantina*; véase, por otra parte, Prawer, Riley-Smith, Smail, etcétera.

[3] *Syrie du Nord*…, pp. 465 y ss.

[4] *Chronique d'Ernoul*, Mas-Latrie, comp., 1871, p. 28.

[5] No se ve claramente si podía haber requisición de mano de obra rural para la construcción y mantenimiento de los castillos (véase *supra*).

[6] Prawer ha demostrado que el texto de las *Audiencias de los Burgueses* reproduce una gran parte de un costumbrario provenzal un poco anterior.

[7] Un califa fatimita concedió a Usama ibn Munqidh los beneficios de una industria en El Cairo.

[8] Véase mi "Evolution de *l'iqta", Annales ESC*, 1951, reproducido en *Peuples musulmans*.

[9] Mayer, *Bistümer, klöster und Stifer in Königreich Jerusalem*, 1977.

[10] Prawer, "Études de quelques problemes agraires et sociaux d'une seigneurie croisée au XIII^e siècle", *Byzantion*, 1952.

[11] Sobre todas las cuestiones precedentes véase mi artículo del *Bull. de la Fac. des Lettres de Strasbourg*, de 1952, reproducido en mis *Turcobyzantina*; mi relación a la Société Jean Bodin, Congreso de Varsovia, 1975, en prensa; mi artículo "Le régime des impôts en Syrie", *JESHO*, 1975; Jean Richard, desde hace tiempo, ha redactado para la *History of the Crusade*, vol. 5, un capítulo cuyo texto, puesto al día, se debe esperar, parece, próximamente; véase Prawer, citado *supra*.

[12] Riley-Smith, "Some Lesser Officials in Latin Syria", *Engl. Hist. Rev.*, enero de 1972.

[13] Véase mis "Mouvements populaires…", *Arabica*, 1958 y separadamente 1959. Peter von Sievers, "Military, Merchants and Nomads in the Syrian Cities and Countryside 780-969", *Der Islam*, 1979.

[14] Congreso de Volta.

[15] *Syrie du Nord…*, p. 462.

[16] Es posible que, en rigor, el nombre haya existido en el Chipre bizantino sujeto a las influencias árabes, pero conocemos muy mal el pasado de la isla para poder decir algo.

[17] Sobre la esclavitud en territorio cristiano medieval, véanse sobre todo los trabajos de Charles Verlinden.

[1] Véase *supra*, cap. v.

[2] Miguel el Sirio, citado en *Syrie du Nord…,* pp. 562 y ss. Hubo en particular en el Antilíbano, en torno a Damasco, antiguas peregrinaciones locales frecuentadas lo mismo por los cristianos nativos y los musulmanes, y se puede admitir que los francos también se asociaron con ellas, puesto que un poema latino está consagrado a la de Saidnaya (J. Raymond sobre N. D. de Sardenay). Devos, "Les plus anciennes versions occidentales de la légende de Saidnaya", *Analecta Bollandiana*, 65, 1957; D. Sourdel, "Ruhin, lieu de pèlerinage musulman de la Syrie du Nord au XIII^e^ s.", *Syrie*, 30, 1953, pp. 89-107.

[3] *Syrie du Nord…,* p. 561. No hay que exagerar; en adelante la iglesia de Cilicia no muestra ninguna huella de influencia mutua.

[4] *Syrie du Nord…, loc. cit.*, en particular el relato de Bar Hebraeus sobre los "Hermanos".

[5] Véase *supra*, R. Christ. Schuringer, "Kreuzzügeideologie und Toleranz", *Studien für Wilhelm von Tyrus*, Stuttgart, 1977.

[6] Véase P. Kritzcek, *Peter the Venerable, supra*.

[7] La respuesta a esta cuestión depende del siglo en el que se haga vivir al polemista de la lengua griega Bartolomeo de Edesa (véase mi artículo en las *Mélanges Gardet-Anawati*), y al obispo melkita de Sidón, Pablo de Antioquía (P. Khoury, *Paul of Antioch*, 1964). Me inclino personalmente a colocar al uno y al otro, que no hacen ninguna alusión a los francos, en el siglo XII; Pablo dice haber estado en Amalfi, lo cual es posible en el siglo XII, pero más verosímil en el XI; parece ignorar tanto a los latinos como a los armenios de Oriente (pero *cf. infra*); escribe en árabe, lo cual para un melkita es posible después del siglo X (véase *infra*); sólo *terminus post quem* seguramente, conoció a Elías de Nizibe. La señora Lazarus-Yafey atribuye a un copto converso el tratado contra los cristianos mucho tiempo considerado como de Ghazali. No hablamos aquí de España, donde nuestra época es fértil en polémicas.

[8] Qudama, en tiempos de Saladino, los enumera en un tratado entre las variantes del cristianismo en Oriente.

[9] H. E. Mayer, *Latins, Muslims and Greeks in the Latin Kingdom of Jerusalem*, 1981.

[10] Véase la historia de la cautividad franca, *JA*, 1850, II.

[11] *Arabica*, 1978.

[12] Prawer, I, 308.

[13] Entre las publicaciones generales sobre los castillos, véase sobre todo R. B. C. Huyghens, "Monuments de l'époque des Croisades", *Biblioteca Orientalis*, 1968.

[14] Entre otros estudios recientes, Goitein, *Méd. Soc.*

[15] Tal es la razón dada para la traducción árabe de Nicon, en la que se alude a la aproximación de los cruzados. Véase Graf, *GACL*, II, 1947, pp. 64 y ss. Los acontecimientos de la comuna de Antioquía muestran que hubo allí siempre una importante población del rito griego al principio del siglo XIII; *Syrie du Nord*, p. 590; véase el apéndice.

[16] *Revue des Études byzantines*, 1970; Jean Richard, en *Mélanges Dauvilliers*, 1979.

[17] Huyghens, comp., II, 344, p. 93.

[18] Nuwiri, y *EI*, II; véase también lo que decimos en otra parte sobre los "burgueses".

[19] Véase mi artículo en *Mélange Atiya*, 1973.

[20] Prawer, II, 397.

[1] Ésta no es la definición dada siempre, pero véase *Pre-Ottoman Turkey*.

[2] Ya dije que era sobre el modelo de España, pero la cronología de las fundaciones no permite mantener esta afirmación. Hubo tentativas de implantar la orden española de Santiago en Siria. Véase *Syrie du Nord…,* pp. 510 y ss., y Eloy Benito Ruano, "Santiago, Calatrava y Antioquía (documentos)", *Anuario de Estudios Medievales*, I, 1964.

[3] Conocemos el precio de la construcción del castillo de Safed en el siglo XIII (*Studia medievalia*, 1965). Para la construcción, en el siglo XII, del fuerte del Vado de Jacob, fueron necesarios 80 mil dinares. Se empleaban, con frecuencia, tanto entre los francos como entre los musulmanes, prisioneros de guerra, pero es cierto que se reclutaba también a muchos de los trabajadores del lugar, a los que había que pagarles. *Cf.* R. C. B. Huyghens, *De constructione Saphet*, 1981.

[4] Se sabe que los archivos del Temple han desaparecido, lo cual no permite escribir sobre esta orden (a pesar de las leyendas nacidas de su proceso bajo Felipe el Hermoso) una historia semejante a la que se puede escribir sobre los hospitalarios. A las actas reencontradas reunidas por el marqués de Albón, se han adjuntado algunas más recientemente descubiertas; véase F. Benoit y Riley-Smith, *English Historical Review*, XXXIV, pp. 284-288.

[5] Riley-Smith, "A Note on Confraternities in the Latin Kingdom of Jerusalem", *Bull. Inst. Hist. Research*, XLIV, 1971.

[6] *Cf.* Jean Richard; véase cap. X, n. 13.

[7] Véase la obra reciente de Marit Kretschmar, *Pferd und Reiter im Orient*, 1981.

[1] Humphreys, *From Saladino to the Mongols*, 1978; puede complementarse con el artículo del mismo autor, "The Emergence of the Mamluk Army", *St. Isl.*, XLV-XLVI, 1977. Véase también David Ayalon, "Aspects of the Mamluk Phenomenon", *Der Islam*, LIV, 1977, 1-2. Muy buena monografía de H. L. Gottshalk, *Al-Malik al-Kamil*, 1928. Gary Leiser, *The Restauration of Sunnism in Egypt and the Madrasas*, 1980. J. Gilbert, "Institutionalization of Muslim Scholarship and Professionalization of the Ulama in Medieval Damascus", *Studia Isl.*, 52, 1980. La señora Hakki, en el momento de su muerte, había casi acabado un inventario de las *madrasas* sirias; se ha encontrado un manuscrito en el Instituto Francés de Damasco. Para el periodo ayúbida, véanse las *Mémoires de Sa'd al-Din*, traducidas en mis *Peuples musulmans*.

[2] Un esfuerzo de organización económica es, quizá, testimoniado, a pesar de su carácter privado, por el tratado de *hisba* (función del *muhtasib*, véase *supra*) de Shayzari, prototipo de una serie de otros. Hubo tratados análogos en la España musulmana un siglo antes, pero no se ve que hayan ejercido influencia sobre Shayzari. Los textos que, en Oriente, habían hablado antes de la *hisba* tenían un carácter más teórico y menos técnico. Véase también más adelante el tratado monetario de Ibn Ba'ra, los panfletos de Nabulsi (mis ediciones en *BEO*, tomo XVI, 1958-1960, y en *BIFAO,* "Histoires coptes d'un *cadi* ayyubide", 1960, 133-150. No se ve cuál pudo ser, sobre la política de los primeros sucesores de Saladino, la influencia de la gran hambruna de 1200-1201, a la cual debemos la *Description de l'Égypte* de Abd al-Latif al-Baghdadi, traducida por Sylvestre de Sacy.

[3] Donald E. Queller y Susan J. Stratton, "A Century of Controversy on the 4th Crusade", *Studies in Medieval and Renaissance History*, 6, 1969, pp. 238-252. *A History of the Crusades*, Setton, comp., vol. II, 1962. Donald E. Queller, *The Fourth Crusade, the Conquest of Constantinople*, 1977.

[4] Entre otros artículos recientes: Gerd Hagedorn, "Papst Innocenz III und Bizanz am vorabend der 4 stens Kreuzzugs", *Östkirchliche Studien*, 23, 1974, pp. 3-20 y 105-136. B. Hendrickx, "Bauduin IX de Flandre et les Anges", *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 1971-1972. S. Kindelmann, *Eroberung Konstantinople als Politische Forderung des Westens in Hochmittelalter*, 1969. E. Kennan, "Innocent III and the First Political Crusades", *Traditio*, XXVII, 1971. J. Ferluga, "Aristocrazia Bizantina e Crociate agli Inizi del Seculo XII", *Quellen und Studien für Geschichte des Östlichen Europa*, IX, Wiesbaden, 1977.

[5] Destacamos la ausencia de genoveses y pisanos.

[6] Recordemos que ahí se encontraron Balduino de Flandes, quien llegaría a ser emperador, y Bonifacio de Montferrat.

[7] El continuador de Guillermo de Tiro acusa a al-Adil de haber provocado el trastorno. Ninguno de los cruzados del siglo XII pasó por el Imperio latino.

[8] B. Heindrickx, "The Main Problems of the History of the Latin Empire", *Revue Belge Ph. Hist.*, pp. 52-54, 1974.

[9] Angold, *Empire in Exil*, 1975.

[10] *Pre-Ottoman Turkey*, p. 135.

[11] Ludger Bernhard, "Die legitimität des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinople in Jacobitischer Sicht", en *Jahrbuch der Österr. byz. Gesellschaft*, XVI, 1967.

[12] Se ha visto que es a uno de estos obispos a quien se debe la tardía implantación de los cistercienses. Los franciscanos y los dominicos, que llegarán pronto, son órdenes que dependen directamente de Roma, sin subordinación respecto al clero local, al que en alguna ocasión llegarán a suplantar. Roncaglia, "Les Frères Mineurs et l'Église grecque", *Storia della Provincia di Terra Santa*, 1954.

[13] *Lettres*, Huyghens, comp.; *cf.* Morgan, "The Meanings of old French *Polain*, Latin *Pullanus", Medium Aevum*, XLVIII, I.

[14] Los selyúcidas se interesaron también en los itinerarios terrestres, de ahí la construcción de numerosos albergues para las caravanas, los cuales aún hoy sorprenden al viajero (Erdmann, *Das anatolische Karavansaraiy des 13 J.*, 1961).

[15] C. Cahen, "Notes pour l'histoire de la Province de Qastamuni", *Selcuk Arastirmalari*, 1971.

[16] Véase, por último, Jay Harris Nierman, "Levantine Peace Following the Third Crusade: A New Dimension in Frankish-Muslim Relations", *Muslim World*, 1980. Del lado musulmán véase Ibn al-Athir, *infra*; este autor, que se indignó, cuando se acercaban los mongoles, por la indiferencia de los príncipes de la época ante el deber de la guerra santa, no parece haberse preocupado tanto de la guerra contra los francos, aunque de joven hubiera participado bajo Saladino, a quien no apreciaba.

[17] En 1215, ante el anuncio de la cruzada próxima, al-Adil hizo arrestar, por precaución, a los mercaderes italianos de Alejandría.

[18] Ni la quinta, ni la sexta, ni la séptima cruzadas fueron directamente provocadas por un desastre, sino tan sólo por el deseo de borrar el fracaso de las precedentes. Cabe señalar la coincidencia comprensible, pero paradójica, del movimiento de desinterés de las masas occidentales respecto a la cruzada y los desarrollos de la predicación y de las reglas canónicas concernientes a ella.

[19] La cruzada de Damieta parece haber excitado la actividad de los adivinos. Véase *infra*.

[20] Ciertamente, el deseo del emperador de ejercer una autoridad efectiva lo condujo a introducir en el Oriente latino, franco o afrancesado, elementos ítalo-germánicos (en particular la orden teutónica) que deberían ser un elemento nuevo de dificultades. Pero no hay que ver anacrónicamente en este comportamiento, como hacen algunos historiadores franceses, una especie de imperialismo germánico; las concepciones de la época no im-

plicaban la idea de nacionalidad de este género. La idea primera del matrimonio con el heredero del reino de Jerusalén venía del papado, con el fin de interesar a Federico por Oriente. Acaso después un conde de Occidente, de Flandes, ¿no llevó en Constantinopla un título imperial, émulo del suyo, y Chipre no era acaso una creación inglesa? Recuérdese que Juan de Brienne, rey de Jerusalén por matrimonio, y a cuya hija iba a desposar Federico, había sido designado heredero en la Sicilia de Tancredo, el enemigo del padre de Federico.

[21] El Imperio latino estaba protegido por el papado; Federico fue aliado de los griegos de Nicea.

[22] Véanse en particular los sermones de Sibt b. al-Djawzi, en Damasco.

[23] Véase *JA*, séptimo centenario de la muerte de san Luis, 1970, la carta de Kirtay citada en el apéndice en mi artículo. Federico, hasta su muerte, sería considerado por los más esclarecidos musulmanes como un amigo. El principal auxiliar de los ayúbidas en esta política fue Fakhr al-Din b. Hamawayh, de una familia irania inmigrada, en quien el pensador moderno Abbas Iqbal ha querido ver un mediador entre Oriente y Occidente; citado en *Ettela'at*, junio, 1948.

[24] Véase el relato que hace de su embajada ante este príncipe el historiador de los ayúbidas Ibn Wasil.

[25] Federico, para su travesía, utilizó su propia flota, sin acudir a las ciudades mercantiles. Eric Maschko, "Die Wirtschaftspolitik Fried. II in Königreich Sizilian", *VJSWG*, 1966, 3.

[26] Ibn Sa'bin, a quien Federico interrogó sobre la ciencia musulmana, escribía en el mismo espíritu a Teodoro Lascaris de Nicea. Sin embargo, véase el texto citado en Brockelmann, I, 430 (533). Hay también una correspondencia de este género entre Lascaris y al-Kamil en 618, comp. Trieto, 1897.

[27] Sobre los acontecimientos posteriores a la muerte de al-Salih véase G. Schregele, *Die Sultanin von Aegypten*, 1961. El Mu-

seo del Louvre (Colección Rimondon) conserva un documento inédito de esta princesa. Véase también C. Cahen e Ibn Chabbouh, "Le testament d'al-Malik Ayyub", *Mélanges Laoust, BEO*, 1978.

[28] La documentación es casi muda sobre la estancia de san Luis en Tierra Santa: significativo silencio.

[29] El séptimo centenario de la muerte de san Luis en 1970 ha dado lugar a diversas conmemoraciones; entre ellas, desde el punto de vista oriental, cabe mencionar el coloquio publicado en *JA*, 1970. Entre los trabajos recientes relacionados con la cruzada de san Luis, citemos B. Z. Kedar, "The Passenger List of a Crusade Ship, 1250: Toward the History of the Popular Element in the 7th Crusade", *Studia Medievalia*, 2a. serie, XIII, 1, 1972. Abu Shama, *Dhayl*, año 648, relata que el sultán envió a Damasco un manto de rey con orden al gobernador de revestírselo para mostrarlo en público. En Baalbek los cristianos organizaron un duelo por el cautiverio de san Luis y el gobernador ordenó a los judíos golpearlos. Se ha creído que san Luis ejerció en Oriente poderes soberanos: ningún texto habla de ello, con excepción de un diploma que contiene la creación de un obispado en Damieta, pero se trata allí de una conquista del rey y no de un territorio del Oriente latino.

[30] No hay que exagerar la significación del martirio de Juan de Ptanidjoit en Egipto en 1209 (Amélineau, "Un document copte", *JA*, 1887, 1, pp. 113 y ss.); si se puede decirlo así, había hecho todo lo posible para llegar a este resultado.

[31] Sobre sus obras, véanse también los trabajos de Nallino, "Libri juridici bizantini in versione arabica-cristiana nei sec. XII-XIII", *Rendiconti del Accademi Lincei*, Sc. mor., serie 6, vol. 1, fasc. 3-4, 1925.

[32] Véase J. Richard, *La papauté et les missions d'Orient au Moyen Âge XVIIIe-XVe s.*, 1977; *Syrie du Nord…*, pp. 678 y ss. No se ve que los cristianos orientales (salvo Bizancio) hayan enviado alguna

vez misioneros, más que antiguamente, quizá, a Asia Central, a la India, a África Oriental; de cualquier manera, en territorio musulmán se les hubiera prohibido esto. Por su parte, no se encuentran actividades misioneras del lado de los musulmanes sino sobre sus fronteras paganas (incluida, quizá, un corto tiempo, Bulgaria), pero nunca entre el pueblo del libro del interior ni del exterior.

[33] Aproximándose las diversas familias espirituales, comprendidos los "asesinos".

[1] *Cf.* Garcin, *Qus*, p. 400.

[2] C. Cahen, "L'alun". Parece que la reputación del lino de Egipto había deteriorado el progreso del lino de Europa (*cf.* Ch. Singer, *A History of Technology*, II, 1956, p. 195). Después de finales del siglo XII no se encuentra comerciante judío alguno en el océano Índico, pero los coptos parecen desempeñar allí cierto papel; véase en al-Makin ibn al-Amid (mi comp. en *BEO*), la historia de un patriarca nombrado por al-Malik al-Kamil, por cuenta de quien él había comerciado.

[3] Los proyectos tardíos de la cruzada, por ejemplo Fidencio de Padua, comp. en Golubovitch, *Bibliotheca*, 1906, subrayan también que para vencer a Egipto hay que privarlo de madera. Por otra parte, Saladino había hecho talar Tinnis (puerto marítimo sobre el brazo más oriental del Nilo) para que los francos no pudiesen instalarse allí; y por la misma razón en el siglo XIII se desmanteló Damieta. Los importantes talleres textiles de estas dos ciudades estaban replegados en diversas localidades pequeñas interiores del delta, así como en Alejandría. Los nativos egipcios frecuentaban aún ocasionalmente la Anatolia meridional.

[4] *Pre-Ottoman Turkey*, p. 125.

[5] No parece que se haya consagrado algún estudio profundo a las consecuencias comerciales de la caída de Constantinopla.

[6] "Commerce anatolien", *Mélanges Halphen*, reproducido en mis *Byzantino-Turcica*.

[7] No hablamos sino de la nacionalidad de los navíos, aunque viajaran en ellos mercaderes del interior: florentinos en navíos pisanos, plasentinos en barcos genoveses, etc. Sobre Plasencia véase la tesis de La Sorbona de Pierre Racine, y para un periodo posterior, R. H. Bautier, "Relations économiques des Occidentaux avec l'Orient au Moyen Âge", *Sociétés et compagnies de commerce en Orient*, 1970. Ésta es la época en la que, para adquirir a su vez privilegios, los recién venidos se creaban una antigüedad falsa; véase H. E. Mayer, *Marseilles Levante Mandel und ein Akke-*

nisches Fälscheratelier das 13. J., Tubinga, 1972. En cambio se prohíbe ahora a los judíos de Marsella el comercio en Egipto (*Archives Juives*, I, 1970-1971).

[8] "Commerce anatolien", *Mélanges Halphen*, 1951, p. 96.

[9] "Commerce anatolien", p. 96. Trataban también con Chipre.

[10] *Syrie du Nord…,* pp. 688 y ss. Quizá los nativos acudían menos a los puertos de los francos.

[11] Mi artículo "L'alun…"

[12] En la guerra de San Saba, 80 navíos fueron quemados en el puerto de Acre (*Eretz Israel*, 1954). Antes, por el anuncio de la quinta cruzada, los mercaderes occidentales, viendo vedado el puerto de Alejandría, se trasladaron a Acre, por lo cual el rey obtuvo un provecho de 120 000 dinares (Abu Shama, año 613, *Dhayl*, p. 93). Convendría, sin embargo, conocer la naturaleza de estas utilidades, pues los italianos parecen exentos de derechos de aduana. *Cf. infra* nuestras notas sobre el mercado de Acre. Ya sea que el comercio, según la época, haya gravitado más hacia Egipto o hacia el Oriente latino, no se modifica el volumen global. Hubo el caso en Martène, *Amplissima Collectio*, 5, p. 640, de un mercader que había frecuentado tanto el puerto de Acre como las ferias champañesas. Lestoquoy, *Les villes de Flandre*, p. 56, habla de un señor de Malinas que habría comerciado hasta Damasco y Alejandría; en realidad no parece tratarse más que de una participación en la cruzada de Damieta.

[13] En el siglo XIII los pisanos parecen desempeñar en Oriente un papel reducido, de segundos de Venecia; esta decadencia llegará a ser irrevocable a fines de siglo, después del desastre de Meloria, donde perdieron su flota, destruida por los genoveses. Pisa padeció sin duda por el crecimiento de Florencia, aunque todos los toscanos se embarcaran en navíos pisanos. Fue poco antes de Meloria cuando se redactó en Pisa "el más antiguo manual italiano de técnica comercial" (R. S. López, *Rev. Hist.*, 1970-1971).

[14] F. Lane, *Economic Meaning of the Invention of the Compass*, atribuye los desarrollos prácticos al último tercio del siglo, cuando facilitaron las travesías de invierno.

[15] Véanse los artículos de Prawer y C. Cahen, *Revue Historique du Droit*, 1963. *Assises des Bourgeois de Jerusalem*, caps. CCXLII-CCXLIII.

[16] J. Riley-Smith, "Government in Latin Syria and the Commercial Privileges of Foreing Merchants", D. Baker, comp., *Relations Between East and West in the Middle Ages*, 1973.

[17] Jean Richard, "Les Mossoulitains", *Orient Syrien*, 1965. Los mosulitanos son ya conocidos por Marco Polo.

[18] Ibn al-Athir, Atabek, *R. H. Cr. Or.*, II, p. 281.

[19] Kamal al-Din ibn al-Adim, *Bughya*, IV, Ms. de Estambul, 269v.-272v.; Ibn Assa'i, Anastase Marie, comp., *passim*, Dhahabi, *Histoire*, años 604, 612, 614, 616… (Ms. París, árabe 1582), 212r, etc.; Ibn al-Mudjawir, p. 233; Djazzari, año 630 en *Oriens* (relación del libro de Sauvaget citado *infra*, 1951; *idem*. Sauvaget, núm. 124, etc. Recordamos que el geógrafo Yaqut, exprisionero bizantino, había sido empleado para el comercio de amplio radio (*v. gr.* en Qish) por su patrón musulmán de Hama. Los harranios son conocidos en Bagdad, pero en conjunto los mercaderes de Bagdad son citados por sus viajes solamente hacia el Lejano Oriente (por tierra).

[20] Comunicación de Oleg Grabar. Véase *Sumer*, VII, 1951, el artículo de S. Deweji "Sinaat al-Mawsil".

[21] Las minas de cobre del Diyar Bakr exportaban a toda Mesopotamia; están ya activas en el siglo XII (Ibn al-Azraq, *Histoire* de Maya Fariqin), y probablemente desde mucho tiempo antes.

[22] Maqrizi, *Traité des monnaies*, conocido en Europa desde Silvestre de Sacy, última edición por Daniel Eustache en *Hespéris*.

[23] Durante la estancia de san Luis se acuñaron monedas árabes cristianas; se han encontrado en Grecia monedas ordinarias del Oriente latino y los textos las señalan en Génova y en Venecia (Misbach, "Genovese Commerce and the Alleged Flew of Gold

to the East, 1154-1253", *Rev. Intern. d'Histoire de la Banque*, III, 1970, 67-87), las que pudieron ser refundidas. El curso del dinar *suri* en tiempos de Ibn Ba'ra era de alrededor de 1/3 inferior al dinar legal musulmán, pero no a las diversas clases de dinares que circulaban efectivamente.

[24] Ibn Ba'ra, Fahny, comp., p. 60. Cahen, coloquio de Princeton, 1974, publicado en Udovitch, comp., *Studies in Economic and Soc. History*, 1981.

[25] Ibn al-Fuwati, probablemente tomado de Ibn Assa'i, señala que en 645 en Bagdad se suspendió la acuñación de dirhams, que eran muy numerosos y perjudicaban al oro; el curso era entonces de 12 dirhams por un dinar; se ordenó la acuñación de dirhams al cambio de 10 por dinar y, finalmente, de 11 1/2. Esto muestra, al menos, cierto desorden.

[26] Al-Nabulsi, mi edición *BEO*. No se ve lo que pudo interrumpir hacia 1240 la llegada a Oriente de oro del Sudán.

[27] Habría que verificar si el Oriente latino acuñó todavía oro después de mediados del siglo.

[28] Hay que tomar en cuenta también las monedas armenias de Cilicia; véase Bedoukian, *Revue des Études arméniennes*, 8, 1971; K. A. Jacob, "The Coins of Cilician Armenia", *Numismatic Intern. Bull.*, marzo de 1981, pp. 69-82.

[1] J. Richard, "Les Mongols et les Francs", *J. of Asian History*, III, 1969, pp. 45-57; *idem*., "Les causes des victories mongoles d'après les historiens occidentaux du XIII[e] s.", *Central Asiatic J*., XXIII, 1-2, 1979. C. W. Connell, "Western Views of the Origin of the Tatars: Influence of Myth", *J. of Medieval and Renaissance Studies*, III, 1973.

[2] Para la bibliografía general será suficiente remitir al capítulo de Boyle, *Cambridge History of Iran*, vol. 5.

[3] Véase *Syrie du Nord…,* p. 712.

[4] Véase *supra*.

[5] Véase Jean Richard.

[6] Véase *supra*.

[7] El historiador al-Makin, copto, entonces en Damasco, habría de pasar muchos años en prisión después de la retirada de los mongoles por sospechoso de compromiso con ellos; véase *EI*, II, *Al-Makin*.

[8] Hubo provecho temporal también para los georgianos y para los armenios de la Gran Armenia, entre quienes se produjo un verdadero renacimiento literario. Hay que señalar también la importancia económica, y un poco política, de la ciudad armenia de Erzindjan, en el Asia Menor oriental. Constatamos que las esperanzas puestas por estos cristianos en los mongoles contrastan con la indiferencia con la que consideraron a los cruzados, evidentemente menos fuertes.

[9] B. Spuler, *Die Mongolen in Iran*, 2a. ed., 1980, y *Die Goldene Horde*, 1943.

[10] Véase W. H. C. Frend, "Normands and Christianity in the Middle Ages", *J. Eccles. Hist*., 26, 1975, pp. 209-221.

[11] Sobre el carácter implacable de las luchas, véase, por ejemplo, el episodio de la matanza de los cristianos en una ciudad cristiana en represalia por el rapto de niños musulmanes (*JA*, enero-marzo de 1922, pp. 76-80). Ésta es la época también en la

que se organiza el espionaje; véase, por ejemplo, el relato de Qirtai, *JA*, 1937. Esto no impide a los astutos de los dos campos dedicarse a algunos comercios turbios; véase el apéndice.

[12] Aquí sólo podemos aludir a la segunda cruzada de san Luis, la de 1270 en Túnez, donde murió. Se ha discutido mucho, sin llegar a una conclusión definitiva, el papel que tuvo Carlos de Anjou. Véanse, entre otros, los textos de los coloquios habidos con ocasión del séptimo centenario de la muerte de san Luis; según Renato Lefèvre, *La crociata di Tunisia del 1270 nei documenti del distrutto archivio angioino di Napoli*, Roma, 1977; Jean Longnon, "Charles d'Anjou et la Croisade de Tunis", *Jour. des savants*, 1974, pp. 44-61. Sobre la cruzada de los barones ingleses, más o menos vinculada con esta de Luis IX, véase B. Beebe, "The English Barons and the Crusade, 1270", *Bull. of the Inst. of Historical Research*, XLVIII, 1975.

[13] Bibliografía de las relaciones con Constantinopla: Canard, "Un traité entre Byzance et l'Égypte au XIII^e siècle et les relations diplomatiques de Michel VIII Paléologue avec les sultans mamluks Baybars et Qala'un", *Mélanges Godefroy-Demombynes*, 1937.

[14] Esto no quiere decir que no haya habido hasta el final una actividad económica y cultural, pero véase *infra*. Si acaso, el Oriente latino no es para los occidentales sino un mercado entre otros para su comercio; por otra parte, no experimentaron ninguna necesidad de hacerse renovar algún privilegio, la caída de la Siria latina no les afectó, pero no se puede decir que no se hayan inquietado mucho. Es probable que las enseñanzas contenidas en la *Prattica de la Mercatura* de Pegolotti, Evans, comp., aunque en general relacionadas con los alrededores de 1330, puedan aplicarse al Acre latino. Inmediatamente después de la reconquista mameluca se encuentran en Siria dominios o distritos calificados de *mafsul*, palabra que el polígrafo de ese tiempo, Nuwari, nos dice formada sobre la raíz "f.s.l.", es decir, el franco *vassal*. La explicación más fácil sería que, en la medida de la reconquista mameluca, pequeños vasallos del reino quedaban sometidos a los

nuevos amos mediante reconocimiento del estatuto que tuvieron bajo el régimen franco.

[15] Jean Richard, *La papauté et les missions d'Orient au Moyen Âge*, 1977. G. G. Gusman, "The Encyclopedist Vincent of Beauvais and the Mongols", *Speculum*, 1974.

[16] Guillermo de Trípoli, en Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, 1883. Ricardo de Monte Cruce, comp. Monneret de Villard. En sentido inverso se verá al patriarca nestoriano Mar Jaballaha visitar París bajo Felipe el Hermoso (véase su vida por Mar Barsauma, comp. y trad. Blochet). J. M. Fiey, "Chrétiens syriaques entre Croisés et Mongols", *Symposium Syriacum, Orientalia Christiana Analecta*, núm. 197, 1974, pp. 327-341. Francis M. Rogers, *The Quest for Eastern Christian's Travels and Rumors*, Minneapolis, 1962.

[17] Thomas A. Nooman, "Suzdalian Eastern Trade in the Century Before the Mongol", comunicación a la Southwest Slave Association, Denver, Colorado, 1977, ha mostrado que las rutas preexistían a los mongoles; sin duda alguna nunca estuvieron totalmente interrumpidas.

[18] R. S. López, "European Merchants in the Medieval Indies: The Evidence of Commercial Documents", *J. of Economic History*, vol. III, núm. 2, 1943; "Nouve luci sugli Italiani in Estremo Oriente prima di Colombo", *Studi Colombiani*, 3, Génova, 1952. Sobre Isol el Pisano, véase Peillot, "Mélanges sur l'époque des Croisades", *Mémoires Académie des Inscriptions*, 44, 1951.

[19] Esto resulta de las excavaciones en la costa de África Oriental de Kirkman, Chittick, etc. Archibald Lewis, "Maritime Skills in the Indian, 1368-1500", *JESHO*, XVI, 1973; H. Franke, "Westötliche Beziehungen im Zeitalter der Mongolen Herschaft", *Saeculum*, XIX, 1968, pp. 92 y ss.

[20] Sobre la retoma momentánea de Samsun y Sínope, por los bizantinos, véase Marie Nystazopoulou Pelikides, "La Mer Noire del XI^e^ au XV^e^ siècles", *Thesaurismata*, VII, 1970, pp. 15-51.

[21] Los esclavos destinados a Egipto, enemigo de los ilkhans, no podían ser conducidos más que por vía marítima. No arrojemos la primera piedra contra los genoveses: los marselleses se comportaron peor con la cruzada de los niños. Sobre todas estas cuestiones véase Michel Balard, *La Romanie génoise*, 2 vols., 1980.

[22] De aquí una renovación pasajera de la Iglesia griega en Anatolia, *Pre-Ottoman Turkey*, p. 327.

[23] Los venecianos hicieron, quizá, un esfuerzo en Acre para compensar en parte su retroceso en el Mar Negro. *Cf.* Jacobi, "L'expansion occidentale dans le Levant; les Vénitiens à Acre dans la seconde moitié du XIII^e siècle", *Journal of Medieval History*, 1977; *idem.*, "Crusader Acre in the 13th C…", *Studi Medievali*, XX, 1979. Todo esto no impidió, en el Mediterráneo oriental, las primeras hazañas del genóves Benedetto Zaccharia; *cf.* R. S. López, *Genova marinara nell Duocento: Benedetto Zaccaria*, 1933.

[24] Donde, es verdad, no había genoveses. P. Holt, "Qalawn's Treaty, Geneva, 1290", *Der Islam*, 57, 1980, pp. 101-108; *idem.*, "The Treatises of the Early Mamluks with Frankish States", *BSOAS*, XLIII, 1980, pp. 67-76.

[25] Ibn'Abd al-Zahir, *Tashrif*, trad. en Michaud y Reynaud, *Bibliotheca*, pp. 560 y ss. Esto no impidió, por otra parte, en la misma época, a algunos notables del Estado mameluco conversar con ciertos francos sobre relaciones turbias. Véase el apéndice.

[26] Fue en esta época cuando los notarios genoveses decidieron atribuir valor a los contratos de negocios redactados en países árabes, en árabe; Gabriella Airoldi, "Genovesi nel mondo islamico: carta sarracina e carta in arabico", *Critica Storia*, marzo de 1972. Señalamos que existe un libro de cuentas de un capitán de navío en Acre, Navarre, comp., 1806, del cual se ocupa Prawer.

[27] H. Buchtal, *Miniature Painting in the Latin Kingdom of Jerusalem*, 1957; Folda, *The Crusaders Mss. Illuminated at Acre, 1275-1291*, 1976. Runciman, III, pp. 367 y ss., establece que los manuscritos que se creían sicilianos son de los francos de Siria.

[28] Vemos a los *karimis* intervenir en Alejandría, y, por lo tanto, en el Mediterráneo; véase por ejemplo Suqa'il, J. Sublet, comp., biografía 218; señalamos también, aunque más tardía, su presencia en algunos documentos venecianos del siglo XIV; nota de Robert Naura, *JESHO*, 1960. Si le creemos a Ibn Wasil, citado por Labib, *Handelsgeschichte*, los mercaderes del océano Índico en el tiempo de Qutuz, predecesor de Baybars, se detenían en Adén por razón de los impuestos del sultán sobre el puerto de Aydhab, puerto ordinario del comercio yemenita en Egipto. Estos impuestos fueron suprimidos bajo Baybars.

[29] Las recientes excavaciones del Instituto Francés de Damasco en Rahba muestran, sin embargo, que esta ciudad existía aún (o de nuevo) en el siglo XIV.

[1] Habría que estudiar la naturaleza y las condiciones de los préstamos hechos a China y a la India, esto es, a Malasia. Los mercaderes del Cercano y del Medio Oriente han hecho una relación de los productos que iban a buscar en sus viajes, y de algunas plantas que aclimataron con ellos, antes de transportarlas a España. ¿Pero puede decirse que hayan conocido a los chinos hasta el punto de asimilar algo de su civilización? Aun sobre un plano técnico, es el azar de la captura de prisioneros chinos lo que les hace conocer el papel. Desde antes del islam, Irán y Bizancio habían introducido las técnicas de la sedería, pero habrá que esperar a los mongoles para conocer el té. Los ceramistas del Cercano Oriente se inspiraron en cerámicas chinas importadas, ¿pero conocieron la porcelana? Con la India las relaciones pudieron ser, quizá, más profundas, por la frontera irania, y es así como los números hindúes llegaron a ser nuestros números árabes. Se revela también, pero hipotéticamente, cierta influencia budista. Todo esto es verdad, pero no hay que exagerar.

[2] Hay cierta concordancia entre la resistencia a las influencias extranjeras y la lucha interior contra las herejías, lucha de la cual, por otra parte, Occidente presenta el paralelo de los albigenses con la Inquisición.

[3] Véase el cap. II.

[4] El desarrollo está subrayado por la abundancia de construcciones nuevas, entre ellas los *khans*; véanse *EI*, II, los artículos *Dimashq* y *Halab*, y en particular los trabajos de J. Sauvaget, a los cuales ellos remiten.

[5] Sobre el plano cultural notemos que el príncipe autor del *Midmar*, el jurista e historiador Ibn abi'l-Dam, los historiadores Ibn Natif e Ibn Wasil, y bajo los mamelucos el príncipe historiador y geógrafo Abu'l-Fida, nacieron o vivieron todos en Hama. Sobre el *Midmar*, véase mi contribución a los *Mélanges Prawer* (en prensa); sobre Ibn Natif, la edición en facsímil por Griaznevich, Moscú, 1960.

[6] La expresión *Harb al-Salib*, "guerra de la cruz", con la cual los autores árabes modernos designan la cruzada, es una traducción moderna ignorada por los autores antiguos.

[7] Notemos que los latinos de Constantinopla o de Grecia casi no tradujeron entonces obras griegas; el movimiento parte de Italia, más tarde, con la participación de los exiliados bizantinos.

[8] No se puede atribuir más que un valor anecdótico al episodio narrado por Joinville sobre el encuentro de san Luis con un aedo champañés convertido al islam (quizá un antiguo prisionero). Las relaciones de los francos de Oriente con Occidente están testimoniadas por el hecho de que de los dos lados se adopta al mismo tiempo el francés como lengua literaria, tendencia, acaso, acentuada por la participación mayoritaria de laicos en los acontecimientos.

[9] Por un lado, la presencia franca en una parte de Siria no puede sino acentuar la tendencia a la desmembración (ciertos grupos nativos, como los drusos del Gharb, sabían a qué atenerse sobre las fronteras políticas); en cambio, la lucha contra los francos, y después contra los mongoles, reforzó la tendencia hacia la unificación política.

[10] Contactos que testimonia, por ejemplo, el hecho de que los *Assises de Romanie* están ampliamente inspirados en los de Jerusalén.

[11] Los pedagogos modernos nos han habituado a contar ocho cruzadas, sin hablar de las que, no teniendo por objeto Tierra Santa, quedan clasificadas aparte (siglos XIV-XV). Esta numeración es gratuita, pues hubo otras expediciones cuyos miembros tuvieron también el privilegio de la cruz. Por el contrario, no pienso que haya que extender el nombre de cruzada a empresas distintas, como la reconquista española, como hace el padre Burns en los trabajos, por otra parte notables, que ha consagrado a ésta.

[12] Sobre algunos puntos del derecho canónico relacionados con las cruzadas, véase por ejemplo J. A. Brundage, *Medieval Ca-*

none Law and the Crusades, 1969. De todos modos, la elaboración de este derecho es relativamente tardía.

[13] Los principales trabajos sobre *Le deuxième cycle de la Croisade* son los de la señora Duparc y los de los norteamericanos R. F. Cook y L. S. Crist. Es divertido constatar que los contactos no han impedido de ninguna manera la aparición de romances sobre Mahoma (Alejandro du Pont y Gautier de Compiègne) o sobre los héroes musulmanes, como Saladino; no hay, en cambio, ningún romance épico, en Oriente, sobre los cruzados, ni tampoco sobre un campeón de la lucha contra las cruzadas, como Saladino. El *Roman de Baybars* fue compuesto muy posteriormente, para animar el celo de los mamelucos contra los otomanos.

[14] *Syrie du Nord…,* pp. 572 y ss., y *Le Moyen Âge*, 1950. *La Chanson des Chétifs* está en vía de edición por Myers.

[15] Quizá se extraerían conclusiones estudiando las curvas del precio; véase Ashtor, *Histoire des prix et des salaires dans l'Orient musulman médiéval*, 1970 (que hay que verificar).

[16] M. Spinka, "The Effect of the Crusades upon Eastern Christiany", *Environmental Factors in Christian History*, V. T. Mac Neill, comp., Chicago, 1939, pp. 252-272. Según la *Histoire des Patriarches d'Alexandrie*, el patriarca elegido el año 612/1215 se opuso a una costumbre litúrgica que él creía latina (por otra parte, erróneamente).

[17] Se atribuye con frecuencia a una iniciativa de un príncipe de Irbil, a principios del siglo XIII, la difusión en el islam de la fiesta de aniversario del nacimiento de Mahoma (*Mawled*) como respuesta a los cristianos que acusaban a los musulmanes de dudar de la virtud del profeta, puesto que no celebraban a su persona. De todas maneras, no fueron los latinos quienes introdujeron en Oriente la fiesta de Navidad.

[18] Ibn Qudama, en su gran tratado jurídico, es uno de los muy pocos que citan a los francos como una de las categorías de los cristianos, pero sin insistir en mencionar a los samaritanos y a

otros. No se ve que la vecindad latina haya modificado las relaciones entre musulmanes y cristianos o entre cristianos y las diversas iglesias orientales, ni que la atmósfera del *djihad* haya modificado el ritmo de las conversiones.

[19] Se ha sugerido que las ideas difundidas sobre el paraíso musulmán provienen de relatos de los "asesinos".

[20] Véanse los trabajos de Cerulli, por ejemplo, para la difusión de *La légende de Marie*. Sobre la influencia de las escalas de Mahoma sobre Dante, establecida por Cerulli, véase más recientemente Peter Wunderli, *Romanica Helvetica*, 77, 1966.

[21] Meyerhof, "Von Alexandrian nach Bagdad", *Sitzb. Pr. Ak.*, 1930.

[22] *Supra*, cap. XV.

[23] Idrisi oyó hablar de Europa por los normandos, pero nada permite pensar que su obra haya sido conocida en Europa, donde los conocimientos geográficos siguen siendo puramente tradicionales.

[24] Véase la serie de publicaciones de Anita Engle bajo el título "A Glass in History", Jerusalén, desde 1975, Phoenix Publications.

[25] No conozco el trabajo de K. Weitzmann, "XIIIth Cent. Crusader Icons in Mount Sinai", *Art Bulletin*, 45, 1963.

[26] Véase en *EI*, II, el artículo *Kabala*.

[27] Véanse los estudios de vocabulario de Kunitsch, en particular "Are there Oriental Elements in the Tristan Story?", *Romanica*, 39, 1980, pp. 73-85. Sobre los intercambios de técnica comercial en general véase Ashtor, "Banking Instruments Between the Muslim East and the Christian West", *Journal of European Economic History*, I, 1972, pp. 553-573.

[28] Los poetas árabes de España habían recogido algunas tradiciones populares hispanovisigóticas, antes de influir ellos mismos sobre los trovadores; pero de éstos no se preocuparon.

[29] Habría que evocar aquí las narraciones difundidas con ocasión del proceso de los templarios: sin duda, algunos sabían árabe; otros, quizá, eran de estirpe nativa, pero todo el resto es del orden de las leyendas.

[30] No se ve que los árabes, en general, hayan intentado aprender latín ni francés. En el medio copto, quizá, sin duda debido a las relaciones establecidas para el comercio, se posee un vocabulario francés; véase Gaston Maspéro, "Le vocabulaire français d'un copte du XIII^e siècle", *Romania*, XVII, 1888, pp. 481-512. No parece que las obras de los miniaturistas o ceramistas musulmanes hayan representado mucho para los francos (quizá, sin embargo, se encuentra una cerámica en el Museo Británico, comunicación de Oleg Grabar). Se han hallado en Damasco algunos manuscritos árabes escritos a la vuelta de manuscritos latinos: botín, mercancía recuperada, de lo cual no se puede concluir nada.

[31] Al principio del movimiento misionero se sitúa —ejemplo aparentemente único— la traducción por Felipe de Trípoli, del *Sirr al-Asrar (Secreta secretorum),* junto con relatos y consejos atribuidos a Aristóteles y a Alejandro, que tenían gran fama en Oriente, y la tendrían también, pero más tarde, en Occidente. El *Roman d' Alexandre* era conocido desde la Antigüedad, tanto en Occidente como en Oriente (desde donde llegó a China y Malasia), pero nadie parece haberse preguntado si hubo influencia de las versiones orientales y occidentales entre sí. Sin haber alcanzado el desarrollo que le conocemos hoy, las *Mil y una noches*, en forma inacabada, circulaba en Oriente, pero no se ve que ese libro haya llegado al Oriente latino ni a Europa. La colección de fábulas indoiranias traducidas al árabe con el título de *Kalila y Dimna* había entrado a Occidente, pero por España. Ni el Oriente latino ni Occidente parecen haber conocido algo de los romances caballerescos árabes, ni aun de aquellos en los que se habla un poco de los francos (véase *supra*).

[32] Un cierto Bienvenido de Jerusalén (primera mitad del siglo XIII) habría ejercido la medicina en Italia, en Francia y en territorio árabe; *cf. Mémorial Bossuat*, pp. 50 y ss.

[33] Véase la traducción de esta parte de la obra de Rashid al-Din por K. Jahn. El cristiano monofisita Bar Hebraeus, quien termina en el mismo medio su gran *Historia*, visitó en su juventud Trípoli, pero en su obra no se refleja esa experiencia.

[34] Sobre algunos otros autores nativos de la época, sobre todo melkitas, véase Graf, pp. 71 y ss.

[35] Cabría introducir en esta discusión los problemas paralelos planteados por los contactos latino-bizantinos. Las condiciones son demasiado diferentes, sin hablar del desfasamiento cronológico, para que también nosotros nos atrevamos a esbozar una comparación. Aquí podría servir de ayuda D. J. Geanakoplos, *Medieval Western Civilization and the Byzantin and Islamic World*, 1979; recordamos que es probablemente de los cristianos de Oriente y de Bizancio de donde Inglaterra tomó a san Jorge, que había tenido en Oriente diversos avatares.

[36] En particular Gerardo de Cremona; véase N. Daniel, p. 272.

[37] Entre otros artículos, citamos a M. Jensen y R. L. Reynolds, "European Colonial Experience, a Plea for Comparative Studies", *Studi in honore Luzzato*, 1950; la obra de Joshua Prawer, *The Latin Kingdom*, lleva por subtítulo *European Colonialism in the Middle Ages*.

[38] Diversas familias nobles de Occidente en la Edad Media o bajo Luis XIV, para asegurarse un antepasado que se remontara a las cruzadas, han hecho introducir el nombre en las crónicas o en los romances. Igualmente, las ciudades mercantiles han querido hacer remontar, quizá hasta antes de las cruzadas, sus relaciones con Oriente, por ejemplo, Montpellier con Ascalón.

[1] Las fuentes de las cuales Ibn al-Athir tomó el relato de los acontecimientos de la cruzada conocen perfectamente a los diversos jefes francos. Pero en la tradición que él introdujo aquí *a posteriori* para explicar la cruzada, Balduino, cuyo nombre fue llevado después de él por otros cuatro reyes de Jerusalén, se convierte en el prototipo del príncipe franco. Inútil es recordar que Balduino I no era sino un jefe entre otros y que no estuvo nunca en Italia; si tuvo parientes normandos, no los tuvo entre los normandos de Italia.

[2] La tradición de Ibn al-Athir confunde también a los diversos Rogerios de Sicilia: Rogerio I el Conquistador había muerto y Rogerio II aún no había nacido.

[3] El jefe turcomano no selyúcida Atsiz había conquistado Jerusalén en 1071, Damasco en 1074 e invadió Egipto en 1075. Por consiguiente, esos Estados debieron ser incorporados al Imperio selyúcida.

[4] Si aquí este razonamiento es inverosímil, pudo haber sido hecho realmente cuando la aparición de los francos en Siria septentrional.

[5] Es posible que este relato tenga en parte una fuente siciliana o del Magreb; en todo caso expresa perfectamente la política normanda respecto de los musulmanes del sur. En cambio, nada hay evidente para retener la idea de que la cruzada provendría de la voluntad de desviar la política franca hacia Oriente, si no es que algunos buscaban explicar así la expedición, como otros en Bizancio, por iniciativa de Alejandro Comneno.

[6] Luc. 7, 16.

[7] Hebr. 13, 5.

[8] Act. 11, 26.

[9] S. 78, 19, 113, 2.

[10] S. 28, 11.

[11] Reyes 7, 11.

[12] S. 29, 2.

[13] Nótese que el buen monje no parece haber oído hablar de la Santa Lanza.

[14] Príncipe de la dinastía local de los Banu 'Ammar que emprendió un viaje para buscar refuerzos contra los francos.

[15] Fortaleza del Medio Oriente perteneciente a la familia de los Munqidhitas, conocida por el escritor Usama, shiíta entonces como los Banu 'Ammar.

[16] Las tradiciones atribuidas al profeta.

[17] Literatura.

[18] Es decir, los shiítas doudecimanos por oposición a los ismaelianos fatimitas.

[19] Sidón.

[20] Ifriqiya (Túnez).

[21] No se ve claramente en el texto siguiente si las bandas de las que trata eran los invasores turcos de Palestina o eran ya los cruzados, de los que se va a volver a hablar en seguida.

[22] Se trata verosímilmente de una alusión retrospectiva a la revuelta de Nizar, el hijo del califa al-Mustansir, eliminado en provecho de su hermano al-Musta'li, pero al cual debían permanecer fieles los ismaelianos de la rama llamada los "asesinos".

[23] Por sultán se entiende en esta época visir, jefe efectivo del gobierno y del ejército. En este momento el "sultán" es el armenio converso Badr al-Djamali.

[24] El autor de la carta no habla del incendio de la sinagoga testimoniado por las fuentes musulmanas.

[25] Ahora se trata de al-Afdal, hijo de Badr.

[26] La carta, pues, parece haber sido escrita en ocasión de la última tentativa de al-Afdal para retomar Palestina en 1102.

[27] Plaza fronteriza que permaneció en manos de los egipcios.

[28] Vista la débil participación de los alemanes en la cruzada se trata probablemente de los "lorenos" de Godofredo de Bouillon, súbditos del imperio.

[29] Precio normal de un esclavo de sexo masculino sin calificación especial.

[30] Joselino de Courtenay, señor de Tell Bashir, 1108, regente de Edesa durante el cautiverio de Balduino de Burgos.

[31] Antiguo gobernador de Mosul.

[32] Príncipe de Alepo.

[33] Antes del relato reproducido aquí.

[34] En el extremo norte de Siria, disputado por Antioquía y Edesa, el señor de Mar'ash era entonces Balduino, desde luego.

[35] Este texto es reproducido aquí porque es uno de los raros testimonios de un relato árabe directamente obtenido de un informante franco; acaso la fuente es la historia de los francos de Hamdan b. Abd al-Rahim (véase *supra*).

[36] Si en esta fecha no se conoce el miembro de la familia Embriachi cuyo nombre empieza con G., la importancia de esta familia en el comercio genovés de Oriente está bien documentada.

[37] Se trata en esta fecha del ataque de Amaury, hermano del rey de Jerusalén, Balduino III, contra Ascalón.

[38] Para todo esto que precede, véase mi artículo "Douanes et commerce", *JESHO*, 1965 = *Makhzumiyat*, y *supra,* cap. IX.

[39] Se trata de consecuencias de la segunda toma de Edesa en 1146 por Nur al-Din.

[40] Mal identificado.

[41] Esta carta, enviada aparentemente por un hombre de muy humilde condición, cliente de un notable, por otra parte igualmente desconocido, Mu'izz al-Dawla, debe haber sido escrita después de una derrota de Saladino por los francos, probablemente la de 1183; en efecto, ninguna tropa egipcia fue conduci-

da a Siria antes de Saladino, y después de 1188 Nabulus/Nablusa no pertenece ya a los francos.

[42] Barrio de El Cairo.

[43] El hecho de que esta carta de un musulmán haya sido encontrada entre los papeles de la Geniza sugiere que la familia del prisionero había contratado para su rescate un préstamo con un judío.

[44] Ésta es una carta judía, casi un formulario, que no tiene nada de específicamente judío, pero de la que debieron existir muchos equivalentes en todas las comunidades. El descubrimiento de la Geniza hace que sólo podamos citarla aquí como típica.

[45] La palabra aquí significa no sirio.

[46] Los judíos.

[47] Raimundo III de Trípoli, de quien se trata aquí, volvió de cautiverio en 1173-1174 y Esgiva, su mujer, siguió siendo señora de Tiberíades hasta la toma de la ciudad por Saladino en 1187; la carta, pues, debe haber sido escrita entre estas dos fechas. *Cf.* Prawer, I, pp. 531, 583, 586 y 649.

[48] La carta no nos dice por qué deuda estaban en prisión la mujer y el niño mencionados; quizá un retraso en el pago de impuestos.

[49] Sobre esta comuna creada en 1197, *cf.* Cahen, *Syrie*, pp. 590 y 653 y ss.

[50] Véase *supra*, capítulo VI.

[51] O corredor de comercio. La palabra *mawrid* designa a los especialistas que llevan a acuñar el metal que han adquirido de los comerciantes.

[52] Se trata de convertir el metal de especies variadas en piezas de la circulación oficial.

[53] Probablemente los dinares francos.

[54] Quizá la moneda siciliana.

[55] Secretario.

[56] Contralor financiero.

[57] Mi atención fue atraída sobre este texto por Françoise Micheau.

[58] Sobre el *ziyar*, especie de ballesta grande, véase mi "Traité d'Armurerie".

[59] Fakhr al-Din, de ilustre familia irania arabizada de los Banu Hamawayh (véase *EI*, II, *Awlad al-Shaykh)* era el lugarteniente todopoderoso de al-Malik al-Salih Ayyub; murió poco después que su patrón en la batalla de Mansura contra san Luis.

[60] Recuérdese la cruzada de Federico.

[61] Jerusalén había sido retomada por los musulmanes en 1244.

[62] En realidad no hubo nunca entrevista entre los dos soberanos, sino sólo correspondencia.

[63] Al-Malik al-Salih, príncipe ayúbida, quien debía morir muy poco después del desembarco de san Luis.

[64] Esta carta, evidentemente alterada en la transcripción literaria árabe, parece, sin embargo, auténtica en cuanto al fondo. Sobre la política de al-Salih, próximo a morir, véase también su testamento publicado por Ibrahim Chabbouh y Claude Cahen, *Bulletin d'Études Orientales*, Damasco, 1978.

[65] Para la comprensión de estas estipulaciones, véase *infra* la carta de al-Abbas a los pisanos y mi artículo "Douanes et commerce".

[1] Ibn Wasil, Ibn abi Tayyi, etcétera.

[2] Por ejemplo, *iqta*, véase el capítulo IV.

[3] He hecho un examen crítico sumario de la mayor parte de las fuentes relativas al Cercano Oriente en la época de los cruzados en mi tesis sobre la *Syrie du Nord…;* una actualización en mi artículo *Croisades* de la *Encyclopédie de l'Islam* y una indicación de las fuentes orientales recientemente publicadas en el volumen *Mélanges pour Josuah Prawer* (1981). Existe en Túnez, *Ahmadiyya*, núm. 4915, un manuscrito de la pequeña crónica de Ibn abi al-Hijja, *Ahmadiyya*, núm. 4915 (fin del siglo XIII). Evidentemente hay interés en estudiar la naturaleza de los testimonios y la mentalidad de los diferentes autores; poco se ha hecho en este sentido. Véase un examen de conjunto de las fuentes narrativas cristianas por M. A. Zaborov, *Vvedenie v istoriografiju krestovych pochodov* [*Introducción a la historia de las cruzadas*], Moscú, 1966.

[4] Por ejemplo el *Minhadj*, citado después.

[5] Se ha mostrado, desde hace algún tiempo, el interés de los colofones de los manuscritos, en particular armenios y sirios; véase por ejemplo V. Akopyan, *Armyankaya Kniga Kanonov*, I, Ereván, 1964 (en armenio).

[6] Se comienzan a poner al día los fondos documentales, para la baja Edad Media, en diversos países musulmanes, pero siguen siendo muy difíciles los fondos italianos y otros occidentales, y no tocan más que excepcionalmente las cuestiones internacionales; éste es el caso de los papiros de Egipto para la alta Edad Media. Única excepción, sobre todo para los siglos XI y XII, son los documentos judeoárabes llamados de la Geniza de El Cairo, de los cuales se tendrá una idea mediante los trabajos de Goitein.

[7] Por ejemplo, se ha subestimado el papel de Amalfi porque los árabes de esta ciudad quemaron los archivos en el siglo XIV. Los documentos del Oriente latino están catalogados en R. Röhricht, *Regesta Regni Hierosolymitani*, 1 vol. y adenda, 1893-1904.

[8] Resurrección, *mutatis mutandis*, de la Sociedad del Oriente latino que ha publicado, a fines del siglo XIX y principios del XX, los *Archives de l'Orient latin y la Revue de l'Orient latin*.

[9] Véase Dussaud, *Topographie* y el ejemplo dado en el apéndice.

[*] Las referencias particulares se dan en los diferentes capítulos.

ÍNDICE GENERAL

Introducción

I. El Oriente hasta el principio del siglo XI

II. El Cercano Oriente en el siglo XI; el África occidental

III. Occidente y sus relaciones con Oriente

IV. Occidente en vísperas de la cruzada. Los comienzos de la expedición

V. Los cruzados en Asia

VI. Los primeros contactos

VII. El Oriente latino y Occidente; condiciones políticas hasta la segunda cruzada

VIII. La primera mitad del siglo XII; comercio y evolución espiritual

IX. La evolución a mediados del siglo XII

X. El comercio en el siglo XII; su organización; la moneda

XI. Saladino

XII. Instituciones del Oriente latino

XIII. Los nativos

XIV. Los ejércitos

XV. El periodo ayúbida

XVI. La organización comercial y monetaria

XVII. El periodo mongol

Conclusión

Documentos

Cronología sumaria

Bibliografía

Índice de nombres

Durante siglos, las cruzadas y sus "ávidos caballeros de la cruz" han cautivado la atención y la imaginación de Occidente. Tan sólo hasta mediados del siglo XX, la bibliografía del medievalista Hans E. Mayer daba cuenta de más de 5 mil títulos publicados sobre el tema. Sin embargo, la mayor parte de estas publicaciones se ha complacido en difundir la visión parcial de un Islam esclavista, represivo y perseguidor del cristianismo.

En esta obra, Claude Cahen propone "superar el imaginario occidental", explicando las condiciones que —en tan sólo unos años— hicieron de los seguidores de Alá los dueños de inmensos territorios, desde Asia Central hasta el Atlántico. Cahen desarrolla un análisis de los antecedentes de la guerra santa o *djihad* en el Oriente y su progresiva expansión hacia el Mediterráneo. Al mismo tiempo, estudia las primeras cruzadas emprendidas por los cristianos en Occidente, como reacción ante el ímpetu conquistador de los árabe-musulmanes.

El volumen escrito a lo largo de 30 años, además de atender puntualmente los acontecimientos políticos y militares más relevantes, ilumina la evolución de las relaciones económicas, culturales y comerciales entre dos esferas geográficas e ideológicas divergentes, pero que al cabo de los siglos terminaron por enriquecerse mutuamente.

Claude Cahen (París, 1909-1991) es considerado uno de los especialistas más influyentes del siglo XX en temas del Islam y del Cercano Oriente. Entre sus obras destacan *El modo de producción feudal* y *El Islam*.

www.fondodeculturaeconomica.com

ÍNDICE

Introducción	5
I. El Oriente hasta el principio del siglo XI	10
II. El Cercano Oriente en el siglo XI; el África occidental	25
III. Occidente y sus relaciones con Oriente	38
IV. Occidente en vísperas de la cruzada. Los comienzos de la expedición	61
V. Los cruzados en Asia	76
VI. Los primeros contactos	93
VII. El Oriente latino y Occidente; condiciones políticas hasta la segunda cruzada	107
VIII. La primera mitad del siglo XII; comercio y evolución espiritual	124
IX. La evolución a mediados del siglo XII	137
X. El comercio en el siglo XII; su organización; la moneda	151
XI. Saladino	166
XII. Instituciones del Oriente latino	179
XIII. Los nativos	194
XIV. Los ejércitos	199
XV. El periodo ayúbida	206
XVI. La organización comercial y monetaria	223
XVII. El periodo mongol	230
Conclusión	240

Documentos 257
Cronología sumaria 293
Bibliografía 297
Índice de nombres 314